Cuando la mente acecha, cuando la imaginación traspasa los límites, la ficción puede volverse realidad. Más allá del poderío bélico, en el silencio de las sombras, se gesta el terror.

Con el Vuelo de los Pájaros

por

Cristian Marcelo Latrónica

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

1.Contacto con traficantes.

26 de abril de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

La ceguera momentánea provocada por la perfecta oscuridad, hace que mi sentido auditivo se agudice y se convierta casi en su reemplazo. Se oye el pesado sonido de los metales que se rozan, cuyo escalofriante eco llega hasta mí. Desnudo, avanzo con sigilo, guiándome al tacto a lo largo de los fríos y húmedos muros de piedra. El hedor de la muerte flota en el aire que circula a través de este corredor, del que logro distinguir que gira levemente hacia la derecha algunos metros más adelante. Una exigua luminiscencia se refleja apenas sobre su curvatura. Me punzan los pies que deben soportar, descalzos, el peso que mi cuerpo ejerce sobre la pétrea superficie del piso. Mi boca siente el amargo sabor del entorno. Con cada paso que doy, me siento más cerca. Siento el coraje para lograr evadir a la muerte y continúo avanzando al abrigo de los sombríos muros de un pasadizo que al parecer ya nadie transita. Cuando ese tenue brillo sobre la piedra se halla casi al alcance de mi mano, un gutural quejido se oye justo antes de que el filoso metal lo apague eternamente. En ese instante me paralizo, porque la próxima alma a la que despojen de su cuerpo debiera ser la mía. Intentando recobrar la calma, avanzo nuevamente hasta llegar al punto en que gira el corredor, el resplandor es más generoso ahora, estoy ahí, casi a salvo. Tomo fuerza y continúo. Pero luego un enceguecedor fuego lastima tanto mis ojos que no puedo mantenerlos abiertos, un ardor insoportable y un borbotón de hirviente sangre brota desde mi garganta.

Despierto repentinamente con el corazón exaltado. Sentado en la cama trato de volver en mí, me zumba la cabeza con intensidad y trato de aliviarla friccionándola con mis manos que no tienen demasiada fuerza. El entorno gira a mi alrededor, ajeno y distante. Poco a poco, comienzo a recuperar la sensibilidad de mi cuerpo aún adormecido. También a tomar conciencia de lugar en el que me encuentro, un cuarto sombrío y miserable, que refleja además la precaria y angustiante situación que me persigue. Aunque menos terrible que la de la pesadilla que acabo de tener.

Me desplomo nuevamente sobre la cama sintiendo el crujir de los viejos flejes que se clavan en mi espalda por causa del vencido colchón, por el que seguramente hayan pasado una decena de personas a lo largo de los años.

El enmohecido y descascarado cielorraso, al igual que las paredes, dejan entrever distintas capas de pintura de varios colores con los que han sido engalanados alguna vez. Verde agua, algo de un suave amarillo, en una pared logran distinguirse algunas manchas de un color oscuro y sobre ese muestrario de colores, el blanco tiza.

SOMOSVEINTIDOSESPIRALOS PLATAZEL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRAFITILIMITADA-

De fondo se oye un leve murmullo de voces apagadas y, apenas, la radio de la dueña de este lugar que como todas las mañanas escucha el programa de Hanglin. Trato de evadir mi mente, de no pensar en la miserable condición en que estoy inmerso, mientras respiro la pestilente emanación que proviene del único baño y al que concurrimos unas ocho o diez personas diariamente. Y por encima de ese tufo, el olor de las tostadas recién hechas, ligeramente quemadas, que se expande desde la cocina.

Pienso que la diferencia entre mi vida y aquella pesadilla es que, en la primera, lo peor no ocurre de un modo rápido y limpio como lo culmina el filo propio de ese acero, sino de una forma lenta y angustiante.

Me resisto a aceptar mi presente. Estudié, me formé durante años, me costó sacrificios y esfuerzo. Tengo una profesión, soy periodista. Sin embargo, acá estoy, tumbado en una vieja cama de una ruinosa pensión del barrio de Balvanera, hundido en una mega ciudad desmesurada, hostil, donde las personas que me rodean a diario parecieran buscar la forma más vil de subsistir. Donde muchos estafan, otros roban; pero los más peligrosos obran drogados y armados.

El único vínculo con mi profesión es un vano contacto en una revista de tercera categoría que se publica en esta ciudad. Un ex compañero de la facultad, que realiza allí tareas múltiples; tanto transcribe entrevistas, como redacta una nota o toma fotografías... todo lo hace bien. Yo carezco de esa versatilidad, o al menos eso creo, por lo que dudo serles útil.

Todos, de alguna manera, intentamos sobrevivir. He pasado por varios empleos. El último lo perdí porque el dueño del lugar era un oportunista que compraba y vendía electrónicos y todo lo que pasara por delante de sus ojos. Ese día, el negocio parecía normal, hasta que por tarde lo allanó la policía por tráfico de electrónicos y estupefacientes. Me detuvieron también, aunque fue solo por un par de días, pura burocracia. Afortunadamente, los investigadores ya me tenían identificado como un simple empleado informal.

Igual debo reconocer que ya sospechaba algo respecto de las drogas, porque a veces veía movimientos extraños; pero continué callado, porque necesitaba el empleo para sobrevivir.

Sobre el contrabando de electrónicos estaba al tanto, porque en una oportunidad recibí una abultada encomienda desde el norte del país repleta de componentes electrónicos. Me molesté con mi patrón por haber hecho realizar ese envío a mi nombre y a la pensión en que yo vivía en ese entonces; por ese motivo decidí mudarme. La pensión anterior era más limpia, en un barrio mejor iluminado, en el que la basura no se hallaba esparcida por las veredas.

Conservo algunos ahorros, alrededor de mil doscientos pesos; escondidos en una antiestética caja de zapatos cargada con artículos de baño, a la que yo mismo, le hice un doble fondo para ese fin. Pero si no consigo pronto algún otro empleo, esa cantidad no alcanzará ni para dos meses.

CONEVO-LOS-ELOSPRIMEROS-SLAYZU-CRISTIAN-MARCELA-TROVICS-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Ya plenamente consciente y despierto, bajo a desayunar unas tostadas elaboradas con pan de ayer y un mate cocido que, a desgano, prepara la dueña de esta pensión. Por el baño pasaré luego, para no perder el magro desayuno; porque, aunque parezca mentira, con esto ahorro algo de dinero.

Desciendo por la sombría y estrecha escalera rozando las rugosas paredes con los codos; y al girar, ya sobre los últimos escalones, el sol enceguece mi visión.

—Buen día —saludo, al cruzarme con un hombre al pie de esta escalera.

—Hola —responde secamente con un acento cerrado, haciendo apenas un imperceptible movimiento con su cabeza mientras me mira, inexpresivo, a los ojos. Tiene aspecto recio, dicen que es ruso. Siempre se lo ve rapado. Mide alrededor de uno setenta y cinco, es delgado pero fibroso y viste generalmente ropa deportiva. Como de casi todos los que viven aquí, no tengo idea de a qué se dedica. Lo único que sé es que se llama Anatoly; me genera cierto recelo por su inexpresiva y penetrante mirada, su diálogo limitado al saludo y por su huraña personalidad. Solamente, se lo ve de vez en cuando, cruzar algunas cuantas palabras en su idioma con una mujer argentina, hija de ucranianos.

Más adelante, al oír algunos comentarios dentro de la pensión, voy a enterarme que hace trabajos turbios; incluso que comete crímenes por encargo y que es realmente profesional. Van a decirme que perteneció a las fuerzas del KGB y llegó a Argentina como refugiado de la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Oigo cada vez más fuerte las noticias de la radio a medida en que me voy acercando a la cocina que está ubicada en planta baja y tiene una hermosa vista hacia lo que ha sido alguna vez un glamoroso y antiguo patio típico de las casonas de esta ciudad; las que con el paso del tiempo fueron perdiendo su señorío y se degradaron lentamente, convirtiéndose en deslucidas pensiones, refugios de malvivientes o casas usurpadas por desamparados.

—Buen día —vuelvo a saludar.

—Hola, buenos días —responden algunos. Otros, simplemente miran indiferentes, o ni siquiera eso.

—¿Qué hay de desayuno? —pregunto con ironía, intentando romper el hielo reinante en el ambiente.

—¡Y qué puede haber! —dice una chica, sonriendo a pesar de su evidente cansancio.

Su amabilidad no se ha perdido, aunque parezca recién llegada de una difícil jornada en la calle. Detrás de su avispada voz, se oye la de la dueña, entremezclada con la radio.

—¡Si no te gusta... ya sabés! —le responde, arrojando con brusquedad un plato con tostadas sobre la mesa.

Su figura es rechoncha y desalineada.

—¡Ay, qué mal carácter tenés, Olga, con razón te quedaste sola! —replica la chica sin perder la compostura. Se la ve recién bañada y con un rodete en su pelo, vestida con un jogging rojo.

CON VUELO DE LOS PRIMAROS-PLATAZO-CRISTIAN MARCELO LA RONCA-EDICION GRATUITA-LIMITADA-

Se queda allí, inmutable, con sus piernas cruzadas sobre la misma silla en que está sentada, despidiendo aroma a champú y colonia barata.

Unta una tostada con manteca y me la ofrece.

—¡No le hagas caso a esta solterona! —me dice.

—¡Viuda! Y de primer y único matrimonio.

—¡Bah! Si no se moría... se mataba tu marido —me susurra la chica acercándose sensiblemente a mí, mientras me guiña un ojo.

—Peor vos, que nunca te casaste y con la vida que llevás... dudo.

Desayuno lo más rápido posible, por el incómodo clima. Ya varios se han retirado de la espaciosa cocina-comedor; un salón avejentado, descascarado y oscuro como toda la casa. Pero seguro, en el que alguna vez los incondicionales rayos del sol ofrecieron su calidez, antes de que se erija la monumental edificación lindera, dejando esta antigua casona húmeda y en las sombras. Acerco mi cachada taza al ajetreado piletón.

—¡Deje ahí! Que para eso paga pensión con servicio de desayuno incluido.

—Disculpe, no quise molestar.

—Quédese tranquilo joven, que no molesta. Para eso paga. No como otras...

—¿Cuándo no te pagué? —contradice la chica.

—Siempre tarde...

—Pero, ¿cuándo no te pagué?

—Las cuentas vencen y nadie me pregunta si me pagaron o no.

—¡Siempre igual vos, Olga! Hace tres años que vivo en esta mugre y siempre te pagué.

—Permiso, me retiro —interrumpo, pasando entre las dos mujeres.

—Suyo joven. Y si no te gusta... —le sugiere de nuevo.

Me alejo, riendo por dentro, cuidando que no me vea la amarga dueña de la casa.

Después de pasar por el maloliente baño, en el que alguien arrojó algún desodorante de ambiente intentando vencer el hedor, salgo a la calle.

Desde hace un tiempo repito el desabrido ritual del desocupado con ansias de trabajar, voy camino a comprar el diario si no lo consigo en algún bar. Si tengo suerte, leo los clasificados gratis y puedo consumir algo con el dinero que ahorro por no comprarlo.

También considero regresar a la pensión anterior, aunque es más cara, bien vale esa diferencia. Pienso en esa posibilidad porque ya no existe el riesgo de que envíen otra encomienda de mi patrón allí. Más tarde voy a pasar para averiguar si hay alguna habitación disponible. Tengo un conocido allí, mi antiguo compañero de cuarto, una buena persona que por momentos se tornaba algo delirante. Recuerdo que era del sur, pero no de qué lugar exactamente.

—Hola, llevo este —solicito al diariero.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-LIA AZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Camino hasta una pequeña plazoleta para leer los clasificados; sentado en un banco de una de sus tranquilas callecitas al que llegan cálidos rayos de sol. Marco algunos empleos ofrecidos en los que podría desempeñarme y parto rápidamente en su busca. A pesar de lo andado y de las largas esperas, no tuve éxito. La vieja y amarga sensación de angustia regresa sin pedir permiso.

¿Qué hago el resto del día? Me pregunto.

Decido llegar hasta la pensión en que residí anteriormente. Camino plácidamente alrededor de unos treinta minutos, con la lentitud de quien no tiene otra cosa por hacer. Luego allí, me atiende una persona que no reconozco, otra más del constante recambio de huéspedes.

—Hola, busco a Walter… no recuerdo el apellido.

—Igual… hay un solo Walter en la pensión.

—Puede ser él entonces.

Cierra la chillona puerta. También es una casa añeja, pero mejor mantenida que la pensión en la que resido actualmente. Aguardo un par de minutos y asoma Walter, el mismo que yo busco.

—¡Cómo andás, loco! —exclama con alegría de verme.

—Bien, ¿y vos?

—Acá estoy… tratando de vivir de la viola.

—¿Estás con algún grupo?

—Sigo con los que me pasaban a buscar los sábados. Menos "el batería" que se fue a vivir a España. Estaba de lavacopas, no tuve más noticias. ¿Qué haces por acá? Pasá. Vamos a tomar unos mates.

Mientras nos dirigimos hacia la cocina, voy recordando los detalles del lugar, y me hace un comentario:

—Vos sabés que… hace unos días te llegó otra encomienda. Como la que vino antes de que te mudes.

—¿Otra encomienda? —pregunto sorprendido, mientras observo a una chica a través de la entreabierta puerta de la cocina— Si mi jefe cayó en cana…Y yo también, por estar ahí justo cuando allanaron. Zafé porque la policía hizo inteligencia y sabían que yo era empleado. Pero me tuvieron dos días adentro, por averiguación de antecedentes.

Mientras Walter calienta agua en una lustrosa pava de aluminio yo, de reojo, observo a la chica que estudia en otra mesa de la cocina. Una cocina amplia y ordenada, sencilla pero limpia.

—¡Qué bajón! Pero estuviste en la comisaría nada más.

—Sí, pero igual no es lindo, estaba como con otros siete u ocho. Pero… decime, ¿y la encomienda?

CONLOSVUELOSDELOSPAJAROS-ALAAZUL-CRISTIANMARCELLATRONICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

—¡Qué sé yo! Le dijeron al tipo que no vivías más acá…—dice, encogiéndose de hombros— Y si andás sin laburo… ¿por qué no la vas a buscar?

—¡Estás loco! A ver si quedo pegado.

—No, ¿quién te conoce? —insiste mientras me ceba un mate.

—¡La cana!

—Sí, pero el tipo de la encomienda no. Qué sabe… de lo que pasó. Mirá que era grandecita la caja —insinúa, intentando convencerme.

—¡No! Ni sueñes —respondo girando mi cabeza hacia la derecha, donde está sentada la chica.

—¡Pero sí! Yo te acompaño y de paso junto unos billetes… que ando bastante corto.

La idea es tentadora, pero al recordar el calabozo vuelvo a la tierra de inmediato.

—¡No!, yo no.

—Con ir a preguntar… ¿qué se pierde? —dice con un gesto impasible.

—Ni loco, yo no me animo a poner la cara. ¡Andá vos!, la caja está a mi nombre, por mí podés…

Me interrumpe bruscamente.

—Por eso mismo te digo. Mirá si el remitente cayó también. Cuando vuelva la caja, ¡la agarran con tu nombre!

Quisiera verme la cara en un espejo, debo estar pálido por la angustiosa situación.

—No, no creo —trato de consolarme y autoconvencerme. Me niego a creer que persiste el riesgo.

—Por eso, si no la devolvieron, te conviene recuperarla. ¡Es lo mejor!

Es desesperante, porque si cayó toda la red, no es ilógico lo que piensa.

—Pero… no me acuerdo ni la empresa que era.

—La del Norte, se llama.

—¡Esa misma! —respondo con el deseo de que recuperando esa caja se solucione mi problema.

—¡Dale! Vamos que te acompaño.

—No, no sé… —digo, preocupado.

—Vamos a preguntar y en el momento decidís ¿Tenés el documento? —insiste nuevamente.

—Sí. Salí a buscar trabajo.

—¡Y encontraste! Nuestra empresa de compra y venta de electrónicos —dice, riendo a carcajadas.

—No delires, que es mi cabeza la que está en juego.

—Por eso deliro. Es un chiste. Pará que me visto más decente y vamos, así buscamos la dirección de la empresa en la guía de algún locutorio. Mientras, cebate unos mates.

—Al final no te pregunté si hay lugar en la pensión, que es a lo que venía.

CON VUELO DE LOS SUEÑOS-PLATAZO-CRISTIAN MARCELO-ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

—Yo estoy solo en el dormitorio, pero no te conviene. Mirá si la yuta encuentra la caja, figura la dirección de acá. Ya vuelvo.

Es delirante, pero piensa. Igual no pretendo ser un fugitivo de la justicia, ¡qué complicación! ¿Y ahora qué hago? ¿Qué me conviene? Walter tiene algo de razón. El despachante de encomiendas no puede saber nada. Pero si cayó toda la red… tal vez la policía la secuestre al retornar al remitente.

—Buen día. Venimos a retirar una encomienda a nombre de Martín Biaggini —explica Walter.

El encargado teclea en su computadora.

—¿Cuánto hace que está acá?

—Alrededor de una semana.

Se dirige hacia la parte de atrás, atravesando una vieja y despintada puerta de madera. El lugar tiene mal aspecto, no parece una empresa seria. Esperamos unos minutos.

—Sí, está. ¿La retiran? ¿Quién de ustedes es el dueño?

Walter me mira.

—Yo —emito tímidamente, esperando que vociferen ¡Quieto! ¡Está arrestado! Pero me doy cuenta que no hay más personas que nosotros tres.

—¿Tenés el DNI? —pregunta el encargado.

—Sí, ya te lo doy.

Chequea los datos minuciosamente.

—Está bien! Firmá acá. Miro bien los datos porque me robaron dos encomiendas.

—Ah —pronuncio, con actitud retraída.

—¡Sabés como los hice encanar a los chabones!

Debo estar pálido de nuevo, a punto de desmayarme, pero resisto la tentación de evadir el problema de esa manera, ya que sería aún peor.

—¡Va pesadita! —señala el que la acerca desde el depósito.

—La vieja de este… manda morfi como para un regimiento —explica Walter ayudándome con la situación, mientras se carga la caja al hombro.

Salgo del lugar con desesperación.

—Pará, no corrás que es peor. Además, ¿sabés lo que pesa? —exclama Walter.

A medida que pasan las cuadras voy tomando conciencia, vuelvo en mí, pienso en lo que acabamos de hacer y me invade la desesperación otra vez. Quisiera correr, desaparecer, evaporarme de un solo golpe.

—¡Pará! ¡Caminá despacio! No puedo más —repite, ahora casi gritándome.

—Disculpame, pero no te puedo ayudar, no tengo fuerza, todavía me tiemblan las piernas… tomemos un taxi que yo lo pago. Y si adentro de la caja hay merca, ¿qué hacemos?

—¡Pará fanático! ¿No era que mandaban aparatos electrónicos?

CONEVOLOSELOSFELINOS-SIAMZOL-CRISTIANMARCELOIATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Sí, pero la policía lo allanó por merca, los electrónicos eran la cara visible del negocio, por eso seguía comprándolos.

—¡No te preocupés! Algo se me va a ocurrir.

Lo miro sin dejar de sorprenderme. A este loco todo le cae bien, ¿habré hecho lo correcto siguiéndole la corriente?

Subimos a un taxi y no cruzamos palabra. Tal vez me dejé llevar. No pienso más. Estoy agotado. Pago el taxi y vamos directamente a su habitación, por suerte, nadie nos vio entrar.

—¡Misión cumplida! ¡Qué te dije! —exclama eufórico.

Abrimos la caja, en la que solamente hay una buena cantidad de objetos electrónicos. Siento un gran alivio a pesar que, de igual manera, puedo continuar involucrado en graves dificultades.

—¡Mirá todo esto! Deben ser unos cinco mil pesos —se atreve a calcular raudamente—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco reproductores de CD para auto, dos estéreos, una potencia, memorias para PC, grabadoras de DVD...

No me siento con el ánimo suficiente, a pesar de que esto pueda significar algunos meses más de subsistencia. No logro alejar mi preocupación.

—No sé. Me voy. La verdad es que mucho no me interesa, estoy... asustado.

—No te preocupes.

—¡Lo decís porque no es tu cabeza la que está en juego!

—Yo no tengo la culpa. Trato de ayudarte a resolver el problema.

—Porque te conviene —le contesto de mala manera.

—Pará, porque no tengo ninguna necesidad de ayudarte.

—Disculpame, estoy agotado y nervioso. Me voy, otro día hablamos.

—¡Mañana! Hay que sacarse la mercadería de encima lo antes posible. No te olvides que ahora estamos juntos en esto.

Me acompaña hasta la puerta. Me siento un poco mareado, totalmente agotado y no dejan de temblarme las malditas piernas, que apenas logran sostenerme en pie.

Camino muy despacio, no pienso en nada, solo observo a mi alrededor y veo gente que viene y va. Ya es casi de noche... autos... oigo una sirena y me paralizo. Miro hacia los lados, apuro el paso y veo que es una ambulancia, quizá, en una de sus locas carreras por la vida. Debo serenarme.

Ingreso en la pensión con sigilo, no quiero que me vean. No siento ni ganas de saludar a nadie, me dirijo directamente a mi cuarto; alguien junta ropa en la azotea donde este queda y, gracias a la escasa iluminación, logro pasar desapercibido. Una vez adentro, arrimo suavemente la puerta para hacer el menor ruido posible, y cierro con llave.

CONEVOLUCELOSPRIMEROS-LA-AZUL-CRISTIAN-MARCELO-LA-CRONICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Me desplomo sobre la cama, boca arriba. Observo el cielorraso con la mirada perdida en algún punto; me desvanezco lentamente, la visión se torna difusa y, pronto, se diluyen mis pensamientos…

27 de abril de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Despierto sobresaltado. ¿Cuánto dormí? ¿Una hora? ¿Diez horas?

Zumba mi cabeza. Me incorporo de un salto para mirar el reloj que marca las dos; pero es de día. Son las dos, pero de la tarde. Me tumbo otra vez sobre la cama. Vuelven a aferrarse a mis pensamientos la preocupación y el desgano. Evadirse, decía Henri Charrière en su libro Papillón. ¿Cómo lo lograría?

Tomo un fugaz baño y salgo. Nadie me vio. Voy a comer algo rápido y después iré a lo de Walter.

Más tarde, toco timbre y me atiende rápidamente. Me estaba esperando.

—Pasá. Tenés mejor aspecto hoy.

Nos dirigimos directo a su habitación, en la que viviera yo también unos meses atrás. Al ingresar, veo los aparatos y componentes sobre su cama y la pequeña mesa. Recién ahora advierto que si hubiese querido podría haberme estafado, pero en cambio, veo una lista en la que figuran los objetos con sus costos.

—Estuve averiguando algo sobre los valores. A precio real en el mercado legal hay como doce mil quinientos pesos. Nosotros le podemos sacar algo más de la mitad… calculo. Depende de la suerte y de cómo nos movamos.

—Tengo un conocido de un taller que nos puede ayudar. Instala y vende equipos en todo tipo de vehículos. Le compraba a mi patrón.

—¿Te parece seguir poniendo la cara? ¿No preferís que vaya yo?

Lo contemplo, mientras, pienso que estas son las acciones que hacen que me inspire cierta confianza; y es la única persona en la que puedo apoyarme en esta situación.

—No creo que haya ningún inconveniente, porque el tipo también se expone.

—Vamos… Cuanto antes nos saquemos todo esto de encima, mejor. Por ahí alguien ve algo acá y no quiero tener problemas, este es un lugar tranquilo.

—Sí, un buen lugar —agrego con añoranza.

Al salir, saludo a la propietaria, una amable persona que cuida a sus clientes.

Después de caminar un rato, veo el taller que buscamos. Reconozco al dueño de inmediato y él hace lo mismo conmigo.

—Hola pibe, vos trabajás con Roberto ¿no? —dice mientras me estrecha la mano.

—Sí… trabajaba, porque ahora está preso.

Tal vez no debí habérselo dicho, pero como no sé qué puede saber o averiguar… Y no quiero comenzar mintiendo.

CONLAVELOCIDADESPLANOS PUNTAZU-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—¡Qué bárbaro! Ya ni trabajar se puede… Y a vos, ¿qué te trae por acá?

—Te quería preguntar si necesitás algún estéreo o reproductor de CD. Me quedó algo que me dio Roberto en parte de pago… —siento el sudor, las gotas recorren mi espalda.

—Mirá, acá siempre se puede hacer algo; se está vendiendo bastante. Decime qué tenés y cuánto pedís. Dejame tu número y te llamo.

—No, no tengo teléfono. Pero paso por acá en la semana, sin compromiso.

—Llamame vos; tomá una tarjeta.

Pasamos por algunos otros lugares ofreciendo los objetos que tenemos, pero sin éxito. Más tarde, ya por la noche, acordamos que mañana continuaremos con la tarea.

4 de mayo de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Transcurridos algunos días, hemos logrado vender todo por un valor de seis mil ochocientos pesos; algo menos de lo que pretendíamos, pero lo importante era sacarnos la mercadería de encima lo antes posible.

—Casi tres lucas y media para cada uno. ¿Qué me decís ahora? —exclama Walter con emoción.

Ya no siento ese temblequeo en mis piernas ni esa pesadez en el cuerpo. El pasar de los días sin sobresaltos, la venta y el dinero en la mano, hicieron que me sienta mejor.

—Y ahora… ¿qué pensás hacer? —pregunta.

—No tengo idea… lo único que espero es no tener problemas con la policía.

—¿Tenés el contacto de los que le hacían los envíos a tu patrón? —pregunta sin escuchar lo que dije.

Lo observo con suspicacia, espero se dé cuenta de lo que estoy pensando.

—No. Pero tengo el número de teléfono al que llamaba mi patrón cuando necesitaba algo.

—Y si llamamos para…

—¡Yo ni loco! —lo interrumpo de forma súbita.

—Y… ¿me pasarías el número?

Suspiro y lo medito un momento.

—No sé, no quiero problemas. No quisiera tener que andar escapándome de la justicia por hacer algo que no debo. Dejame que lo piense, mañana te contesto. Chau.

—Bueno, pero no te pierdas. Acordate que no sé dónde vivís —dice, haciéndome entender, que piensa, que tal vez ya no regrese.

Me alejo lentamente hacia mi morada, saboreando el triunfo de haber vendido todo y sin problemas; por lo menos, hasta ahora.

14 de mayo de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

CONTRAFICCIONES-PLATA2U-CRISTIANMARCELOALTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Pasan varios días y pienso que Walter se portó bien conmigo, que tenía razón y que, finalmente, no le pasé el número de teléfono como me había pedido. Decido visitarlo.

Llego a la pensión y me atiende la chica que, la vez anterior, estaba estudiando mientras tomábamos mate y conversábamos.

—Hola… —dice intentando recordar; observándome con sus ojos color miel, apenas entreabiertos— ¿Buscás… a Walter?

—Sí, ¿sabés si está?

—Mmmh, no sé. Pero si esperás me fijo.

Le traigo el número que me había pedido, aunque aún dudo si debo dárselo. Pasan unos minutos y regresa.

—Pasá, porque se está bañando.

—Gracias ¿Lo espero en su habitación?

—No me dijo… pero si querés esperalo en la cocina, yo estoy tomando mate.

Mientras, me cuenta que se llama Patricia; que está por rendir un parcial y le faltan varias bolillas por leer para esa materia, que es una de las últimas que le quedan para recibirse de médica.

—¡Perdido, apareciste! Qué problema tendrás ahora… —dice Walter riéndose, mientras camina hacia nosotros.

—Ninguno. Pasaba para saludarte.

—Me parece bien. ¡Vamos al quiosco!

Saludo a Patricia y salimos. Sospecho, que quiere que estemos solos para preguntarme sobre lo que me había propuesto.

—¿Cómo estás?

—Mejor, mucho más tranquilo.

—Salió todo bien. Te dije… ¿Qué pensaste de mi propuesta?

Hago silencio y no lo miro.

—No sé.

—¿Qué cosa no sabés?

—Qué hacer.

—¿Conseguiste laburo?

—No.

Caminamos sin decir palabra. Como supuse, la ida al quiosco era una excusa.

—No sé qué voy a hacer. Si no consigo trabajo, mucho tiempo no voy a sobrevivir con lo que tengo.

Suspira largo y suave.

—A mí me ayuda mi viejo, pero tampoco me gusta mucho —dice.

—Qué decisión difícil…

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Sí… Puede marcar el resto de nuestras vidas.

Lo miro realmente sorprendido. No hubiese esperado nunca de él, que es tan impulsivo, un pensamiento tan profundo.

—¿Y si averiguamos? —propongo tímidamente.

—Puede ser, puede ser —asiente con su cabeza, mientras saborea la última pitada de su cigarrillo.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde que estoy pensando en la propuesta que te hice.

Tenemos una conversación rara, seca y entrecortada; como si realmente pudiera marcar un antes y un después. Llevamos, paradójicamente, una vida en libertad, pero sin salida aparente.

—Dame un cigarrillo.

Lo enciende con el suyo y pregunta:

—¿Desde cuándo fumás?

—Desde que estoy pensando en la propuesta que me hiciste —sonreímos sin mirarnos, casi apagados; salvo, cuando toso por causa del humo.

Nos quedamos un rato en el banco de una plaza; contemplo la gente que pasa indiferente, tenemos la mirada perdida y nuestros pensamientos en silencio.

—Me pasaron el número de una persona que sabe cómo se hace para traer cosas desde el exterior. Es de acá, de Buenos Aires. ¿Averiguamos? —propone.

No pongo objeción y lo acompaño. Desde un locutorio habla unos minutos.

—Me dieron una dirección… ¿te animás?

Mientras lo pienso, cruza por mi cabeza el corto tiempo que estuve detenido por averiguación de antecedentes.

—¡No! no me animo… pero vamos igual.

Para un taxi.

—¿Es muy lejos?, no traje mucha plata —le advierto.

—Empezá a pensar en grande; si no, quedate.

Le dicta la dirección al conductor y ni siquiera oigo, no me importa saber adónde voy ni qué pueda pasar. Estoy cansado de vivir siempre en el borde, de arrastrar esa inestabilidad laboral y económica que no da tregua, de intentar hacer las cosas bien, por las vías correctas y, aun así, no consigo un trabajo digno. A esta altura, hasta eso parece demasiado pedir.

Luego de casi una hora, llegamos al lugar. Hasta este momento no había reparado en la miseria de la zona, hasta parece peligrosa. Las precarias y descuidadas viviendas hacen que el escenario se vuelva aún más aterrador. Comienza a anochecer, de pronto, los nubarrones cubren los últimos vestigios del sol. Parece una ciudad vacía, sin personas ni luces, sin perros callejeros que le den algo de vida a las desamparadas calles; propiamente, un lugar muerto.

—¿Dónde estamos? —pregunto, con cierta intranquilidad.

CONEVOLUCIÓNESPIRALDOS-HARIZOL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Cerca de Ciudadela… más o menos, no sé bien.

Lee la dirección anotada en un volante arrugado, mira el número de la casa que tenemos frente a nosotros y camina hacia la izquierda. Lo sigo, sin dejar de prestar atención a nuestro alrededor. Avanzo pendiente del entorno, trabajando en equipo. Mientras uno ubica el lugar, el otro, vigila.

La casa tiene un pequeño patio al frente que se ve bastante desprolijo. La casa en su conjunto es desprolija, a tal punto, que parece abandonada. Ni siquiera se percibe luz desde su interior, a pesar de que ya oscureció; ni tampoco se oyen ruidos.

Una oleada de adrenalina se apodera de mí; percibo los sonidos con una nitidez inusitada, como si mis sentidos se hubiesen agudizado de pronto. Mis ojos, ya acostumbrados a la penumbra, logran penetrar más allá de lo visible…

—¡Walter! No llamés. ¡Vamos, vamos! —le exijo en voz baja pero firme, con la esperanza de que solamente él me oiga.

Mientras, me alejo bruscamente caminando de espalda, siempre observando a Walter; que, en su afán de hallar el lugar, no se percató de nada. Le hago señas con las manos para marcharnos y no reacciona, me estremezco. Es la misma sensación de ese sueño en el que se grita con fuerza y desesperación, pero no brota un mísero sonido desde lo profundo de la garganta.

—¡Qué! ¿Qué pasa? —reacciona por fin.

—¡No sé! Volemos de acá.

Empezamos a correr, cuando de pronto, unas personas que aparecen detrás nuestro gritan:

—¡Agarralo, agarralo!

Se genera un clima confuso y por causa de la desesperación que conquista mis sentidos, no reparo en Walter; pero tomo una gruesa rama de más de un metro de longitud que se halla al lado de un cúmulo de basura. Al levantar la vista, siento un golpe que apenas roza mi rostro; la fuerza se diluye en el movimiento, resbalando sobre mi piel y volviéndose inofensivo. Instintivamente, salto hacia atrás tomando la distancia justa; y le propino un certero palazo a mi agresor, justo sobre la frente. El estruendo seco del impacto me paraliza momentáneamente. Cae gritando, frotando sus manos sobre la herida, en un intento inútil por menguar el dolor.

Es entonces cuando reparo en Walter, dos hombres lo sujetan con violencia, reduciéndolo sin piedad. No pienso, corro hasta él y golpeo por la espalda a uno de sus captores. Aunque el golpe no fue preciso, igual logra su cometido; cae al suelo dando un alarido desgarrador. El otro, el más corpulento, desconcertado retrocede un par de pasos. Enardecido, tal vez envalentonado por mis recientes triunfos, me abalanzo sobre él; y el palo, impacta contra su brazo, el mismo con el que protegió su cabeza. No satisfecho aún, y movido por una violencia que apenas reconozco como propia, le descargo otro golpe en la espalda mientras intenta huir de la lucha. Ahora, corre como su cuerpo y mente le permiten, impulsado por el miedo y la

CONEVOLUCEELDISPARADOS-FIA AZUL-CRISTIAN MARCELO ATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

adrenalina, pero no lo dejo escapar. Lo alcanzo y golpeo con fuerza en las piernas, haciendo que caiga estrepitosamente en medio de la oscura y destrozada calle. Allí, tendido, recibe un último garrotazo en el abdomen, seco y contundente. Un ruido opaco, que me recuerda al golpe que recibe una frazada cuando se le sacude el polvo con esmero.

—¡Vamos, dejalo! —dice una voz lejana que no reconozco, mientras siento la fuerza de una mano que me toma y tira de mí. Es Walter. Miro a mi oponente abatido, enrollado en el piso, girando de un lado a otro sin parar. No suelto mi improvisada arma y corremos sin saber adónde. Solo comprendemos que debemos abandonar cuanto antes este oscuro y nocivo lugar, porque ignoramos de qué modo podría concluir esta contienda.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, sí —balbucea jadeante, pero sin dejar de correr.

Después de varias cuadras, diez... veinte —no puedo precisarlo—, aún persiste en mí la confusión. Llegamos hasta una zona más iluminada, en la que ya se advierten algunas personas y automóviles circulando. Nos detenemos bruscamente. Siento que el corazón me explota, que mis piernas no dejan de temblar y el cuerpo me transpira de tal manera que siento correr las férvidas gotas de sudor por debajo de mi ropa. Observo a Walter y él a mí; ambos, sin poder emitir palabra por lo sofocados que estamos.

—¡Vamos! —digo como puedo y comienzo a moverme con lentitud.

Después de haber dado un vistazo hacia el lugar del que huimos, apoyo mi tosca arma sobre un cesto de basura; oigo como cae al piso, pero no me doy vuelta para acomodarla.

Continuamos andando despacio para tratar de sosegarnos. Llegamos hasta una pizzería, nos ubicamos en una de sus mesas y pedimos una gaseosa. Luego, nos turnamos para ir al baño a refrescarnos. Más calmos ya, pedimos un par de pizzas, las que devoramos bestialmente.

—La pelea te dio hambre —le digo a Walter.

—¿Qué pelea? Si lo único que hice fue correr —contesta sonriendo con la boca llena, pero conservando aún cierto nerviosismo.

Una vez satisfechos nuestros estómagos, nos encaminamos hacia la parada del colectivo; acurrucados en nuestras camperas, porque es una fría noche de mediados de mayo.

Durante el regreso, comentamos lo sucedido, tratando de comprender. Llegamos a la misma conclusión: nos interceptaron al boleo para robarnos.

Estoy mentalmente relajado y siento el cuerpo pesado, los músculos, que recién ahora comienzan a distenderse. Pasaré la noche en lo de Walter, para no tener que continuar el viaje hasta mi morada. Es tarde y me siento aniquilado, seguramente debe ser que mi cuerpo se relajó por completo.

En un colchón sobre el piso, me duermo profundamente, Walter hace lo mismo. Sintiendo que necesito descansar una semana entera.

CONLOSOJOSESPIARÁNOS-TIAAZUL-CRISTIANMARCELLA-ROJICA-EDICIONCENTITULIMITADA-

15 de mayo de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Al despertar, consulto mi reloj, cuando consigo fijar la vista advierto que ya es mediodía. Acostados aún, continuamos preguntándonos qué pasó en realidad. Repasamos lo sucedido una y otra vez sin llegar a creer que la misma persona que nos dio la dirección haya intentado engañarnos; así que decidimos llamar, en un intento por develar la verdad y continuar con el asunto.

Salimos en silencio, evitamos cruzarnos con los residentes, como dos fugitivos.

Walter hace la llamada.

—Dijo que no se explica qué pasó, nos esperó y nunca llegamos.

—Pero si fuimos a la dirección que te dio, ¿o no?

—Estaba oscuro… puede que me haya equivocado. No sé, realmente no sé — contesta balbuceando.

—Pero si estábamos cerca de su casa, ¿ni los gritos escuchó?

—Por eso. Tal vez nos equivocamos de lugar.

—¡Pará! Esperá un poco. Escuchame bien, si vamos a seguir con esto, no podemos permitirnos estos errores que nos pueden costar muy caro.

—Me decís como si la culpa fuera solo mía.

—Vos hiciste el contacto y me llevaste a ese lugar, yo ni siquiera sabía adónde iba.

—¿Sos como los chicos, vas porque los llevan?

—¡Confié en vos!

—Sos grande, fijate adónde vas.

A veces tiene respuestas propias de un adolescente. Son estas las actitudes que me hacen dudar de él.

—Entonces, ¿qué querés decir?

—Que la culpa es de los dos. Si vamos a trabajar en equipo, compartamos las responsabilidades.

Hago un silencio, mientras pierdo mi vista en algún lugar, razono, pienso.

—Disculpame, tenés razón. Lo que pasa en realidad… es que esto es una locura. No sabemos ni conocemos. En pocas palabras, no tenemos la más remota idea de lo que intentamos hacer.

—Sí, en eso tenés razón vos. Tendremos que aprender.

—O sea… me estás diciendo que querés seguir.

—Sí, ¿vos no? —pregunta con expresión de duda.

—No, creo que no.

—No puede ser, al primer inconveniente ya renunciás. ¿Qué pretendés? ¿No tener riesgos?

—Por eso, justamente por eso.

—Pará, hagamos una cosa. Cada cual a su casa y nos vemos mañana cuando estemos más tranquilos.

CON EL VELO DE ESPEJITOS PLATA AZUL-CRISTIAN MARCELO LATRONICO-EDICION CRATUITA LIMITADA-

—Va a ser lo mejor… cada cual a su casa.

Camino acurrucado en mi campera porque siento mucho frío, quizá, porque no ingerí nada aún; o solo, porque hace mucho frío. No volteo para ver si todavía está allí, quiero olvidar todo; parecemos dos chicos jugando a los cowboys… ¡qué insensatez! No tenemos ni idea de lo que hicimos, jugamos con nuestra libertad y, tal vez, con nuestras propias vidas.

30 de mayo de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Varios días después, tras haber dedicado todo este tiempo a la infructuosa búsqueda de algún empleo, los recuerdos de lo ocurrido regresan con fuerza. Reflexiono entonces, sobre los límites difusos que puede llegar a cruzar un ser humano cuando se siente acorralado, sin salidas ni horizontes. La desesperación, no solo puede empujar… puede transformar.

Desvanecido el enojo por la situación vivida, decido visitar a Walter. Me siento calmo como para conversar sin discutir.

Cuando pregunto por él en la pensión:

—No, Walter está trabajando. Consiguió en un quiosco.

—¿Sabés dónde queda?

—Sí, es acá cerca.

Qué hermosa es, apenas camino unos pocos pasos giro para observarla una vez más, y advierto, que mientras entorna la vieja y enorme puerta, por la hendija que queda ese instante antes de que la misma se cierre por completo, su mirada se dirige a mí. Me sorprendo y siento vergüenza de que se haya dado cuenta que me di vuelta para verla, pero en realidad me atrae.

Así que Walter consiguió trabajo. Entonces ya se debe de haber olvidado de nuestro negocio. Mejor así.

Son unas pocas cuadras y llego rápido hasta el lugar.

—Hola, ¿apareciste de nuevo?

Sonrío mirándolo directo a los ojos.

—¿Cómo andás? Por lo menos con trabajo, veo.

—Sí, con trabajo… al dueño no le importa nada, estoy dieciséis horas metido en esta cueva por veinte pesos por día. Mirá que no me olvidé de nuestro negocio. Si intentamos de nuevo, ya me voy de acá —exclama con ánimo.

—Pará. No te enrosqués, que no sé si quiero.

—No seas gallina, que la historia la escriben los valientes.

—¿Qué historia? ¿Querés escribir el manual del contrabandista?

—El periodista sos vos, hacete cargo.

—Dale, prepará unos mates que si no me voy.

—Andate nomás, porque no tengo.

—¿Por? —pregunto con asombro, conociendo su adicción por esa infusión.

CON LICENCIA DE ESPIJADOS PLATAZUL-CRISTIANMARCELOALTROVIDA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—El dueño no quiere. Dice que se pierde tiempo y atención, como si hubiera tanto que hacer. Es una basura, le parece que todavía tiene un gran supermercado. ¿Por qué te creés, que no me olvidé del negocio?

Se percibe la indignación en sus palabras. Con razón se quiere ir de esta pocilga. Me sorprendo, una vez más, inmerso en profundas cavilaciones sobre lo correcto y lo incorrecto; llego a la conclusión de que las penurias laborales y, en consecuencia, económicas terminan por erosionar ciertos principios que creía inquebrantables. Cuando aún se tiene la lucidez de reconocer que algo está mal o implica un riesgo, es posible decidir no hacerlo. Pero el verdadero peligro surge cuando ni siquiera se lo medita, cuando la necesidad comienza a anular la reflexión.

—Traje el número de la persona que le hacía los envíos a mi patrón.

Me observa sorprendido pero feliz. Con el entusiasmo que genera emprender algo, uno quiere imaginar hasta dónde podrá llegar, pero sin medir sus posibles consecuencias.

Noto en la expresión de su cara la llama viva de un aventurero. Presiento que hasta aquí mi vida fue sencilla y que, de ahora en más, si llevamos esto a cabo, no va a continuar tan así.

Desde una de las cabinas telefónicas del quiosco, hacemos esa decisiva llamada.

—¿Sí? —pregunta una mujer.

—Quisiera hablar con Fernando Fuentes, si es el número correcto.

—¿Usted quién es? —dice esa voz lejana.

—Me pasaron este número telefónico para que pueda hablar con esta persona, si es posible.

—Pero, ¿usted lo conoce al "Goyo"?

—No, no lo conozco. Pero la persona que me dio el número sí.

—¿Y qué es lo que quiere usted?

—Yo quisiera hablar con él —repito simplemente.

—No... pero el Goyo no vive más acá. Él tuvo... un problema, ¿sabe? —noto en su esquivo tono de voz, algo de nerviosismo, tal como si estuviera mintiendo.

—Claro, y sabría usted... ¿cómo lo puedo ubicar?

—No... no sé...

—Yo trabajaba con Roberto Méndez, en Buenos Aires.

—Ah..., sí. Si usted quiere le puedo dar otro número... —dice con cierta duda.

—Le agradezco muchísimo.

—De nada. Y cuando lo llame, dígale que es de parte del Roberto.

Apenas corto la comunicación, Walter pregunta con ansiedad:

—¿Qué te dijo?

—Me peloteó un poco hasta que me dio otro número.

—¿Llamaste?

—No, no sé qué hacer, porque dijo que el tipo había tenido problemas.

CONEVOCUELOSESPEJISMOS-PLAZOZ-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Pero… ¿qué clase de problemas?

—No me dijo ¿Qué hacemos?

—¡Llamá! —vocifera con arrebato.

Después de varios intentos, atienden por fin.

—¿El señor Goyo Fuentes?

—¿Quién habla?

—Yo soy un conocido de Roberto Méndez, de la Ciudad de Buenos Aires.

—Ah…, del Roberto. ¿Y qué necesita usted?

—Hablar con Fernando Fuentes.

—Ah, sí. Soy yo, disculpe. El Goyo, para servirle. Lo que pasa es que tuve unos problemitas, ¿sabe? Por eso no me di a conocer de entrada… ¿vio? Pero viniendo del Roberto… diga usted qué necesita nomás. ¿Cuál es su gracia?

—Martín Biaggini. Mire, yo estoy tratando de comprar alguna cosita… para vender… ¿entiende?

—No, no lo entiendo… lo que pasa es que yo soy albañil, ¿vio? Y ya tuve algunos problemas con la justicia por esa confusión… me escucharon hablando por teléfono con el Roberto. Así que… no lo entiendo, ahora si usted es amigo del Roberto, cuente conmigo para lo que necesite. Incluso le paso mi dirección por si alguna vez anda por acá, me viene a visitar, ¿me entiende?... Anote.

—Ah…bueno, anoto —me sorprende, porque, en verdad, no lo entiendo con exactitud.

—Sí, los amigos de mis amigos son bienvenidos en mi casa. Y como le digo la confusión vino por una llamada…

—Le agradezco, si alguna vez ando por ahí… lo visito.

—Pase cuando guste. Venga a visitar Misiones que no se va a arrepentir.

—Gracias, le agradezco.

—De nada. ¡Y no dude en venir, que… en lo que pueda lo voy a ayudar!

La última frase la dijo con otro énfasis.

Walter pregunta con ansiedad.

—Me dijo que tuvo problemas con la justicia, pero… por lo que entendí quiere que vaya para allá. Me insistió bastante, pareciera que no quiso hablar del tema por teléfono.

—¡Hasta allá! Y… ¿qué hacemos?

—¡La pregunta del millón! Aparte, yo soy el que duda y vos sos el que da la respuesta.

—Esta vez decidí vos —contesta riéndose a carcajadas.

—¿Cómo andás de plata? —le pregunto.

—Tengo lo que ganamos con la venta de los equipos, pero no quisiera malgastarlo…

—¿Vos sos el mismo que me dijo que pensemos en grande?

—No me jodás… ¿Por qué no vas solo? Así gastamos la mitad.

CONEVOLUCIONES PAJARS-ALAMAZOL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

—No me convence tu idea, acordate lo que nos pasó la vez anterior.

—Tenés razón. Averigüemos cuánto cuestan los pasajes.

Cuando termina su turno, averiguamos el costo, horarios y empresas que viajan hacia allí. Después de sacar cuentas y evaluar la situación, resolvemos hacer la inversión, cueste lo que cueste.

Nos lleva unos días acomodar nuestras cosas.

En ese lapso, me mudo a un hospedaje bastante informal cerca de la estación de Retiro, en el que no me solicitan ninguna identificación, entonces me registro con un nombre ficticio; imaginando, que eventualmente hagamos llegar alguna encomienda a este lugar. Ya veremos cómo resulta esa idea. Engaño al encargado alegando ser viajante y, le explico, que tal vez reciba algún paquete. Responde que no hay inconveniente; incluso que, si yo no estuviera presente, él podría recibirlo. Cosa que no pienso permitir que ocurra.

Considero seriamente la posibilidad de conseguir un DNI adulterado, como modo de resolver estas cuestiones con mayor facilidad. Si llegaran a solicitármelo al momento de recibir alguna encomienda, no sabría cómo remediar la situación. Aunque, llegado el momento, ya veré qué hacer.

Emprendemos nuestras supuestas vacaciones a Misiones; tal como informó Walter en la pensión en la que vive y a algún otro allegado.

5 de junio de 2005- Ciudad de Buenos Aires- Posadas.

Por la noche partimos desde Retiro, después de cenar algo ligero.

Me acomodo del lado de la ventanilla y me tapo con la campera, mientras saboreo un alfajor de chocolate; en cambio Walter, sentado a mi lado, se duerme casi de inmediato.

Me gusta observar los viajes desde la ventanilla... contemplar los diferentes paisajes que ofrecen en todo su trayecto; pero el monótono murmullo del motor junto a la agradable temperatura, sumado al estómago satisfecho y una aburrida película, se convirtieron en un combo determinante con el que le permito al sueño convencerme paulatinamente.

6 de junio de 2005- Posadas.

Después de varias horas de marcha y dos o tres paradas, con las primeras luces del alba, noto un cambio absoluto del paisaje. Largas lomadas por las cuales serpentea el gris e interminable camino que siempre acaba por perderse en el horizonte, sobre la cima de esas mismas lomadas. El sugerente contraste del verde con el rojizo atrae profundamente la atención cuando se lo ve por primera vez. Un paisaje diferente, la misma sensación de asombro que se tiene cuando se llega a las montañas o al mar, también, por vez primera.

CONFIDENCIAS DE ESPEJUELOS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO OLIVA-CRONICA-EDICION GRATUITA E ILIMITADA-

Un rato más tarde, estamos llegando a Posadas.

—Despertate —le digo a mi compañero.

El que totalmente dormido, no se enteró que llevamos medio día de viaje

—Llegamos. Despabilate que en un rato bajamos.

—Cuánto verde con rojo, qué raro se ve —expresa entredormido, apenas alzando su cabeza para observar el típico paisaje natural de la zona.

Con la intención de desayunar, ingresamos en un sencillo bar cerca de la terminal de ómnibus y nos sirven una taza de café con leche bien caliente y espumoso, acompañado de medialunas, tostadas con manteca y mermeladas individuales. Después de devorarlo, comenzamos a estirar nuestros entumecidos cuerpos.

El sol, ya muy alto, invita más a vagar por la ciudad que a quedarse adentro. Le preguntamos al mozo por la dirección que me diera Goyo Fuentes y nos dirigimos hacia allí.

Caminamos, y continúo sintiendo esa extraña sensación a causa del contraste. Son colores que nunca antes había visto combinados por la naturaleza.

—Qué cosa rara, no me acostumbro —dice Walter.

—Me pasa lo mismo. Ya estamos cerca de la casa de Fuentes. Debe ser ahí — señalo hacia lo que parece la cuadra siguiente, porque no se distingue muy bien dónde comienza una y termina la otra; aparte de ser una zona bastante descampada, de dos o tres viviendas por manzana, parece una zona rural.

—Otra casa cerca no hay, está algo retirada de la ciudad.

—Parece, lo que pasa es que se terminó rápido el asfalto a comparación de Buenos Aires.

Vemos que es una morada humilde, con su desparejo revoque pintado de blanco, techo de chapa y un patio al frente con un cerco medio caído construido de ramas entrecruzadas y alambres.

Golpeo las palmas de mis manos, ya que no vemos ningún pulsador de timbre. Nos asedia un pequeño perro blanco con manchas marrones que salió de atrás de la casa, y que con sus ladridos de centinela alerta a sus amos de la presencia de unos extraños.

Inmediatamente, asoma a través de la puerta una mujer de unos cincuenta y tantos años con un gastado e impecable delantal de cocina, estampado con flores de varios colores.

—Sí, buen día —pronuncia, algo desconfiada al desconocer a los visitantes.

—Buen día señora, estamos buscando al señor Fuentes —nos observa con cierto recelo, mientras seca sus manos con el delantal.

—Ah, ¿de parte de quién? Porque él no vive más acá. ¿Usted llamó desde Buenos Aires hace unos días?

—Sí, lo llamamos desde Buenos Aires y nos dijo que pasáramos por acá, que en lo que podía nos iba a ayudar.

—Ah, ¿y qué necesita usted?

CONEVO-LOS-ESPUMOS-FLAMAZOS-CRISTIAN-MARCELO-LATRONICA-EDICION-GRATUITA-LIMITADA-

—Mire, yo... nosotros quisiéramos hablar con él, me dijo que pase por esta dirección. Yo conozco a Roberto Méndez.

—Ah, cierto, de parte del Roberto; algo me dijo el Goyo. Esperen por acá que lo llamo enseguida, pasen por favor.

Permanecemos en un pequeño patio al costado de la casa que tiene una pérgola de madera y alambre, en la cual hay una enredadera que nos proporciona sombra, deteniendo los rayos del sol de la ya media mañana. Aunque no hace demasiado calor, se siente la diferencia con el clima de Buenos Aires.

Nos sentamos en un banco de madera que hay en el lugar y estiro vigorosamente mis piernas, que aún sienten los efectos del largo viaje; Walter, hace lo mismo.

—Qué raros son, primero se esconden y después te atienden amablemente ¿Será por el problema que tuvo el tipo con la justicia? —pregunta Walter.

—Seguro... ¿y no nos estaremos metiendo en otro problema? Nosotros...

—¿No te vas a arrepentir ahora?

Largo una carcajada y no puedo parar de reírme hasta que me brotan lágrimas de los ojos.

—¡Buen día! —irrumpe una ronca voz detrás nuestro.

Al darnos vuelta, vemos a un hombre corpulento, de tez oscura, curtida por el sol y por la vida. Tiene el cabello entrecano y una prominente nariz que parece apoyarse sobre un espeso bigote. Luce un abdomen propio de alguien que disfruta de la comida y la bebida. Cada inhalación y exhalación se oye claramente por su forzada respiración. Viste un jean gastado y una camisa de pequeños cuadros blancos y rojos, impecablemente lavada y planchada. En su mano izquierda sostiene un mate, y con el otro brazo aprieta el termo contra su pecho. Su apariencia, devela unos sesenta y pico de años.

Nos incorporamos para saludar, y le extiendo mi mano.

—Buen día —decimos casi a coro con Walter.

—Así que ustedes vienen de parte del Roberto.

—No precisamente de su parte, pero yo trabajaba con él, en Buenos Aires.

—Ah, recuerdo haber hecho algún envío a nombre de su ayudante. ¿Cómo se llamaba? —se pregunta, intentando recordarlo.

—¿Martín?... Yo. Recibí unas encomiendas y de ahí saqué su teléfono.

—Ah, ¿no lo mandó el Roberto entonces? —irrumpe.

—No, yo ya le había explicado que no.

—¿Y el señor? —dice, mirando a Walter con firmeza en los ojos.

—Un amigo, Walter... —dudo al responder, entonces él interviene.

—Walter Quintana —se presenta extendiendo también su mano.

Fuentes nos observa con recelo.

CONEVOLUCIÓNELESPEJISMODESPLAZADO-CRISTIANMARCELOLAROCCA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

—Ajá… ¿y qué es lo que necesitan? —pregunta, convidándome un mate en una calabaza forrada en cuero, con un pie de alambre cromado.

—Estem…queremos…

—¡Hable con confianza! —interrumpe, en un áspero tono.

—Tiene razón, me da vergüenza, pero queremos… comprar algunas cosas para revender —explico, bajando mi vista al suelo.

—Mire muchacho, con timidez este negocio no funciona. Es más, se vuelve peligroso. Así que si pretende meterse en el oficio… carácter duro y alma fría, ¿entiende?

—Entiendo, igual solo queremos… algunos electrónicos, nada más.

—A eso me refiero. Es a lo único que me dedico, como un extra; así que, si buscan otra cosa… no voy a poder ayudarlos. —explica, mientras toma un mate y niega moviendo apenas la cabeza.

—No, no buscamos ninguna otra cosa, quédese tranquilo.

—Conmigo no existe esa posibilidad, por eso estoy tranquilo. ¿Y el Roberto?

—Cayó preso.

—¡Ya sabía yo! Se metió con la pesada, che. Miren que le avisé… con eso no se juega. Una cosa es evadir impuestos; otra muy distinta es matar de a poco a la gente, che. Las drogas hacen ese trabajo, lento pero seguro. Es un enemigo silencioso y difícil de frenar. Y muchos gobiernos se hacen los tontos, como si no supieran. Buen tipo el Roberto, pero no me hizo caso. Por eso… tuve problemas yo. Se pensaron que estaba en la misma porque encontraron mi nombre en algún papel de él. Pero la policía sabía, ¡fueron derecho a donde tenían que ir! A mí, me sentenciaron nomás. O dejo el negocio o, si me agarran de nuevo, voy al calabozo. Pero sin esto no comemos, si acá… mucho trabajo no hay.

Buen, pasen a la cocina que vamos a estar más cómodos; el rancho es humilde pero el corazón es grande —dice, sonriendo.

Es una casa sencilla al igual que sus ocupantes, con estilo de campo. Una pileta grande, la mesada al igual que la pared de la cocina revestidas de azulejos, prolijas cortinas en el bajo mesada, el piso de cemento color bordó cuarteado por los años. Una heladera antigua, un aparador de vidrio y madera pintado de verde manzana, y la mesa con sus sillas de madera de pino al natural.

—¡A ver Doña!, si agranda ese estofado que tenemos visita —le ordena a la señora que nos atendió cuando llegamos; que supongo, será su esposa.

—Como verán… de plata no nos llenamos. Y dicen que estamos bien, che —la ironía le brota por la expresión de su cara.

—Allá no estamos mucho mejor. Desde que dejé de trabajar con Roberto no conseguí más nada. Y Walter tenía un trabajo de esclavo por dos mangos.

—Y sí, siempre se la llevan los mismos.

CONLOSVUELOSDELOSPAJAROS-PLAMAZU-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Por eso decidimos venir hasta acá, para ver si podemos hacer algo… —agrega Walter.

Mientras me convida otro mate, levanta sus tupidas cejas, dejando al descubierto las arrugas de su curtida piel.

—Miren muchachos, vamos a hablar claro. Esto cuando empieza, es fácil, porque se maneja poco capital; pero cuando va pasando el tiempo, se va haciendo más y más difícil. A medida que aumenta el volumen… la policía se entera. Por pocas cosas no pasa nada, todo se arregla. Pero cuando la cosa se hace grande, y las papas queman… nadie quiere ser el responsable y cada cual cuida su retaguardia, ¿entienden?

Cuando hablé con ustedes, pensé que llamaban de parte del Roberto. Creí que se había librado del problema y llegaba por intermedio de ustedes para despistar a la policía. Porque yo perdí el contacto con él a causa de lo que pasó. Con él me manejaba seguro, era mi único cliente. Trabajando con uno solo se hace menos peligroso, y ya estoy viejo para este traqueteo, así que me deshice de los demás —hace una pausa y ceba otro mate— Él compraba bastante; aparte, lo conocía de años, buen tipo…

Bueno, yo no tengo ahora con quién trabajar. Los clientes de antes ya tienen sus proveedores, así que estoy en un aprieto. Hago algunas changas de albañilería, pero no alcanza. La patrona está con algunos achaques y necesito plata urgente. ¡Así es la cosa! Ya les expliqué más o menos… ustedes dirán.

—Experiencia no tenemos…

—Veo. Ya les digo, yo necesito plata, pero… piénsenlo bien. Si es para hacer unos pesos, está bien; pero si piensan en algo más grande… —explica con absoluta sinceridad.

—¿Vos qué decís? —le pregunto a Walter.

—Y no sé… probemos con algo, aparte para salvar los gastos del viaje.

—Sí muchachos, por eso no se preocupen, porque es poco volumen y es la primera vez. El problema es la continuidad y con volúmenes grandes, porque se vende mucho.

El Roberto vino acá sin nada. Está bien que…los dos últimos años se dedicó a otra cosa, pero igual hizo diferencia, lo habrás visto vos —me interpela.

—Sí, tenía un buen auto y una buena casa —respondo.

—Y el campo… y el yatecito… y muchas cosas más… la casa en Mar del Plata, en Punta del Este, el hotelito de Córdoba. Él agarró los años de las vacas gordas.

—Ah, una hostería en Córdoba. Me acuerdo que lo escuché decir algo. Pero no entiendo… con esas encomiendas no pudo haber hecho todo eso

Se ríe, Goyo.

—No, claro que no. Antes de que empiece con la podrida droga, las encomiendas eran un poco más grandes.

—¿Cuánto? —pregunta Walter con asombro.

CON VUELO DE PLUMAS-PLAZA-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICIÓN GRATUITA-LIMITADA-

—Fletes enteros, que distribuía en Buenos Aires y otras ciudades. Era grande el Roberto, muy grande. Y eso que empezó sin nada, che. Pero la ambición y la confianza lo metieron al calabozo. Al último ya me daba toda la ganancia de lo que yo le mandaba. Era poco, y él usaba las encomiendas. A mí dejó de gustarme la cosa, por eso se lo dije, y entendió. Después las encomiendas "cargadas" las despachaba otro. Nunca se olvidó de mí, yo solo le enviaba chiquitaje para que tenga en el local como pantalla. Se descuidó, y así le fue.

Y yo lo que gané... se me fue en alimentos, remedios de la patrona y... las cartas, la noche, los burros. El vicio es mal consejero muchachos. ¡Y la plata fácil, te lleva viento, che! Menos mal que..., aunque sea, la patrona me perdonó; si no, ni dónde dormir tendría —dice, girando para verla, mientras le sonríe con agradecimiento.

Y desde la cocina se escucha una voz.

—Está la comida, a lavarse las manos —interrumpe dulcemente, con voz de madre, mientras seca las suyas en el delantal.

—Mirá Goyo..., si no se parece a nuestro Carlitos —expresa con añoranza observando a Walter, y este queda desconcertado.

—Carlos... era nuestro único hijo, que quedó... allá en Malvinas. La verdad es que esas islas están tan lejos de acá que, por poco, no las habíamos olvidado. Y ahora él está allá, con tanto frío... acostumbrado al calor. ¡Qué va a ser! Uno lo cría... el Carlitos... buen hijo, fiel al compromiso, cumplidor y muy compañero...

Pasen al baño, si necesitan —dice después, intentando cambiar el ánimo. Y nos señala la puerta que lleva a ese lugar.

—Pasen rápido, que se enfría —dice la señora que, a nuestro regreso a la cocina, nos espera con una foto de su hijo en Malvinas.

—Es la última que tengo.

Nos la muestra.

—¡Dale vieja! Serví que se enfría —exige Goyo, tratando de hacerse el fuerte y distraer a su señora.

Es una fotografía ajada y gastada. Fue tomada en un pozo de zorro en el que hay dos soldados flacos y sucios, esbozando una sonrisa admirable; fusil en mano y mar de fondo, en un día tan apagado y opaco como la foto misma. Parece un puesto de vigilancia.

—Es este —aclara, señalando al de la derecha, con sus ojos llenos de lágrimas.

—Y este, es el amigo que se hizo allá. Él mismo me trajo la foto, dijo que otra cosa no tenía, que fue lo único que quedó después de la explosión, porque la tenía él. Se salvó porque justo había ido a buscar comida y mi Carlitos se había quedado de guardia. Parece que fue un cañonazo desde un barco que ni veían.

—¡Bueno, a comer! —ordena Goyo, haciendo sentir su ronca voz de fumador y don de mando.

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS-TLATAZCA-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA- EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Nos sentamos uno a cada lado de la mesa y almorzamos casi sin decir palabra. Solo comentamos de qué lugar somos y algunas cosas más, pero hablamos muy poco.

Al finalizar, nos dirigimos afuera, hacia el patio en el que habíamos esperado cuando llegamos. Acordamos ir a comprar algunos objetos electrónicos a Paraguay y, así, salvar los gastos. Más adelante decidiremos si continuamos o no.

Goyo nos recomienda el hotel de un conocido suyo, al que concurrimos para hospedarnos. El resto de la tarde nos dedicamos a pasear.

—¿Soy parecido a Carlitos? —me pregunta Walter en un momento dado.

—No... más o menos, si la foto casi ni se veía...

—Pobre gente.

7 de junio de 2005- Posadas- Encarnación.

Al día siguiente nos encontramos con Goyo a la hora acordada y tomamos un remís que nos llevará hasta Paraguay. Durante el camino; Goyo, que va en el asiento del acompañante, nos explica que nos lleva para que conozcamos el manejo desde el principio.

—Ah, está bien —manifiesto tímidamente, y lo nota.

—Hablen con confianza que el señor es amigo mío. Diego es el que pasa las cosas.

El conductor nos contempla por el espejo retrovisor.

—Así que ustedes son los que quieren empezar a trabajar. Tengan cuidado con este viejo ladino.

Ambos, cruzan miradas con cierta complicidad y ríen.

—No le hagan caso, dice eso porque no me puede ganar al truco —replica Goyo.

Pasamos los controles fronterizos y cruzamos por el extenso puente sobre el Río Paraná, hasta la ciudad de Encarnación.

Luego, llegamos a una calle que parecería ser la principal del centro comercial, la que se destaca por el bullicio de la muchedumbre comprando diferentes artículos por cantidades. Desde electrónicos de última generación hasta ropa o simples baratijas.

Nos dirigimos directamente a uno de los tantos locales donde Goyo, apenas ingresa, saluda cordialmente al encargado y nos presenta.

El hombre habla con un extraño acento, al igual que muchos de los comerciantes de aquí. Después, nos enteraremos que son árabes que se establecieron en el Paraguay.

Adquirimos algunos estéreos para auto con cd, cámaras de fotos digitales, un par de DVD y algunos componentes de computación. Luego de realizar las compras, tomamos un refresco en una de las mesas sobre la vereda de un antiguo bar, a la espera de que Diego, el remisero, deje el cargamento en Argentina y regrese por nosotros. Según Goyo, es más seguro así.

A mí no me complace el método para hacer esto y, cuando puedo comentarlo con Walter, responde que a él tampoco. Pero la situación ya está planteada, entonces me relajo y comienzo

SOBRE VUELO DE ESPEJOS PLATA 2.1 - CRISTIAN MARCELO LATRONICA - EDICION GRATUITA ILIMITADA -

a observar como es esta ciudad de Paraguay, ya que nunca antes había estado aquí. Noto que es bastante pobre o, por al menos lo parece; hay calles asfaltadas y otras de empedrado, en general bastante deterioradas, en las que se comercian variados productos.

Particularmente me llama la atención un sector en que venden comida en la calle; hay frutas y verduras esparcidas, que generan un fétido olor.

También existen edificios de departamentos de aspecto lujoso, en contraste con el resto de las edificaciones; además de muchos vehículos importados de alta gama. Como en toda América latina; pocos tienen mucho, y la mayoría, poco y nada. La regla no varía.

Es notoria la presencia policial. En muchos lugares hay guardias con uniforme color caqui, fuertemente armados con ametralladoras o escopetas de grueso calibre; incluso, con perros.

Unas dos horas después, reaparece el remís y recién entonces nos tranquilizamos un poco. Durante el viaje de regreso, Diego comenta que tardó en cruzar porque no estaba su cuñado y llevó tiempo hasta que lo encontraron. En realidad, nos explica, que es el marido de su prima, pero como ella es como una hermana para él, lo llama cuñado.

—¡Ya me parecía! —dice Goyo.

—Pero… ¿hubo problemas? —pregunto, ante la atenta mirada de Walter.

—No, quédense tranquilos, ya está todo a salvo del otro lado. Igual esto es lo más fácil, lo difícil es adentro de Argentina, hasta llegar a Buenos Aires —explica Diego.

—Pero van a mandar una encomienda —asegura Goyo, observándonos para ver si decimos lo contrario.

—Sí, está bien. Pero igual lo más difícil son los controles de Gendarmería dentro de Argentina. Incluso, es mejor ir a comprar a Ciudad del Este, pero es algo más difícil volver todavía… —agrega Diego.

Así, entre charlas, llegamos nuevamente a Posadas; a una vieja casa donde guardaron nuestra compra. Acordamos pasar mañana a retirarla para hacer el envío.

Cuando intento pagarle el viaje a Diego, dice que hable con Goyo y este me indica que lo arreglaremos una vez que retiremos todo; como una especie de garantía de que vamos a tener nuestra mercadería y en perfecto estado.

Por la noche, mientras cenamos, Walter y yo dialogamos acerca del negocio.

—¿Qué te pareció? —me pregunta.

—Hasta ahora va todo bien, esperemos que todo llegue a destino sin problemas.

—¿Y allá qué vamos a hacer?

—Lo mismo que la vez anterior, como cuando retiramos la encomienda de mi ex patrón, ¿o ya te olvidaste?

—¿Te acordás? ¡Qué julepe tenías! Y cuando nos corrieron… ¡qué paliza les diste! Me parece que nunca te agradecí.

—Ni yo, el día que recuperamos esa encomienda que estaba con mi nombre…

CONELVUELODELOSPAJAROS-ELAVIZOR-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Estamos pasando un buen momento. Después de cenar, con la tranquilidad de haber tenido un buen día, paseamos un rato por el centro y nos retiramos a descansar; a la espera del momento en que realizaremos nuestro primer envío.

Por la ansiedad no logro dormirme, incluso, escucho a Walter dar vueltas en su cama.

8 de junio de 2005- Posadas.

Cuando nos encontramos con Goyo, nos acompaña a despachar el cargamento.

—¿Cómo piensan hacer con la encomienda? —nos indaga.

—¡No entiendo! —exclama Walter.

—Sí, ¿a nombre de quién la van a mandar?

—No sé, mío —respondo.

—Te digo por qué, si la envían por una empresa acreditada, allá te van a pedir el documento para retirarla. En cambio, por una empresa menos formal que yo conozco, te la entregan sin muchas vueltas —me guiña un ojo, queriendo dar a entender de qué se trata—, aunque no es tan segura... pero se dedican a eso, y así se manejan. Les aviso porque si Gendarmería la intercepta y lleva el nombre de alguno de ustedes, pueden tener problemas. ¡Preferible perderla que ir preso!

—Mejor por la empresa informal, total yo en el hotel de Retiro me registré con un nombre falso pensando justamente en esto. ¿Qué pasaría si conseguimos un documento adulterado? —pregunto.

Goyo me mira sorprendido.

—¡Aprendes rápido! Les va a simplificar las cosas y también poder enviarlas por empresas más seguras, incluso ir cambiando. Pero fíjense que el verdadero dueño del documento no tenga problemas con la justicia. Y si los agarran presentando un DNI falso van presos, así de simple.

—Si continuamos con esto, vamos a tener que conseguir uno —agrega Walter.

—Sí, va a ser lo mejor.

Entonces, realizamos el envío al hotel de Retiro, con el nombre con el que me registré como remitente; arreglamos las cuentas con Goyo y le enviamos nuestros saludos a su amable señora.

Por la tarde, compramos los pasajes, y ya entrada la noche emprendemos el retorno hacia Buenos Aires.

—Me dio el número de un amigo, para que le avisemos si llegamos a necesitar algo más —comento a Walter.

—¿No es más fácil y seguro por mail? Total, creamos uno con datos falsos...

—Mucho no le gusta la idea, porque como no lo maneja tiene que hacerlo un tercero, que se enteraría indefectiblemente de lo que hace. Esto es para probar, si decidimos continuar ya veremos de qué manera nos conviene comunicarnos; yo también pienso que es mejor.

CONVUELTOELOSPIJAROS-PLATA2-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Además, podemos cambiar la dirección cada tanto y listo, por seguridad.

Recibimos la encomienda sin inconvenientes y en el transcurso del mes logramos vender casi todo.

2 de julio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Decidimos hacer un pedido por teléfono.

—Hola, quisiera hablar con Juan —digo.

—Él habla —contesta una voz serena.

—Llamo para hablar con Goyo Fuentes.

—No señor… no va a poder ser… Fernando Gregorio "El Goyo" Fuentes… falleció.

Quedo paralizado por un momento.

—¿Qué… le pasó? —pregunto sorprendido.

—El cigarro, el trago y la noche… no lo perdonaron más. Le dio un ataque fulminante. ¿Usted es familiar? —indaga.

—No, él me pasó este número para comunicarme por si necesitaba… pedirle algo. Yo había llegado a un acuerdo con él hace un mes, más o menos.

—Ah, sí. ¿Usted llama de Buenos Aires? Estoy al tanto de eso.

—Bueno, no sé qué decirle; la verdad, me sorprendió con la noticia.

—Cosas que pasan. Respecto a lo suyo, lo único que puedo decirle es que hable con Diego, el socio, el que tiene el remís. Si quiere le paso el número.

Después de anotarlo, sin dejar atrás la sorpresa, le pregunto:

—¿Y la señora?

—Se fue unos días a la casa de una hermana en Iguazú, por lo que sé.

—Ah, bueno, gracias. Muy amable.

Voy directamente a lo de Walter. No puedo creerlo… ¡qué desdichada esa señora!

—No te imaginás lo que pasó. Murió Goyo.

—¿Me estás cargando?

—No en serio, ¿te acordás que respiraba con dificultad por el cigarro y el chupi? Le dio un infarto.

—Me dejás helado. ¿Y ahora?

—Por lo nuestro, tengo el número de Diego, el remisero que nos llevó.

—¿Lo llamaste? Tengo un pedido urgente.

—No, pero lo llamamos ahora si querés.

Qué insensibilidad la de Walter; parece que lo único que le interesa es lo nuestro. Ni pregunta por la señora de Goyo que nos atendió tan amablemente, y sobre todo a él, que lo vio parecido a su hijo.

SOBRE VUELO DE PÁJAROS PLATA 21-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICIONES BATUTA LIMITADA-

—¿Diego? Soy un conocido de Goyo Fuentes, de Buenos Aires. ¿Te acordás? Estuve ahí hace un mes aproximadamente.

—Sí, pero estoy con… un pasajero en el remís. Hablamos más tarde —dice y me corta la comunicación.

—¿Qué pasó? Qué rápido hablaste… —pregunta Walter.

—No pudo hablar, iba con un pasajero y me cortó. Dijo que lo llame más tarde.

—¿Será cierto? ¿Y ahora, qué hacemos?

—No sé. Llamemos más tarde. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Caminamos lentamente, tratando de pensar en alguna solución, por si Diego no nos llevara el apunte.

—¡Vamos de nuevo! Compramos directamente; de paso, nos ahorramos el intermediario —prorrumpe Walter.

—Puede ser, pero ¿cómo cruzamos la frontera?

—De la misma manera, alguna otra persona debe hacer ese trabajo o el mismo Diego.

Con decisión, emprendemos nuestro segundo viaje.

Espero que no levantemos sospechas en la pensión de Walter; yo, en cambio, no tengo ese inconveniente porque continúo alojado en ese penoso hospedaje de Retiro y registrado con el mismo nombre apócrifo. En ese lugar, nadie pregunta nada, así que decidimos hacer el próximo envío de igual manera que el primero, por si fuera interceptado por Gendarmería.

3 de julio de 2005- Posadas.

En cuestión de horas estamos nuevamente en Posadas. Si alguien me hubiera contado una historia así, no se lo hubiese creído; otra vez en este lugar para llevar mercadería de contrabando.

Lo primero que hacemos, es registrarnos en el mismo hotel que la vez anterior.

—Hola muchachos. ¿De vuelta por acá? Parece que les gustó Misiones —sonríe el conserje sarcásticamente.

Nosotros también sonreímos, pero no aclaramos nada de por qué regresamos.

—¿Se enteró lo de Goyo? —le pregunto para cambiar de tema.

—Sí, una desgracia. Pero él mismo lo fue buscando poco a poco.

—Eso dicen.

—Y sí; es así. Nos conocíamos desde pibes con Goyo, fuimos juntos a la escuela. Después dejó porque tuvo que salir a trabajar de muy chico, eran muchos hermanos y el padre murió joven.

—Ah, ¿y de la señora sabe algo?

—Se fue a lo de unos parientes.

CONELVUELOBELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Dejamos nuestro equipaje en la habitación y vamos a llamar a Diego; de salida, el encargado del lugar nos aborda.

—Muchachos, si necesitan algo… avisen nomás… que yo nací acá y conozco todos los movimientos de esta ciudad —intentando darnos a entender que sabe para qué volvimos y que nuestro contacto era Goyo.

—Ah, bueno, lo tenemos en cuenta. Gracias… Perdón, le hago una pregunta, ¿conoce a Diego?, el remisero amigo de Goyo.

—¿Quién no conoce a ese vago? Tengan cuidado, si quieren… Yo conozco gente de confianza que puede hacerles ese trabajo.

—Lo tenemos en cuenta, pero por ahora ya hablamos con él. Cualquier cambio de planes, le avisamos.

—Acá les anoto la dirección de la remisería donde trabaja.

Nos dirigimos directamente al lugar, mejor hablar en persona.

—Buenas…, buscamos a Diego.

—Está haciendo un viaje, pero si los puedo ayudar en algo…

—¿Cuándo vuelve? —pregunto, cortando la conversación.

—En un rato, porque hace bastante que salió para Paraguay; pero igual con eso nunca se sabe cuánto podés tardar en volver, tal vez un rato o tal vez toda la vida.

—¿Por qué? —y en ese instante me di cuenta de lo desacertado de mi pregunta.

—Porque si todo sale bien, tardás unas horas, a lo sumo; y si sale mal podés tardar años o toda la vida en volver.

—No… entiendo —expreso tratando de salvar la situación… porque cuanta menos gente sepa lo que estamos haciendo, mejor.

—Si lo buscas a Diego, tenés que entender de lo que te hablo —contesta, encogiéndose de hombros.

—Ah, sí… claro.

No sé qué decir, encima Walter me mira con ganas de matarme. Sospecho que acá todo el mundo parece saber o imaginarse a qué vinimos; debe ser por el ambiente en que nos movemos y con la gente que tratamos. Parece que Diego es muy conocido como una persona que se dedica a pasar cosas de contrabando por la frontera.

Esperamos un rato y llega, quiere decir que le salió bien el trabajo y eso me anima, como si fuese garantía de algo.

Le explicamos directamente que necesitamos que nos pase algunos equipos, y acordamos cruzar a Encarnación mañana temprano. Luego, regresamos al hotel.

—¿Qué te parece, te inspira confianza? —sondeo a Walter.

—Más o menos, es medio versero y acordate lo que nos dijo el encargado del hotel, que tampoco me inspira confianza.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-SILVIAZUL-CRISTIANMARCELOELECTRÓNICA-EDICIÓNGRATUITAILIMITADA-

—¿Y qué hacemos?

—Ya acordamos cruzar mañana. Vemos cómo se porta esta vez y, para la próxima, decidimos.

4 de julio de 2005- Encarnación.

Llegados a Paraguay, nos dirigimos al mismo local al que nos llevó Goyo. Quedamos muy satisfechos con las compras, ya que al adquirir una mayor cantidad de mercadería que la vez anterior, conseguimos un mejor precio.

Diego, al ver tantas cosas, dice que convendrá hacer dos o tres viajes; porque si se las llegasen a incautar, no se perdería todo. Pero esto, lógicamente, tendrá un costo mayor y ya no nos gusta la situación; más allá de que sea razonable su apreciación. Anteriormente, nunca nos explicó esto; tal vez, la culpa es nuestra por no conocer el manejo y nos disgustamos injustamente con él. De todas formas, le haremos caso, ya que él es el que sabe. No nos queda más que confiar en su palabra.

Permanecemos en el mismo bar en el que habíamos esperado el viaje anterior, persiguiendo de alguna manera la buena suerte de esa otra vez. Como si repitiendo las mismas cosas que hicimos cuando nos salió todo bien, nos asegurábamos la dicha en esta nueva ocasión. Una especie de cábala, ejecutada de forma inconsciente.

Pasadas tres horas y media, no tenemos ninguna noticia de Diego. Estamos presagiando la mala fortuna y, aunque hago un gran esfuerzo para no considerar esa opción, no logro disipar ese mal pensamiento de mi mente.

Pero, al fin, vemos aparecer el remís que nos trajera; y nos vuelve el alma al cuerpo. Pasaron cuatro horas y cuarto, que nos parecieron un día entero.

—¿Qué pasó? —le pregunto apenas puedo.

—Me cortaron un cruce.

—¡No! ¿te sacaron las cosas? —pregunta Walter tomándose la cabeza.

Yo, estoy a la expectativa de una respuesta feliz.

—Sí, me agarraron el viaje más cargado. Mi cuñado… justo, tuvo el cambio de guardia y no pude hacer nada con la persona que me revisó; un guardia nuevo.

—¡No! ¿Y ahora qué hacemos? ¿Qué te sacaron? ¡Ya me parecía! —Walter está desaforado.

—¡Callate! No grités —lo increpo, exasperado también.

—¡Qué querés! ¡Perdimos las cosas y pretendés que esté contento!

—No se preocupen, mi cuñado el fin de semana arregla todo. No es la primera vez que me pasa esto; y él, recupera las cosas sin problema.

—¿Cómo… que recupera las cosas? —pregunto.

Él, es jefe de una sección… siempre arregla algún problema que yo pueda tener y recupera la mercadería.

CON LOS DEDOS PLATA EL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA LIMITADA-

Al notar que dijo “arregla” con otro tono de voz.

—¿Cómo arregla? —pregunto.

—Y… él arregla con otro jefe, que es amigo.

—Sí, entiendo. Pero, ¿cómo arregla? —insisto, dándole a entender que hable sin dar vueltas.

—Hay que pasarle algún… billete —dice, frotando su dedo medio con el pulgar.

—¡No, no! Así no vamos a ninguna parte. ¡Pagalo vos! —lo increpa Walter, señalándolo.

—¡Callate! No grités más —le exijo.

—¡Pará! No me grités, estos son los riesgos del negocio —replica Diego a Walter de mala manera; bajándose impulsivamente de su automóvil.

En ese momento, tomo por un brazo a Walter y lo llevo por la fuerza hasta la mesa del bar.

—¡Sentate y callate! ¿No te das cuenta que si lo enfurecés, en vez de recuperar la mercadería para nosotros, se la quedan ellos? ¡Calmate y pensá! Quedate acá sentado, que voy a ver cómo se soluciona esto —le susurro con exigencia, para evitar ser oído por Diego.

—¡Escuchame! Decile a tu amigo que esto es así, ¡no lo hice a propósito! —se justifica Diego algo furioso.

—Calmate, ya está. ¿Cómo se soluciona?

—¡Pero se enoja como si yo lo hubiese hecho a propósito!

—Basta, ya está. Y respondeme la pregunta que te hice.

—¡Como te dije! Hay que pagarle a un tipo de la Aduana. ¿Qué es lo que no entendés?

—¿Cuánto? Eso es lo que quiero saber…

—No sé, eso lo decide esa persona cuando ve la mercadería, de acuerdo a lo que haya… cobra.

—¿Cuándo arreglamos esto?

—Y… pueden sacar las cosas los fines de semana solamente.

—O sea, en cinco o seis días.

—Sí, para el fin de semana —asegura.

—Tenés idea… más o menos, ¿cuánto puede ser que cueste? Como para ver si nos alcanza la plata.

—¡Qué sé yo!, alrededor de quinientos pesos, calculo… por lo que hay. Por ahí pide menos, no puedo saberlo.

—Bien, ahora mejor volvamos.

Llegamos al hotel de Posadas y Walter no pronunció palabra durante el regreso, y tampoco debemos hacer ningún comentario de lo sucedido al encargado del hotel.

Como Diego nos aseguró que el fin de semana recuperará la mercadería incautada, vamos a enviar el stock que tenemos en nuestras manos antes de que suceda algo. Además, le pagaremos por su trabajo en cuanto tengamos todo en nuestro poder; cosa que no le agradó cuando se lo comuniqué, pero lo entendió.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLAZA ZOL-CRISTIAN MARCELO PLATRONICA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

El encargado del hotel de Posadas, parece tener ciertas sospechas sobre lo sucedido, ya que nuestra estadía se ha prolongado varios días más de lo que le habíamos informado. Intentando justificarnos, le explicamos, que aprovecharemos este viaje para descansar y conocer las Cataratas del Iguazú. Sin embargo, presiento que no nos cree. Tal vez deberíamos habernos cambiado de hotel. No es por desconfiado, pero tampoco me inspira confianza. En cada oportunidad que se le presenta, habla mal de Diego, intentando convencernos de trabajar con esas personas que él conoce. Ese comportamiento no me gusta; desconfío de quienes insisten en desprestigiar a otros con tanta soltura, especialmente frente a desconocidos, como nosotros.

7 de julio de 2005- Cataratas del Iguazú.

El jueves visitamos las Cataratas. Es un espectáculo magnífico. Escuchar semejante bullicio sin ver aún desde dónde proviene. No es solo un paisaje, es algo impresionante, avanzar por esas pasarelas entre la maraña de la verde selva sintiendo como paso a paso te aproximás a ese ruido ensordecedor. Hasta que, de pronto, aparecen las Cataratas.

Permanecer estático en ese mirador, a metros de esa brutal caída de agua, tan cercana que podría alcanzarla con mis propias manos. Tanta agitación, esa bruma que vuela por el aire humedeciendo la cara, mientras los rayos del sol atraviesan miles de gotas formando varios arcoíris. Me siento insignificante parado en la propia base de la cascada, y miro hacia arriba, admirando la majestuosidad que esta ofrece. Ese formidable salto de la tierra que me haría desaparecer en fracción de segundos, si se me viniera encima.

Los semirrígidos, cargados de turistas, intentan de embestir la cascada a toda velocidad; pero la fuerza del agua vence a los motores y los hace retroceder.

Al acercarme, ahora por encima, tengo la inevitable sensación de que me va a tragar y no hay escapatoria posible. La Garganta del Diablo, qué nombre más acertado, tan bien puesto que no debe existir uno mejor. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido bautizarla así.

Es increíble observar hacia abajo y sentir el poder y la furia con la que se desploma esa montaña de agua. Y solo unos cuantos metros antes de que comience su estrepitosa caída, se observa la antítesis, una calma total; el agua, que corre pacífica hasta llegar al borde del abismo, donde se torna invencible y capaz de arrasar con todo lo que se interponga en su camino.

Es un lugar en el que se siente la fuerza bruta de la naturaleza, y te invade la inevitable sensación que, si esta lo decidiese, arrasaría con el mundo en un instante; sin que nadie pueda evitarlo.

Quedamos fascinados con el espectáculo, tanto, que nos hace olvidar los problemas hasta el día siguiente.

8 de julio de 2005- Posadas.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS - PLATA21 - CRISTIAN ARCE SOLTROVICH - EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA -

Nos comunicamos con Diego para que nos explique la situación respecto a la mercadería incautada. Su mera respuesta es que se está encargando del asunto y que nos despreocupemos; que en cuanto tenga novedades nos avisará de inmediato. No nos queda más remedio que confiar y esperar hasta recuperar lo nuestro.

Esa misma tarde despachamos una primera encomienda en la que va parte de la compra realizada. Va hacia el hotel de Retiro, con el nombre falso con el que estoy registrado allí.

Decidimos realizar dos envíos, utilizando el mismo criterio de Diego para cruzar la frontera. Porque, al fin y al cabo, si es verdad que lo detuvieron, tuvo razón en no querer pasar todo junto.

Enviaremos otra encomienda en los próximos días, así viaja cada bulto en un transporte diferente. De esa manera, nos cubriremos parcialmente. No podemos permitirnos otra falla porque nos veremos afectados en todo sentido.

9 de julio de 2005- Posadas.

Es mediodía del sábado y no tenemos noticias, pero decidimos darle un poco más de tiempo. Esperamos ansiosos por saber cómo le fue, pero entrada la tarde, no resistimos la tentación y lo llamamos.

—Hola Diego, habla Martín… ¿qué pasó que todavía no nos avisaste nada?

—Es que no pude localizar la mercadería.

—¿Cómo que no pudiste? ¿Qué pasa ahora?

—Nada, solamente que no la encuentran, pero quedate tranquilo que está.

—¿Y entonces?

—La persona de la Aduana que arregla con mi cuñado se fue de viaje.

—¡De viaje! ¿Y cuándo vuelve?

—No sé, pero mi cuñado está tratando de arreglar por otro lado.

—Pero… ¡y hasta cuándo hay que esperar ahora! ¡No tenemos plata y además tenemos que volver a Buenos Aires!

—¡Qué querés que haga! ¡Si no está, no está y se acabó! ¡Esto es así! —contesta exasperado.

Me sereno, porque en un acto de ira podemos perderlo todo y no nos conviene. ¡Pensá! me regaño.

—Está bien, ¿y qué se supone que hagamos?

—Esperar a que vuelva o a que mi cuñado recupere las cosas por otro lado. Si quieren esperen acá, si no vuelvan a Buenos Aires que yo les hago el envío. Es lo único que puedo hacer.

—Bueno… mañana hablamos.

Cuando se entere Walter lo va a querer matar, pero si perdemos la calma puede ser aún peor. ¿Cómo lo convenzo para que no se enloquezca y piense solamente en lo que nos conviene?

CORTIVELO DE ESPADAS PLATA SL-CRISTIAN MARCELO ALTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Cuando se lo explico, como me había imaginado, se enfurece; pero poco a poco logro convencerlo de que nos conviene mantener la calma desde todo punto de vista. Así, resolvemos esperar hasta el lunes, día en que deberé partir hacia Buenos aires, tengamos o no la mercadería incautada en nuestras manos, ya que el martes llegará el primer envío que hicimos.

11 de julio de 2005- Posadas- Ciudad de Buenos Aires.

Pasado el mediodía del lunes, al no tener ninguna novedad, como ya estaba previsto, parto hacia Buenos Aires a las dieciocho y treinta.

Antes de emprender el viaje de regreso, le ruego a Walter que razone y se enfoque en recuperar la mercadería incautada; porque, aunque no nos guste, dependemos de Diego.

La idea es que yo reciba las encomiendas y trate de vender todo lo que pueda, tal vez así, antes de que Walter regrese a Buenos Aires logremos hacer otra compra para intentar recuperar el dinero extra gastado con la estadía y el arreglo con esa persona de la Aduana.

18 de julio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Una semana más tarde, continuamos sin mejores noticias para recuperar la mercadería. Diego pretende cobrarle a Walter los viajes que realizó, pero le explica que no tiene disponible ese dinero.

Estoy preocupado por Walter, pero me asegura que está todo bajo control; que Diego entendió que no le niega el pago, solo que por ahora no cuenta con el dinero debido a los gastos imprevistos.

Pretendo viajar otra vez hacia allí, pero Walter, tan obstinado como siempre, insiste en que nos conviene hacer otra compra con el dinero de las ventas que realicé; minimizando gastos.

Mientras tanto, comienzo a pensar cómo obtener un documento adulterado, para obrar con mayor libertad y poder enviar la mercadería por otras empresas.

21 de julio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

En un intento por conseguir un DNI apócrifo, regreso a la pensión donde viví anteriormente en busca de Anatoly; la única persona a la que se me ocurrió acudir por los comentarios. Al indagar, me explican que se mudó un tiempo después de que yo lo hiciera; pero obtengo un buen dato por parte de esa mujer, hija de ucranianos, con la que solía hablar en su idioma. Me comenta, que hasta donde ella supo, es posible que se encuentre hospedado en cierto hotel de la zona de Palermo. Me dirijo hacia allí, a la buena de dios, ya que no tengo otra cosa por hacer.

Es un lugar totalmente antagónico con la pensión, un hotel de cuatro estrellas.

Qué personaje tan raro; no dejan de desconcertarme sus actitudes tan dispares.

CUENTO DE LOS BOSQUES-PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ETKIN-EDICION GRATUITA LIMITADA-

Cuando consulto por él, no existe nadie registrado con ese nombre, y nunca supe su apellido. Por los rasgos que le describo al encargado del lugar, supone que puedo estar hablando de Boris Podaschevsky, quien sí estuvo hospedado hasta hace algunos días, pero no obtengo otra información. Al salir, un indiscreto botones del hotel, que escuchó la conversación, me cuenta que lo solía visitar una señorita llamada Melody, del Goldplate; un conocido bar nocturno de la zona de La Recoleta. Lo recuerda porque, desde que la vio, quedó alucinado con su belleza. Además, cuando iba a visitarlo, preguntaba por el inglés; lo que llamaba poderosamente su atención ya que estaba registrado con nombre y apellido ruso. De todas maneras, nunca se atrevió a preguntar nada.

A esta altura, mucho más que conseguir el documento, me intriga como se mueve de un lugar a otro cambiando su identidad; como si intentara borrar su rastro.

22 de junio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

La noche siguiente, voy al Goldplate, para tratar de ubicar a Melody. Un lugar para adinerados, tanto, que casi no me permiten el ingreso; pero al nombrar a Melody, ella se acerca hasta la puerta. Viene moviéndose sobre sus altos tacos color rojo y su minifalda al tono.

Le digo que mi nombre es Javier y vengo a verla exclusivamente, entonces ella, les indica a los custodios que me permitan el ingreso; con la advertencia que, la próxima vez, venga mejor vestido. Me sorprende que este ruso tan austero frecuente estos lugares.

Después de conversar un rato, copa de por medio, le revelo que fui a conocerla por recomendación del ruso que ella visitaba en el hotel de Palermo.

—¿Ruso? Si habla en perfecto inglés, no seré una "teacher" pero estudié varios años. Aparte, si medianamente, no dominás algún otro idioma, acá no trabajás — explica.

—¿Inglés? Siempre igual de chistoso Boris.

—¡Sí! Empresario inglés y se llama Frank Collins.

Que mezcla, la verdad, cada vez entiendo menos.

—¿Sabés adónde se hospeda ahora? Porque en su último viaje a la Argentina no tuve oportunidad de verlo.

—Mirá Javier… acá los clientes son anónimos. Ni preguntamos, ni damos información. Aparte hace más de un mes que no aparece.

—Ah, bueno. Te dejo mi dirección y si lo ves ¿le decís, por favor, que pase a visitarme? Quisiera verlo, vivíamos en el mismo lugar hace un tiempo…

—¡Sí!, siempre y cuando lo vea —responde.

—Gracias. Uh, qué tarde se hizo. Lamentablemente me tengo que retirar porque me esperan unos amigos. Otro día vengo con más tiempo.

SOBRE VUELOS DE ESPIAS-PLATA 24-CRISTIAN MACEDO TRIVIA-EDICIÓN CORRUTA ILIMITADA-

—Chau… ¡Javier! Y para la próxima, acordate de ponerte una corbata por lo menos. Que hoy entraste, y sin pagar, porque hay pocos clientes —dice riéndose, dejando entrever su perfecta y perlada dentadura.

¡Qué papelón! no sé por qué se me ocurrió venir. Lo único que faltaría es que vaya a ver dónde vivo. Ni siquiera un celular tengo.

En los días siguientes, no tenemos comunicación con Walter, y eso me preocupa cada vez más.

25 de julio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Sorpresivamente, me llama Walter, y me da la buena noticia de que recuperó parte de la mercadería. Pero tuvo una fuerte discusión con Diego acerca del pago; debido a que no rescató todo lo incautado, no le abonó el total por los viajes que realizó.

A todo esto, y sin consultarme, hizo un arreglo con la gente que conoce el encargado del hotel en que nos hospedamos en Posadas; de haber podido opinar, no lo hubiese aprobado. Pero asegura que, gracias a ellos, pudo resolver el inconveniente con Diego. Considero que, por algo debe haber sido; dudo que las personas que se dedican a este tipo de negocios hagan favores porque sí, y menos aún, a desconocidos. Ahora estamos en deuda, y seguramente vamos a tener que operar con ellos.

Cuando nos comunicamos, le propongo abandonar el negocio; porque a mi criterio, se tornó riesgoso. No me saca los ojos porque está del otro lado del teléfono. Le insisto para que regrese y abandonemos todo. No me gusta la situación en la que nos encontramos, sobre todo él. Se resiste a renunciar y volver a Buenos Aires, alegando, que ha hecho buenas migas con esta gente conocida del encargado del hotel; incluso, que lo invitaron a alojarse en la casa de uno de ellos para que no gaste dinero en hospedaje. No me convence la idea, y vuelvo a insistirle con lo mismo; ¡que vuelva ya! Por desgracia, no me escucha.

Además, estúpidamente, me dejo convencer de que le gire el dinero recaudado para realizar otra compra, por supuesto, con esta gente que conoció.

Esa misma noche, al doblar en la esquina del hotel en que vivo, desfavorecido por la escasa iluminación, me encañonan por la espalda y me exigen que camine despacio; sin poder ver a mi captor. Estremecido por el miedo, al principio no lo advierto, pero el tono de voz, el extraño acento y un castellano desfigurado me resultan inquietantemente familiares.

—¿Qué querés vos? ¿Por qué me buscás? —me interpela.

—No entiendo —respondo, amedrentado.

Me da un empujón en la cintura con el cañón del arma.

—¿Quién te manda?

Mi cerebro, en un acto reflejo absolutamente autómata, intenta eludir el problema y establece la conexión.

CON LA VELOCIDAD DE LOS DEDOS PLUFAZU-CRISTIAN MARCELO FERNICA-EDICIÓN CREATIVE UNLIMITADA-

—¿Anatoly?

Lo sorprendo al decir el nombre que utilizaba, al menos, en la pensión en que vivimos alguna vez.

—¿Quién sos?

—Yo vivía en la pensión… del barrio Balvanera, soy Martín… el de la terraza.

Verdaderamente siento cómo mi alma regresa a mi cuerpo.

—¿Por qué me buscás?

—Yo… quería preguntarte dónde puedo conseguir un documento falsificado, por ahí… vos sabías —digo lo primero que viene a mi mente y al instante intuyo que con esa respuesta me hundí todavía más.

—¿Y por qué pensás que yo puedo ayudarte con eso?

—Este… por algunos comentarios… en la pensión —alego.

Ya estoy perdido.

—Mirá a la derecha… ahora a la izquierda.

Obedezco ciegamente a sus pedidos, aunque no los comprenda.

—¿Qué pasa? —pregunto tímidamente.

Me palpa la cintura y bajo las axilas.

—Comprobaba si eras vos. Girá despacio y con las manos arriba.

—No tengo… armas.

Guarda la pequeña pistola dentro de su bota de caña corta. Advierto, que ahora está dejando crecer su dorada barba y cabellera.

No sé qué decir ni cómo actuar; espero que hable él, pero no pronuncia palabra. Solo me observa, con sus fríos ojos de témpano azul.

—Disculpame… si te ofendí o algo por el estilo. Te quería preguntar… si sabías dónde puedo conseguir un DNI.

—¿Cómo me encontraste?

Lo miro desconcertado por su pregunta y le cuento a grandes rasgos el seguimiento que le hice. Me escucha atentamente, sin emitir expresión o gesto alguno. Cuando termino mi relato, se dice a sí mismo murmurando, una frase que no entiendo, supongo que en ruso.

—Te descuidaste —(Traducción al español de su frase)

—¿Qué? —exclamo.

—Nada. Yo puedo conseguir la identificación. Buscame dentro de tres días, en este lugar, a las doce horas. Preguntá por Hermann Weinsziehr —me da los datos en una tarjeta, incluso, con una dirección de mail.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLAZAZUL-CRISTIANMARCELOLA-CRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

28 de julio de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Sin noticias de Walter, estuve replanteándome la situación. Supongo que era cierto lo que decían sobre Anatoly. Incluso, de para qué quiero ahora el documento falso si pretendo abandonar el negocio.

Ya comprometido, concurro a la cita en un pomposo hotel, con banderas de varios países coronando su entrada. Al consultar por él, lo llaman de inmediato; mientras, espero en el lujoso lobby.

Enseguida aparece, es de los que no les gusta hacer esperar. Ataviado con un traje sport color crudo y camisa blanca, con lustrosos zapatos, cinturón y corbata en color negro, y un sombrero de ala corta, también crudo y con su ribete oscuro. Nunca lo había visto así, tan elegante… a su manera.

Sin dejar de sorprenderme, me invita a almorzar. Me cuenta algo sobre su vida. Nació en Crimea; luego vivió su niñez y adolescencia en Moscú, donde se formó. Después pasó por algunos países de Europa y regresó a Rusia, lugar que debió abandonar en el año 1997. Entonces, vino directamente a la Argentina. Sus padres y hermanos aún viven allí y les gustaría traerlos. Durante la conversación me explica también que habla inglés, francés y alemán, además de su idioma natal y el atravesado español. Aprendió a hablarlos por haber vivido en varios países europeos, incluso en la Alemania Democrática, donde aprendió el idioma oficial y luego se mudó a la Alemania Federal, lugar en el que residió hasta un año después de la reunificación.

Ya no tengo dudas, era bastante acertado lo que se decía sobre él.

Me cuenta algunas cosas más; como que trabajó para las Fuerzas de Seguridad Rusas, pero nada sobre su actividad en Argentina, ni por qué se mueve y cambia de identidad con frecuencia. Tampoco me atreví a preguntarle.

Al terminar el almuerzo, disimuladamente, me expone tres DNI para que elija el que prefiera. Al decidirme, nuevamente me desconcierta, ya que me lo obsequia.

—Hacía mucho tiempo que nadie me encontraba, me relajé demasiado en Argentina y me descuidé. Vos me lo hiciste ver. Gracias —dice al despedirnos, mirándome fijamente a los ojos.

—¡Ah…! si es que necesitas utilizar una identificación falsa, nunca te descuides. Ya ves, como cualquier persona puede hallarte fácilmente —sonríe, da media vuelta y se marcha con paso firme. Entre la gente, lo pierdo de vista rápidamente.

Así conseguí un DNI y su dirección de mail, por cualquier cosa que necesite, según dijo.

21 de septiembre 2005- Ciudad de Buenos Aires.

En el transcurso de casi dos meses, Walter realiza tres envíos de mercadería; aunque no convencido, continúo vendiendo. A medida que pasa el tiempo lo noto más extraño, estoy pensando en viajar para averiguar que le sucede; porque sus respuestas a mis

CON VOS LOS ESPAÑOS-PLANZOL-CRISTIAN MARCELO LA RONCA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

cuestionamientos, son esquivas. A veces transcurren varios días sin que me llame para saber cómo está, y yo no tengo adónde hacerlo.

Estoy preocupado, pero para viajar necesito vender la mercadería que acabo de recibir. De todos modos, no pienso volver a enviarle el dinero obtenido, ya que cada vez está comprando menos cantidad y no es rentable arriesgarse por tan poco. Su excusa por el menor volumen de compra con igual cantidad de dinero, es que aumentaron los precios y que le cuesta vivir allí; presiento que sucede algo más que eso. No puede ser que gaste más que yo en Buenos Aires.

Espero que no tenga problemas con la gente que conoció últimamente.

4 de octubre de 2005- Ciudad de Buenos Aires.

Pasan casi dos semanas sin tener novedad de Walter, ni siquiera me responde los mails. Como último recurso de su incomunicación, hablo por teléfono con el encargado del hotel donde nos alojamos en Posadas. Me aclaró que Walter se encuentra bien y que está en Paraguay, que tal vez por eso no dé muchas noticias; le pido que, por favor, trate de comunicarse con él y le diga que me llame urgente.

9 de octubre de 2005- Ciudad de Buenos Aires- Posadas.

Sin novedades, y sobre todo ahora que el encargado del hotel de Posadas me da explicaciones esquivas, decido viajar. Me encuentro al borde de la desesperación, los malos pensamientos se apoderan de mí. Presiento que le puede haber sucedido algo grave.

Abandono el hotel de Retiro y esta vez no dejo la habitación reservada para obligarnos a no poder hacer ningún nuevo envío. Emprendo un nuevo viaje hacia la ciudad capital de la Provincia de Misiones.

Por si acaso, durante este último tiempo dejé crecer mi cabello y barba; tal vez necesite pasar desapercibido entre los pocos conocidos de allá. Al menos, hasta averiguar qué es lo que verdaderamente está ocurriendo.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOETTRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

2.Desaparición de Walter.

10 de octubre de 2005- Posadas.

Al llegar a Posadas, me instalo en un pequeño hotel que se encuentra bastante alejado de la zona céntrica de la ciudad, en donde se ubica el que nos hospedamos anteriormente con Walter. El edificio es muy sencillo, tiene un pequeño salón en el que sirven el desayuno y alguna que otra comida rápida.

Me registro con el nombre de Emiliano Navarro, que es el del documento de identidad que me regaló Anatoly. Me agrada, porque no llama para nada la atención, y eso tal vez me ayude a pasar desapercibido. El verdadero dueño de esta identificación figura domiciliado en un pequeño pueblo perdido de la Provincia de Santa Fe y es tres años mayor que yo; y ahora, en una de sus hojas existe una fotografía mía. Lo elegí bien entre los tres que me ofreció el ruso porque los restantes eran de personas aún mayores. Cuando me lo entregó, dijo que el propietario está limpio, sin antecedentes policiales; que la persona que los falsifica se toma el trabajo de elegir prolijamente a sus donantes.

Recordando el consejo de Anatoly intento adoptar otra personalidad, sin hacer aún mayores esfuerzos, ya que todavía no me encontré en ninguna situación comprometida; y espero, que todo continúe así.

No tengo la menor idea de cómo averiguar dónde se encuentra Walter. Lo primero que se me ocurre es llamar al encargado del hotel de Posadas donde estuvimos alojados, y también a Diego, el remisero. Voy a darles a entender que llamo desde Buenos Aires, no quiero que sepan que estoy aquí, al menos por ahora; presiento que no me conviene. Otra idea mejor no cruza por mi cabeza, así que me comunico en ese orden.

Con el primer llamado no obtengo ninguna pista acerca del paradero de Walter; en cambio, cuando hablo con Diego —al teléfono fijo de la remisería—, me contesta que quizá pueda averiguar dónde reside por intermedio de un amigo suyo, obviamente, por dinero. Dice que lo vuelva a llamar mañana y, además, me comenta que esos tipos con los que se involucró son considerados verdaderos pesos pesados dentro del ambiente criminal de Paraguay.

11 de octubre de 2005- Posadas.

CONEXIÓDELOSPÁJAROS-PLATA2OL-CRISTIANMARCELOLATORRACA-EDICIONCRETOTALIMITADA-

Al comunicarme con Diego, me explica que Walter está bastante complicado del otro lado de la frontera. Su amigo lo halló fácilmente, ya que se trata de personajes muy conocidos dentro del ámbito delictivo.

A raíz de esta información, le confieso que me encuentro en Posadas y que quisiera que me lleve hasta el lugar donde reside Walter. Acepta, pero con la condición de que antes salde lo adeudado por los viajes anteriores, cuando le confiscaron parte de la mercadería. Me deja bien en claro que no lo hace por aprecio hacia nosotros. Su colaboración responde, sencillamente, al hecho de que estas personas hacen lo que se les antoja con quien quieren. No discriminan entre ricos, pobres, poderosos o débiles; aceptan cualquier oportunidad que les genere dinero. Me cuenta que, en otra época, le cobraban a los dueños de locales comerciales por protección. Al mejor estilo mafioso, y que familiares directos suyos sufrieron esa pesadilla en carne propia.

Agrega, casi en tono de advertencia, que los pobladores de la zona les temen y que aún guardan la esperanza de que algún día la justicia, o alguien, logre hacerles pagar todas sus atrocidades; pero está totalmente equivocado si piensa que yo pueda hacer algo al respecto. Solo me interesa Walter.

12 de octubre 2005- Posadas- Encarnación.

Nos encontramos en una esquina cerca de donde me hospedo y, primero, saldo las cuentas pendientes; después, me traslada hasta la ciudad de Encarnación. Nos dirigimos directamente a la casa de su amigo paraguayo que encontró a Walter. Apenas llegamos, Wilson Vargas —así se llama su amigo— nos traslada en su automóvil hacia la casa donde reside Walter.

Wilson, cuenta que lo encontró fácilmente, porque todos conocen que esa casa es el aguantadero de esta banda.

Al pasar por allí, observo que es una rústica vivienda de una sola planta a mitad de cuadra y que no difiere de las demás del barrio, salvo, por un galpón de chapa que se ubica en el patio delantero de la misma. Este galpón está totalmente cerrado y parece abandonado por su aspecto.

—En ese galpón tenían un taller mecánico, pero en realidad lo utilizaban como desarmadero y depósito transitorio de autopartes. Como ya te dije son peligrosos estos tipos, han trabajado de todo lo que te puedas imaginar, siempre dentro del ambiente delictivo —comenta Diego.

Wilson, por su parte, comenta que tuvo serios problemas con uno de ellos.

—Me dieron una puñalada porque creyeron que les robé un cliente, casi me matan por nada. Todo el mundo los odia, pero… ¿quién les hace frente? Acá corre merca, armas, autos y lo que te imagines.

Por momentos, me observa por el espejo retrovisor central y se lo nota indignado e impotente.

POR LA VUELTA DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS - PLATAZO - CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO - EDICION GRATUITA Y NO AUTORIZADA -

Me voy enterando de a poco con qué clase de personas se vinculó Walter. La verdad, si todo esto tiene realmente la magnitud de cómo lo cuentan, me dan ganas de regresar a Buenos Aires y que Walter haga lo que quiera. Porque si no entra en razones, poco puedo hacer yo.

Por el momento, decido quedarme en Encarnación, así que después de retirar mi equipaje del hotel de Posadas, Wilson me lleva al albergue de un conocido suyo fuera del radio céntrico. Le pido que, por favor, no comente con nadie que estoy aquí o a qué vine; no quisiera que se entere esta gente con la que está Walter. Tengo que confiar en él, no tengo opción, porque es la única persona que conozco en esta ciudad y que puede ayudarme en algo.

Por la noche casi no duermo; medito sobre lo difícil de la situación y estoy muy sensible a cada ruido o destello de luz que se filtra por las hendijas de la ventana de mi habitación, que se encuentra al frente, en el primer piso, por encima de un local destinado a una panadería.

Recuerdo, una y otra vez, las últimas palabras que me dijo Anatoly y, como si fueran un potente somnífero, por la madrugada me ayudan a conciliar el sueño.

13 de octubre 2005- Encarnación.

Después de un suculento desayuno, decido dar una vuelta por la casa donde se aloja Walter. Vestido con ropa deportiva, una gorra visera, lentes oscuros, el cabello un poco más largo y una barba de varios días; creo que ni siquiera Walter me reconocería fácilmente si nos cruzáramos.

Al llegar al lugar, avanzo con paso lento, tratando de curiosear, aunque no sepa precisamente qué. Observo que, en la vereda de enfrente de la casa, justo en la esquina, hay un deslucido bar pueblerino al que me acerco cautelosamente y, al pasar, doy un vistazo a su interior. Parece un lugar tranquilo, con varias mesas pequeñas, una barra-mostrador y una vieja mesa de pool que, al parecer, ya nadie utiliza. Da la impresión de que pocos son los clientes que concurren aquí.

Regreso al bar cuando es casi mediodía, para almorzar. Lo único que venden son sándwiches. Pido uno de milanesa solo con mayonesa, ya que no tiene el aspecto de ser un lugar muy pulcro.

Luego de observar bien, elijo una mesa junto a una de las ventanas que da hacia la misma calle en que se encuentra la casa de la banda y, desde esa posición, logro observar perfectamente el galpón y parte de la casa. Tengo un ángulo de visión excelente.

Permanezco en el bar por casi dos horas, que se van entre el almuerzo y la lectura de un diario local. Cada tanto doy una mirada hacia enfrente, pero hasta ahora no ocurrió absolutamente nada. No se vio, siquiera, el más mínimo movimiento.

Pasado un rato, cuando estoy saliendo del establecimiento, llega precipitadamente un automóvil y estaciona transversalmente sobre la vereda, como preparado para ingresar al galpón. Dada la circunstancia, reingreso al bar y pido un café.

CONTINUE LEYENDO EN LIBROS PLATAFORMA - CRISTIAN MARCELO TRONIDA - EDICION GRATUITA ILIMITADA -

Me siento a la misma mesa y observo. Descendieron tres personas del vehículo, mientras otra asoma desde la casa, es Walter, que apurado abre el portón del galpón y entra el vehículo. Luego, se juntan los cuatro y se encaminan en dirección al bar. No sé qué hacer y, rápidamente, me dirijo hacia el sanitario. En el momento en que debiera estar sereno para observar o incluso tratar de hacer contacto, pienso solamente en una cosa: que a Walter no se le ocurra venir al baño. Y si eso ocurriera, que al menos no me delate si me reconoce. Un estado crítico de angustia se apodera de mi mente, indudablemente, no estoy preparado para este tipo de situaciones.

Permanezco allí unos minutos y, luego, regreso directamente a mi lugar con la cabeza gacha. Por suerte, Walter se ubicó de espalda a mí, a dos mesas de por medio.

Continúo tomando mi café lentamente y simulo leer el diario, pero en realidad trato de oír la conversación; desgraciadamente, hablan muy bajo y logro captar poco y nada.

Al escuchar que piden su cuenta, me levanto abruptamente y me marcho. Por querer evitar que Walter me vea, llamo la atención de todas las personas del lugar.

Debo actuar con más serenidad y cautela. Camino al albergue, recapacito y me pregunto: ¿cómo me comunico con Walter sin que los demás lo adviertan?, y ¿qué le voy a decir para convencerlo y regresar a Buenos Aires?

Debo resolver rápido qué voy a hacer respecto a esta situación, porque no pretendo quedarme en esta ciudad por mucho tiempo. Necesito contactarlo urgente. Mañana, pienso regresar a ese bar para intentar hablarle de algún modo, siempre que se presente la oportunidad.

14 de octubre de 2005- Encarnación.

Al mismo horario que ayer, concurro al bar para almorzar nuevamente un sándwich de milanesa aderezado con mayonesa. Todos los demás sándwiches que están expuestos en una especie de vitrina, parecen todavía peores.

Hoy no debo esperar tanto para ver a Walter; una de las personas que llega en el mismo vehículo que ayer, al bajarse, le da un tremendo puñetazo en el estómago. Cuando Walter cae de rodillas al suelo tomándose el abdomen con ambas manos, siento el impulso de socorrerlo; pero por suerte, me contengo a tiempo.

Continúo observando, azorado por la actitud de la persona que descendió del vehículo y veo que, como consecuencia del golpe, Walter ingresa a duras penas en el galpón. Camina tomándose el estómago con una mano, mientras que con la otra abre el portón como puede.

Uno de los ancianos clientes del bar, que estaba observando a través de otra de las ventanas, le comenta lo sucedido en voz alta al encargado del lugar, de manera que yo también oigo.

—¡Otra vez hay problemas enfrente! Deben estar todos drogados. Siempre lo mismo, qué mafia hay ahí. Y nadie hace nada.

CONTIENE FRAGMENTOS PUBLICADOS-CRISTIAN MARCELO LARROUCO-EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA-

—Dejalos, que son buenos chicos. Además, acá gastan como ninguno —responde irónicamente el encargado, mientras sale de atrás de la barra y se acerca a la ventana para observar.

—Claro, vos sos amigo porque te conviene. ¿Cuantas veces te dieron efectivo para hacerles de campana o avisarles si pasa algo cuando se van por un tiempo? —le retruca.

El encargado sonríe. No resistí la tentación y le comento al anciano.

—¡Qué increíble! ¿Usted vio cómo le pegó? Y aparentemente por nada, porque recién llegaba.

—No muchacho, seguramente que por nada no le pegó, algo habrá hecho —me contesta.

—A ese, parece que lo tienen de mascota, porque lo tratan igual o peor que a un perro. Aparte están todos locos, un día son amigos y otro se tratan así. Y lo sé de buena fuente, porque todos vienen seguido. Me lo contó el mismo al que golpearon recién … estaba medio desesperado, porque es nuevo —dice el encargado refiriéndose a Walter, mientras lo señala.

En ese momento, aprovecho para intentar averiguar algo.

—Ah, ¿y viene seguido también? —una pregunta que tal vez no debería haber hecho, pero no tengo otra manera de averiguar.

—Por ahí viene algunos días seguidos y por ahí desaparece, igual que todos ellos —responde en un tono con el que parece decirme ¡qué te importará!

Por eso, no pregunto más nada. Con lo que me dijeron, es suficiente para intentar sacar a Walter de esa especie de secta mafiosa. No tengo idea de cómo ni cuándo, solo sé, que debo intentarlo.

Observo que todos ingresaron en la casa y no volvieron a salir, por lo menos, durante mi estadía en el bar. Luego me marcho, porque tampoco puedo permanecer allí todo el día observando y levantar sospechas.

Pienso volver mañana para intentar contactarlo de cualquier manera. Debo actuar rápido.

15 de octubre de 2005- Encarnación.

Cerca de mediodía regreso al bar. La persona que lo atiende, me trata con cierta confianza luego de verme concurrir por varios días seguidos, y me hace algunas preguntas: de dónde soy o qué hago aquí. Obviamente mis respuestas son concisas y mentirosas.

Si no logro contactarlo hoy, tendré que hallar otra manera o lugar, para no tener que regresar a este bar y exponerme a preguntas comprometedoras.

Abstraído en mi mundo, almuerzo lo de todos los días, sin generar diálogo con nadie.

La espera de casi una hora y media tiene por suerte su recompensa, veo a Walter salir de la casa y venir directamente hacia el bar. Es la ocasión indicada para hacerle saber que estoy aquí para ayudarlo. Pero inoportunamente, alguien más sale de la casa y lo alcanza a mitad de camino, ingresando ambos al establecimiento.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS PLATA AZUL-CRISTIAN MARCELO LA ROCCA-EDICIÓN GRATUITA IMITADA-

Me quedo inmóvil para no llamar la atención, pensando alguna manera para hablarle.

Se sientan en una mesa vecina, Walter me da la espalda, mientras su compañero queda enfrentado a mí. De repente, su acompañante se dirige hacia el sanitario. Es ahora o nunca, me digo. Me cruzo de piernas y, premeditadamente, hago un fuerte ruido al chocar la pequeña mesa con mi rodilla y levantarla unos centímetros del suelo. Todos me miran, incluso Walter, quien queda desconcertado por un instante. No me reconoce, digo para mis adentros. ¡No me reconoce!

En un acto espontáneo me quito la gorra y le guiño varias veces un ojo; por la sorpresa queda boquiabierto. En ese mismo momento regresa su acompañante y llama al mozo con una seña. ¿Qué hago ahora para hablarle? Se me ocurre una buena idea, levantarme bulliciosamente para llamar otra vez su atención y preguntar por el baño, aunque ya sepa dónde queda. Este improvisado recurso da sus frutos, y Walter, también se dirige hacia el sanitario.

Al encontrarnos allí, me saluda efusivamente, demostrando la necesidad de una mano amiga.

—¿Qué hacés acá? —pregunta todavía sorprendido.

—No tenía noticias tuyas y vine a ver qué pasaba, ya te daba por muerto —le digo sonriendo y dándole una palmada en el hombro como para distenderlo.

—No te llamé porque no pude; no te imaginás lo que son estos tipos. ¿Cómo me encontraste?

—Preguntándole a Diego, él me trajo.

—¿Diego? —repite extrañado, es la última persona de la que esperaría eso.

—Sí, Diego. Pero tuve que pagarle lo que le debíamos, no creas que lo hizo porque nos aprecia. Pero si estás mal con esta gente, ¿por qué no volvés a Buenos Aires?

—No puedo…

Lo observo confundido.

—Conocí a alguien… y me tienen amenazado con que si me voy van a lastimar a ella o a su familia —contesta con angustia.

Permanezco impávido, hasta que reacciono.

—¡No! Justo acá venís a conocer una mina, ¡qué complicación!

—¿Qué querés que haga? Se dio así.

—¿Pero es serio? O es otra…nada más.

Con su mirada baja, tarda un momento en dar una respuesta concreta y precisa; parece sentirse afligido por la situación en que se encuentra.

—Sí. Trato de que sea algo serio… por primera vez en mi vida —al levantar su abatida mirada directamente hasta mis ojos, capto una inequívoca señal de que pretende que sea verdadero.

CONLOSOJOSDELOSPRIMEROS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Del tiempo que lo conozco, nunca lo vi así de apesadumbrado. Aunque intento pensar no puedo, no tengo las palabras para esto. Solamente lo escucho.

Si todo continúa así, lo único que puedo hacer es intentar ayudarlo como sea.

—Escuchame bien: no se te ocurra hablar de mí con nadie. ¿Y cómo nos comunicamos?

—No, quedate tranquilo que jamás te nombraría. En cuanto a comunicarnos... no sé, en general casi no puedo salir de la casa, según el día.

—¿Cómo podemos hacer? —pienso en voz alta.

—Nos encontramos acá, en este bar —afirma.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Dudo un momento.

—¿No tenés un teléfono? —pregunto estúpidamente.

—En la casa hay, pero es peligroso que te llame de ahí.

—Escuchame, mejor pasado mañana al mediodía.

—Si no vengo, es porque no puedo —explica

—De ser así, vengo día por medio hasta encontrarte.

—Chau loco, gracias por preocuparte.

Me saluda con un fuerte abrazo y, justo antes de salir del baño, giro y lo veo observándome con un gesto de gran angustia en su rostro.

Al llegar a mi mesa, pago lo consumido y me retiro. Cuando voy saliendo, sin darme cuenta, volteo para mirarlo; él hace lo mismo desde su mesa. De golpe, aparto mi mirada de la suya, cierro rápidamente la puerta y camino con paso firme por algunas cuadras.

Voy haciendo zigzag, como si alguien se hubiese percatado que estoy aquí por él y que establecimos contacto. Siento esa horrible sensación de que me persiguen, pero no pienso mirar atrás para comprobarlo. Hasta que escucho el chirrido de unos neumáticos... y giro de manera inconsciente y repentina para ver... No hay nadie, al menos que me siga. Si no logro tranquilizarme, voy a terminar por perseguirme yo mismo.

Lo que debo hacer es no cometer errores, como haberlo mirado de esa manera al salir del bar, o sentirme perseguido y caminar desaforado por las calles como un loco, porque de esa manera llamo la atención.

De vuelta en mi habitación, me recuesto un rato para reflexionar. ¿Cómo hablar sin que nos descubran? Tampoco podemos encontrarnos todos los días en el mismo bar; incluso, no tendría ningún sentido. ¿Cómo salir de este problema? ¿Y cuánto resto económico me queda?

En cuanto a la primera duda, voy a comprar dos celulares, aunque esto afecte en mi tercer cuestionamiento. Respecto a la segunda pregunta, no tengo respuesta, por más que me rompa la cabeza pensando. Además, para poder responderla con certeza, primero necesito comprender bien qué es lo que sucede.

CONLOSOJOSESPEJADOS-SLAVAZQUEZ-CRISTIANMARCELOLAVERONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Me siento cansado; debe ser por la tensión nerviosa del encuentro con Walter. Luego, me quedo dormido.

Al despertarme, ya es de noche.

—¡Cómo me dormí! —me reprocho con culpa y en voz alta, porque debería haber salido en busca de un par de celulares.

Me reincorporo y paso presuroso por el baño para lavarme la cara e intentar despabilarme más rápido. Salgo de inmediato para averiguar dónde puedo conseguir estos aparatos; preferiría comprarlos sin tener que firmar ningún contrato para evitar exponer mi identificación, aunque tenga una apócrifa. Entonces se me ocurre llamar a Wilson; seguro conoce dónde obtenerlos a buen precio y, tal vez, aparatos usados. Porque también debo cuidar los gastos.

Me asegura que para mañana puede conseguirme lo que necesito, usados y con tarjeta, por los que no deberé firmar ningún tipo de documento. El único requisito que le impongo, es que funcionen correctamente para el envío y recepción de mensajes.

Esa noche, casi no logro conciliar el sueño, al haber dormido por la tarde estoy despabilado. Cualquier ruido me distrae. Pienso en cómo salir victoriosos de este difícil trance en el cual estamos inmersos.

Entre tantas cosas que vienen a mi mente, me pregunto ¿cómo lo resolvería Anatoly? No logro imaginarlo... no tengo su mente en la mía; a decir verdad, no tengo la menor idea de lo que estoy intentando hacer.

16 de octubre de 2005- Encarnación.

Con el sol alto, llamo a Wilson, tal como acordamos ayer.

Más tarde, me alcanza los dos celulares prometidos, junto con sus respectivos cargadores. Antes de marcharse, me señala que cuente con él si necesito algún otro favor.

Me los consiguió a un precio increíble. Ni pregunté por su procedencia, lo único que necesito es que funcionen correctamente, por lo que hago varias pruebas enviando mensajes entre ellos. Le voy a entregar el más pequeño a Walter, para que pueda ocultarlo mejor. Además, tomo la precaución de programarlo en modo silencioso, porque es preferible que lea tarde un mensaje y no que notifique su recepción en un momento inoportuno. También le agendo el número del mío.

Respecto a la segunda interrogación que me hice la tarde anterior, se me ocurrió una única idea como posible solución. Pienso que la salida viable, aunque requiere contar con una considerable cantidad de dinero, es que se muden todos de Encarnación, o incluso de Paraguay. Walter, su novia y familia.

17 de octubre de 2005- Encarnación.

SOLO VUELOS ESPEJADOS- PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICS-EDICIONGRATUITAANOTADA-

El día en que acordé encontrarme con Walter, me encamino hacia el bar a la hora indicada. Primero doy unas vueltas por el barrio, lentamente, porque advertí que él aún no ingresó al lugar. Debo evitar pasar más tiempo del necesario allí y, por si demora en presentarse, eludir posibles preguntas inoportunas o comprometedoras; como ya ocurrió. Cuanta menos gente me vea o me hable menor es el riesgo de ser descubierto.

Tal vez me sienta demasiado perseguido, pero más vale prevenir. Esta también es una manera de cuidar a Walter, a su... novia y, por ende, a su familia.

No quiero ni imaginarme qué represalias tomarían contra ellos, al menos si es como Walter cuenta, si llegaran a descubrir que alguien intenta ayudarlos.

Después de unos cuarenta minutos de rondar por las calles del barrio, finalmente decido ingresar al bar. Ya pasé tres veces por su vereda mirando hacia adentro y no veo que ande mucha gente caminando por esta zona como para pasar inadvertido.

Consigo una mesa junto una de las ventanas, para observar hacia enfrente como las veces anteriores. Transcurrida una hora, no detecto ningún movimiento, hasta que sale Walter acompañado por otras dos personas. Uno de ellos, es el mismo que lo acompañó anteayer.

Debo ser precavido, porque ese sujeto ya nos vio concurrir juntos al sanitario.

Ahora tengo que ver cómo me las arreglo para entregarle el celular sin que los demás se den cuenta.

Se sientan en una mesa del rincón opuesto al pasillo de acceso al baño. Walter, esta vez, se ubica de frente a mí.

Espero un buen rato y, en el momento en que advierto que me mira, voy hacia el sanitario; ya que no logro imaginar otra forma. Al minuto llega y, cuando estoy por entregarle el equipo, se escucha el chirrido de las oxidadas bisagras de la puerta de ingreso, y vemos ingresar a uno de sus acompañantes.

Tengo el tiempo justo y necesario para guardar el aparato, ya que me encuentro de espalda a la puerta. Walter sale enseguida y quedo con esta gigantesca persona adentro del viciado recinto; el que me mira fijamente cuando salgo. Ojalá no se haya dado cuenta de nada, porque con el aspecto de sanguinario que tiene, Walter puede pasarla mal.

Regreso a mi lugar y, mientras leo el periódico en compañía de un fuerte y ordinario café, advierto que los dos compañeros de Walter giran y me dan un ligero y vistazo sin fingir.

Estoy a la expectativa de que Walter vuelva a mirarme. Cuando por fin lo hace, con disimulo le hago ver que dejo el celular, el cargador y varias tarjetas sobre mi mesa y, luego, cubro todo con el periódico.

Me levanto a pagar en vez de solicitar que vengan a cobrarme, para darle tiempo a que retire el diario con lo que esconde; y si alguien lo descubriera, yo diría que es mío y lo olvidé.

Afortunadamente, pudo hacerse del equipo sin que nadie lo note; ahora que podremos hablar, espero que resolvamos pronto el problema.

CONEVOLUCIÓNDELOSSERVIDORES-PLATAFORMA-CRISTIANMARCELOATROPICA-EDICIÓNGRATUITAILIMITADA-

Recién por la noche recibo un corto mensaje:

—Para verificar recepción, contestame apenas lo leas. Hora de envío 21: 01.

Son las veintiuna horas tres minutos, funciona bastante bien. Le respondo:

—Recibido a las 21:03, verificá que esté en modo silencioso.

Responde:

—Modo silencioso activado, funciona bien, ya no puedo escribir. Gracias.

Comprobada la comunicación, esperemos encontrar la manera de resolver todo esto y pronto. Aguardaré a que él me escriba, solo así sabré cuando puede hacerlo; salvo que surja alguna urgencia. Necesito saber qué pasa por su cabeza ante esta situación.

18 de octubre de 2005- Encarnación.

A la mañana siguiente recibo otro mensaje:

—Te espero antes del mediodía en la feria del centro.

—Ok.

Por precaución, intentaré localizarlo yo a él para verificar si hay algo inusual o fuera de lo común; porque, si sus compañeros advirtieron algo, podría tratarse de una trampa.

Concurro al bullicioso lugar y doy unas cuantas vueltas por las calles esquivando la masa de gente, ya que las veredas están casi íntegramente ocupadas por los mismos puestos de la feria. Ofrecen gran variedad de productos como frutas, verduras, especias, quesos y diferentes clases de comidas; todo ello, mezclado con ropa, baratijas o artículos electrónicos.

Estoy vestido con un jean, un buzo gris claro y una campera también de jean. Llevo además un par de lentes oscuros. Salvo por este último detalle, conservo mi estilo habitual; hago esto para que Walter pueda reconocerme en caso que yo no logre identificarlo a él.

Mientras camino, observo atentamente a mi alrededor, pero aún no consigo detectarlo entre la muchedumbre. De todos modos, a medida que avanzo, me concentro especialmente en intentar reconocer a alguno de sus peligrosos compañeros. No descarto, en ningún momento, que todo esto pueda tratarse de una emboscada. Presto atención a cada rostro, a cada manera de andar, a cada estilo de vestimenta, buscando alguna pista que me permita encontrarlo. Me siento ajeno al entorno, todo mi poder de concentración está enfocado en su detección. De repente, me sorprenden por la espalda. Se me eriza la piel, los vellos del cuerpo reaccionan al estremecimiento. Entonces lo siento… el golpe… el disparo.

—Hola, ¿cómo andás? —me dice con tono parco y sin mirarme a los ojos. Por un momento no logro articular palabra, solo me limito a observarlo.

Aunque hice todo lo posible por hallarlo, fue él quien me encontró. Y no tuve siquiera oportunidad de advertir si algo extraño sucedía alrededor.

CONTIENE ESPOILERS PLATAEL-CRISTIANMARCELOALTAMIRA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Al cabo de unos segundos, noto que está acompañado por una mujer de notable belleza. Morocha, de cabello lacio, con su rostro sereno y ojos de un color verde agua acordes a su tez apenas aceitunada. De estatura media y figura armónica, su presencia no pasa inadvertida.

—Hola, ¿qué pasó que pudiste salir? —pregunto, casi por reflejo. Solo para romper el silencio. Aún estoy atónito por la brusca sorpresa y, también, por haber sobredimensionado la situación.

Me doy cuenta de que concentré demasiada atención en un solo aspecto, aislándome por completo del entorno. Fui presa de la sugestión.
Es un conflicto interno que debo analizar con absoluta serenidad, antes que me arrastre más de la cuenta.

—Nos vemos en el local grande de ropas, allá en la otra cuadra —dice disimuladamente.

Pasados unos minutos, nos encontramos allí.

—Te presento a Aldana —me dice Walter.

—Hola —saluda ella, esbozado una leve sonrisa con sus prominentes labios, los que dejan ver la blanca y alineada dentadura.

Por desconocer que sabe ella de la situación, dejo que primero hable Walter, quien se da cuenta de eso.

—Podemos hablar tranquilos —dice, sin dejar de mirar hacia la entrada del lugar.

—¿Cómo pudiste salir?

Se ríe.

—No soy un prisionero, quieren que esté en la casa por si hay alguna… novedad, y todo depende de cómo se encuentren ellos cada día. De todas maneras, es fundamental que no sepan de nuestro vínculo.

—Pero… no entiendo. ¿Al final qué es lo que pasa?

—Son personas complicadas, pasan merca a la Argentina y de ahí va principalmente a Europa. Me metieron en esto sin que yo me dé cuenta, estoy hasta el cuello. Ya me fichó la policía que trabajo con ellos y en cuanto no lleguen a un arreglo y caigan, me hundo yo también. Igual están amparados por algún sector de la justicia y de la política. Y como sé todo esto…

—¿Por qué no volvés para Argentina?

—Ya te lo dije, además ahora estoy sucio con la policía de Paraguay —responde haciéndome una mueca.

Recién ahí interviene Aldana, que hasta ahora solo había escuchado la conversación.

—Es lo que yo le digo.

—Pero… ¿y vos qué haces? —le pregunta Walter mirándola a los ojos.

—Yo me arreglo, no te preocupes.

—No, no puedo, ¿y tu familia?

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS-SILVIA AZCA-CRISTIANMARCE-SILATRONICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—Yo pensaba… ¿por qué no se mudan para otro lugar? —interrumpo la discusión.

—Son ocho hermanos y los padres —me explica Walter.

No necesité ninguna otra razón.

—Ya intentamos, hace algunos años, radicarnos en Argentina; pero no pudimos, somos muchos —acota ella.

—¿Y por qué no se mudan de a poco?

—No es fácil —dice Walter. Y noto que no deja de observar hacia el acceso del lugar.

—¿Qué pasa? ¿Qué mirás tanto? —pregunto, cortando la conversación.

—Es que vinimos con dos de mis compañeros y diplomáticamente nos alejamos de ellos —me advierte.

—¿Y cómo pensás solucionar este problema? A mí lo único que se me ocurre es que se muden.

—No tengo idea. Pero lo que sí sé, es que detrás de todo esto hay algo mucho más grande. Esto no termina solamente con el tráfico de drogas, están con otro negocio más grande; aunque parezca mentira lo que estoy diciendo.

—Y ¿por qué creés eso?

—Hace algunas semanas… los vi haciendo un trato con unos tipos… raros; no supe su nacionalidad, pero, a juzgar por su aspecto, diría que eran árabes o algo así.

—¿Y qué te sorprende? Acá viven muchas personas de esa etnia— acoto.

—Sí. Pero no eran de la zona porque los de acá hablan castellano y, en ese grupo, solo uno lo hablaba… y bastante mal. Estoy seguro de que mi única salida es descubrir qué traman, para negociar.

—¡Estás loco! Si son tan pesados como todos dicen, ¿quién te dijo que van a negociar con vos?

—Si descubro qué trato tienen con esos tipos… seguro que sí. Y si vos me ayudás, podremos amenazarlos con denunciarlos si intentan hacernos algo a Aldana, a su familia o a mí. ¡Van a negociar! Eso te lo aseguro. Pero vos tenés que permanecer en el anonimato.

—Pero… ¿y qué creés que hay detrás de todo esto?

—No sé… pero un tiempo atrás ya había venido otro árabe que, por cómo lo trataban, parecía un jeque. Estaba con tres personas más; uno de ellos era chino o coreano… no sé. Vinieron a realizar unos estudios, según pude enterarme.

—¿Estudios? ¿De qué?

—No tengo idea. Lo único que sé es que estuvieron dos o tres días y se fueron de viaje junto con mi jefe y uno que le dicen El Toro, que es su mano derecha. Son los que estaban conmigo en el bar el otro día. Como una semana después, aparecieron de nuevo estos tipos con mis compañeros, que los trasladan y les consiguen lo que necesiten. Anduvieron en algún lugar haciendo estudios… de algo.

CON EL CLUB DE LOS SUEÑOS-SIA ANZOL-CRISTIAN MARCELO ALFONSO-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—¿Y cómo sabés que hicieron estudios? —me estoy enardeciendo, porque en vez de pensar en resolver su problema, se distrae queriéndose meter en otro peor. Aparte, repite eso sin tener ningún fundamento.

—Porque en el galpón que está adelante de la casa guardaron dos computadoras y algunos cajones con equipos… de algo; los vi por casualidad una vez que les llevé comida. Porque desde que regresaron de ese viaje, no salieron de ahí hasta que se fueron, y no volvieron más.

Mientras, trabajaron adentro del galpón, y todos nosotros teníamos la entrada prohibida. Pagaron mucho por el alquiler, la atención y el viaje que hicieron.

—Sería contrabando…lo que ocultaban —opino.

—Seguramente… pero, ¿de qué? Acá hay algo muy raro, algo grande está pasando. Ya te dije, que pagan mucho y cash; los vi contando la plata que recibieron. Eran dólares, en efectivo y muchos… También por eso no me dejan ir, deben sospechar que algo vi, supongo. Y reteniéndome ahí con ellos me tienen controlado, mientras, me usan para los mandados. Yo igual me hago el amigo, como que pretendo pertenecer a su banda y no quiero alejarme. Lo que no sé es hasta cuándo les voy a ser útil y de qué manera pensarán deshacerse de mí una vez que deje de serlo —termina la frase con preocupación; ahora, con la mirada perdida en alguna parte.

—O sea, que pensás que nunca te van a dejar ir.

—No sé. Pero si de algo estoy seguro, es que no se paga tanto por poca cosa.

—Y entonces, ¿qué pensás hacer?

Suspira con incertidumbre.

—Averiguar qué pasa, de la manera que sea. Creo que es la única salida.

—Yo no puedo quedarme mucho tiempo acá, porque no tengo plata.

—¡Sos el único que me puede ayudar! —exclama, mirándome directo a los ojos y tomándome fuertemente por los hombros con ambas manos.

—Sí, pero tampoco tengo mucho resto económico. Aparte… para mí es una locura, te vas a meter en otro problema más grande. Mejor, ¿por qué no vemos la manera de irnos todos?

—¡Acá hay mucha plata en juego! Yo sé lo que te digo.

Pasó de tener una mirada desconsolada a una anhelosa, le brillaban los ojos al decir eso.

—Pero…

—Chau, te dejo que ahí pasaron mis compañeros y si nos ven juntos se termina todo.

Se retiran de inmediato; mientras, quedo vagando, perdido entre la gente.

Acordamos que me va a informar de cualquier acontecimiento, y entre tantas cosas que hablamos, le comenté que me manejo con un DNI adulterado.

Ahora me asalta la duda de si, en realidad, Walter permanece en esta situación por el temor a las consecuencias, o si, en el fondo, lo motiva la posibilidad de obtener una parte de ese

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-ALAMAZOL-CRISTIAN MARCELO LATRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA (NO VENDIDA)

dinero. Voy a tener que pensar seriamente qué camino tomar; no quisiera verme arrastrado a una locura sin retorno.

A veces, su comportamiento me hace cuestionar su equilibrio mental, especialmente cuando hay dinero sobre la mesa. Cuando vine a su encuentro, estaba convencido de querer ayudarlo, pero ahora, me siento desconcertado. Solo espero que todo esto no sea impulsado únicamente por la codicia. No estoy dispuesto a arriesgar mi vida por eso.

22 de octubre de 2005- Encarnación.

Pasados unos días, recibo un mensaje de Walter pidiéndome que pase a ver a Aldana porque tiene una noticia para darme. Su dirección me la dio el día que nos encontramos en la feria por si alguna vez no pudiera comunicarme con Walter de otra manera. Me da curiosidad saber por qué me pide esto. Esa misma tarde voy hacia su casa, en un barrio no muy alejado pero humilde. Su casa también es bastante modesta, y no contrasta en absoluto con el entorno. Al frente tiene solo una puerta y una ventana, además de un deteriorado portón. Por dentro, nada cambia. Una cocina-comedor bastante amplia y, al parecer, solo tres dormitorios, siendo una familia tan numerosa.

Tanto los adornos que intentan engalanarla como la vetusta heladera y el antiguo televisor hacen que todo se corresponda con el lugar. Cada cosa pertenece allí, nada desentona.

Aunque no me conocen, me recibieron afectuosamente. Su madre es una señora baja, regordeta y amable, que durante su juventud pareciera haber sido tan bonita como su hija. Y algunos de sus hermanos, no muy bien vestidos, pero todos impecablemente aseados, todo muestra que son gente humilde y de trabajo.

Mientras tomamos unos mates con una exquisita torta casera, Aldana me cuenta la novedad por la que me citaron. Sin vueltas, dice que debo presentarme en la oficina de personal de uno de los diarios de la ciudad, cuyo tío es dueño y presidente. Ya tengo concertada una entrevista para realizar una prueba, y de ser satisfactoria, cubriré el área deportiva. Esto surgió porque Walter escuchó un comentario que hizo su tío, con lo que pensó inmediatamente en mí. Estas actitudes lo hacen apreciable; aunque este gesto no debe hacerme olvidar que, a veces, puede volverse una persona desacertada.

¿Quién iba a decir que encontraría trabajo de mi profesión en Paraguay? Y esto asegura, o al menos prolonga, mi permanencia en este país. Hasta ahora todo cierra perfectamente.

23 de octubre 2005- Encarnación.

Cuando acudo a realizar la prueba, la que en realidad solo consistió en una entrevista, quedé contratado por un periodo de tres meses sujeto a evaluación de desempeño; obviamente, de manera informal.

SOBRE VUELO DE ESPEJOS PLATA-CRISTIAN MARCELO TRONCOSO-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

La tarea que debo realizar consiste en el armado de una sección que venía desarrollando otro columnista, el que se encuentra recargado de trabajo; por ese motivo deciden incorporar a otra persona capacitada para esa tarea.

Son casualidades de la vida el que justo me encontrara aquí y en el momento indicado. Increíblemente, voy a realizar mi primera experiencia laboral profesional en Paraguay.

En cuanto puedo, le comunico la noticia a Walter, y se alegra con lo sucedido. De paso, me comenta que acaba de enterarse que, dentro de tres días, regresará el grupo que realizó los supuestos estudios anteriormente.

Durante este período, comienzan mis labores en la redacción. Además de las escasas noticias deportivas locales, la sección incluye también noticias internacionales. Las tomo desde internet, las analizo y agrego un comentario propio. Dispongo de una pequeña oficina con una computadora, en la que trabajo cómodamente. Me agrada la tarea que realizo, aunque la remuneración no sea muy convincente.

26 de octubre 2005- Encarnación.

Exactamente tres días después, Walter me avisa que, sin que pudiera enterarse con antelación, además del grupo de estudio llegarán varios cajones con equipos. También me informa que han montado un gran operativo de localización y rescate por si al cargamento tuviera algún imprevisto durante el traslado.

Agrega que, si puede, intentará averiguar qué contienen esos cajones, ya que escuchó que vienen sellados y tienen la estricta indicación de que deben tratarse con el mayor de los cuidados; si se detectara algún elemento dañado o cajón violentado, no se realizará el pago acordado por el transporte, custodia y estadía.

Más tarde, en otro mensaje, me indica que a las veinte horas concurra al bar en el que efectuamos nuestros contactos furtivos. Le objeto que me parece demasiado arriesgado que me sigan viendo repetidamente en ese lugar. ¿Qué puede ser tan importante como para reunirnos de forma tan repentina?

Responde que me entregará un mensaje escrito explicando detalladamente lo que sucedió hasta ahora. De esta manera, podré ir creando un archivo cronológico con todos los datos que me vaya proporcionando, para organizarnos y descubrir el verdadero objetivo de esta operación clandestina.

En cuanto a que alguno de ellos pudiera verme, dice que me despreocupe, ya que en la casa quedó solamente con un compañero.

A la hora señalada, concurro al bar, al que ni siquiera necesito ingresar. Walter se encuentra en la puerta de la casa esperándome. Con una seña suya, paso a su lado y me entrega un sobre sin que crucemos una sola palabra, ni siquiera una mirada.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS - PLATA21 - CRISTIAN MARCELO ULTRONICA - EDICIÓN GRATUITA LIMITADA -

Gracias a la oscuridad de la noche y la escasa iluminación del barrio, las únicas personas que podrían haber visto algo eran los escasos y alegres clientes del antiguo bar; y estoy completamente seguro de que ninguno se percató de la acción.

Una vez en mi habitación, inmediatamente leo la nota, varias veces:

Hace una semana aproximadamente, aunque yo no lo supe hasta ahora, habrían llegado tres árabes encargados del monitoreo en tiempo real del vuelo de transporte de los equipos que trae el grupo de estudio. Según tengo entendido uno es piloto, otro radarista y el tercero, un comando de ejército, todos milicianos.

Trajeron un equipo satelital móvil de rastreo para la localización continua del vuelo que transportará el cargamento desde Río de Janeiro hasta Encarnación.

Mi jefe se encargó únicamente de la logística. Contrató un helicóptero, así como también un transporte terrestre de carga.

El cargamento llegó hasta Río de Janeiro en una aeronave internacional de carga. Después de su desembarque legal, fue transbordado a un chárter, el cual debe cumplir un plan de vuelo basado en las rutas terrestres designadas para facilitar un posible rescate en caso de emergencia, y aterrizar en una pista ubicada en una estancia de Encarnación.

Pero al parecer, por fallas en el motor, tuvieron que aterrizar de emergencia en algún lugar cerca de Curitiba, en Brasil.

Mi jefe envió el transporte terrestre previamente contratado en Brasil a buscar el cargamento, y partió en el Helicóptero junto al grupo de estudio hacia el lugar del aterrizaje.

Ahora van a trasladar todo hasta Foz de Iguazú, lugar al que iré con algunos compañeros para realizar un trasbordo del cargamento e ingresarlo a Paraguay a través de Ciudad del Este. Por ese motivo es que ahora me entero de todo.

No sé exactamente cuándo salimos, seguramente mañana. Por eso supongo que, quizá, no pueda comunicarme por un par de días. Pero en cuanto me sea posible te hago llegar el próximo informe o algún mensaje.

2 de noviembre de 2005- Encarnación.

Transcurrida una semana sin noticias de Walter, estoy preocupado. Supuestamente iban y venían, pero no he sabido nada más. Le envié un mensaje diario durante los últimos tres días sin obtener respuestas.

Al parecer, no soy el único inquieto, Aldana se presenta en mi trabajo y pide hablar conmigo.

—Hola ¿pasó algo? —pregunto, por su extraña su visita.

—No, nada, quería saber si tenés alguna noticia de Walter.

Se nota la expresión de preocupación sobre su delicado rostro.

—No, no sé nada.

CON VUELO DE ESPÍRITUS-SUATAZUL-CRISTIAN VARGAS-PLATAFORMA-EDICIÓN LIMITADA-

En ese momento, enterado de su presencia, aparece su tío en mi pequeña oficina.

—Hola, permiso —dice, entreabriendo moderadamente la puerta y asomándose apenas. Me siento un poco turbado al verlo, es la primera vez que se acerca hasta mi lugar de trabajo y con su sobrina dilecta presente.

—Hola tío.

La abraza y le da un beso en la mejilla.

—¿Cómo es que vienes a la redacción y no vas primero a verme a mí? —dice esbozando una amplia sonrisa.

—Es que estoy preocupada.

Me mantengo inmutable, está a punto de contarle algo de Walter, mi jefe se va a enterar de todo, o tal vez, ya lo sepa.

—¿Qué sucede? ¿nuevamente ese muchacho?

Se puso tieso y le cambió la expresión del rostro. No lo miro, pero sé que él si me está observando, lo percibo. ¿Qué hago? ¿Qué digo?

—¡Sí!, pero no es malo tío, está en problemas.

—Los que te transmite a ti sin tener nada que ver.

Quiero que me trague Paraguay, desaparecer de esa mirada punzante sobre mí. Pero cuando me animo a levantar la vista, solo veo una expresión tierna dirigida a su sobrina. Creo que ni siquiera se ha percatado de mi presencia.

—¡Tío!

—¿Qué es lo que pasó ahora?

—No sabemos. Desapareció —responde Aldana mirándome, y quedan ambos esperando una respuesta mía.

—No… yo tampoco sé nada.

—Pero ¿cuál es su última noticia? —pregunta Victorino.

—No…fue antes de que se vaya —balbuceo

—¿A dónde? —indaga.

La miro a Aldana directo a los ojos pidiéndole ayuda.

—Con tío podés hablar, él puede ayudarnos. Y es el único de mi familia que sabe lo de Walter.

—Ah —pronuncio tontamente.

Al volver mi vista a él, continúa a la espera de una respuesta.

—¿Y? —dice, levantando levemente sus cejas y arrugando su frente.

—Lo poco que sé, es que partieron para Brasil hace una semana, iban cerca de Curitiba —trato de detallar lo menos posible.

—¿A qué? —pregunta Victorino, pero ahora frunciendo el ceño.

CON VUELO DE PÁJAROS-SLATAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

—Fueron a buscar un cargamento y unas personas, creo. ¿No? —dice Aldana, quien dirige esta última pregunta hacia mí.

—Sí… Sí. —asiento con un leve movimiento de mi cabeza.

—Escuche joven. Para que pueda ayudarlos, quizá…, hable con confianza. Si no, me va a ser imposible.

Sin más remedio, cuento con lujo de detalle la operación descripta por Walter en la carta que me entregó antes de partir.

Atónitos, pero atentos, me escuchan sin pronunciar una sola palabra hasta que termino por completo mi relato. Me perece que Aldana no tenía tanta información, así que, para salvar la situación, le digo que Walter no quería preocuparla de más. Ella, ingenuamente, me cree; pero su tío, sospecho que no. De todos modos, decide ayudarnos, siempre que le sea posible.

—Personalmente, no puedo hacer nada —suspira—, pero conozco una persona que sí. Indudablemente, los va a ayudar. Es un gran amigo mío, quien sufrió mucho… por culpa de esos… cretinos —dice Victorino.

Toma su celular, hace una llamada y acuerda una cita con esa persona que mencionó. No me animo a contradecirlo y, cada vez, estoy más implicado en esta difícil situación.

3 de noviembre de 2005- Encarnación.

Concurro al encuentro con diez minutos de anticipación. Estoy en la pomposa confitería que me indicara mi jefe, observando hacia la entrada; esperando a que llegue junto con su amigo. Antes, necesitaba explicarle lo que está sucediendo.

Ambos llegan a la hora indicada, ni un minuto de retraso; denotan ser de la clase de personas que respetan a los demás hasta en el más mínimo detalle.

Victorino nos presenta y me pide que relate todo lo que sé.

Maximiliano Ortiz, su amigo, parece ser una persona muy educada y perteneciente a la clase alta de la sociedad. Es un elegante hombre entrecano, de unos cincuenta y tantos años, impecablemente vestido con un fino traje gris, camisa blanca, sobria corbata y perlados zapatos negros. Él escucha cada detalle sin interrumpirme en ningún momento, hasta que concluyo mi relato. Recién entonces decide contarme por qué confía ciegamente en su amigo y cuál es la razón que lo impulsa a ayudarme.

—Hace ya… casi tres años que —respira profundo para poder continuar— mi segundo hijo no se encuentra entre nosotros. Me avergüenza contarlo, no porque haya sido un enfermo adicto a las drogas, sino porque no supe darme cuenta a tiempo para rescatarlo —por momentos, su voz se quiebra, pero prosigue haciendo un enorme esfuerzo—. Cometió el mismo error que tu amigo; se unió, por algún motivo, a esa lacra de personas y terminó su vida en un accidente automovilístico mientras escapaba de la policía. Transportaba en su auto… kilos de

CON LA VELOCIDAD DE LAS PLATAFORMAS ELECTRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

cocaína. No necesitaba dinero. Lo hacía por rebeldía… o por amistad, o por lo que él creyera que era su relación con esa gente.

Esas personas lo arrastraron a su trágico final. Cuando le hicieron la autopsia, detectaron sobredosis en su cuerpo. Intenté destruirlos por todos los medios legales, pero no me fue posible. La corrupción existe en todas partes. Fueron absueltos gracias la coartada de que la droga la llevaba mi hijo, no ellos. Por ende, no tenían nada que ver. Aunque no había duda que era de su propiedad. Aparte, negaron conocerlo… cuando se los veía juntos de día y de noche.

Entonces, ciego por la furia e impotencia, intenté por la vía… ilegítima. Pero no sirvo para eso. Lo único que logré fue que secuestren a mi hija menor. Por fortuna, la liberaron a las dos horas, sin un solo rasguño. Pero me hicieron saber que esa era la única vez. Solo fue una demostración de poder. Ese fue el mensaje que me hizo recapacitar. Por el resto de mi familia, renuncié a esa sucia idea. Lo hecho, lamentablemente, hecho estaba.

Siempre tuve la fantasía de que otro llevase a cabo mi… desquite —baja su mirada—. Esperé mucho tiempo y juré ayudar, en la medida de mis posibilidades, a quien se atreviera a intentarlo. No voy a descansar en paz si no lo hago.

Luego respira profundo y vuelve a mirarme.

—No sé quién sos —dice mirándome—, pero confío en quien me sostuvo en esos momentos tan difíciles; Victorino, mi incondicional amigo.

Durante su relato no emito palabra. Solo lo observo con pena.

—Dudo que yo… pueda hacer algo. Lo único que quiero es… averiguar por mi amigo.

—Estas personas son verdaderos pesos pesados en el ambiente delictivo, va a necesitar mucha ayuda —agrega Victorino.

—¡Sí! Pero yo creí que la ayuda era solo para sacar a Walter de ahí… No sé qué entendieron ustedes… ¿Yo qué puedo hacer? ¡Nunca imaginé que la ayuda era para… terminar con ellos!

Maximiliano vuelve a suspirar profundamente.

—Es que la única manera de ayudar a tu amigo es esa… justamente, terminando con ellos.

—Pero… yo no creo que pueda, aparte el trabajo…

—Olvídese del trabajo joven, aquí lo único importante es su amigo y… mi Aldana. Que, a decir verdad, estoy muy preocupado por lo que pueda sucederle. Le soy sincero, esto lo hago por ella y nuestra familia. Intuyo que, hasta que su amigo no esté a salvo o… no esté…, ella tampoco se verá librada de esas alimañas; por supuesto, deseo que su amigo salga de una manera aliviada de este trance.

—Entiendo… Déjenme pensar, estoy confundido, yo nunca traté con gente así.

—Estás en un aprieto. Lo que necesites, mientras no se exponga mi familia, pedímelo —asegura Maximiliano, mientras me toma de un hombro.

Seguidamente a esto, se retira despidiéndose de nosotros.

—¿Qué quiso decir con “lo que necesite”? —pregunto a Victorino.

CONEVOLUCIONESPRIANOS-PLANZOL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

—Todo, absolutamente todo, mientras no se exponga su familia.

—Pero…

—¡Todo! Maximiliano es un empresario industrial muy adinerado, puede darle una fortuna si fuera necesario. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Quedo en compañía de mi soledad, en todos los sentidos. Camino lento, como si así, tardara más en acercarme al problema; debo pensar muy bien qué hacer. Siento mucha incertidumbre y… miedo, pero tampoco quiero abandonar a Walter; porque según plantearon Victorino y su amigo, si lo hago, más tarde o más temprano, va a una muerte segura. Además, las palabras que dijo aquella vez que nos encontramos en la feria, se aferraron a mi mente: no sé hasta cuándo les voy a ser útil y de qué manera pensarán deshacerse de mí después que deje de serlo.

Él confió en mí y me pidió ayuda… Por lo menos, debo intentarlo.

4 de noviembre de 2005- Encarnación.

Llego al trabajo con la decisión tomada; voy a comunicarle a Victorino que acepto. Que lo voy a intentar, hasta donde me sea posible.

—Buen día, ¿podré hablar con Victorino? —pregunto a su secretaria.

—Hola. Casualmente me dijo que, cuando llegaras, fueras a hablar con él.

Me acongojo; por un momento, pierdo todo el ímpetu con el que venía. Voy hacia su oficina y golpeo sutilmente la puerta.

—Adelante.

—Permiso, ¿me quería ver?… Señor —pregunto ingresando tímidamente en su elegante oficina por primera vez. Tiene una pared cubierta con una impecable biblioteca de nogal, repleta de colecciones de hermosos libros. En los otros muros, una delicada boiserie muestra su belleza en un metro y medio de altura, de la que se desprenden unas labradas columnas que no llegan hasta el cielorraso. Lo que resta de los muros, está tapizado con un fino papel verde seco con una especie de delicados estampados. Uno de estos muros posee un enorme y lustroso ventanal, también en madera de nogal. El piso está construido en diferentes tipos y tonalidades de maderas encastradas entre sí, formando hermosas orlas de sinuosas líneas y hojas. Las ornamentadas molduras del cielorraso en conjunto con los artefactos de iluminación, dan un acabado exquisito.

Más que una oficina, parece el recinto de algún esplendoroso y antiguo hotel o teatro, una excelente obra de arte. Además, una casi apagada sinfonía clásica, se oye apaciblemente de fondo.

Lo único que desentona con la armonía del lugar, es la computadora. Que seguro, estas no existían, cuando la oficina fue decorada.

CONELVUELOSOLAROS PLATAU-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Respecto a lo de ayer, de más está decirle, que de sucederle algo a usted… se va a negar cualquier tipo de relación. Pero… estoy seguro que también es lo único que tiene. Y por favor, le pido encarecidamente que no hable de Maximiliano con nadie, ni siquiera con mi sobrina.

—No. Quédese tranquilo que así será.

—Y… ¿ya decidió algo? —pregunta.

Siento el estómago como una piedra.

—Sí, quisiera… aceptar la ayuda que me ofrecen.

—Muy bien —dice, sentado en su robusto sillón y detrás de un antiguo escritorio, pensativo y con los dedos de ambas manos, entrecruzados.

—Voy a tratar… de intentarlo, no sé hasta dónde podré llegar.

—La única manera de que llegue a algo… es comenzándolo. ¿Y tiene alguna idea de cómo o dónde empezar?

—No.

—¿Alguien que lo ayude?

—Tampoco —respondo tímidamente.

—Respecto a eso, me dijo Maximiliano que puede presentarle a alguien de su plena confianza, siempre que usted quiera.

—Si es de confianza, me interesa.

—Fue muy amigo de su hijo. Es Oficial Inspector de la Policía Nacional.

Llama por teléfono a Ortiz y le pregunta cuándo me puede presentar a Anselmo Saravia, que estoy interesado con su colaboración.

—No cometa errores. Y por favor, nunca nos nombre, tanto a Maximiliano como a mí. Recuerde que, si alguien lo descubriese, estará solo —me dice antes de retirarme.

Esa misma tarde, me encuentro con Saravia en la vereda misma de la redacción.

Nos presentamos. Es de mediana estatura, robusto y luce una abundante barba vagamente entrecana, al igual que su renegrido cabello. Viste de civil y porta su arma de acero esmerilado de manera muy suelta; la lleva en la cintura, sostenida por el jean.

Fuimos a una confitería y, con un café de por medio, conversamos largo rato. Le cuento todo lo sucedido y que, junto a Walter, pretendemos descubrir qué traman para negociar y evitar que le hagan daño a él, a Aldana o a su familia.

Él, por su parte, me comenta que posee mucha información acerca de todos los integrantes de la banda; incluso, del mismo Walter. Expone que, si obtenemos pruebas contundentes para incriminarlos y Walter estuviera dispuesto a declarar en su contra, podría recibir una reducción de su pena, la cual —según él— sería prácticamente inevitable.

Me advierte que no podemos equivocarnos de manos al entregar esas pruebas: de eso depende que se hundan ellos o nosotros; y aclara que será muy difícil que las cosas salgan como esperamos, porque los integrantes de esa banda gozan con respaldo de ciertos sectores, tanto

CONLOSOJOSDELESPIRAFS-SIA-ANZOL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

políticos como judiciales. Al profundizar en la posibilidad de una futura denuncia, debemos tener claro que resultaría demasiado peligroso para mucha gente implicada, directa e indirectamente.

Acordamos encontrarnos mañana por la noche, para definir cómo comenzar la investigación. Primero, para dar con el paradero de Walter, y segundo, para intentar desarticular esa banda; en lo que demuestra un especial interés. Seguramente debió ser un gran amigo del hijo de Maximiliano Ortiz.

5 de noviembre de 2005- Encarnación.

Al día siguiente, durante la reunión, me brinda detalles de algunos de los integrantes de la banda para que sepa y vea contra quiénes lidiaremos.

Todos, excepto Walter, estuvieron en prisión por alguna u otra razón.

El más sanguinario es Rafael Vargas, al que apodan "El Toro", apodo que derivó de torero, este a su vez de matador, apodo original que le habían puesto en prisión. Estuvo encarcelado por haber secuestrado y, posteriormente, asesinado a sangre fría a una familia entera con un machete. Los ejecutó, los descuartizó y enterró los restos, esparciéndolos por distintos lugares. Salió libre un par de años después, por inconsistencia en las pruebas.

En la fotografía que me muestra, se ve una persona muy robusta, calva y con un prominente bigote de estilo mexicano. Estoy seguro de que fue el que casi nos descubre cuando intenté entregarle el celular a Walter en el sanitario del bar. Cómo olvidarse de una persona así, con un aspecto tan cruel.

Otro de quien me habla, es de Gabriel Juárez, alias "El Peque". Si bien no asesinó a nadie, no dudaría en hacerlo; es un hombre siempre dispuesto a todo. Creció de orfanato en orfanato y por su peligrosa conducta terminó en un instituto de reeducación. Lugar que tuvo que abandonar al cumplir la mayoría de edad para ser trasladado a una prisión por un período de dos años.

En la fotografía sobresale su diabólica mirada, es de baja estatura y de contextura pequeña, haciendo honor a su apodo.

El tercero de que me habla, es Arsenio Ismael Prados, alias "El Jefe", que justamente así lo llaman los demás integrantes por ser el cabecilla de esta banda.

Es una persona muy inteligente, astuta y especuladora, con indiscutible don de mando y una capacidad organizativa extraordinaria. Perteneció a las Fuerzas Armadas de Paraguay y realizó varios cursos internacionales de entrenamiento estratégico, táctico y práctico; un hombre excepcionalmente capaz, tanto en el arte bélico como en el político.

Su perfil psicológico revela ambición y soberbia; no tolera recibir órdenes ni que le impongan reglas y, por sobre todas las cosas, no confía en nadie.

CON LA VELOCIDAD DE SUEÑOS-PLAZA AZUL-CRISTIAN MARCELO ALFROVIDA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

En una entrevista luego del juicio que lo llevó a prisión, llegó a decir que ninguna persona puede ser más eficiente que él para organizar cuestiones de Estado, salvo su ex mejor aliado. Juntos formaron una facción que, a mediados de los ochenta, intentó dar un golpe de Estado.

Todo estaba finamente calculado y organizado, hasta el último detalle; salvo uno, la traición de su camarada. Justamente su propio amigo y mano derecha dentro de las Fuerzas Armadas.

Desde ese momento solo confía en sí mismo. En los demás integrantes de la banda confía por necesidad, lo revela cada vez que supervisa personalmente cada detalle de manera obsesiva.

Me muestra la fotografía de una persona común, que no denota ningún rasgo llamativo como en los casos anteriores. Un hombre morocho con el cabello muy corto, prolijo bigote y rostro con aspecto duro. Viste camisa y pantalón sport. Estuvo en prisión casi seis años por ser artífice del plan de aquel fallido golpe de Estado.

No estoy completamente seguro, pero creo que era el otro que acompañaba a Walter el día que casi nos descubre El Toro.

Los otros cuatro miembros, incluido Walter, son irrelevantes; solamente me muestra sus fotografías y revela algunos datos.

Ahora tengo un conocimiento básico sobre quiénes son y qué han hecho a lo largo de sus vidas.

Después de un análisis, llegamos a la conclusión de que la única alternativa viable es esperar a que aparezca alguno de los miembros de esta banda. Ya que sería prácticamente en vano salir a buscarlos a la deriva por Brasil, porque solo sabemos que fueron a algún lugar cercano a Curitiba y luego hacia Foz de Iguazú; con el objetivo de cruzar un cargamento a Paraguay.

Nos mantendremos en contacto y nos turnaremos para pasar por la casa donde viven algunos de los integrantes de la banda, incluso Walter; al que le envié varios mensajes, pero no tuve respuesta.

8 de noviembre de 2005- Encarnación.

Recién al tercer día de vigilancia tenemos novedades, dos de los miembros de la banda están dirigiendo una cuadrilla de obreros en tareas de orden y limpieza del galpón; al parecer, planean reacondicionarlo.

Un camión se lleva la basura y la chatarra acumulada durante años, mientras otro trae algunos materiales de construcción.

9 de noviembre de 2005- Encarnación.

Trabajaron arduamente, incluso durante la noche, porque al día siguiente la refacción se encuentra muy avanzada; a tal punto que, al segundo día de comenzada la obra, los trabajos

SOBRE VUELO DE ESPEJUELOS- PLANAZO- CRISTIAN MARCELO TROPICA- EDICION GRATUITA LIMITADA-

fueron concluidos. No pudimos ver que hicieron, pero trajeron unas mesas, sillas y varias placas y perfiles estructurales de construcción en seco.

Esa misma noche, al pasar con Anselmo, atraídos por la veloz culminación de la obra, advertimos que frente a la casa se encuentra un camión; del que bajan, con ayuda de un autoelevador, unos cajones de madera que depositan directamente adentro del galpón.

—Estacioná y vamos al bar, así vemos qué están haciendo —le digo.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana para observar y, por sobre todas las cosas, por si llego a divisar a Walter. Mientras tanto cenamos, tardando el mayor tiempo posible.

Desde que llegamos, bajaron con mucho cuidado un par de cajones y, por lo que se ve, no quedarían más de uno o dos.

De Walter, ni noticias hasta el momento.

Terminada la tarea de descarga, los miembros de la banda se dirigen hacia aquí, seguramente a comer algo. Toman una mesa distante de la nuestra. Hablan sobre el trabajo realizado y lo que queda aún por hacer. Oyendo esta charla, nos enteramos de que algunos de sus compañeros están todavía en Foz de Iguazú, intentando pasar otra parte del cargamento. Nosotros, nos preguntamos por qué no habrán conseguido pasarlo completo.

Al continuar escuchándolos, nos dan una posible respuesta; lo que aún no lograron cruzar por la frontera, es la parte del cargamento que no pueden ingresar de manera legal. Suena raro, según explicó Walter, todo ingresó legalmente a Brasil.

Minutos más tarde se retiran y, nosotros, hacemos lo mismo.

—Tenemos que averiguar qué intentan contrabandear —dice Anselmo.

—¿Cómo?

—Ahora que sabemos que andan por la frontera, creo que la única manera va a ser viajando a Foz de Iguazú.

—¿Cuándo? Porque yo tengo que organizarme.

—Lo antes posible. Mañana mismo.

Me deja en el hotel y aviso a Victorino que no voy a concurrir al trabajo por algunos días. Contesta que no me preocupe, que ya lo tenía previsto y dispone de otra persona para realizar esa tarea; que me tome el tiempo que sea necesario.

Además, me recuerda que, por su intermedio, le pida a Maximiliano Ortiz lo que necesite para llevar adelante la investigación. Le doy a entender que siento vergüenza de hacerlo, pero a la vez sé que me es imprescindible su ayuda. El propio Victorino me propone que pase por la redacción mañana, antes de marcharnos.

11 de noviembre 2005- Encarnación- Foz de Iguazú.

Con todo dispuesto para el viaje, pasé por la redacción, como me había propuesto Victorino. Me esperaba en su oficina con la misma serena expresión de siempre, aunque esta vez sus ojos

CONELVUELODELOSFRAILES-PLAYZOL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAUNITADA-

revelaban una leve inquietud. Sin mediar demasiadas palabras, me entregó una considerable suma de dinero en efectivo que le dio su amigo, quien prefiere no ser partícipe directo. Agradecí sin hablar, entendiendo el peso de ese gesto silencioso.

De allí mismo, llamé a Aldana para averiguar si tuvo alguna noticia de Walter; porque con algún dato extra, tal vez, se simplifique nuestra búsqueda. Pero su voz, al otro lado de la línea, apenas ofreció un suspiro de esperanza. No, no había sabido nada de Walter. Me rogó, eso sí, que le avisara apenas tuviera novedades, y prometió hacer lo mismo. Su tono era suave, casi resignado.

El viaje se hizo más largo debido al tránsito y deterioro de la ruta. El paisaje cambiante desfilaba por la ventanilla como una película muda. Con Anselmo, conversamos acerca de cómo podríamos hacer para localizarlos, ya que Walter no responde a ninguno de mis mensajes. La única posibilidad concreta, es obtener información por parte de un contacto. Un agente de policía de Ciudad del Este que, habituado a los movimientos turbios de la frontera, tal vez pueda darnos alguna pista.

Tras varias horas compartidas de ruta, inevitablemente, me surgió una duda. Lo miré de reojo y le pregunté por qué hace esto y se involucra tanto. Su respuesta fue breve, sin adornos ni pausas, pero dicha con una firmeza que no dejaba lugar a dudas. Su razón, comprendí en ese instante, era más poderosa que cualquier argumento.

—Maxi —así lo llamaban al hijo de Maximiliano Ortiz— era muy amigo mío. Y estos tipos lo mataron. Lo hago casi por el mismo motivo que vos.

—¿Y por qué no lo hiciste antes?

—Solo… imposible, no tenía en quién confiar. Vos tenés un motivo particular, similar al mío. Bien podría haber contratado gente para llevar esto a cabo, pero todos los relacionados con ese ambiente conocemos cómo se maneja esta banda. Pocos se atreverían a jugarles en contra, y podría ser un arma de doble filo. Terminaría siendo una masacre…

El resto del viaje transcurrió en un silencio apenas interrumpido por alguna que otra observación trivial. La ruta se abría interminable ante nosotros hasta que, finalmente, ya entrada la noche, llegamos a Foz de Iguazú. Nos alojamos en un hotel modesto pero cómodo y, sin perder tiempo, Anselmo se comunicó con el oficial de policía de Ciudad del Este.

La intención es clara, averiguar si se había registrado algún incidente en la frontera que pudiera darnos alguna pista sobre Walter y sus cómplices. Si como sospechamos, tuvieron dificultades para cruzar ilegalmente, tal vez la policía lo supiera. Pero su colega, aunque atento, le aseguró que no tenía conocimiento de ningún hecho reciente con esas características. Aun así, le sugirió que intentáramos con un informante suyo en Foz de Iguazú apodado “El Brasuca”.

CONEVOLUCIÓNESPAÑOLA-LLAMAZOL-CRISTIANVARGASELOLATRÓNICA-EDICIÓNGRATUITALIMITADA-

Inmediatamente, llamó al contacto. Se presentó con naturalidad, diciéndole que había obtenido el número a través del "Loro" Igarreta. Esa mención bastó para que el tono de la conversación fuera distendido, casi de camaradería.

Anselmo le explicó que necesitábamos información sobre el paradero de un amigo, y que sería útil reunirnos en persona para entregarle datos y fotografías. El encuentro quedó pactado para mañana a las doce del mediodía en el restaurante Dourados, allí mismo, en Foz de Iguazú.

12 de noviembre 2005- Foz de Iguazú.

Llevamos con nosotros una carpeta que contiene datos y fotografías. Al detectar a nuestro informante, veo un hombre de estatura mediana, casi calvo y con algunos kilos de más, vestido al mejor estilo hawaiano; como salido de una postal de playa desvaída por el sol.

Le explicamos que necesitamos hallar de manera urgente a un amigo que está en problemas. Que él, junto con otras personas, están intentando ingresar cierta mercadería ilegalmente a Ciudad del Este. Le brindamos todos los datos que tenemos, sin omitir detalle.

Por una suma razonable, este hombre, una especie de rastreador urbano, un cazador de sombras, aceptó ponerse en movimiento. Nosotros, por nuestra parte, hacemos lo mismo; recorremos el cruce fronterizo, hablamos con personas que conocen la zona como la palma de su mano. En realidad, buscamos cualquier dato suelto, cualquier indicio que pudiera servirnos de guía.

13 de noviembre de 2005- Foz de Iguazú.

Por la tarde, nuestro detective privado nos comunica que encontró una posible pista de un contrabando de mercadería que fracasó hace algunos días. Al parecer, alguien los delató por no llegar a un arreglo, y la policía brasilera se hizo presente en un viejo y solitario muelle particular, desde el cual, iban a cruzarla en bote. Los contrabandistas, al percatarse de la presencia policial, abortaron la operación.

Con este dato, vamos a investigar directamente al muelle en cuestión, en el cual dialogamos con un baquiano de la zona que nos explica que las personas que iban a cruzar la mercadería se encuentran en una casa no demasiado lejos de allí. Sabe esto, porque él mismo fue a ver el cargamento a ese lugar, para estimar en cuántos viajes los podrían cruzar.

Mediante un soborno, nos entrega la información necesaria para que podamos llegar hasta allí.

Minutos después, nos encontramos frente a la casa en que supuestamente se encuentran Walter y los demás. Detenemos el auto a media cuadra y esperamos.

COFETUELODELOSCUARTOS PUTAEVIL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

Más tarde, desde la casa, sale una persona hacia el lado contrario al que estamos nosotros. Anselmo de inmediato pone en marcha el automóvil y comenzamos a seguirlo con cautela. Al acercarnos paulatinamente, reconozco esa manera de andar…

—¡Es Walter! —vocifero.

—¿Qué hacemos? —pregunta Anselmo.

—Alcanzalo —estoy eufórico.

—Puede ser peligroso… que nos descubra.

—¡No! Imposible —respondo enérgicamente.

Acelera y se pone a la par.

—¿Es? —pregunta.

—Sí. ¡Walter! —lo llamo.

Gira para observar quién grita su nombre en una ciudad donde nadie lo conoce. Por un momento queda desconcertado, al igual que cuando aparecí en el bar de Encarnación. Me observa sin emitir palabra, hasta que reacciona.

—¿Qué hacés acá?

Le doy la misma respuesta que aquella vez, pero ahora con tono más áspero.

—No tenía noticias tuyas y vine a ver qué pasaba. ¡Subí! —le digo haciéndole señas.

Lo presento con Anselmo y le explico todo rápidamente.

—¿Por qué no me contestás?

—Se me rompió el celular.

—Me hubieras llamado —le reprocho.

—Generalmente ando con alguno de ellos, pero igual no había ninguna novedad para darte —dice muy fresco.

—¿Y Aldana? ¡Está desesperada! —exclamo con cierto grado de cólera.

—Pero… Si antes de venirme discutimos fuerte por este mismo motivo. Ella no quería que yo viaje para acá.

—Llamala ya —le exijo.

Estoy indignado por su actitud, pero algo esconde, noto en su mirada que no me detalló todo, y se lo pregunto.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué?

—Hay algo que no me decís. ¿Qué es?

—Nada —responde.

—¡Decime ya! ¿Qué pasa?

—Nada… me ofrecieron buena plata por esto. Explica haciéndome una mueca, mientras Anselmo le da un vistazo por el espejo retrovisor central.

—Era ese el motivo. ¿Te arrepentiste de tratar de averiguar en qué negocio andan?

CONELVUELODELOSPAJAROS-LATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

—¡No!, no es eso. Estoy retardando la cosa, pero solo por la plata. Igual, no hay nada nuevo.

—¡Solamente por la plata! —repito mirándolo directo a los ojos.

Una vez más, la sombra de la duda se desliza sobre él

—¡Sí!, te digo que es así, creeme.

A todo esto, Anselmo solamente escucha, mientras nos conduce hacia otra parte de la ciudad.

—Bueno, escuchame. Decidite por algo, nosotros estamos acá por vos. Estoy metido en un problema que no te imaginás.

—Sí, me imagino. Si al problema lo conozco mejor que vos.

—Vos conocés tu parte, yo ahora estoy en otro.

—¿En qué? —pregunta sorprendido.

Anselmo me mira.

—No importa en qué. Solamente decime si vas a seguir averiguando qué hacen para tratar de librarte definitivamente de ellos.

—Sí, más vale que quiero seguir. Tengo que hacerlo por Aldana y su familia.

—¡Entonces hacelo y basta! No me mientas, que nosotros nos estamos metiendo en un gran problema. ¿Podés entender bien lo que te estoy diciendo? —lo regaño sin dejar de clavar mi mirada en la suya.

—Sí, te entiendo.

—¿Cómo te vas a comunicar con nosotros? —le pregunto.

—Eh... no sé.

—Tomá mi celular, enviá los mensajes al de Anselmo. ¿Puede ser? —le pregunto a este último.

—Sí, está bien —responde.

También le entrego un par de tarjetas y el cargador del aparato, porque no saqué esas cosas de mi mochila.

Regresamos hacia donde encontramos a Walter, para dejarlo en ese mismo lugar. En el transcurso del viaje, nos relata lo que sucedió el día que iban a cruzar la frontera.

—Alguien nos delató, piensan que fue un mafioso pesado de Foz de Iguazú. Al parecer, El Jefe no llegó a un acuerdo con él para facilitar el cruce del cargamento. Incluso escuché que el avión fue baleado, por eso tuvo que aterrizar de emergencia cerca de Curitiba; y alguien avisó a la policía brasileña sobre un posible vuelo de contrabando. Por eso no quisieron cruzarlo en otro vuelo, ni siquiera por un paso fronterizo y decidieron probar por el río.

Cuando lo dejamos le advierto que, si vuelve a incomunicarse o a desviarse del objetivo, regreso para Argentina y que resuelva el problema como pueda. Pareciera que lo entendió; porque juró, cosa que nunca hace, que desde ahora únicamente se va a centrar en resolver esta cuestión. Anselmo, en cambio, no termina de convencerse de la sinceridad de Walter, porque

CONEVOFLUJOESPIRALES-LIAAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

me plantea si de verdad confío en él. Aunque a veces tenga mis dudas, por supuesto le aseguro que sí; que, de otra manera, no estaría aquí haciendo esta locura.

De todos modos, me señala que si no comprueba la veracidad de los datos que nos proporcione Walter, no los tomará como información válida. No comparto su desconfianza, pero la respeto.

Lo único que le expongo al respecto es que, si vamos a trabajar en equipo, cómo vamos a hacer si uno confía en el informante y el otro no. Responde que, llegado el momento, se verá.

14 de noviembre de 2005- Foz de Iguazú.

A la mañana siguiente, recibimos un mensaje explicando que, finalmente, van a pasar el embarque por el cruce fronterizo en un camión; porque llegaron a un acuerdo por el costado del control aduanero. Hoy mismo, a las veintidós horas se concretará la operación.

Como no tenemos manera de verificar si esto es verdad, decidimos estar presentes en el lugar para intentar tomar fotografías y obtener información adicional a la que pueda proporcionarnos Walter. De ahora en más, vamos a documentar todo lo que nos sea posible.

A las veinte horas, nos encontramos en el cruce fronterizo, del lado brasilero; a la espera de que llegue un camión blanco con un contenedor rojo sobre su remolque. Información que también nos proporcionó Walter.

Suponiendo que transportarán el cargamento directamente hasta Encarnación, ya dejamos el hotel y nos preparamos para el viaje.

Nos apostamos en un punto desde el cual se observa perfectamente el sector de control, a unos cincuenta metros de distancia.

A las veintidós horas y quince minutos exactos, llega un vehículo de transporte pesado con las características que nos fueron indicadas. Esperemos que sea este, porque si bien ya pasaron varios similares, es el que más se asemeja a la descripción de Walter.

Documentamos todo el proceso en un mini grabador digital de MP3. Yo comienzo a tomar fotografías con una cámara equipada con teleobjetivo, mientras Anselmo, filma con una videocámara. Todos elementos que adquirimos por la tarde.

Cuando ingresan al sector público de control de documentos, Anselmo lo hace junto con ellos para intentar averiguar algo y confirmar si se trata de nuestro objetivo, pero los llevan hasta una oficina privada; así se menoscaba su tarea. Inmediatamente después, ingresa El Jefe al mismo lugar; ahora tenemos la certeza de que se trata de ellos.

Al salir todos del recinto al que habían ingresado, nosotros aún estamos a la espera del turno para la revisión de nuestro vehículo, y nos damos cuenta que deberíamos haber esperado del sector paraguayo de la frontera.

Para cuando al fin logramos cruzar, nos sacaron buena ventaja; esperemos que marchen por la ruta principal y no hayan tomado ningún atajo o camino secundario.

CONTRABANDO ESPIANDO PUTAZO-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-ENCARNACION PARAGUAY-EDICION LIMITADA-

Transcurridos algunos kilómetros, diviso el transporte con los binoculares, y más adelante, va el vehículo en que se mueven los integrantes de la banda. Los seguiremos desde una distancia prudente para no ser descubiertos ni para que sospechen que los vigilan.

15 de noviembre de 2005- Encarnación.

Al llegar a Encarnación, Anselmo me despierta, nos dirigimos directamente hacia la casa de la banda. Nosotros nos detenemos a una cuadra y media para tomar algunas fotografías. Como tenemos un ángulo bastante malo, sumado a elementos que se interponen en la línea de visión, vamos al bar de enfrente para desayunar y de paso filmar con la pequeña cámara digital.

Como siempre, desde una mesa junto a una de las ventanas, podemos lograr nuestro cometido. Dejaron únicamente dos cajones que estaban detrás de otros que volvieron a subir. Seguramente los deben haber utilizado de camuflaje por si los hubiesen inspeccionado en el camino.

Esa tarde, después de ver las fotos y la filmación en la casa de Anselmo, recibimos un mensaje de Walter diciendo que ya se encuentran en la casa de Encarnación; y que, en cuanto tenga la posibilidad, intentará revisar esos misteriosos cajones. Este mensaje, también significa otra cosa, que no advirtieron que los seguimos, ni siquiera el propio Walter.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

3. Zona de acción.

18 de noviembre de 2005- Encarnación.

Transcurridos tres días, Anselmo recibe un mensaje de Walter:

—Imposible saber el contenido de cajones. Viaje programado con el grupo árabe, desconozco destino.

Me avisa para vigilar la casa y averiguar cuándo partirán para seguirlos.

Le informo a Victorino que necesitaré dinero, ya que no sabemos adónde iremos ni cuántos días, y también del trabajo realizado hasta el momento. Responde que no necesita ninguna explicación y, en cuanto al dinero, que pase por su oficina para retirar la tarjeta de la cuenta bancaria que me hizo abrir el día que firmé unos documentos. Esa cuenta la mantendrán con una suma para que pueda manejarme con mayor independencia y, al mismo tiempo, reducir el contacto entre nosotros.

Me sorprende, lo admito, tanta confianza depositada en mí. Tal vez se deba a que lo único que le importa a Ortiz es castigar a quienes condujeron a su hijo hacia la muerte. O quizá haya, sin que yo lo sepa, alguna conexión más profunda con Anselmo y así, ante el riesgo, quedaré expuesto antes que los demás. Después de todo, si era tan amigo de su hijo, lo lógico sería que confiara más en él que en mí. Debo permanecer alerta y tratar de averiguarlo. Hay detalles que aún no terminan de cerrarme y que no dejan de incomodarme. No estoy seguro de lo que realmente sucede a mi alrededor. Si bien Anselmo me explicó por qué no contrataron a alguien para hacer este trabajo, ¿por qué tratar conmigo en lugar de hacerlo directamente con él?

Cuando por la tarde me estoy preparando para comenzar mi turno de vigilancia, recibimos un nuevo mensaje de Walter:

—Parten mañana a las nueve horas. Destino desconocido.

Con este dato damos por terminada la vigilancia de la casa. Anselmo no está muy convencido de la veracidad de la información, la verdad, que no le tiene simpatía ni confianza a Walter; me costó convencerlo de suspender la vigilancia para descansar y terminar de organizarnos.

Mientras me acerca hasta el hotel, lo indago de un modo no muy sutil.

—¿Vos tenés relación con el padre de Maxi?

CONEVUELOLOSPÁJAROS-PATRICIACRISTINAMARCELOANTONICA-EDICIONCOMPLETAILIMITADA-

Tengo la sensación de haberlo incomodado con la pregunta, porque queda callado un momento.

—No…, hace tiempo que no lo veo. ¿Por qué preguntas?

—Como fuiste amigo de su hijo y estás dispuesto a realizar este… trabajo, me intriga que confíen y traten conmigo en vez de con vos.

Tarda un momento en pronunciar palabra, seguramente mientras imagina una respuesta convincente.

—Lo hablamos con Ortiz en algún momento, hace mucho tiempo. Y no pasa por un tema de desconfianza hacia mí. Creo que por no… comprometerme.

Lo observo dándole a entender que no es una respuesta con sustento.

—¡No entiendo! Si igual te estás comprometiendo…

Suspira con una expresión de pesadumbre, porque seguramente lo tomé desprevenido con el interrogatorio.

—Tal vez por no comprometerse él. Hubiese tenido que asumir un trato directo conmigo, y si estos sanguinarios lo descubrieran… saben que fui amigo de su difunto hijo. Entonces, seguramente, nos relacionarían y podrían atentar contra el resto de su familia; como ya sucedió alguna vez. Esa fue la advertencia que lo hizo detenerse y recapacitar. En cambio, ahora existe alguien sin relación con ese hecho y que necesita rescatar a su amigo; indirectamente, obrás por su propia causa. Y de más está decirte que si surgiera algún imprevisto ante los integrantes de la banda, la cara visible de la operación vas a ser vos. Sos el fusible de la cadena. El apoyo que te voy a brindar tiene como límite el momento en que se pueda exponer mi identidad. Además, apareciste justo, se dio así. Y como tenés un motivo propio para intentar esto y no por dinero, no te vas a cambiar de bando. Así es menos riesgoso para todos. Porque, como ya te dije, si hubiera contratado a alguien, como trabajan para un lado, bien podrían hacerlo para el otro —explica, al final.

Siento que aún le cuesta armar su respuesta. Hay algo que todavía no termina de convencerme por completo, pero al percatarme de su incomodidad respecto a mi indagatoria, dejo de presionarlo; al menos, por ahora.

19 de noviembre de 2005- Encarnación.

A las siete en punto, Anselmo pasa a buscarme para ir a desayunar al bar de enfrente de la casa. Cambió de vehículo como precaución, por si acaso ya hubieran visto al anterior rondando por la zona.

Mientras vamos hacia allí, continúo documentando el proceso en un pequeñísimo grabador digital, para no perder precisión a la hora de necesitar saber las secuencias de los hechos, o algún detalle que en este momento sea menospreciado pero que, en un futuro, pueda ser relevante.

CORTI VUELO DE LOS PÁJAROS AZULES-CRISTIAN MARCELO ROMERO-EDICIÓN NO AUTORIZADA-

A las nueve menos diez, sale una camioneta carrozada del galpón, ya con sus pasajeros a bordo y un portaequipaje bien cargado sobre su techo. La única persona que se encuentra abajo, cierra el portón con llave y dos candados. Nos tomaron desprevenidos; debemos apresurarnos para no perderlos de vista, ya que emprenden su marcha de inmediato.

Anselmo va presuroso a buscar nuestro vehículo, lo dejamos a la vuelta para evitar que lo vean; mientras tanto, yo pago la cuenta. Un momento más tarde, lo abordo y partimos velozmente. Anselmo vio que continuaron derecho por esta misma calle, y deberían ir tan solo unas pocas cuadras adelante.

Les tomo algunas fotografías con zoom. Dudo que salgan bien, por causa del movimiento de nuestro automóvil; por eso, también realizo una filmación que, al pasarla a la computadora con algunos arreglos, seguramente podré mejorarla. Quizá obtengamos algún otro dato, como la patente o marca de su vehículo por si los perdiéramos.

Cruzan la frontera hacia Argentina; nosotros hacemos lo mismo, siempre manteniendo distancia.

Al llegar a la ciudad de Posadas toman por una calle poco transitada, por lo cual, al exponernos, dejamos que se alejen un poco más. Luego marchan por una ruta hacia el sur. Por suerte, en esta, el tráfico es mayor. Después de recorrer unos cuantos kilómetros cambian el rumbo y toman por un camino de tierra. Nosotros continuamos por la ruta un trecho más y, cuando ya no los divisamos, regresamos para tomar por ese mismo camino. Como hace varios días que no llueve, avanzamos a baja velocidad evitando levantar polvo y delatarnos. Por ahora, no los vemos en forma directa, pero divisamos la ligera polvareda que van dejando a su paso; la que utilizamos como guía. Esperemos no estar equivocados y que sean ellos.

De pronto, a lo lejos, la leve pero continua nube de polvo se interrumpe abruptamente y comienza a disiparse con lentitud; aminoramos nuestra marcha y al advertir que ya no se extiende, nos detenemos.

Desde el techo de nuestro auto, con los binoculares, veo que están ingresando en un campo; decidimos acercarnos a pie. Anselmo toma la filmadora y yo la cámara de fotos, los binoculares y el grabador. Marchamos apresurados, cortando camino a través de una plantación, hacia el lugar en que aún se observan algunos restos de polvo.

Nos aproximamos hasta unos quinientos metros de una modesta casa, donde vemos detenida la camioneta en la que se trasladan.

Tomamos fotografías a El Jefe dialogando con unas personas, quien inmediatamente después aborda el vehículo y lo dirige hacia un galpón grande ubicado detrás de la casa; a unos cien metros. No logramos visualizar muy bien.

Continuamos observando desde lejos, no intentamos acercarnos porque vemos que hay perros en el lugar. Alguien, abre el enorme portón corredizo del galpón, permitiendo el ingreso de la camioneta. No alcanzamos a observar hacia el interior, por lo que decidimos movernos

CONEVOLOSELOSPLANOS-SLANOZU-CRISTIANMARCELOTRUCCO-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

hacia un lado para adoptar una posición tal que el ángulo nos lo permita. Mientras avanzamos agazapados y protegidos por los pastizales y la arboleda, advertimos que va hacia allí un pequeño y viejo tractor, el que ingresa a dicho galpón marcha atrás después de haber realizado algunas maniobras.

Desde el lugar hasta el que nos atrevimos a avanzar no logramos mejorar la perspectiva, pero el resto del campo tiene el pasto corto y, para observar mejor, deberíamos alejarnos de la vegetación que nos oculta. pensamos que será mejor esperar escondidos y vigilar desde aquí.

A los veinte minutos, aproximadamente, asoma la trompa del tractor, realizando de nuevo algunas maniobras hacia adelante y hacia atrás, hasta que se detiene un momento. Inmediatamente después, el bramido del motor y el humo de su escape, evidencian que está comenzando a arrastrar algo. Entonces, poco a poco, comienza a asomar lo que parece la nariz de un… avión. Con Anselmo cruzamos nuestras miradas con decepción. Luego aparece el fuselaje completo.

Al notar que posee capacidad para varias personas, nos invade la desazón, porque ya no podremos seguirlos. Hasta aquí llegó nuestra labor, al menos por ahora.

Una vez afuera, arrancan y calientan su motor. Después de un rato, comienza una carrera que no podremos emular; solamente, tomamos algunas fotografías.

Quedamos sentados sobre la verde hierba, desmoralizados, viendo cómo se aleja la aeronave; hasta convertirse, primero, en un punto brillante sobre el cielo azul, y luego, en nada.

—Lo único que podemos hacer es ir hasta allá para intentar averiguar adónde van —dice Anselmo, con la mirada perdida en el infinito horizonte.

—Al sur —respondo con desgano.

Anselmo me mira.

—¡Ya sé! ¿Pero adónde?

No tengo respuesta para esa pregunta.

Después de un momento nos ponemos en movimiento, Anselmo se encamina hacia la casa; con el pretexto de necesitar agua para el radiador de nuestro auto, intentará averiguar algo. Mientras, yo regreso a nuestro vehículo, con las cámaras y binoculares. Apenas llego, levanto el capó para evidenciar la falla. Espero un rato, luego diviso que por el camino se acerca una vieja camioneta, hasta que se detiene junto a mí; descienden Anselmo y un hombre de edad.

Lo saludo extendiendo mi mano y mientras entre ambos revisan el motor digo:

—Lindo avión, jefe. ¿Es del patrón?

—No, qué va a ser… con este campo de mala muerte. El dueño del avión solamente alquila el galpón para guardarlo.

—¡Qué placer viajar así! ¿Para dónde irán? —pregunta Anselmo que, por lo que capto, no ha podido averiguar nada hasta ahora.

CONEVOLUCIONESPLANOS-PLATAZOL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Para el sur, a Mar del Plata o por ahí, me dijo el piloto. Porque los turistas, salvo dos, no dijeron palabra. Me parece que eran extranjeros —responde ingenuamente— ¡Dele arranque muchacho! —le indica a Anselmo.

—Ah, turistas, ¿traían muchas valijas? —pregunto.

—Unos bolsos nomás y varias cajas… pesadas parecían y bien envueltas con cinta y nylon.

Al darle arranque al auto, enseguida está en marcha.

—No es nada muchachos, si no calienta… viajen tranquilos nomás.

Saludamos y agradecemos al anciano, quien saluda levantando su mano con la mirada de aquella persona que no vislumbra maldad alguna.

Emprendemos nuestro regreso hacia Encarnación.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Anselmo.

—Vamos a averiguar qué contienen los cajones en el galpón.

Esa misma tarde, le envío un mensaje a Walter para contarle lo sucedido y preguntarle si pudo descubrir qué hay adentro de esos cajones. Contesta que el galpón está cerrado con llave y se la llevaron; además, todos tienen la entrada estrictamente prohibida.

Le aviso que, por la noche, vamos a intentar ingresar a ese lugar; si escucha ruidos, somos nosotros. Me revela que colocaron una alarma cuando lo refaccionaron y que, los que quedaron en la casa, son tres, incluido él. Y además tienen la orden estricta de que, por lo menos, siempre haya mínimamente dos personas en la casa para vigilar.

Esto es un gran inconveniente, porque puede producirse un encuentro desagradable; entonces le pregunto si puede lograr que por lo menos uno de ellos se vaya. Contesta que no sabe cómo; pero, se le ocurre una idea mucho mejor. Comprará unas botellas de bebidas alcohólicas para organizar esta noche una partida de cartas, apostando algo de dinero para darle ánimo a la diversión. Nos pide que, si logramos ingresar, por favor dejemos todo en las mismas condiciones en que lo encontramos, ya que él también tiene responsabilidad por la vigilancia del lugar; y teme, por la represalia que pueda tomar El Jefe si llegase a descubrir que alguien ingresó.

La clave de que todos se durmieron será que estén apagadas todas las luces, tanto la del frente como la del fondo; Walter cortará la llave general para desproveer de energía directa a la alarma y, nosotros, deberemos encargarnos de la batería.

Esa noche, a las dos y cuarto de la mañana, recibimos un mensaje de Walter diciendo que ya están todos ebrios y dormidos, que vayamos porque ya cortó la energía eléctrica.

Estacionamos a la vuelta e ingresamos a la casa por su patio trasero, saltando la pared medianera desde un lote baldío cuyos fondos son linderos; y con la seguridad de que no tienen ningún perro que pueda atacarnos ni delatarnos.

Agazapados, pasamos bajo las ventanas del contrafrente de la vivienda, el patio está totalmente oscuro. Es una noche ventosa y con el cielo cerrado, no existe el más mínimo

CONEVOLUCIÓNDELOSPLANES-PLATAZO-CRISTIANMASSEDOELECTRONICA-EDICIÓNGRATUITAYLIMITADA-

resplandor de luna. Traemos un buen equipo de herramientas, linternas, ganzúas y porto una pistola calibre nueve milímetros que me dio Anselmo. Espero no tener que utilizarla, porque la verdad, es que no sé si me atrevería; además, accidentalmente, podría dispararle a Walter en la absoluta oscuridad.

Tenemos la certeza de que la alarma no es monitoreada, que solo tiene sensores en las aberturas, y que la central con la batería que provee de energía alternativa al sistema está en la esquina trasera del galpón, del lado que da a la pared medianera.

Nos dirigimos directamente hacia ese lugar. Una vez allí, con paciencia hacemos palanca en las cabezas de los clavos con un destornillador, para luego retirarlos con una tenaza, intentando no abollar ni dejar marcas en las chapas; puesto que todo el galpón es del mismo material.

Separada la primera chapa de su estructura de apoyo unos cuantos centímetros, con la ayuda de un espejo y una linterna, Anselmo observa hacia adentro. Deja de lado estos elementos y me hace señas para que levante un poco más esa chapa; cuando lo hago, introduce apenas la parte superior de su cuerpo y manos, las que hábilmente al tacto sueltan la tapa y los bornes de la batería. Al terminar, se dirige hasta la puerta trasera, y con su equipo de ganzúas abre el candado y la cerradura sin ninguna dificultad. Me asombra la exactitud con la que trabaja, parece más un ladrón profesional que un policía.

Cuando logramos ingresar, ahí están los misteriosos cajones, justo enfrente nuestro. Algunos abiertos y vacíos, y otros, perfectamente cerrados.

Les damos una veloz mirada y de los que permanecen aún cerrados, ninguno presenta signos de haber sido abierto y vuelto a cerrar.

Sobre una de las esquinas existe un cubículo construido, y en su interior hay unas mesadas blancas, un escritorio y un pequeño lavatorio. En otro sector hay dos computadoras.

Volvemos hacia los cajones y decidimos intentar voltear uno para abrirlo por su base. Lo tumbamos lentamente, por si existieran elementos sueltos en su interior; pero, poco a poco lo recostamos sobre uno de sus lados y no se oye ningún ruido ni se derrama ningún líquido. Ni siquiera sentimos que se haya movido algo.

Con paciencia, procedemos a quitarle cuidadosamente la base. Cada un minuto, voy hasta la puerta para verificar que no se acerque nadie; igualmente la trabamos y sabemos que ellos no pueden acceder.

Al abrirlo, encontramos en su interior cuatro cilindros perfectamente sostenidos por un empaque de densa goma espuma, con medidas y forma justa para sostenerlos.

Al retirar cuidadosamente uno, vemos que son de un metal impecablemente pulido con una tapa que lo cierra herméticamente de igual material que el resto. Un anillo con cerradura ajusta sólidamente ambas partes. Una etiqueta roja dice *Warning, extremely dangerous material*; otra, amarilla, *Do not open, only authorized personnel*, y la última, está escrita a mano en chino, aparentemente. Inentendible para nosotros, no sabemos qué cosas puedan ser o

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLAZA IZQUI-CRISTIAN MARCELO LA FERONICA EDICIONES ATTUTA LIMITADA-

contener estos misteriosos cilindros. Retiramos otro y posee las mismas etiquetas que el primero, pero la que está escrita a mano es algo diferente. Los guardamos y, mientras fotografiamos el tercero que es idéntico a uno de los anteriores, justo en ese momento, percibimos un leve ruido de pasos proveniente del patio. Quedamos paralizados, e inmediatamente apagamos nuestras linternas. Anselmo empuña su arma y me hace señas para que haga lo mismo, mientras se dirige hacia la puerta. Una vez ahí, espía por una hendija y ve a uno de ellos que, con tremenda borrachera, está orinando entre unas plantas junto a la medianera.

Mientras Anselmo lo vigila, vuelvo hacia el cajón para cerrarlo. Con el martillo oprimo con fuerza sobre los clavos que extrajimos, embocándolos en sus mismos agujeros; no puedo golpearlos por el ruido que esto ocasionaría. Previamente, unté todos los clavos con jabón que tomé del lavamanos, así penetran con menor resistencia.

En cuestión de unos minutos, está listo para volver a su posición inicial. Le solicito ayuda a Anselmo y, mientras volteamos el cajón, me dice que el guardia permanece aún en el patio.

Juntamos nuestros elementos minuciosamente y, cuando regresamos para observar qué está haciendo el sujeto, advertimos que camina hacia nosotros; tambaleándose, con una botella en una de sus manos, de la que bebe largos sorbos directamente del pico.

Esperamos para ver cuál será su reacción. Entretanto, Anselmo enrosca rápidamente y al tacto un silenciador en su pistola, sin dejar de observarlo en ningún momento; con mi cabeza, le hago desesperadas señas para que no le dispare. Me ve y, sin tenerme en cuenta, continúa con su tarea.

Ahora, el inoportuno guardia se sienta en un murete muy bajo al borde de la vereda perimetral de la casa y, un instante después, se desploma hacia atrás cayendo pesadamente sobre el césped.

Aguardamos para ver qué hace. Inesperadamente, se acomoda de lado como para dormir. Aprovechamos la situación para escapar.

Armamos la central de la alarma. Previamente, descargamos la batería con un alambre grueso, juntándole varias veces ambos polos de forma intermitente hasta que dejó de funcionar; y Anselmo, cierra la puerta igual que como la encontró. Después de esto, comienzo a empujar los clavos, que se hunden con facilidad en la ya perforada madera; mientras él, vigila al guardia dormido. Se oyen unos leves ronquidos. Concluimos el trabajo y escapamos por donde ingresamos, pasando junto al desfallecido vigilante que no mueve ni un dedo.

Cuando dejo de prestarle atención y vuelvo mi vista hacia adelante, repentinamente, desde la casa asoma otra persona; a la que, de una veloz media vuelta, Anselmo queda apuntándole con su pistola. A mí no me salen señas ni palabras para avisarle que es Walter. Pero afortunadamente, ambos se reconocen a tiempo, a pesar de la penumbra.

CONEVOLUCIÓNELSEÑALADOS-SLAYZEN-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

Un instante, y cruzan tantas cosas por mi mente que es como si el tiempo real fuera otro. Lo saludo con una seña de mano y nos retiramos en silencio. Una vez en nuestro automóvil, andadas ya algunas cuadras, comienzo a relajarme y a temblar un poco; no decimos palabra.

—Compará el equipo con la lista, para ratificar que esté completo —me pide, de pronto, Anselmo.

Rápidamente me aboco a esa tarea y reaparece la pesadez, la mente concentrada, solo en eso. Siento que todavía no estoy liberado del trabajo que acabamos de hacer. Por lo menos, hasta saber que la verificación esté correcta. Todo lo que llevamos, lo trajimos. No hay errores.

Comienzo a relajarme de nuevo, amparado bajo la oscura noche. Me recuesto hacia atrás en la butaca y cierro suavemente los ojos; sin pensar, solo oigo el monótono zumbido del motor.

Poco a poco, comienzo a reponerme. Lo único que deseo ahora, es llegar al hotel y dormir. No necesito ninguna otra cosa en este momento.

20 de noviembre de 2005- Encarnación.

Suena mi nuevo celular —el anterior se lo di a Walter—. Por un instante no logro fijar la vista en la pantalla, pero al fin veo que son las doce y cuarenta y cinco.

—Hola —digo con la garganta aún entumecida.

—Hola, te llamo para organizar el material que obtuvimos y para tratar de averiguar algo más —me dice Anselmo.

—Dame un rato y voy para tu casa.

—Bueno, eso es otra cosa de la cual te quiero hablar.

¿Que tendrá que decirme sobre su casa? No importa, ahora quiero comer algo. La tensión nerviosa de anoche me dio mucha hambre. Lo recuerdo, y me parece imposible que haya sido yo quien estuvo allí, realizando ese trabajo de... espionaje. Siento una sensación extraña, como si hubiese sido un sueño o en otra vida.

Más tarde, ya reunido con Anselmo, descargamos las fotografías a la computadora y escuchamos la grabación varias veces. Estamos ansiosos por conseguir hilar los datos y llegar a una conclusión, necesitamos obtener alguna idea sobre lo que planean, para trazar un plan.

—Por lo que averigüé, esta clase de recipientes cilíndricos se pueden utilizar para el transporte y almacenamiento de sustancias químicamente inestables, entre otras cosas. Presurizados y termodinámicamente inalterables, capaces de resistir impactos de muchos kilos sin deformar su núcleo central, preparados para situaciones de accidente más riesgosas que las normales; son casi indestructibles —indica Anselmo.

—¿Y qué pensás que puedan contener?

Hace una pausa en el diálogo y después responde.

—Algún tipo de explosivo inestable, generalmente son utilizados para el transporte de esa clase de compuestos. Quizá de dos componentes separados.

CON LA VELOCIDAD DE LOS PULSOS ELECTRICOS-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICION COMPLETA ILIMITADA-

—¿Y por qué creés que tienen explosivos?

—Relacionando los escasos datos con que contamos hasta ahora, todo induce a pensar en una única situación. Casualidad… que en Mar del Plata se está organizando la IV Cumbre de las Américas donde, dentro de algunos meses, se reunirán presidentes y altos funcionarios de todo el continente. Tal vez estén planeando un atentado terrorista masivo o la muerte de alguien en particular.

Cuando sugiere esta hipótesis, sorprendido, le pregunto si realmente cree que serían capaces de cometer un atentado allí.

—¿Cómo saberlo? Los atentados los llevan a cabo donde encuentran un objetivo… —responde.

Quedo perturbado. Otro atentado en Argentina, en mi país. Me invade de nuevo esa extraña sensación, siempre me sentí muy lejos del accionar del terrorismo.

La confusión me atrapa, mil cosas cruzan por mi cabeza y, aunque lo sé, me lo cuestiono. ¿Cómo me involucré en esto? Si solo queríamos vender electrónicos, y ahora estoy involucrado en… ¿Qué sería? ¿Una guerra internacional? Por momentos siento que exagero, no puede ser así. No me puede estar pasando a mí.

Reflexiono… ¡No! No creo que eso suceda. Estamos muy lejos de ser una amenaza para los terroristas. Aunque, pensándolo bien, Argentina —o, mejor dicho, Latinoamérica en general— es un territorio propicio y vulnerable para este tipo de hostilidades. Yo mismo comprobé lo fácil que es cruzar ilegalmente las fronteras.

¿Y si a la reunión concurren mandatarios de países que ellos consideran enemigos? Entonces… quizá puede ser. Siento escalofríos recorriendo mi espalda.

Le pregunto a Walter si tiene algún indicio de adónde fueron sus compañeros y los árabes en el avión. Su respuesta es negativa: ni siquiera sabía que viajarían por aire. Luego pregunta si pudimos ver qué hay dentro de los cajones.

Con Anselmo lo pensamos bien y decidimos decirle que no logramos abrir ninguno. Es algo demasiado delicado, incluso peligroso de saber, hasta para él mismo. Y tampoco estamos seguros de que lo que vimos sea lo que creemos. Es imposible que podamos verificar con certeza qué contienen realmente esos cilindros.

—Vamos a tener que denunciar a la Justicia nuestra sospecha sobre el atentado—le digo a Anselmo.

—No creo que nos convenga por ahora. Deberíamos explicar demasiadas cosas, incluso de aquellas que ni siquiera sabemos que existen o qué son. Además, supongamos que hiciéramos la denuncia de forma anónima, evitando implicarnos directamente… ¿y Walter? Quedaría totalmente expuesto. No te olvides que tratamos de encontrar algo para negociar. Todavía queda tiempo para hacer esa denuncia.

Su postura me convence, más que nada, porque piensa en Walter y Aldana.

CONEVOFLOREFOSFLAMOS-FLAMAZOL-CRISTIANMARCELLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

—¿Lo dejamos como última opción?

—Si la utilizamos, tiene que ser como manotazo de ahogado; y dudo… que nos sirva de salvavidas.

—¿Qué querés decir? —pregunto.

—Que tenemos que pensar muy bien si continuamos involucrándonos en esto, está mutando. Al parecer, el problema dejó de ser solo con una banda de mafiosos; porque si todo es como suponemos, lo que podamos enfrentar de ahora en más, seguramente, va a ser mucho más siniestro y peligroso.

—¡Renunciar! ¿Y Walter? Corre peligro su vida —expreso.

—¿Y Maxi? Eso intento decirte, que evaluemos todo y veamos si conviene que sigamos implicándonos. Justamente porque se está tornando demasiado peligroso… para todos.

—Si abandonamos …, por lo menos deberíamos dar aviso a la policía, ¿no?

—¿Y posiblemente caer en manos del FBI, la CIA o, en último caso, de los terroristas? —me pregunta

—¿Qué tiene que ver los Estados Unidos si hay un atentado en Argentina?

—¿Te parece que nada? Su presidente va a participar de esa reunión. ¿Además hasta qué punto llega esto? No lo sabemos… y menos, lo imaginamos.

Pienso en Walter y en todas las personas que podrían sufrir las consecuencias.

—¡Continuemos un poco más, hasta donde podamos sin exponernos!, y en ese momento lo decidimos.

Piensa un momento, mientras frota su barbilla.

—Entonces tenemos que viajar a Mar del Plata —me indica con decisión.

Pide unos días en su trabajo y organizamos el viaje hacia allí. Para abordar el próximo vuelo desde Asunción hasta Buenos Aires, debemos esperar hasta mañana.

21 de noviembre de 2005- Asunción- Mar del Plata.

Estamos en el aeropuerto de Asunción listos para partir hacia la Ciudad de Buenos Aires. Una vez allí, tomaremos otro vuelo desde Aeroparque hacia Mar del Plata. Llevamos todo el equipo necesario, excepto, armas; lo cual no me incomoda en absoluto.

Durante el transcurso del medianamente corto vuelo, recordando algo que me había dicho Anselmo, le pregunto qué sucede respecto a su casa. Su preocupación, es debido a su madre, con quien vive. Por ese motivo, me propone que alquilemos alguna casa o departamento para utilizar como lugar de trabajo.

Me gusta la idea, porque inclusive yo, estaría más cómodo que en el hotel.

22 de noviembre de 2005- Mar del Plata.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATA 2021-CRISTIAN MARCELO LATRONICO-EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA-

Por la mañana, arribamos a Mar del Plata. Desayunamos mientras nos preguntamos cómo comenzar la búsqueda… incluso, si todavía permanecen aquí.

Por suerte, los turistas que se han adelantado a la temporada veraniega de esta ciudad costera no son demasiados, porque detectarlos entre una multitud que deambula por las calles, sería aún mucho más difícil.

Alquilamos un vehículo para movernos con mayor agilidad, porque de otra manera nos sería prácticamente imposible.

Durante este primer día, comenzamos por averiguar en los hoteles más importantes, y no obtenemos el más mínimo indicio.

Quizá, en vez de intentar ocultarse entre los muchos huéspedes de los grandes hoteles para pasar inadvertidos, hayan preferido lugares más íntimos, donde puedan tener mayor privacidad. El problema, es que esta ciudad está plagada de esa clase de lugares para alojamiento y si alquilaron una casa, las cosas van a complicarse mucho más. Es muy difícil pensar exactamente como ellos.

23 de noviembre de 2005- Mar del Plata.

Al no haber tenido éxito con el sistema de búsqueda anterior y viendo que continuar sería una tarea casi imposible para nosotros dos, rondamos por el aeropuerto de Mar del Plata, esperando detectar la aeronave en la que vinieron. En algunas de las fotografías que tomamos, se logra distinguir su matrícula.

Tampoco allí encontramos ninguna pista, ni siquiera alguna que nos indique que aún están en esta ciudad. Pero, durante el regreso hacia el centro, se me ocurre la más brillante idea. Montar guardia frente al único y pequeño templo musulmán de Mar del Plata. Y allí esperar, como lo harían ellos, con la misma paciencia y perseverancia.

25 de noviembre de 2005- Mar del Plata.

Hoy viernes, hace ya dos días que montamos guardia por turnos, a algo más de media cuadra de distancia de su única casa de oración en esta ciudad. Hasta el momento, si bien concurrió gente al lugar, no tuvimos ningún indicio de que se tratara de alguno de ellos.

Llegado el mediodía, durante mi turno de vigilancia y apostado en el lugar que elegimos, cuando el agotamiento comienza a apoderarse de mí, surge algo inesperado. Comienzan a llegar personas desde todas las direcciones, casi todos con prominentes rasgos árabes. No comprendo qué sucede, pero cada vez llegan más, en vehículos o sencillamente caminando; y todos ingresan al templo.

CORFLIVERDELOSSUAPOS PLATA-CRISTIANMARCELOLATROVITA-EDICIONGRATUITAUNITADA-

De inmediato se me quita la modorra; por la posibilidad que inusitadamente se presenta. Llamo a Anselmo para que venga cuanto antes y me ayude a detectarlos entre la multitud, si es que se hicieran presentes en este lugar.

Miro con detenimiento cada rostro que ingresa a la pequeña Mezquita, con los binoculares, tratando de identificarlos desde la distancia. De pronto, aparecen de la nada. Ya estaban allí pero no lo había notado, ocultos, bajo sus creencias y mantos religiosos. Los hallamos, increíblemente, los encontramos. Los observo mientras atraviesan la labrada puerta del templo; mis ojos permanecen fijos en ellos, como si temieran perderlos una vez más.

Un rato después, llega Anselmo. Le doy la noticia con el pulso aún acelerado, acabo de verlos hace apenas unos minutos.

Esperamos al acecho, concentrados en esa puerta y en los rostros de cada uno de los concurrentes. Y cuando por fin los vemos salir, les tomo varias fotografías, aunque caminen entre otras personas. Principalmente, enfoco sus rostros, para luego compararlos con los registros que tenemos. Queremos confirmar que sean ellos verdaderamente.

Caminan hasta una camioneta estacionada del lado de enfrente y, adentro, el conductor los está esperando. No distinguimos quién puede ser, pero también le tomo algunas fotografías. Más tarde, cuando las bajamos a la notebook, descubriremos que el conductor del vehículo, era El Toro.

A partir de allí, los seguimos con cautela, manteniendo una distancia de casi dos cuadras; aunque este automóvil lo alquilamos aquí y no hay posibilidad de que lo reconozcan. Al acercarnos cada vez más hacia el centro, con el tránsito más denso, nos aproximamos un poco más. Mientras Anselmo conduce, yo continúo registrando cada sitio en donde se detienen y los lugares por los que transitan.

Después de varias vueltas, durante las cuales fuimos quedando más atrás debido al tránsito, llegan hasta una vivienda en la que ingresan con vehículo y todo; franqueando directamente el portón de rejas del frente, que se encuentra abierto. Nosotros pasamos lentamente por la calle perpendicular, observando esa casa donde ingresaron; y unos diez minutos después regresamos, pasando por el frente, ya seguros de cuál es, porque vemos su camioneta estacionada bajo un semicubierto. Aprovecho para tomar algunas fotografías.

Luego de una vuelta a la manzana, estacionamos sobre la misma calle de esa casa en la que ingresaron, a media cuadra de distancia.

Permanecemos ahí toda la tarde, inmóviles, salvo cuando nos turnamos para ir al sanitario de una estación de servicio cercana o a comprar algo de comida rápida.

Ya entrada la noche, todos se dirigen directamente a un restaurante, al que también ingresamos, pero algunos minutos después. El lugar está casi lleno. Nos toca una mesa bastante apartada de la que ocupan ellos.

CONEVOCUDELOSFIJADOS-PLATAZO-CRISTIANMARCELOBRUNICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

Después de unos minutos, Anselmo me pide el diminuto grabador digital de mp3. Cuando se lo entrego, se levanta de su silla y se dirige directamente hacia donde están ellos. Se encuentran situados cerca de una pared que tiene adosados varios estantes en los que se muestran muchas botellas de diferentes marcas y clases de vinos. Anselmo se detiene frente a estas, echa un vistazo a la mercadería exhibida por un momento y regresa.

—¿Qué hacés? ¿Te volviste loco? —lo regaño.

—Puse el grabador justo atrás de ellos, escondido entre las botellas.

No emito palabra, aunque no me haya gustado para nada la locura que acaba de cometer, puede brindarnos valiosa información. Cenamos al igual que ellos, mientras, de a ratos los observamos. Ni bien terminan, piden su cuenta; y nosotros hacemos lo mismo. Cuando vimos que ya se retiraron, Anselmo va a recuperar el pequeño aparato, y yo salgo en busca del automóvil. Cuando Anselmo lo aborda, le digo que van a unas cuadras de distancia por esta misma calle.

Esta vez soy yo quien conduce. Los seguimos, como siempre, manteniendo cierta distancia. Van hasta su morada, en la que ingresan directamente apenas llegan; y apenas un rato más tarde, solamente queda encendida la luz del frente.

Satisfechos por el resultado del trabajo de hoy, nosotros también nos retiramos a descansar. Mientras, escuchamos la grabación, pero se oye el murmullo propio del lugar más que las voces que nos interesan. Fatigados, lo dejamos para mañana.

26 de noviembre de 2005- Mar del Plata.

A las cinco y treinta suena la alarma del celular. Rápidamente nos vestimos y partimos hacia la casa donde ayer los vimos ingresar.

Durante el trayecto compramos facturas y un equipo de mate en el mini mercado de una estación de servicio, el único lugar que encontramos abierto a esta hora de la madrugada.

Llegamos a la casa y estacionamos, esta vez un poco más lejos, justo frente a la costanera. No habíamos advertido que estaba tan cerca, a dos cuadras del lugar donde se hospedan.

Mientras desayunamos adentro del coche, como dos turistas más, estamos abocados a la tarea de vigilancia. Antes, vimos que la camioneta aún se encuentra bajo el semicubierto y la reja permanece cerrada.

Recién a las ocho y media se nota un leve movimiento, El Toro saca el vehículo y estaciona frente a la casa. Luego aparecen los demás, cargando un par de cajas plásticas grandes del tipo de herramientas, mochilas, un cajón en forma de cubo que trasladan entre dos personas, algunos pertrechos más y un tubo casi de la altura de una persona. Una vez que terminaron de cargar todos los elementos, emprenden su camino.

Los seguimos. Toman la ruta Once, que une las localidades balnearias de la costa atlántica en la provincia de Buenos Aires; nos dirigimos prácticamente en dirección norte. Es un día

CONTIENE ESPACIOS PUBLICITARIOS-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

soleado pero ventoso, típico de la costa argentina, donde el limpio cielo azul y el mar se confunden en la línea del horizonte siendo todo casi una misma cosa.

Después de recorrer unos cuantos kilómetros, durante los cuales continuamos manteniendo una buena distancia respecto a ellos, al sobrepasar apenas la siguiente ciudad descienden de su vehículo en una desolada playa de una zona suburbana. Nosotros seguimos adelante hasta que algunas de las dispersas construcciones de la zona nos brindan cobertura, recién entonces detenemos nuestra marcha para bajar también a la playa, pero caminando.

Una vez en la playa, la arena que vuela al ras del suelo nos golpea con fuerza, haciéndonos picar las piernas. Estamos descalzos y con los pantalones arremangados, aparentando ser turistas.

El mar se presenta majestuoso ante nuestros ojos, tiñéndose en el horizonte de un azul intenso; con esa furia con la que se escucha el rugido de las olas, ese estruendoso golpe que dan al romper sobre el agua misma, las volutas que estas forman, y la bruma que se levanta ayudada por el viento, la cual, al disiparse, deja paso a la blanca espuma que navega gobernada por la ondulación que se genera entre la cresta y el fondo de la ola ya vencida.

Los observamos con los binoculares y tomamos algunas fotografías con una cámara profesional provista de un poderoso teleobjetivo. Como no tenemos un trípode, apoyo la cámara sobre el hombro de Anselmo para lograr mayor estabilidad, por causa del viento que da empujones.

Aun así, lo único que podemos observar con claridad es que del tubo extraen un suntuoso soporte, al que dedican su tiempo para nivelar y posicionar con precisión. Después, le adosan un extraño aparato, al que se acercan para observar a través de él; como si se tratase de un telescopio o teodolito para obtener medidas o ángulos, o quizá coordenadas. También armaron y posicionaron una especie de antena portátil.

Como estamos demasiado lejos de ellos, decidimos acercarnos para curiosear.

Nos ponemos una gorra y lentes oscuros, soltamos nuestras camisas y comenzamos a acercarnos lentamente, recorriendo la playa con las manos en los bolsillos, como lo haría cualquier turista.

Cuando advierten que caminamos en dirección a ellos, aunque aún estamos bastante lejos, dejan de realizar sus actividades y rápidamente ocultan con una pequeña lona los elementos que le son posibles. Pero el ventoso día, como un milagro, nos favorece, porque al estar prácticamente entre ellos, una ráfaga arranca esa lona dejando al descubierto los aparatos que intentaron ocultar.

Vemos que tienen una notebook que se encuentra envuelta en nylon, unos enormes monoculares, un aparato como un GPS y que ese dispositivo montado sobre el trípode, por el cual observaban, parece una especie de monocular digital que está conectado por medio de unos cables a otro módulo electrónico, con una pantalla y que está dentro de esa caja en forma

CONEVOLUCIÓNELOSPELADOS-PLANETA2021-CRISTIANMARCELOTRONICA-EDICIÓNGRATUITAYLIMITADA-

de cubo, y también a esa antena. No tenemos idea qué es, pero por sus características, presumimos que podría tratarse de una especie de localizador portátil.

Entretanto, El Jefe y El Toro toman mate en la camioneta estacionada a un lado del camino, como a cincuenta metros de nosotros; y nos observan mientras pasamos relativamente cerca de los árabes y el chino.

Continuamos por la playa unas cuadras más y emprendemos la vuelta por una calle paralela a la costa, evitando que nos divisen de nuevo al regresar.

Al rato de haber llegado a nuestro automóvil, observando con los binoculares, advertimos que abordan su vehículo y emprenden viaje hacia el lugar donde estamos. Al advertirlo, partimos rápidamente para dar un rodeo y no ser vistos cuando pasen por aquí. Nos estacionamos en una calle perpendicular a la que estuvimos, a la espera de verlos.

Ni bien los divisamos, estimando que ya se encuentran a cierta distancia, comenzamos a perseguirlos.

Luego de un buen rato, se detienen y realizan las mismas tareas; y así en varios lugares. Tomamos fotografías de referencia para reconocer después los puntos en que se detuvieron, de los que también tomamos nota en el orden correspondiente. Por azar, una moderada actividad turística, nos sirve de camuflaje.

Entretanto andamos, escuchamos la grabación hecha en el restaurante, en la cual se oye el bullicio propio del lugar por sobre todas las voces, y solo de vez en cuando, logramos distinguir algunas palabras sueltas dichas por alguien que nos interesa; que incluso, en la mezcla idiomática, se entienden menos aún.

Lo único que sacamos en limpio es que hablaron de viajar, tal vez hacia el sur; cosa que nos desconcierta más todavía.

Concluida la tarde, regresaron a su morada. Estacionamos otra vez sobre la costanera; y ya oscureciendo, llega una motocicleta de reparto de comidas. Al observar con lo binoculares, vemos que les deja varios paquetes. Significa que por hoy ya no volverán a salir; regresamos al hotel, para cenar y descansar.

4 de diciembre de 2005- Mar del Plata.

Durante varios días, no les perdimos pisada. Vigilamos y documentamos todos sus movimientos con precisión, registrando horarios, trayectos y contactos. Pero hubo algunas ocasiones en las que se nos escabulleron. Por ejemplo, en San Clemente del Tuyu, abordaron una poderosa lancha y desaparecieron mar adentro, no pudiendo seguirlos ni saber su destino. También, hubo mañanas, en las que muy temprano llegaron hasta el aeroparque de Mar del Plata y los pudimos seguir hasta que abordaron la aeronave que los trajera hasta aquí. De estos vuelos, solamente sabemos que toman un rumbo estimado norte-noreste, y que regresaban

CONTRAFICCIONES-ESPIJADOS-PLATA20-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONINCOMPLETAUTALIMITADA-

unas horas más tarde. Incluso, en una oportunidad, aterrizaron, reabastecieron y volvieron a despegar; retornando al aeroparque a la luz de la luna.

Nuestra exigua hipótesis al respecto, es que están explorando el área en busca de información, desde el aire, el agua y la tierra misma; durante el día e incluso por la noche. No estamos seguros que buscan, pero lo que sea que estén planeando, se acerca cada vez más a su ejecución

En definitiva, durante los únicos días en que logramos seguirlos con éxito, repitieron una rutina casi milimétrica. Visitaron periódicamente y con idéntico orden todos los mismos lugares con exactitud, la diferencia, es que el tiempo de permanencia en cada sitio fue diferente cada jornada; y algunas veces en ciertos lugares, ni siquiera descendían del vehículo.

Asimismo, día tras día, recorrieron un poco más de camino, hasta llegar al extremo sur de la Bahía de Samborombón, más específicamente a la punta norte del Cabo San Antonio, en las playas de Punta Rasa, donde trabajaron hasta altas horas de la madrugada.

Incluso, uno de esos días llegaron hasta el punto más septentrional de la misma bahía, lugar en el que escudriñaron el espacio aéreo, realizando un barrido prácticamente desde el este hasta el noroeste; zona en la que se concentra la mayor cantidad de vuelos comerciales, por hallarse relativamente cerca de los principales aeropuertos de Argentina y Uruguay. El patrón está claro. Observan el cielo y la costa, toman nota. Miden.

Pasados los días, ineludiblemente deducimos que se dedican a la observación de aviones de pasajeros en el aire y, sobre todo, al minucioso estudio de la geografía costera, la cual, presumimos, marcan en su GPS. Seguramente para elaborar una ruta precisa y poder seguirla posteriormente sin error, aunque no contaran con el instrumental indispensable para es tarea. Sospechamos, además, que estudian los horarios y trayectorias del tráfico aéreo; y hasta tal vez, con su poderoso monocular digital, podrían divisar las aeronaves en pleno vuelo y calcular sus rumbos, velocidades y distancias, mediante ese localizador o radar que vimos en su poder.

Hay momentos en los que caminan por la playa, sin dejar de monitorear el cielo y la tierra, pero con equipo más liviano. De vez en cuando, toman muestras del suelo, o al menos eso parece, y las introducen en pequeños frascos. No comprendemos su sentido.

El Jefe y El Toro, solo colaboran con la carga y descarga de todos los elementos que utilizan los dos árabes y el chino; y se encargan de transportarlos a todos a los lugares. El resto del tiempo, toman mate, conversan entre ellos, leen o escuchan la radio. Incluso duermen y toman sol, pero siempre a cierta distancia del grupo de estudio; ni tan lejos como para no custodiarlos, ni tan cerca como para ver que hacen exactamente. Incluso, para realizar sus misteriosas labores, esperan a que ellos se retiren y recién después comienzan. Hasta cuando les alcanzan comida o refrescos, alguno de ellos se aleja del lugar en donde trabajan para recibirlos.

UNA NOVELA DE ESPIONAJE SITUADA EN LA ACTUALIDAD-CRISTIAN MARCELO PATRONICA-EDICION DIGITAL ILIMITADA-

En definitiva, al preguntarnos qué traman, con los datos reunidos en Mar del Plata, arribamos a una única hipótesis posible; creemos, cada vez con mayor vehemencia, que se trata de un atentado durante Cumbre de las Américas.

Imaginamos que intentan emplear el mismo método que ya les arrojó resultados trágicamente efectivos en el pasado, aunque esta vez, quizá, con un impacto aún mayor por el objetivo elegido y el agregado de explosivos o material químico.

Sin duda, estudian cómo atacar nuevamente desde el aire, otro atentado con aeronaves comerciales. Es la única explicación lógica por la que observan el cielo y reconocen palmo a palmo la geografía de la costa desde una distancia cercana —considerando aeronaves— a la Ciudad de Buenos Aires y Montevideo, donde se encuentran los más importantes aeropuertos de ambos países, hasta Mar del Plata; sede de la próxima Cumbre de Las Américas, donde asistirán los más altos mandatarios de numerosos países, incluidos los estadounidenses.

5 de diciembre de 2005- Mar del Plata.

Como todas las mañanas, al horario habitual, esperamos a que salgan de la casa en que se hospedan para realizar sus rutinarias labores; casi como un ritual. Después de ver qué rumbo toman, nos dirigimos hacia allí, pero por un camino alternativo. Si bien, suponemos que nuestro trabajo no les despertó sospechas, hemos decidido manejarnos así para evitar ser descubiertos.

Al situarnos cerca del primer sitio donde realizan sus labores, no los encontramos. Por algún motivo, no han llegado aún. Esperamos unos cuantos minutos y como no aparecen, decidimos continuar hasta el segundo punto, pensando que tal vez pasaron sin que lo notemos. Pero tampoco están allí. Así, recorremos varios de los sitios donde suelen realizar sus estudios, pero no hallamos ningún rastro de ellos.

Ya casi sobre el mediodía, optamos por regresar a su casa. Suponemos que, tras salir, tal vez hayan cambiado de idea y fueron hacia el aeroparque; como ya lo han hecho otras veces, y que regresarán por la tarde o noche.

Pero, al pasar por la residencia que arriendan, nos llevamos una sorpresa, descubrimos un cartel de alquiler. Quedamos desconcertados y, luego, memorizo el número telefónico para anotarlo.

Inmediatamente llamo.

—Inmobiliaria Costa Atlántica, buenos días… —contesta una mujer.

—Sí, buenos días. Necesito averiguar sobre un inmueble que alquilaban unos amigos, en la calle French, a casi dos cuadras de la costanera. Nos dijeron que estarían allí, pero acabamos de pasar y vimos un cartel de alquiler.

—Claro. Si sus amigos eran quienes estuvieron, le comunico que la alquilaron hasta el día de hoy; a media mañana nos entregaron las llaves.

SOBRE VUELOS DE ESPAÑA A MAR DEL PLATA EN U-CRISTIAN MARCELO ALTRONIGA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—Qué raro... ¿Por casualidad no escuchó si dijeron que irían a algún otro balneario de la zona?

—No. Solo traté con una persona y no comentó nada al respecto, porque tenemos alquileres en casi todos los balnearios de la Costa Atlántica. Lamento no poder ayudarlo.

—Una última pregunta, ¿comentaron si volverían a alquilar esa casa durante la temporada?

—Mmmh, No.

—Le agradezco.

—De nada, cualquier casa o departamento que deseen ver, estamos a su disposición. Que tenga buena jornada.

Otra vez a la deriva. Las pruebas que hemos acumulado no alcanzan para imputarlos por ningún delito concreto, ni siquiera para amenazarlos con algo que nos permita negociar con ellos; porque sabemos lo que hacen, pero solo podemos suponer lo que traman.

En momentos como este, siento una irresistible necesidad de presentar la denuncia para que intervenga la Justicia y olvidarme del asunto. Pero apenas imagino hacerlo, con las insuficientes pruebas que tenemos, caigo en la cuenta de que no podríamos sostenerla. No tendríamos respuestas a muchas preguntas que surgirían, ni tampoco podríamos explicar con claridad lo que estaríamos denunciando. Sería ponernos nosotros mismos en la mira. Nos arriesgaríamos a ser acusados e investigados por realizar una denuncia tan grave como confusa; aportando, mayormente conjeturas, incluso si la hiciéramos de forma anónima. Esta opción, por el momento, sigue descartada. Como ya lo hemos hablado, esa será nuestra última jugada, la carta que lanzaremos solo si llegamos al límite, cuando estemos con el agua al cuello.

Además, no debemos perder de vista lo más importante, la vida de Walter y Aldana dependen de que esto salga bien. Por ellos estamos aquí y llegamos tan lejos, y por ellos, debemos seguir adelante hasta las últimas consecuencias.

Dadas las circunstancias, lo que nos queda por hacer es volver a Encarnación, porque seguramente hayan regresado allá. Antes de emprender el viaje, nos encaminamos hacia el aeroparque de Mar del Plata para intentar hacer alguna averiguación.

Una vez allí, vamos a la sección de informes.

—Buenas tardes —digo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —responde, desde el otro lado del mostrador una robusta señora de unos cincuenta años, vestida con uniforme azul y ostentando un impecable rodete en su cabellera.

—Íbamos a tomar un vuelo particular, pero llegamos algo tarde y no logramos comunicarnos con nuestros colegas. Necesitaríamos saber qué rumbo decidieron tomar finalmente, porque aún no estaba muy claro hacia dónde iríamos. Necesitamos alcanzarlos. Probablemente se dirigieron hacia Misiones. Esta es la matrícula del avión —le entrego un papel con el número anotado.

CONEVO-LOQUELOSPÁJAROS-CLARÍN2021-CRISTIANMARCELOTRONICS-EDICIÓNGRATUITA(NOTVENTA)

—Discúlpeme, pero no puedo brindar información acerca de los vuelos particulares, salvo que los pasajeros o tripulantes me hubieran dejado un recado.

Ante la negativa, improviso —no sé de dónde— una actuación.

—¿Y ahora qué hacemos profesor? —le pregunto a Anselmo en voz alta.

Él, disimuladamente, se tapa la boca con la mano, frotándose la barbilla. Luego se da la vuelta para reír discretamente y, una vez calmado, responde.

—No lo sé. Si no los hallamos pronto… perderemos todo el material recolectado. Una verdadera pena.

Seguidamente, cruzamos palabras con cierto nerviosismo entre nosotros, inculpándonos por el retraso. Hacemos esta parodia mientras la señora nos observa disimuladamente, pero atenta y silenciosa. Como último recurso, insisto.

—Por favor señora, estamos haciendo estudios en la zona sobre el avance de la desnutrición infantil, para el Ministerio de Salud de la Provincia.

Aunque no me agrade la vil patraña esgrimida, dudo que ahora se resista. Solo busco la manera de conmoverla. Además, fue lo primero que se me vino a la boca.

Duda un momento, pero su corazón cede ante nuestra mirada fija en ella. Así, nuestra miserable pero efectiva estrategia, rinde sus frutos.

—Esto… que les informo es extraoficial, por favor no me comprometan. Partieron con rumbo Sur, exactamente hacia San Antonio Oeste, Provincia de Río Negro.

—No sabe cuánto se lo agradecemos —le expreso, y nos retiramos de inmediato.

Como pudimos oír en la grabación del restaurante, pensaban en viajar más hacia el sur, hecho que nos desconcierta; pero partimos indefectiblemente en esa dirección. Necesitamos comprobar sus intenciones de manera irrefutable.

Averiguamos y, como no tenemos ómnibus hasta mañana, decidimos viajar en otro automóvil alquilado; lo arrendamos por una semana, ya que no podemos precisar cuánto tiempo permaneceremos en ese lugar. Viajamos, lo que resta de la tarde y toda la noche.

6 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

Recorrimos alrededor de novecientos kilómetros. Por la oscuridad de la noche, no había reparado en el paisaje. Un terreno árido que contrasta de forma grosera con el de Misiones. Ambos lugares que no conocía y me cautivaron. Parece mentira que, en un mismo país, haya territorios tan distintos. Es lo más parecido a un desierto que haya visto en mi vida, aunque verdaderamente es un desierto. Solo paramos para tomar un refrigerio y cargar combustible.

Desde ya entrada la noche, el clima se volvió ventoso, con fuertes lluvias intermitentes y un cielo absolutamente cerrado, condición que se mantendrá durante todo el día.

CON LA VELOCIDAD DE LOS PLANOS SUATAZO - CRISTIAN MARCELO LA ROCCA - EDICION GRATUITA LIMITADA -

Ni bien arribamos a San Antonio Oeste, buscamos un hotel y, después, rondamos por la ciudad. Dábamos por seguro encontrarlos fácilmente, por tratarse de un lugar mucho más pequeño que Mar del Plata y con muchos menos habitantes, pero no fue así.

Durante el primer día y parte del segundo, buscamos incansablemente, recorrimos cada rincón; y llegamos a una conclusión. Que nos hayamos desencontrado, lo que es probable, aunque sea una ciudad pequeña, o que este no haya sido su destino. Personalmente, me inclino por la última opción.

Por la tarde, nos acercamos a la oficina del aeroparque local para preguntar si, anteayer por la tarde, arribó un vuelo privado proveniente desde Mar del Plata.

Nos informan que, por los fuertes vientos y tormentas que azotan la zona, hace más de cuarenta y ocho horas que no se realiza ninguna actividad aérea. Entonces nos explican que, probablemente, hayan regresado a Mar del Plata o, tal vez, desviado hacia Bahía Blanca.

Pedimos si pueden averiguar qué sucedió, para lo cual les proporciono la matrícula de la aeronave; alegando que estamos muy preocupados por nuestros compañeros que venían en ese vuelo, porque no logramos comunicarnos desde su partida. En este pequeño aeroparque, mucho más informal que el de Mar del Plata, acceden a la solicitud sin objeciones.

Al rato, nos informan que la aeronave a la que nos referimos se encuentra en Bahía Blanca. Nos explica amablemente que, según averiguó, partieron conociendo el pronóstico del tiempo, calculando llegar antes que la tormenta. Pero durante el transcurso del vuelo, al variar las condiciones climáticas de imprevisto, cambiaron el destino.

También nos comunican que, según los informes meteorológicos de la Fuerza Aérea, el aeroparque retomará sus operaciones a partir de mañana al mediodía, ya que el viento ha cambiado de dirección y la tormenta se ha desplazado hacia el este. Solo quedan ráfagas aisladas que irán disminuyendo durante la noche hasta alcanzar velocidades normales de operación.

Nuestra deducción es que, si esperaron a que pasara la tormenta en Bahía Blanca, cabe la posibilidad de que vengan hacia aquí. De no ser así, ya hubiesen volado hacia Misiones o vuelto a Mar del Plata. Decidimos aguardar.

Dividimos el día en cuatro turnos de vigilancia de seis horas cada uno, los que intercalaremos. No queremos perderlos de vista otra vez, para evitar tener que regresar al aeroparque para averiguar; porque tanta insistencia podría volverse comprometedora si algún comedido los alertara de que preguntan por ellos.

8 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

Tomo el primer turno, desde las ocho de la mañana hasta las catorce horas. Para hacerlo más llevadero me aprovisioné con facturas, mate y el diario. De todos modos, no creo que lleguen durante este lapso, ya que todavía persisten algunas ráfagas de viento.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-SIN RUMBO-CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO-EDICIÓN DIGITAL NO AUTORIZADA-

Me instalo en el automóvil, en las cercanías del aeroparque, de manera que puedo oír la llegada de cualquier aeronave. Verifico que la filmadora y la cámara fotográfica estén listas, mientras escucho la radio, camino, o simplemente hago cualquier cosa que me ayude a pasar el tiempo. Esta es la parte más tediosa del trabajo. Incluso envío un mensaje a Walter, pero no obtengo respuesta.

Ya no sé qué más hacer, estas seis horas parecen eternas. Pero, por fin, llega el momento para el relevo. Supongo que para él también resultará interminable.

Para cuando me toca el próximo turno, compré un libro, quizá pueda mitigar mi aburrimiento. Pero esta vez la situación es algo distinta, la llegada de un pequeño avión interrumpe la monotonía y reaviva por un momento la fastidiosa vigilancia; aunque, finalmente, no se trate de la aeronave que nos interesa.

9 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

Durante el siguiente turno, llega la aeronave que esperábamos y Anselmo me da aviso de inmediato, mientras sigue al Jefe y al Toro que abordaron un taxi; los demás, permanecen en el aeroparque custodiando sus pertenencias.

Después de dar varias vueltas y hacer algunas averiguaciones, logran alquilar una camioneta, ya que aquí no vimos que exista el sistema de arrendamiento de vehículos. Sin embargo, mediante una considerable suma de dinero, consiguen su propósito en una agencia de vehículos usados. Regresan al aeroparque por los demás y, más tarde, se instalan en una hostería en el centro. Durante este día, no realizan ninguna actividad significativa para nosotros.

10 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

Temprano, estamos a la espera de que salgan del lugar en que se hospedaron.

Luego de tres horas de vigilancia, pensamos que no saldrán o que ya se fueron, entonces, comenzamos a dar vueltas sin rumbo por la ciudad. No tenemos ningún indicio de ellos hasta el anochecer, cuando, al pasar por la hostería, detectamos su vehículo estacionado en la puerta.

Nos apostamos a una cuadra, pero no se produce ningún movimiento interesante, solo salieron para cenar.

Esta vez no concurrimos al mismo lugar que ellos porque ingresaron en un restaurante pequeño y nos expondríamos sin necesidad.

Mientras esperamos que terminen, cenamos comida al paso adentro del automóvil. Después de más de una hora, vemos que regresan al hotel. Nosotros también nos retiramos a descansar, porque mañana vendremos más temprano.

SOBRE VUELOS DE PÁJAROS PUEBLO-CRISTIAN MARCELO ULTRONIO-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

La verdad es que esta etapa de investigación me tiene agotado, es extremadamente monótona y rutinaria, a pesar de que cambiamos de paisaje.

11 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

Esta vez, a las cinco suena el despertador, media hora después estamos vigilando la salida del hospedaje. Hoy llegamos mucho más temprano que ayer.

Pasadas dos horas, no aparecen. Es muy extraña su manera de actuar; si en Mar del Plata eran tan metódicos, ¿por qué aquí no? Es confuso.

Con el correr de los días, lejos de obtener respuestas, solo acumulamos más interrogantes. Aún no pudimos sacar ni una mísera suposición de lo que vinieron a hacer aquí.

Unas horas más tarde decidimos recorrer la ciudad, pensando que ya partieron. Y así fue, porque después de varias horas de andar a la deriva, en una de las veces que pasamos frente al hotel los detectamos de una forma casi catastrófica.

Por avanzar mirando hacia la puerta de acceso de la hostería, no reparamos en que estaban estacionados entre la hilera de automóviles de la vereda de enfrente. Al pasar junto a ellos, El Toro desciende bruscamente de su vehículo; en un desesperado grito mío, Anselmo apenas logra esquivarlo, rozándolo apenas con el espejo retrovisor de nuestro automóvil. Quedamos descolocados por un instante, en todo sentido.

Todos bajan rápidamente de la camioneta y, al advertir que su compañero se encuentra bien, comienzan a observarnos de manera irascible, sin decir una palabra.

Anselmo baja la ventanilla y le pregunta si está bien; el sí es rudo. Le pide disculpas y nos retiramos.

Mientras nos alejamos, veo por el espejo retrovisor central que todos continúan observándonos con una actitud desafiante. Pero la mirada más inquietante y comprometedora es la del Jefe, quien parece haber quedado dubitativo, como si en su mente se hubiese activado algún recuerdo subconsciente.

No me gustó en absoluto la expresión de su rostro cuando me miró directamente a los ojos. Estoy convencido de que sabe que ya nos hemos cruzado antes, aunque haya sido en otro contexto y con una apariencia diferente. Intuyo, que tuvo algún vago recuerdo de mí. Esto es muy peligroso. A partir de ahora, debemos procurar no mostrarnos más de lo estrictamente necesario.

Montamos guardia en nuestro automóvil durante toda la noche. Por momentos, dormitamos alternadamente.

12 de diciembre de 2005- San Antonio Oeste.

SONELVUELODELOSPÁJAROS-PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ORTRONICA-EDICIÓNCRAVITALIMITADA-

Hoy no salen tan temprano como las veces anteriores. Parece que en esta ciudad andamos cruzados con los horarios y caminos.

A media mañana, cuando asoma la camioneta desde el estacionamiento del hospedaje, no se detiene hasta llegar al aeroparque. Una vez allí, trasbordan rápidamente el equipaje a la aeronave, entregan el vehículo a su propietario en ese mismo sitio y emprenden su viaje.

Otra vez desorientados. Debemos averiguar cuál es su destino, nos acercamos hasta la oficina de informes del aeroparque. En este lugar, está la misma persona que nos atendió la vez anterior.

—Hola, ¿necesitaría saber si ya partió un vuelo privado hacia Mar del Plata?

Esta persona nos reconoce.

—¿Cómo es que no saben qué hacen sus compañeros?

Intentamos en vano de disimular, pero es evidente que ya sospecha algo.

—Nos desencontramos —alego.

—Partieron hacia Misiones y harán una escala en Rosario —nos dice, con cierta molestia. Le damos las gracias y nos retiramos sin más preguntas.

No obtuvimos ningún indicio de lo que vinieron a hacer a San Antonio Oeste. Lo que sí creemos, es que no consiguieron lo que buscaban; lo suponemos por la inexactitud con que se manejaron respecto a Mar del Plata. ¿Pero qué sería? No tenemos la más remota idea.

Tal vez vinieron a observar las rutas de vuelo de las aeronaves comerciales que provienen desde el sur argentino, pensando que podría ser más fácil secuestrar una allí que en Ezeiza. Quién podría saberlo. Para intentar llegar a un acuerdo que nos permita rescatar a Walter, deberíamos poder atar todos los cabos sueltos y deducir qué es lo que se proponen exactamente.

13 de diciembre de 2005- Encarnación.

De vuelta en Paraguay, después de doce horas de viaje en automóvil, un trasbordo en avión y, finalmente, un traslado en ómnibus; nos encontramos precisamente en Encarnación.

Intenté comunicarme con Walter en varias ocasiones, pero sin éxito, al igual que durante el viaje, no responde a ninguno de los mensajes que le envié.

Pasamos un par de veces por la casa de la banda, pero no hay señales de ellos. Ya no podemos movernos con la misma libertad de antes, porque ahora han visto de cerca nuestros rostros y sin ningún tipo de camuflaje.

Como Anselmo vive con su madre y yo debería volver un hotel, nos abocamos a la tarea de hallar una base para operar, resulta evidente que contar con un lugar estable y personal nos favorecería en todos los aspectos.

Entre varias opciones, aunque no fuera el más cómodo ni el más económico, elegimos uno excelente. Es un departamento de un dormitorio que alquilamos por mes, ya que ignoramos

SONLIVEFLOREDESPLIANOS PLAZA 11-CRISTIANMARCELOALTROVICH-EDICIONGRATUITALIMITADA-

cuanto tiempo permaneceremos aquí. Está ubicado en un cuarto piso y tiene visuales hacia atrás, justamente, fue eso lo que nos convenció. Desde aquí se puede observar de forma parcial la casa donde se guarece la banda, porque se interpone en el camino una vivienda de dos pisos. Pero desde la azotea, estando unos metros más arriba, la visión es casi perfecta; salvo por el galpón, del que continúa viéndose solo una parte.

14 de diciembre de 2005- Encarnación.

Realizamos una estricta vigilancia desde el departamento, turnándonos como siempre, aunque cubro la mayor parte del tiempo porque vivo aquí y Anselmo regresó a su trabajo. No descubrimos nada importante.

A mí, particularmente, me inquieta que Walter no responda los mensajes, y que tampoco lo hayamos visto por la casa. Sí divisamos a dos de sus compañeros, pero la ausencia de Walter me genera un mal presentimiento, temo que le hayan descubierto el celular y que esté en peligro. En cambio, a Anselmo, le preocupa que Walter haya perdido de vista el objetivo nuevamente. Nunca le tuvo confianza y, a decir verdad, a mí también me genera dudas de vez en cuando.

15 de diciembre de 2005- Encarnación.

Por la mañana llegan El Jefe, El Toro y el grupo de estudio. Son recibidos por los dos miembros de la banda que sabemos que permanecen en la casa. Walter, en cambio, continúa sin dar señales de vida.

Guardan la camioneta en el galpón, y de allí salen solamente los integrantes de la banda, los demás permanecen adentro.

En ese ínterin, aviso a Anselmo que ya llegaron. Un rato después, viene a nuestra base. Observamos, él con un potente monocular apoyado sobre un trípode de fotografía y yo con binoculares. Estamos a la expectativa de que en algún momento aparezca Walter.

A través de una de las ventanas miramos hacia el interior de la casa, justo cuando cruzan frente a ella, vemos que lo llevan a los tirones con las manos atadas por su espalda. Lo trasladan hasta la habitación del fondo, la que tiene un gran ventanal que se alcanza a ver desde nuestra posición, ya que la vivienda hace un quiebre en forma de “ele”. Desde aquí alcanzamos a ver parte del interior de ese cuarto, donde ahora están reunidos.

Apenas entran con Walter, El Jefe le vocifera algo. Aunque logro ver claramente el movimiento de sus labios, igual, no comprendo.

—¿Qué le estará diciendo? —profiero en voz alta.

—Que le diga quién es ese tipo que vieron un par de veces en el bar de enfrente —responde Anselmo.

CONTIENE DATOS PERSONALES -CRISTIAN MARCELO TRONICA-EDICIÓN PARA IMPRESIÓN-

—¿Qué? —lo observo, incrédulo.

Me devuelve la mirada y repite:

—Que le diga quién es ese tipo que vieron un par de veces en el bar de enfrente.

—¿Cómo sabes que le dijo eso? —pregunto sorprendido.

—Porque sí… —responde, sin apartar la vista del visor.

En silencio, continuamos observando. Como El Jefe no vuelve a colocarse de frente a la ventana, Anselmo no puede interpretar más nada.

Solo se ve cuando Walter responde, porque está sentado casi de frente a nosotros. Según entendió, por sus gestos, niega rotundamente conocer a esa persona sobre la que lo indagan.

En un momento determinado, cuando la tensión alcanza su punto máximo, uno de ellos le lanza un puñetazo en la cara. El golpe le da de lleno en un pómulo y lo lastima. Sin embargo, a pesar del dolor y lo difícil de la situación, Walter se mantiene firme; con admirable entereza continúa negando cualquier vínculo.

Finalmente, después de unos minutos más de amenazas y presión, cesan los golpes y el interrogatorio; y lo arrastran hacia el lugar del que lo trajeron.

—¿Entendiste algo más? —pregunto.

—No.

Ahora sabemos por qué Walter no respondía.

—Esperemos que pueda resistir y siga negando que me conoce —expreso preocupado, ahora también por mí.

Tenemos que encontrar la manera de ayudarlo, pero no sabemos cómo. Lo mejor que podemos hacer, es continuar con el plan de rescate que ya hemos ideado y en el que venimos trabajando. No existe otra alternativa que conseguir alguna información que los comprometa de forma incuestionable. Pero, de continuar los maltratos, no sé qué haremos.

Decidimos esperar un poco más; quizá Walter pueda conseguir algún dato útil todavía. Pero con Anselmo coincidimos en que lo sacaremos de ahí en cuanto percibamos que su vida corre verdadero peligro. Solo espero que, si llegase ese momento, podamos rescatarlo a tiempo. De otra manera, no me lo perdonaría jamás.

16 de diciembre de 2005- Encarnación.

Recibimos un llamado desesperado de Victorino, para contarnos que secuestraron a Aldana para interrogarla, pero que ya la liberaron. La presionaron para que les dijera que contactos tiene Walter en Encarnación y a quién envió su tío para seguirlos.

Valientemente, a pesar de haber recibido algunos golpes, les respondió que saben muy bien que Walter solo trata con ellos desde que llegó a esta ciudad, y que rara vez lo dejan salir solo. Que no tiene otros contactos salvo ella y su familia. También les aseguró que su tío jamás enviaría a nadie a seguirlos, no tiene motivo.

CON LA VELOCIDAD DE LOS PÁJAROS-PLAZA 2.0-CRISTIAN MARCELO PLATRONICA-EDICIONGRATUITA LIMITADA-

Por fortuna, a pesar de que tiene el rostro levemente marcado, está a salvo. Victorino, además me explica, que tiene en mente ayudar a toda la familia a establecerse en otro lugar.

Tendremos que andar con extrema cautela. Están alerta y con fuertes sospechas. Estoy seguro que me reconocieron el día del incidente automovilístico en San Antonio Oeste, y que establecieron alguna relación.

Asumiendo que me identificaron, compro algo de ropa y lentes de sol muy diferentes a los que estuve usando, dejo crecer nuevamente mi barba y poco a poco iré aclarando mi cabello. Incluso, salgo lo menos posible para evitar encontrármelos; porque vivimos muy cerca y porque paso la mayor parte del tiempo vigilándolos.

Advierto que Walter anda de nuevo por la casa, aunque algo maltrecho, es un alivio verlo y saber que lo soltaron. Pero tengo la impresión de que no le permiten salir. Aunque haga el esfuerzo, mi mente no alcanza a comprender la lógica de esta clase de personas. Si pretendo rescatarlo, debo aprender a pensar y actuar como ellos.

Me gustaría poder avisarle que Aldana y su familia, seguramente, se marchen de aquí, para que empiece a planear su propio escape. Pero no me animo a enviarle ningún mensaje más; temo, que ya no tenga el celular en su poder, o que esté vigilado.

Al llegar, Anselmo trae un dato que podría encajar como una de las piezas sueltas del confuso rompecabezas que intentamos armar, cuando el chino tomó muestras del suelo en la playa. Circula el rumor sobre la construcción de un túnel secreto. Comenzaría en uno de los subsuelos del hotel en que se alojará la comitiva de los Estados Unidos, cruzaría por debajo de la avenida de la costanera y del campo de golf, y terminaría adentro del perímetro de la Base Naval ubicada a casi cuatrocientos metros en línea recta.

Según se comenta, dicho túnel serviría como vía de escape segura hasta la base militar, donde helicópteros de la Marina de los Estados Unidos estarían listos para evacuar a sus principales mandatarios hacia un portaviones que estará ubicado en las cercanías de la costa de Mar del Plata.

Al meditar sobre lo que tenemos entre manos, debido a su extremosa fatalidad, siento una terrible carga. Cada vez me resulta más claro que debemos presentar sin demora la denuncia de nuestra suposición sobre un posible atentado. Pero al colocar del otro lado de la balanza a Walter, Aldana y su familia, sufro una angustiante confusión.

De todas maneras, por ahora contamos con más preguntas que respuestas. Pero hay algo que está perfectamente claro, tenemos la responsabilidad de informar a las autoridades nuestras sospechas en tiempo y forma.

Si tomáramos la decisión y lo hiciéramos ahora, no me atrevería a presentarla personalmente. Todavía no contamos con pruebas concretas. Por otro lado, si la formulamos anónimamente, corremos con el riesgo de que no se le dé la debida importancia. Si nos atreviéramos a realizar esta gravísima acusación sin presentar evidencia contundente, y la

CONELVUELODELOSPRIMEROS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLEBRUNO-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Justicia interviniera sin descubrir nada, tiraríamos por la borda todo el trabajo hecho para conseguir una negociación por la vida de Walter y Aldana; más allá del peligro que implicaría para ellos si El Jefe lo descubriera.

Estamos entre la espada y la pared. Por eso debemos encontrar el momento exacto para actuar. No podría perdonarme jamás si algo llegara a sucederles a ellos, ni tampoco, si lograran perpetrar el atentado sin que nosotros lo hubiésemos denunciado a tiempo.

De todas maneras, faltan un par de meses para que se realice el evento de la reunión Cumbre, así que contamos con un margen de tiempo; lo que me genera cierta tranquilidad, en ese sentido.

Más tarde, recibo un llamado de Victorino. Me informa que, con la ayuda de Maximiliano Ortiz, ya está preparado el traslado de Aldana y toda su familia a un pequeño pueblo de Argentina. Por motivos de seguridad, no me especifica el destino. Mejor así, prefiero no saberlo.

Por un lado, nos abre el campo de acción para rescatar a Walter por otros medios; por el otro, me preocupa qué harán esos malvivientes con él cuando descubran que Aldana y su familia ya no están.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

4. Intento de rescate.

Después de que Victorino nos comentara la decisión de reubicar a Aldana y su familia, le propongo a Anselmo que rescatemos definitivamente a Walter y pongamos fin, de una vez por todas, a esta historia; pero no logro persuadirlo, ya que él, está involucrado en esto por otro motivo que no es precisamente Walter. En cambio, sí estamos de acuerdo en algo esencial: cuando los miembros de la banda descubran que Aldana y su familia se marcharon de Encarnación, Walter correrá más peligro que el de costumbre; y como ya lo habíamos hablado en otra ocasión, pactamos que, en cuanto advirtamos que eso ocurra, intentaremos rescatarlo lo más rápido posible y a cualquier costo.

18 de diciembre de 2005- Encarnación.

Por la noche, distingo a través de una hendija del, apenas entreabierto, ventanal de la habitación del fondo, que a Walter lo tienen atado en una silla; mientras uno de sus guardianes habla por celular. De inmediato, le aviso a Anselmo para que venga urgente; estoy convencido de que hay que sacarlo ahora, que la situación ha llegado a su punto límite. En menos de diez minutos, se encuentra a mi lado observando por unos prismáticos para verificar si la situación es tan crítica como se la describí, y termina por convencerse cuando vemos que le apuntan con un arma de fuego en la sien.

—¡Vamos! —grita impulsivamente.

—¡Aviso a la policía!

—¡Yo soy la policía! —exclama mirándome con desesperación, porque él carga con el peso de que aún no hayamos intentado liberarlo.

Corremos hasta su auto, abre el baúl y me da una escopeta 12/70 y cartuchos del calibre.

—¿Qué hago? —le pregunto, muy nervioso, mientras observo con incredulidad la enorme arma que tengo en mis manos. Recapacita un instante, y me cambia la escopeta por un revólver cargado y agrega municiones en mi mano. Inmediatamente después, parte a toda velocidad rumbo a la casa. Logro seguirlo a duras penas.

—Si gatillás, tira. Andá atrás mío y cubrime que yo entro— susurra con fuerza. Me siento turbado por la circunstancia y capto la orden a medias, pero puede que dos vidas dependan de que yo esté al cien por ciento. Al pensar en eso, no sé cómo, pero se evapora ese sopor y me concentro en la difícil situación.

CON LOS OJOS DESPIADOS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO TRUJILLO-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Recién cuando llegamos alcanzo a Anselmo, que me había sacado algo de ventaja.

—Creo que solamente hay tres adentro, aparte de Walter. Ni El Jefe ni El Toro —le revelo.

Él permanece de cuclillas con su espalda sobre la pared lateral de la casa, me mira y asiente con un movimiento afirmativo de su cabeza, agradeciendo la información.

Agazapados, pasamos por debajo de una ventana rumbo al patio trasero.

—Quedate acá para cubrir la salida —me ordena, y se desliza furtivamente hacia el interior por la puerta de la cocina.

Yo me quedo en el patio, parapetado debajo de una ventana al costado de la puerta por la que acaba de ingresar. Apenas asomo mi cabeza para observar hacia adentro, atento a cubrirlo como me ordenó, oigo una detonación.

El estruendo me toma por sorpresa, mi cuerpo reacciona con un espasmo involuntario y caigo de rodillas al suelo, buscando cubrirme tras el muro bajo la ventana. Un estampido grave y seco; sé, que fue de una escopeta. Desde el interior provienen gritos raudos e imprecisos. O por lo menos yo los percibo así, distorsionados por la adrenalina.

Mi mente está completamente desordenada, mi cuerpo, a punto de ingresar; pero un segundo escopetazo me sacude hasta el alma, me desatonta y me arranca de ese estado nebuloso. Ese clic mental me trae de vuelta, me obliga a concentrarme en la orden de Anselmo. Me asomo, apenas, otra vez por la ventana. En ese mismo instante veo que él viene corriendo hacia la puerta por la que había ingresado.

—¡No está, no está! —grita muy fuerte.

—¡Cubrime! —vuelve a exclamar.

Justo uno de ellos, con un arma en la mano, asoma por una puerta que comunica un cuarto contiguo con la cocina. Desde el exterior, con un movimiento reflejo, me aparto lo suficiente de la ventana para ganar el ángulo y la distancia necesaria; extiendo los brazos empuñando con firmeza el arma con ambas manos, apunto a la altura de sus piernas y gatillo. Veo que el proyectil atraviesa el vidrio al mismo tiempo que el sujeto cae al suelo, retorciéndose y gritando de dolor. Quedo inmóvil, absorto, lo observo sin bajar mi arma. De pronto, alguien lo toma por las manos y lo arrastra hacia atrás, metiéndolo en el cuarto del que acababa de salir. Yo también siento un tirón, es Anselmo que me susurra:

—¡Corré, corré para el fondo y saltá al baldío de atrás!

Capto la orden y corro sin titubear. Durante el escape hacia el fondo oigo otro disparo, que ciega la etérea luz que alumbraba el patio y que acababan de encender.

Al llegar al paredón, sin apreciar cómo, lo salto olímpicamente; a pesar de que mide casi dos metros. Siento que apenas apoyé una mano sobre él, no lo sé... ya que la otra continúa aferrada al arma que empuña de manera inconsciente. Ya del otro lado, me asomo por encima de ese muro, parado sobre una vieja cubierta. En las sombras de la noche, distingo que un par de personas asoman desde la casa, y entiendo que irán en persecución de Anselmo. Entonces, paso

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS-PIA AYZA-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA-

mi brazo por sobre el paredón y comienzo a disparar a quemarropa; sensiblemente al costado, para evitar herirlos.

—¡Adentro, adentro! —grita desaforado, uno de ellos.

Solo cuando el tambor queda vacío emprendo la retirada. Doy un rodeo de dos cuadras para llegar hasta nuestro refugio. Cuando ingreso, Anselmo apostado detrás de la puerta de entrada, me apunta con su arma; y aunque sea solo por precaución, igual me espanto al toparme repentinamente con él. Noto, que está tan agitado como yo.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me examina de arriba hasta abajo.

—Sí, ¿y vos?

—Estoy bien. ¿Te vieron?

—No creo, estaba muy oscuro. ¿Qué pasó? ¿Y Walter? —le pregunto aún jadeante, casi sin aire.

—No estaba, no lo encontré. No entiendo adónde lo metieron.

—Ahora seguro que lo liquidan.

Tomo los prismáticos y me ubico en la ventana para observar. Si bien ya oímos sirenas, corroboro que está presente la policía, seguramente alertada por los vecinos; y transcurridos unos cuantos minutos, llega una ambulancia en la que cargan al herido. Pero a Walter continúo sin verlo.

—¡Avisale a la policía para que lo busquen! —le indico con mucho entusiasmo, como la última alternativa que se me ocurre para sacarlo de ese terrible lugar.

—¿Y qué digo? ¡Que entramos a los tiros porque suponíamos que había una persona secuestrada, pero... como no encontramos a nadie, nos escapamos!

—¡No sé! ¡Decí lo que quieras! ¡Pero que lo saquen de ahí! —grito, ahora enfurecido.

—Estás loco, ¿vamos a perder todo el trabajo hecho hasta ahora?

—Lo único que te importa es terminar a esos tipos, ¿por qué no los matás y listo? Así terminamos de una vez con todo esto.

—¡Porque la banda no termina acá! ¡Gente del gobierno los protege, porque se benefician de la venta de las drogas o lo que sea! ¡Por la que murió Maxi y...! Y tengo sospechas de quiénes pueden llegar a ser. ¿Entendés ahora?

Lo miro directo a los ojos, indignado, pero no se lo recrimino; porque lo único que me interesa en este momento, es sacar a Walter de ese lugar.

Mientras Anselmo está en el baño tomo el teléfono y llamo a la policía, dando aviso anónimo de que hay un secuestrado en esa casa en la que se produjo un tiroteo hace un rato.

Justo cuando estoy cortando la llamada, reaparece Anselmo.

—¿Qué hacés? ¿A quién llamaste? ¿A la policía? —me increpa enfurecido.

—¡Sí! ¡Llamé a la policía! ¿Y cuál es el problema?

CONEVOLUCIÓNELOSPLANES-SIAZUL-CRISTIANMARCELOLEROUICA-EDICIONDIGITALILIMITADA-

—¡Imbécil! ¡Ahora sí lo liquidaste a Walter! Vos no conocés los arreglos que existen, tienen conexiones políticas, con jueces... ¿Por qué te crees que yo no avisé? ¡Porque nadie los toca! —grita mientras se toma la cabeza con ambas manos y dando vueltas de un lugar a otro patea una silla.

—Entonces, ¿por qué mejor no me contás la historia completa de una buena vez? ¡Así sé qué es lo que puedo hacer! ¡Algo escondés! Y pará de gritar, que nos van a oír los vecinos, estúpido.

Estamos extremadamente nerviosos. Sigo observando qué hacen allí, mientras que Anselmo sigue dando vueltas sin parar. Veo que policías ingresan en la casa y vuelven a salir.

—¿Cómo puede ser que no lo hayan encontrado? —pronuncio en voz alta.

—¡O no quisieron encontrarlo! —responde y se retira sin decirme más nada.

Observo con la esperanza de que saquen a Walter de allí y con vida.

Unos minutos más tarde veo que Anselmo aparece en la escena, pero no lo reconocí de inmediato, porque ahora lleva puesto un chaleco y una gorra de la policía.

—¿Qué hace? ¡Está loco! —exclamo en voz alta.

Estoy desconcertado por su acto.

Permanece un rato en el lugar, siempre alejado o de espaldas a quienes nos enfrentemos.

Cuando puede hacerlo, ingresa en la casa. Estoy muy excitado, el corazón me late muy fuerte. No dejo de observar un instante; contengo la respiración, tengo la esperanza viva de que cuando salga, lo haga junto con Walter. Pero esa quimérica ilusión se desvanece cuando lo veo aparecer solo para alejarse de allí.

De vuelta en el departamento.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

—No entiendo. ¡No estaba, o no lo vi!... no sé adónde lo pueden haber llevado en esos minutos que tardamos en llegar.

Me siento en el borde de una silla, desmoralizado y confundido; me inclino hacia delante apoyando mi rostro sobre ambas manos y, a su vez, hago descansar los codos sobre las respectivas rodillas. Así me quedo.

—¿Y no preguntaste nada?

—Solo averigüé, que declararon que fue un intento de robo y nada más. Algo que no se cree nadie, pero no les conviene decir otra cosa para que no inicien ninguna investigación. Eso es lo que seguramente van a decir.

—No entiendo, te juro que no entiendo. ¿Y al que le pegué el balazo?

—No le pasó nada, fue en una pierna. Perdió sangre, pero estaba bien, por lo que escuché.

Por ese motivo siento un gran alivio, pero recuerdo inmediatamente a Walter y me atrapa la desazón; no logro comprender qué sucedió. Obstinado, observo otra vez hacia la casa y advierto que se está retirando el último patrullero.

—¿Cómo puede ser...recién hubo un tiroteo y ya se fueron?

CONEVOLUCIONELOSPRIMEROS-PLATAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICO-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Ya te dije, que hay algún arreglo. A ellos, no les conviene que estén ahí averiguando cosas. Además, cuando llegué ya estaba el principal de la zona en el lugar.

En silencio preparo mate y, mientras le cebo uno, digo:

—Disculpame… Me enloquecí hace un rato, pero solamente quería que saquen a Walter…

—No…, está bien. Si yo también… perdí la razón.

—Y ahora… ¿qué vamos a hacer? —pregunto.

—Vigilar, en algún momento tienen que sacarlo, de una u otra manera —dice mientras observa con los prismáticos.

—¿Qué querés decir?, que…

—¡Que algún día va a tener que salir! Eso quise decir. Mañana veo si averiguo algo en la Jefatura.

Duermo algunas horas hasta que Anselmo me despierta, y continúo con la vigilancia. También él necesita descansar.

Me comenta que hasta el momento no ocurrió nada nuevo, y que no cree que por ahora suceda algo más. Pero, por si acaso, debemos permanecer alerta.

19 de diciembre de 2005- Encarnación.

Unas horas después del amanecer, despierto a Anselmo y le informo que no hay novedades; él va a su trabajo, mientras yo continúo vigilando a simple vista; solo de vez en cuando observo con los binoculares a través de las ventanas apenas entreabiertas.

A media mañana, recibo un llamado de Victorino, pidiendo que pase por la redacción lo antes posible.

A eso de las once de la mañana llegan El Jefe y El Toro y, como si nada hubiese pasado, entran en la casa. Es el primer movimiento que observo desde anoche. Inmediatamente se lo comunico a Anselmo, y me da a entender que antes habían concurrido a la comisaría que intervino en el caso del que anoche fuimos partícipes. Probablemente haya alguien a su lado y por eso me lo explica a medias.

Después del mediodía viene hasta el departamento y me comenta que ni siquiera presentaron una denuncia; que apenas llegaron, fueron directamente a hablar con el comisario. Y que, con toda seguridad, recurrieron a sus contactos o ejercieron presión para impedir la investigación del caso.

En definitiva, no logró averiguar nada. Dentro del ambiente, ni siquiera se habla del tema. Una orden llegada desde muy arriba.

Anselmo queda vigilando, mientras yo asisto a la convocatoria de Victorino.

Al reunirme con él lo noto muy nervioso, me pregunta si estoy al tanto de lo que ocurrió anoche en el domicilio donde vive Walter. Me cuenta que, apenas supo que iban a imprimir esa

SOBRE LOS DESPOJADOS PLATAZO-CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO-EDICIONGRATUITALIMITADA-

noticia, la detuvo; porque no tiene certezas de lo sucedido y, por lo tanto, si conviene publicarla o no.

Le explico los hechos con lujo de detalles y queda impresionado por los acontecimientos que debimos atravesar. Por ese motivo, determina que lo mejor será no publicarla para que no trascienda; y evitar, que se hagan averiguaciones que puedan jugarnos en contra. Aparte, es mejor que él no se involucre con esta gente, aunque fuera por intermedio de su diario.

Desea que Aldana no se entere de lo acontecido. Él no piensa comentarle nada al respecto, y me pide que tampoco lo haga yo; en caso de que habláramos.

Cuando lo saludo para retirarme, dice:

—Ojalá encuentren a ese muchacho… y con vida. Mucha suerte y cuídense. Recuerden, que en lo que pueda ayudarlos… No duden en llamar.

Se lo nota muy acongojado; no me cabe ninguna duda de que lo que expresa y hace es genuino.

—Gracias. Se lo agradecemos.

Me da unas palmadas en la espalda y me retiro.

Ni bien llego al departamento, me llama Anselmo para que vaya junto a la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunto, mientras corro hacia allí.

—¡Se van! Los muy malditos… se van. ¡Mirá!

Están desalojando completamente el galpón y retirando de la casa todos los efectos personales.

—¿Y Walter? —pregunto.

—No sé, tal vez lo saquen en… algún… cajón de esos o caja… no sé.

Se paraliza mi corazón al oír esto; un filoso cuchillo de hielo me surca la columna de punta a punta por la manera en que lo dijo.

—Vos pensás que… ¿lo mataron?

—No, no dije eso. Simplemente, que seguro, lo sacarán encubierto. Porque saben que algo pasa y sospechan de Walter. Estemos atentos, nada más.

Hay varios peones trabajando, subiendo esos cajones a pulso sobre un camión como si fueran desechos, sin sospechar lo que guardan.

Cuando finalizan los trabajos, se marchan todas las personas ajenas a la banda; incluso, el camión en el que cargaron los cajones y varias cosas más. Anselmo sale a perseguirlo para ver adónde se reubicarán.

Más tarde, El Jefe y sus cómplices, cargan unos bolsos en su vehículo estacionado dentro del patio que está al frente de la casa, al costado del galpón. Y además… a Walter, quien camina por sus propios medios. Estoy emocionado. Doy un grito de júbilo.

—¡Sí! ¡Está bien!

CON VOLUCIONES PARANORMALES 1 Y 2 - CRISTIAN MARCELO ATROCA - EDICION GRATUITA LIMITADA -

Aviso a Anselmo que regrese urgente para evitar perderles el rastro. Entretanto, bajo del departamento y me sitúo en una esquina de la misma calle, a una cuadra y media de la casa.

Vuelvo a comunicarme con Anselmo para indicarle exactamente dónde estoy y llega en contados minutos.

—¡Vive carajo! ¡Está bien!

Noto que a él también lo reconforta que así sea.

—¿Adónde fue el camión? —pregunto.

—Llegaron hasta el depósito de una empresa de mudanzas al otro lado de la ciudad y empezaron a descargar, después me llamaste. Me resulta bastante extraño que hayan custodiado tanto esos cajones y ahora los dejen así... en cualquier lugar.

—Serán mafiosos como ellos y pensarán que ahí están seguros —opino.

—Eso es lo extraño; el viejo, que es dueño de la empresa, es una persona honesta. A lo mejor por eso dejan todo ahí, porque es una persona confiable.

Parten dos de los tres vehículos que transportan a todos los miembros de la banda con sus equipajes, quedando todavía adentro del galpón El Jefe y El Toro. Salimos en su persecución, ya que en uno de esos vehículos trasladan a Walter.

—Cuidado. Que deben estar alerta... —le advierto.

—Seguro.

Andamos algunas cuadras, y cuando miro por el espejo retrovisor...

—Me parece que nos siguen, mirá...

—¡La camioneta del Jefe! —exclama Anselmo, sacando su arma y colocándola entre sus piernas.

—Sacá otra de la guantera —me indica.

—¿Se habrán dado cuenta? —pregunto nervioso, porque sin querer quedamos en el medio de la caravana.

No quitamos los ojos de los espejos retrovisores, doblamos en la primera esquina a la que llegamos para verificar si nos persiguen. Siento un gran alivio al ver que continuaron su camino tras los automóviles de sus compañeros, que van algo más adelante. Solo, los querían alcanzar.

Entonces, Anselmo acelera y dobla por una calle paralela a la que circulan ellos, con la intención de verlos pasar por alguna esquina. Pero eso no ocurre.

Damos vueltas, cruzando la calle por la que circulaban y nada. Los perdimos. Continuamos rastreándolos desesperadamente hasta que los detectamos detenidos en uno de los semáforos de una avenida.

—¡Ahí están! —exclamo, señalando hacia el lugar en que los vi.

Damos la vuelta, pasándoles perpendicularmente por detrás, a algo más de media cuadra; no doblamos por esa misma calle porque, al ser los últimos de la fila, quedaríamos pegados a

CONEVOLUCIONESPELIAGUDAS-JUANAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

ellos. Apuramos la marcha y retomamos la avenida por la que circulan, estando ahora a doscientos metros aproximadamente.

Marchamos, encubiertos por otros automóviles que transitan por la misma vía y, de pronto, por la penumbra de la noche.

Los seguimos. Al llegar a una calle bastante oscura, debido a la arboleda y a la escasa iluminación, doblan hacia la derecha. Anselmo apaga las luces de nuestro vehículo, mientras que ellos retoman por un camino que va hacia las afueras de la ciudad. Al girar en una de las curvas, nos percatamos algo tarde de lo que sucede. Para cuando intento explicárselo a Anselmo, se oye el rugido de un potente motor y unas luces nos ciegan por los espejos retrovisores.

—¡Están atrás nuestro, la camioneta está atrás!

Anselmo acelera, pero el vehículo de adelante, que se ha retrasado para encerrarnos, nos corta el paso. Quedamos entre ambos.

—¡Tirale, tirale! —me grita.

Me doy vuelta sobre la butaca, saco medio cuerpo fuera del automóvil para acomodarme y apuntar hacia atrás, porque voy del lado del acompañante y soy diestro. Antes de que alcance a disparar mi arma, se oye ese seco estampido que lleva consigo la muerte; ese ardiente metal a punto de fundirse que surca el aire en su implacable carrera mortal.

Uno de los primeros disparos rompe nuestro cristal trasero; lo que hace que me pase al asiento de atrás y comience a responder con violencia. Me enloquezco y disparo a quemarropa; mientras Anselmo va de un borde al otro del camino, tratando de no ser un blanco demasiado fácil. Tanto, el vehículo de atrás como el de adelante, están limitados en sus disparos por temor a asestarse entre ellos.

En uno de los tantos disparos que efectué, le debo haber dado al radiador, porque la camioneta que nos acosa desde atrás comienza a quedarse librando vapor hasta que no puede continuar su marcha.

—¡Se quedaron! Los perdemos...

Veo una leve sonrisa en la cara de Anselmo, quien no pierde la concentración.

—¡Tirale a los de adelante! —me ordena.

—Le puedo dar a Walter.

—No va en ese auto, además ellos pueden nos pueden dar a nosotros. ¡Dispará te digo! —me exige.

Recargo mi arma y, apenas comienzo a disparar, aparece de la nada una calle que atraviesa al camino por el que circulamos. Anselmo por un acto reflejo dobla de imprevisto, porque que cuando vimos esa calle, ya estábamos encima del cruce mismo. Al tomar la curva con tanta velocidad, el auto derrapa y se pone de lado. Trata de controlarlo por todos los medios, mientras yo, me aferro al asiento porque voy sin el cinturón.

CONELVUELODELOSFLAMENCOS-FLAYAZUL-CRISTIANMARCELOROJICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Ya ni siquiera miramos si vienen nuestros persecutores.

Lo lleva como puede; estamos en el borde de la calle al que fuimos arrastrados por la inercia y, después, gradualmente logra dominarlo.

Por el momento, pareciera que salimos exitosos de este segundo enfrentamiento armado o de lo que pudo haber sido un grave accidente automovilístico.

Me doy vuelta, fijando la vista entre la polvareda para intentar distinguir si aún nos persiguen y, al no divisarlos, digo:

—¡Aflojá que nos vamos a matar!

No me escucha, y le propino una cachetada en la cabeza. Me da un vistazo concentrado en su tarea y balbucea:

—¡Qué!

—¡Pará, que ya no nos siguen, fanático!

Recién en ese momento desacelera, y el motor parece tomar un respiro después de esa exigente tarea que tuvo que cumplir.

—Mirá bien. ¿No vienen? —pregunta.

—No los veo —

Cruzamos miradas con ciertos aires de victoria y, con un golpe, nos damos la mano. El júbilo se apropia de nosotros, olvidando a Walter por un instante.

Extrañamente, durante la persecución y el enfrentamiento, no tuve la más mínima turbación, tampoco tuve dudas al momento de disparar mi arma ni me siento abatido o tembloroso como la vez anterior. Por el contrario, me siento vigoroso… excitado; como si estuviera habituándome a este tipo de situaciones. Quizá, algo se esté despertando, algo interior, algo que no tenía idea que existiera en mí.

Por esa noche, no hablamos más del tema, ni siquiera de Walter; porque sabemos que, por el momento, nada podemos hacer.

Cenamos en un restaurante pequeño, de manera que podemos observar a todos sus comensales. No pretendemos tener ningún otro sobresalto, al menos, por hoy. Estamos alerta, nos sentimos perseguidos, sobre todo yo; cómo será mi condición, que estoy portando el arma con la que acabo de enfrentarlos. Nunca lo hubiese imaginado de mí.

Anselmo planea llevarme a practicar tiro e instruirme con diferentes tipos de armas. Insólitamente, estoy ansioso por hacerlo, lo que hace que me sienta extraño cuando lo razono; me desconozco.

20 de diciembre de 2005- Encarnación.

Luego de haber dormido casi nueve horas, cosa que me hacía buena falta, me dirijo hacia la ventana para observar la casa con los binoculares. Doy un vistazo rápido, no hay movimientos, las ventanas no están levantadas ni siquiera un ápice.

CONEVUELODELOSPÁJAROS-TIA2020-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

Tomo una buena ducha porque me siento transpirado y tengo la sensación de que por la noche soñé con lo ocurrido en la jornada de ayer.

Después de preparar mate, despierto a Anselmo que está profundamente dormido. Mientras desayunamos, cada tanto doy una mirada a la casa, pero es en vano. Estamos más desorientados que nunca sobre cómo continuar con la investigación y la búsqueda de Walter. Lamentablemente se mudaron justo cuando estábamos decididos a rescatarlo y terminar con todo esto. Estoy convencido, que una vez que regresáramos a la Argentina, ya no nos molestarían; seguramente tengan mejores cosas que hacer. Siento que nuestra mejor oportunidad se nos escapó de las manos.

Más tarde, Anselmo va a su trabajo y yo quedo analizando la situación. Intento idear la manera de hallar a Walter. Pienso y repienso, pero no imagino cómo; lo único a mi alcance es pasar por la casa.

Ya en la calle, doy la vuelta a la manzana y camino por la vereda de enfrente. Llegando a la esquina, cuando observo hacia el interior del bar, veo que no hay más que dos clientes ancianos; seguro de que ninguno pertenece a la banda, decido ingresar.

—Buen día —saludo.

—Buen día. ¿Cómo anda tanto tiempo? —responde el encargado.

—Bien, de vuelta por el barrio —contesto para ser amable, sabiendo que debo evitar las conversaciones.

—Ah…

—Un café cortado, por favor —digo rápidamente, antes que vuelva a indagarme.

—Enseguida.

Mientras prepara el mismo horrible café de siempre, me dedico a observar desde la mesa de la que fui habitué. No reparo cuando el encargado me alcanza el pocillo; y me atrapa desprevenido observando hacia la casa. Al notar eso dice:

—No están más.

Importunado por la voz, giro bruscamente.

—¿Eh?

Me sorprendió, pero al percatarme que es el encargado del bar quien me habló, me tranquilizo de inmediato.

—Los de enfrente, no están más… se fueron.

Me hago el tonto de la mejor manera que puedo. Lo observo con una media sonrisa y pregunto:

—¿Qué cosa?

—¡Los que vivían enfrente, se fueron! —me repite con un tono algo más alto.

—Ah… los de esa casa dice, los malandras esos que una vez… alguien de acá contó algo.

—Sí, esos. ¿No los conoce?

CON-VUELO-DE-LOS-PAJAROS-PLATAZUL-CRISTIAN-MARCELO-ALTRONICO-EDICION-GRATUITA-LIMITADA-

—¡No! ¿Por qué iba a conocerlos?

Me siento sereno a pesar de la comprometida indagatoria.

—Ah…, disculpe, yo pensé… Como preguntaron por usted.

El diálogo se está poniendo tenso. Voy a tratar de sacarle alguna información y desaparecer para no volver jamás.

—¿Por mí? —pregunto con fingida sorpresa.

—Sí, por usted. Por eso pensé que los conocía.

—¿Y cómo sabe usted que preguntaron por mí exactamente? Debe estar confundiéndome con otra persona —lo increpo sin querer.

—Puede ser —contesta al darse cuenta de mi tono y se retira.

—Disculpe…, ¿y qué le preguntaron?

Necesito averiguar algo, lo que sea; para lo que tenemos entre manos, quizá un dato insignificante pueda transformarse en una pista.

—No, nada. Preguntaron… si venía seguido por acá. Nada más.

—Qué raro. No entiendo. ¿Y qué les dijo?

—Nada, si no sé nada de usted.

No termino de creerle. Posiblemente, porque recuerdo que ese cliente con el que hablé aquella vez que golpearon a Walter, algo dijo acerca de que a veces le daban dinero a cambio de algún favor.

Cuando voy a continuar indagándolo lo llaman desde otra mesa y se marcha.

Bebo mi café rápidamente y me retiro del lugar. No vaya a ser que venga algún integrante de la banda y me reconozca, o que el encargado les avise.

Durante mi corta estadía en el bar, no advertí ningún movimiento en la casa.

Más tarde, al encontrarme con Anselmo, le detallo lo ocurrido y piensa igual que yo, que ya no tienen dudas de mi relación con Walter.

24 de diciembre de 2005- Encarnación.

Transcurridos unos días de vigilancia inútil, en los que no detectamos ningún indicio de la banda, ni tampoco encontramos rastros a seguir por el camino en que nos enfrentamos, llegamos a la conclusión de que tendré que arriesgarme y volver al bar para poner en práctica otro método de búsqueda.

Como consideramos que el encargado tiene algún tipo de relación con la banda, debo lograr que por un descuido mío se entere de algún dato que les sirva para ubicarme. La idea, es que intercepte la dirección de uno de los departamentos en alquiler de un edificio que se ve desde donde vivo. De llegar ese dato a oídos de El Jefe, seguramente envíe a alguien para investigar. Manteniendo vigilado el acceso de ese edificio, podremos advertir cuando vengan por mí para seguirlos y averiguar el paradero de Walter.

CORTAMELODEESPEJOS PLAZUZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Debido a la monotonía, los días fueron pasando sin que reparara en las fechas; de pronto, descubro que hoy es nochebuena. Anselmo se reunirá con su madre y unos familiares que viven en el campo. Me invita, pero apenas si conozco a su madre, y no tengo ánimo de entablar una conversación obligada con nadie. Prefiero pasarla solo y enfocarme en la tarea que me propuse.

Esa misma tardecita, después de llamar a mi madre para saludarla y decirle que estoy en Buenos Aires porque no conseguí pasaje, me encamino hacia el bar para realizar la fase inicial del nuevo plan de búsqueda.

Previo, hago un minucioso sondeo de que no haya ningún integrante de la banda por la zona. Al asegurarme de eso, tomo una de las mesas que colocaron afuera porque facilitaría un escape. Me siento apoyando mi espalda sobre el muro del frente del local, junto a una de sus ventanas. Llamo al encargado con una seña. Beberé algo rápido porque no pienso permanecer mucho tiempo aquí y, en cuanto pueda, lo abordaré con alguna pregunta.

—¿Qué tal? —dice.

—Bien, ¿y usted?

—Por suerte muy bien.

—¿Volvieron los de enfrente? —le pregunto sonriente mientras me sirve una cerveza. Como para entablar una conversación directa y advierta que busco información sobre ellos.

—No, por lo menos yo no los he visto.

—Ah... Qué linda casa... ¿No se alquilará? —le hago cualquier pregunta que ofrezca un diálogo.

—No creo. Uno de los que venía es el dueño, y la utilizan de aguantadero —contesta parcamente.

Nada nuevo respecto a lo que todo el mundo sabe en esta ciudad. Hago un gesto de sorpresa con mi rostro, mientras arremeto sin vueltas con otra pregunta.

—Lo que me intriga es... ¿cómo está seguro que preguntaban por mí exactamente?

—Es argentino usted —afirma, seguro de no equivocarse en su juicio.

—Sí, ¿y eso que tiene que ver?

—Que es el único argentino que frecuenta este bar... aparte de ese muchacho que está con ellos.

Una respuesta que disipa todas mis dudas y cierra la conversación.

Al voltear hacia un costado, a través de la ventana que está a mi lado, observo al encargado detrás de la barra mostrador. Espero hasta que se dé cuenta de mi acción e inmediatamente quito mi vista de él. Así un par de veces, incluso, logro que me vea mirando hacia la casa de la banda.

Unos minutos después, tomo algunas servilletas de papel acomodadas una sobre otra como están en los típicos servilleteros de bar y, haciendo la parodia de hablar por teléfono, me acerco hasta el encargado y le solicito una lapicera. Me alejo unos pasos sin abandonar el mostrador.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATAZO-CRISTIAN MARCELO PLATERO-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Me sitúo de espalda a él, ocultándole de forma grosera lo que anoto, tratando de mostrarme sospechoso para llamar su atención.

Sobre la pila de servilletas escribo lo que necesito que él sepa, como si me lo estuvieran dictando; aprieto la lapicera lo más fuerte posible sin que se rompa el delgado papel, pero marcando las servilletas de abajo.

Al terminar mi supuesto diálogo, tomo solamente la de arriba y le acerco un poco las demás, asegurándome que queden al alcance de su vista. Pago lo consumido y me retiro de inmediato.

Es una trampa muy tonta pero quizá funcione y, de hacerlo, tendremos que movernos con eficacia. Debemos encontrarlos, antes que ellos lo hagan con nosotros, será la mejor y única oportunidad con que contemos. La sorpresa. Dudo que tengamos otra. Ahora solo resta vigilar y esperar, la jugada está en marcha.

Me acerco hasta el centro de la ciudad para cenar en algún restaurante, sin pensar en los problemas ni en nada relacionado, solo disfruto del momento con la mente en blanco.

Antes de que llegue la medianoche, ya en mi habitación, intento conciliar el sueño. De todas maneras, no me lo permiten los estruendosos fuegos artificiales.

26 de diciembre de 2005- Encarnación.

Después de casi dos días de espera, la monotonía de la vigilancia me tiene adormecido; pero a las dos de la mañana, ocurre un hecho anormal en la dirección que escribí como carnada. Repentinamente se detiene un vehículo, del que descienden tres individuos. Hago un gran esfuerzo por fijar la vista a través de los binoculares.

—¡Anselmo! —lo llamo, sin dejar de observar los movimientos de esas personas, estoy casi seguro que son ellos. Aunque no los reconozca, a estas horas, en este barrio y de esa manera brusca… no caben muchas otras posibilidades.

—¡Anselmo! —vocifero, pero con la voz algo más elevada porque no me escuchó la vez anterior.

—¡Son ellos, están acá!

Aparece corriendo y tropezándose con todo lo que se interpone en su camino.

—¿Qué? —dice, casi dormido.

—Son ellos, entraron al edificio.

Está en paños menores y desconcertado.

—¡Vestite rápido que cuando salgan los seguimos! ¡Apurate o los perdemos!

Si no damos con el nuevo paradero ahora, o al menos con algún indicio, no tendremos otra oportunidad igual. No van a regresar a ese lugar una segunda vez.

—¡Vamos! —me dice al minuto.

—¡Andá vos! mientras yo vigilo por si salen. Cuando vea que llagaste a la esquina, bajo. Así no los perdemos de vista.

CONTRAFUEGO-ESPIANOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATROYUDA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Sale a toda prisa y noto que, aún, la modorra no lo abandona. Espero que no cometa ningún error.

Por si acaso, lo llamo al celular para estar ya en contacto y mantenerlo informado. Todavía no salieron del edificio, y ya veo el auto de Anselmo en la esquina. Bajo velozmente y cuando me aproximo al lugar, oigo algunos disparos.

Anselmo desciende del vehículo y se parapeta detrás, están intentando acorralarlo entre los tres.

Me escudo detrás de un árbol y les disparo varias veces, sorprendiéndolos casi por la espalda; entonces, se dan a la fuga.

—¡Se escapan! —grito.

Anselmo, utilizando el techo del auto como apoyo, dispara, acertándole al más rezagado, y cae súbitamente dando un fuerte golpe.

Los otros dos, que van bastante más adelante, intentan regresar en su ayuda; pero los rebatimos con nuestros disparos. Al comprender que no podrán evacuar al herido, en un acto bestial, vemos cómo uno de sus propios compañeros dispara sobre el desfallecido desde unos diez o quince metros. Al estar bajo la única luminaria de la calle, logro reconocer ese despiadado rostro y su menuda silueta lo confirma, es El Peque.

Corren y abordan su automóvil para escapar a toda velocidad.

Cuando Anselmo intenta perseguirlos, nota que tiene un neumático desinflado, seguramente por causa de algún proyectil.

—¡Se van, los perdemos!

Da una tremenda patada al paragolpes de su automóvil y se sitúa en medio de la calle, apuntando su arma en dirección a ellos, pero ya en vano.

—¡Cubrite! Que si vive te puede disparar.

Me acerco apuntando al inmóvil cuerpo que yace en la calle.

—¡Vigilá por si vuelven! —le digo.

Reviso al supuesto cadáver y, al colocarlo boca arriba, da un sacudón y reacciona. Tiene una terrible expresión de pánico y es muy joven.

—¡No me maten, no...! —implora entre gritos y sollozos por el dolor y el tormento de sentir la muerte tan cerca; aunque ni siquiera advirtió que le dispararon a sangre fría, por fortuna, sin éxito.

—No te vamos a matar. ¡Callate! —le ordeno.

Tiene sangre en una pierna, producto del disparo que lo hizo caer, y también en el rostro, por el golpe contra el asfalto.

—¿Qué te duele?

—¡La pierna! ¡La pierna y la cara... mucho! ¡Mucho! Me voy a morir. ¡Me muero! —se ahoga, patea, grita y solloza, todo a la vez.

CONSEGUÍ LOS LIBROS EN PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICIÓN DIGITAL ILIMITADA-

Mientras lo sostengo por la cabeza, Anselmo le propina un tremendo puñetazo en la frente, entre las cejas; y lo atonta a tal punto que casi lo desmaya.

—¿Qué haces? ¡Animal!

—¡Apurate! Llevémoslo antes de que llegue la policía. ¡Apurate! ¡Si no tiene nada! Un tiro en la pierna, nada más. ¡Vamos, que este va a cantar dónde están los otros!

Algunos vecinos al no oír más detonaciones, comienzan a asomarse tímidamente detrás de las puertas y ventanas, confundidos por no estar seguros si fueron disparos o petardos.

Cargamos al herido en nuestro automóvil y damos marcha atrás, con el característico traqueteo de un vehículo con un neumático en llanta, hasta tomar por la calle perpendicular a la que circulábamos. Andamos unas cuantas cuadras y nos detenemos frente a una casa, es un lugar bastante oscuro y menos poblado.

—¿Por qué parás acá? —pregunto.

—Vive un tío mío.

Lo llama desde el celular y le cuenta lo sucedido sin mucha explicación. De inmediato, asoma desde la casa una persona canosa y corpulenta de mediana estatura; un hombre que aparenta tener unos setenta años y está con pijama y pantuflas de verano. Abre el portón y entramos con el automóvil.

—Anselmo, ¿qué pasó? ¿Estás bien, querido? —le pregunta.

—Sí, estamos bien. Necesito tu ayuda porque herí a uno. Él es Martín.

—Hola… José. Tío de Anselmo. Pasen por favor, pasen.

Acarreamos al herido semi inconsciente, tomándolo por los pies y las manos, y lo tendemos sobre una camilla que hay en un cuarto contiguo.

José, de inmediato, corta su pantalón y lo examina.

—No es nada. Hay orificio de entrada y de salida. La herida sangra normal, no veo peligro de hemorragia.

—Dijo que le dolía mucho —comento.

—Le puede haber rozado la tibia a juzgar por la trayectoria que muestran los orificios. Pero despreocupate que no es nada grave, solo necesita atención.

Lo limpia y lo venda. En cuanto comienza a tomar conciencia, Anselmo le tapa la cara con una toalla y le advierte que no se la saque; cuando aún confuso, hace el intento dando un manotazo desesperado. Al calmarse, previa amenaza, le venda los ojos con esa misma toalla.

—Tranquilizate pibe, que no tenés nada grave.

José lo calma y le hace unas preguntas sobre su historia clínica, para suministrarle calmantes.

—¿Qué pensás hacer con este? es un nene —le pregunto a Anselmo.

—¡Mejor! Así nos dice dónde están los otros. ¿No viste el miedo que tiene? —me contesta susurrando en mi oído.

CONEVOLUCIÓNELOSPAJAROSDIAMANTEL-CRISTIANMARCELOATROPICA-EDICIÓNDIGITALILIMITADA-

—Mi tío, fue forense de la policía. Lo vamos a tener acá hasta que hable.

—¿Lo vamos a meter en el problema a tu tío?

—Si supieras las que tiene de estas. Él perteneció a la vieja policía, antes era muy distinto. Quedate tranquilo que nos va a ayudar porque sabe lo que hace y está preparado.

Acarrean al herido en una silla de ruedas hacia la parte posterior de la vivienda, yo los sigo sin decir nada. Cruzamos el patio, e ingresamos en un pequeño galpón donde hay algunas herramientas, implementos de jardinería, etc.

Mueven una vieja y pesada mesa de trabajo hacia un lado; donde estaba, ahora levantan una tapa del piso de madera. Se puede ver que una escalera conduce a un oscuro, hediondo y húmedo sótano. Primero ingresa José para encender una tenue luz; y Anselmo me hace señas para que lo ayude a bajar al herido.

A medida que descendemos tomo conciencia del lugar, que es un poco más grande que el galpón de arriba. Hay unas argollas en las paredes, una mesa con ligaduras de cuero y hebillas de metal totalmente oxidadas, y lo que pareciera ser una antigua picana o algo así. Parece, o es, una horrible sala de torturas olvidada en el tiempo.

Lo tendemos sobre una vieja cama, esposando una de sus manos a una cadena adosada a la pared. Lo dejamos ahí con esa exigua luz, agua y unos calmantes; mientras José, le da las instrucciones para tomarlos.

Estoy pasmado por lo que acabo de ver, y se debe notar en mi cara, porque José esbozando una leve sonrisa, me dice:

—No te preocupes que no le voy a hacer nada, es un poco de psicología. Es muy pibe y cuando lo apure un poco… canta todo lo que sabe.

Permanecemos en su casa y, mientras tomamos un café, le explicamos lo sucedido. Durante la conversación, presiento que Anselmo ya le había adelantado algo de lo que estamos haciendo. José me cuenta que tiene experiencia en el tema, que ha participado en labores de esta clase durante su vida; incluso en la zona de frontera del lado argentino, durante la época de la dictadura militar.

—Uno era joven… y la vida lo va llevando. Yo era uno de los pocos médicos de esta ciudad y, aunque estaba recién recibido, igual les servía para indicarles hasta dónde llegar sin causar daños irreversibles a las víctimas; y para atenderlas, por lo menos hasta que contaran todo lo que sabían. Después… solo Dios sabe qué hacían.

No fue exactamente para eso que me preparé durante tantos años, pero no tuve alternativa. Un día llamaron a mi puerta y tuve que ir con ellos, sin chistar. Iba… o "iba mi familia" —dice con un tono diferente—. Tampoco pude formar una familia propia, porque cada vez que conocía alguna mujer y, naturalmente, empezaba a hacer preguntas, mentía… y al final terminaba por alejarme.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLATAZO-CRISTIANMARCELPLATAZO-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Si bien yo atendía a las víctimas, siempre sentí vergüenza y… miedo por mi trabajo. Y tampoco podía escaparme, porque mi padre estuvo muchos años enfermo y a mi cuidado. Además… ¿a dónde? Si en aquellos años los países vecinos también estaban en poder de los militares.

Hace un buen tiempo que no bajaba a ese sótano, ni siquiera a mirar. Es parte del horrible pasado. Lo que pude lo fui sacando, lo quemé o lo tiré. Pero era más joven, ya no tengo ganas de limpiar ese… lugar. En esta casa vivió un torturador de aquella época, y después me la dieron a mí. Era todo campo acá —culmina.

Sus palabras me hacen meditar sobre las sombrías historias que debe tener. En aquellos tiempos era distinto, como dijo Anselmo hace un rato. Con razón, cuando me explicó que su tío había trabajado para la policía, lo dijo con cierta congoja. Igualmente, según contó José, fue reclutado a la fuerza para asistir a las víctimas. Haber estudiado tanto para sanar a quien sabía que en algún momento continuarían torturando hasta la muerte. Hasta quizá, haya ultimado a alguien por compasión. Qué duro debe haber sido.

Al cabo de poco más de una hora de charla, José examina rápidamente al herido y vuelve a la cama. Anselmo descansa en otra habitación, y yo, en un cómodo y amplio sillón del living. Recostado, pienso —entre tantas otras cosas— que deberé tener cuidado con rondar por el bar, porque fue notorio el hecho de que el encargado tiene contacto con los integrantes de la banda. Seguramente, le hayan pagado por la información, como dijo ese anciano aquella vez.

27 de diciembre de 2005- Encarnación.

Al día siguiente, José nos presta su automóvil, mientras que el de Anselmo queda guardado aquí en su casa, al menos hasta que pueda averiguar si alguien lo vio y fue denunciado. Además, habrá que tapar los orificios que dejaron los proyectiles y reparar el neumático pinchado antes de que vuelva a circular por la calle. Arreglos sencillos de los que se encargará el propio José.

Cerca del mediodía, Anselmo me informa que El Pibe —como bautizamos al herido de bala que tenemos retenido en la casa de José— se encuentra en buen estado, y que contó que El Jefe posee una estancia en el departamento de Caaguazú. También oyó al Peque decir algo acerca de que, una vez terminado el encargue, todos viajarían hacia allí.

A él solo lo contrataron para este trabajo y, desesperado, repite una y otra vez que no pertenece a la banda.

—¿Y qué pensás hacer con él? Porque lo tenemos secuestrado —le digo a Anselmo.

—No es de acá, averigüé que su familia vive en un pequeño pueblo en el norte de Paraguay. Y… estuve pensando algo. Hasta ahora no existe ninguna denuncia por su ausencia y, al parecer, nadie vio nada o simplemente no se meten. Tenemos la ventaja de que los de la banda

CONVUELOENESPEJOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

crean que murió y lo hicimos desaparecer; por lo tanto, no van a pensar que nos contó dónde están.

—¿Creés que van a pensar eso si no aparece el cuerpo en las noticias? No creo que vivan de suposiciones ¡Y ni pienses que vamos a matarlo!

—Yo no dije eso. Los medios de comunicación locales, hasta ahora, no disponen de ninguna información respecto a lo sucedido. Si Victorino, que tiene uno de los medios más importantes de la ciudad, nos ayudara... publicando que hubo una pelea callejera en ese lugar y que esta persona se encuentra desaparecida... tal vez nos dé cierta ventaja sobre ellos.

—¿Y cómo se enteraría Victorino que está desaparecido este pibe? Si ni siquiera hay hecha una denuncia... No va a hacerlo de ninguna manera, se expone demasiado.

—¡Escuchá! El Pibe tiene una noviecita con la que convive. Una llamada anónima a ella para que haga la denuncia policial y también en los medios locales. La policial, quizá la hizo y, por supuesto, la cajonearon. ¿Entendés? De ahí sale la noticia, sin nombrar a nadie más que a este pibe, para evitar comprometer a Victorino. Y en unos cuantos días que no aparezca, lo dan por muerto.

—Estás loco y la novia va a creer eso también.

—¡Si este pibe es un pichón de criminal! ¿Pensás que ella no sabe lo que puede pasarle? ¡Lo único que me importa, es tener ventaja! ¡Acordate que lo tienen a Walter!

Lo dice con una frivolidad que me impresiona. Sin embargo, al poner todo en la balanza, debo admitir que tiene razón. Si el plan funciona, nos daría un margen de maniobra para intentar rescatar a Walter. Si El Jefe lo diera por muerto, que sería lo más lógico al no dar señales de vida por varios días, indudablemente obtendríamos cierta ventaja. Nunca sospecharía que conocemos su nuevo paradero.

Esa misma tarde me reúno con Victorino para solicitarle en persona la ayuda necesaria para activar este plan. Debe aprobarlo para que hagamos la llamada anónima a la concubina del prisionero; de lo contrario, sería inútil.

Dadas las explicaciones, concibe la posibilidad de que sea una nota fundada en una denuncia por la desaparición de esa persona tras una pelea callejera. Tal vez otros medios continúen con el caso y su diario quede al margen, o quizá todo se encubra y quede en la nada. Pero necesitamos intentarlo, los miembros de la banda deben creer que está muerto.

Con el apoyo de Victorino para publicar la noticia, realizamos esa frívola —pero necesaria— llamada anónima, incitamos a la muchacha a que, además de presentar la denuncia policial, recurra a los medios locales para que difundan la desaparición de su concubino. Le aseguramos que así obtendrá un resultado más efectivo; necesitamos que se haga eco del caso para que llegue a oídos de algún integrante de la banda.

CONLEVOFLORELOSPIANOS-PLAYZUL-CRISTIANMARCELLA-ROMICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Concluida la segunda fase del plan, nos limitamos a esperar la publicación de la noticia. Esporádicamente, continúo observando la casa y el acceso del edificio que le di como cebo al encargado del bar, pero simplemente, por costumbre.

28 de diciembre de 2005- Encarnación.

Por la mañana siguiente cuando aparece en la portada del diario la noticia de la desaparición de Lucio Báez —El Pibe, para nosotros—, hablo con Victorino para consultarle qué alternativas tenemos para que llegue a cadena nacional.

También es noticia en otros medios de la ciudad, Victorino al sentirse acompañado, piensa volver a publicarlo, siempre y cuando nadie le exija la censura. Planea darle, cada vez, un tono más sensacionalista hasta que algún medio nacional se haga cargo. De todos modos, duda que por ahora tenga demasiada relevancia, por tratarse de la desaparición de un adulto y hace apenas poco más de un día.

Mientras esperamos que trascienda, Anselmo tal como me lo había prometido, me lleva a practicar tiro con distintas clases y tipos de armas, para conocer su manejo. Además, me enseña algunos puntos vulnerables para hacer más efectivo un golpe, y lo básico sobre defensa personal; a modo de prepararme mínimamente para lo que pueda venir.

Consideramos conseguir ayuda para enfrentarnos a estos delincuentes, pero su reputación es tan conocida que, entre las personas en quienes Anselmo podría confiar, ninguna se atrevería a involucrarse. Y en cuanto a contratar colaboradores desconocidos, tenemos cierto recelo…ya que siempre existe la posibilidad de cambiar de bando.

30 de diciembre de 2005- Encarnación.

Cumplidas las cuarenta y ocho horas desde la publicación de la primicia, hacemos otra llamada anónima a la concubina del joven delincuente. Le damos una pista falsa sobre el presunto lugar donde podría hallarse el cuerpo de su novio. Convenientemente, la incitamos para que también lo denuncie en los medios, pretendiendo esparcir la versión de su muerte.

31 de diciembre de 2005- Encarnación- Coronel Oviedo.

A partir de la última publicación, radios, diarios y canales de televisión comenzaron a difundir la noticia a nivel nacional.

En este momento José, si bien tiene experiencia en estos asuntos, no puede cometer errores, ya que han comenzado una investigación más exhaustiva.

Hablamos con él para explicarle que dependemos de la exactitud de su actuación; estamos en sus manos, porque ha llegado el momento de partir hacia Coronel Oviedo, una ciudad

CUANDO VUELVEN LOS SOÑADOS-PLATA II-CRISTIAN MARCELO TROVIDA-EDICIÓN CRATUITA LIMITADA-

cercana a la estancia del Jefe —según nos indicó el delincuente capturado— en la que vive alguien que podría ayudarnos.

Desde allí intentaremos identificar el lugar donde, supuestamente, mantienen cautivo a Walter. Es en una estancia ubicada en las cercanías de la Cordillera de Caaguazú, que según otro dato que tenemos, puede llamarse Paraguaycito. Aparentemente, entre otras actividades, la explotan como coto de caza; allí concurren altos funcionarios y personas adineradas de Paraguay y del extranjero que comparten esa afición.

Entendemos ahora que de ese lugar podrían provenir los contactos que la banda mantiene en las altas esferas y que les permiten permanecer, casi, intocables.

Creemos que nos aproximamos a la base principal; por eso, debemos actuar con mayor cautela.

Otro dato del que disponemos, es que los integrantes de la banda son considerados amos y señores en esa zona. Son profundamente respetados, o más bien temidos, debido a su terrible reputación. No solo deberemos cuidarnos de ellos, sino también de los sometidos habitantes del lugar, quienes podrían delatarnos ya sea por obsecuencia o, sencillamente, por algo a cambio.

Apenas arribamos a Coronel Oviedo, establecemos contacto telefónico con Eusebio Domínguez, la persona que podría ayudarnos. Quien alguna vez, en su afán de convertirse en el mafioso número uno de la zona, tuvo serios problemas con El Jefe; puesto que le fue arrebatado por este último y sobrevivió para contarlo, pero saliendo gravemente perjudicado su hermano.

Como muchos, odia a todos los integrantes de la banda y, además, por algo de dinero está dispuesto a jugarse el cuello para ayudarnos a encontrarlos. Esta persona nos fue recomendada por un camarada de Anselmo, a quien alguna vez, le sirvió como informante.

De todas maneras, no deberemos fiarnos plenamente de él. Según los datos que tenemos, se trata de un personaje oscuro, un mafioso, cuatrero y algo más.

Al reunirnos con Domínguez, nos confirma que el lugar que buscamos, de acuerdo a los datos que le dimos, es indudablemente esa estancia llamada Paraguaycito. Al parecer, todos conocen al Jefe y su banda.

Nos manifiesta que, tras analizar el caso, existen dos maneras de llegar al lugar, ninguna de ellas transitando por caminos o rutas. Los humildes pobladores de esta zona rural son amedrentados por los miembros de la banda, como sospechábamos, cosa que nos juega en contra. Si nos vieran merodear, podrían delatarnos sin dudarlo. Además, para llegar, hay atravesar un pequeño poblado situado a pocos kilómetros.

Entonces, nos explica las posibilidades:

La manera más lenta y tediosa sería una travesía de un día a caballo o mula, atravesando sierras y montes, con la dificultad añadida de tener que cruzar por campos privados, lo cual no

CONEVOCUEL ESPANTOS-LA AZUL-CRISTIAN VASCELOLA ROJO-EDICIONGRATUITA INSTADA-

garantiza que no seamos descubiertos; además, el escape sería extremadamente difícil y riesgoso. Pero es, sin duda, la menos costosa.

La otra alternativa, más rápida y cómoda, sería contratar un helicóptero.

Sin dudarlo, optamos por la segunda opción. Necesitamos actuar con rapidez, también la extracción resultaría mucho más fácil y segura, por sobre todas las cosas.

Tras tomar la decisión, Domínguez contacta a un piloto de helicóptero que conoce, un hombre de la zona que trabaja habitualmente para empresas nacionales e internacionales de la industria maderera y minera. Contratan su servicio para el traslado urgente de trabajadores accidentados o, simplemente traslados de personas, enceres o herramientas. Conoce el terreno como la palma de su mano.

Previamente a reunirse con nosotros, ya hemos conversado con esta persona sobre el trabajo por realizar, sin dar nombres o lugares. A cambio de una abultada suma de dinero, aceptó prestarnos su servicio y confidencialidad.

Después de discutir el precio y la forma de pago con Domínguez y el piloto, acordamos abonar la mitad por adelantado, y el resto, una vez finalizado el trabajo. Dividiendo el pago procuramos asegurar que no intenten engañarnos, de hacerlo, no recibirían la otra mitad; por lo menos de nuestro bolsillo.

Esta noche de fin de año, la pasamos en un pequeño cuarto que nos presta Domínguez, situado al fondo de su casa. Preferimos mostrarnos lo menos posible en la cuidad.

En este modesto lugar brindamos con una sidra, a la salud de Maxi y Walter, y porque la operación de rescate sea exitosa. Luego, nos dormimos.

1 de enero de 2006- Coronel Oviedo.

Debimos concurrir a una confitería de la ciudad para estudiar el mapa digital de la zona, ya que Domínguez no cuenta con servicio de internet en su casa. Planeamos nuestra incursión estimando la ruta de vuelo, el punto de aterrizaje y dos posibles formas de extracción. De todas maneras, todo deberá ser verificado por el piloto, que es quien realmente conoce el territorio.

La primera opción, si todo sale según lo previsto, contempla un punto de reunión prefijado. La hora exacta, debido a lo escabroso del terreno y la posibilidad de retrasos durante la misión, será informada cuando estemos en la fase de reconocimiento visual del lugar previsto para la extracción.

La segunda, contempla que no saliera según lo planificado. Esta alternativa no cuenta con un lugar de extracción preestablecido. Todo dependerá de que escapemos ilesos y, una vez a salvo, transmitir al piloto el sitio exacto donde debe recogernos mediante las coordenadas que indique nuestro GPS.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS PUBLICADO EL- CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO- EDICIÓN DIGITAL NO COMERCIAL NO AUTORIZADA-

Mientras tanto, Domínguez se contactó con un primo segundo suyo que vive en el pequeño poblado cercano a la estancia y que hace trabajos allí. Hace tiempo que no lo ve, por razones obvias.

No es casualidad que un allegado suyo trabaje en esa estancia, ya que allí ocupan mucha de la mano de obra local dedicada a las diversas tareas rurales, entre otras. Justamente, esta persona se dedica al mantenimiento edilicio, ya que el establecimiento cuenta con una gran casona muy antigua, varias cabañas y dependencias; y unos kilómetros más al este, con un aserradero. Por su intermedio, intentaremos averiguar si Walter se encuentra allí, para lo que nos pide una fotografía.

Cuanta más gente sepa de nuestra misión aquí, mayor es la exposición y, por lo tanto, el riesgo a ser descubiertos. Pero confirmar si Walter está realmente allí es fundamental, de otra manera, no tendría sentido alguno.

Domínguez nos brinda valiosa información respecto al lugar y a la cantidad de personas presentes, horarios, etc. También, nos comenta que el coto de caza permanece cerrado en esta época del año, lo que prácticamente garantiza que no habrá personas ajenas a la banda; al menos en las cercanías de la casona, porque los trabajadores rurales se encuentran en otro del lugar.

Determinamos que la mejor forma de aproximarnos será por detrás de los cerros, una zona despoblada. Incluso en la cima podremos ocultarnos y estudiar el terreno antes de entrar en acción, ya que la casona se encuentra ubicada prácticamente en la base del cordón montañoso.

El helicóptero nos acercará hasta unos dos kilómetros detrás de esas elevaciones. Desde allí, tendremos que caminar entre dos o tres horas para llegar hasta las proximidades del casco de la estancia. En la zona, no es casual escuchar algún helicóptero durante la jornada laboral, por lo que nuestra llegada no debería resultar sospechosa, si lo oyeran.

Durante la planificación estamos tan enfrascados que no me detengo a pensar en lo que realmente vamos a hacer, más allá del intento de rescate. Pero por la noche, cuando me abraza la oscuridad y el silencio, cuesta que el sueño se adueñe de mí ser. Me abruma la posibilidad de que tenga que dispararle a alguien, o peor aún, que seamos nosotros los damnificados. Cada vez que lo medito, la angustia me carcome por dentro. Nunca imaginé verme involucrado en una situación tan extrema. Debo esforzarme para recordar cómo comenzó todo esto. He transitado tantos acontecimientos en este tiempo que pareciera estar viviendo una vida ajena. Me siento tan lejos de lo que era no mucho tiempo atrás, de mi rutina vulgar, de donde vivía, de la gente que frecuentaba... el ruso Anatoly o como se llame, cruza por mi mente. Qué útil sería tenerlo con nosotros en este momento. Recuerdo que me dio una tarjeta con una dirección de mail; en algún lugar debo conservarla.

Llevaba una vida sencilla, con todos los problemas de la gente común. Así, de pensamiento en pensamiento, bastante más tarde, logro conciliar el sueño.

CONEVOLUCIÓNELDESPIERTO-SLAWZO-CRISTIANMARCELOALTRUDA-EDICIÓNCOMERCIALNOLIMITADA-

2 de enero de 2006– Coronel Oviedo.

Sería importante hacer un reconocimiento de la zona antes de llevar a cabo el rescate, pero lo cierto es que no contamos con tiempo y, con cada minuto que pasa, se acrecienta el peligro.

Con el transcurso de las horas y una planificación cada vez más elaborada, las inseguridades respecto a mi capacidad de respuesta a las exigencias requeridas, se hacen presentes. Recién anoche tomé verdadera conciencia de lo que planeamos.

Esta misma mañana, Domínguez nos alcanza tres fotos que consiguió del casco de la estancia, dos provienen de revistas y, la tercera, se la dio su primo; quien intentará confirmar si Walter se encuentra allí. Sin embargo, dejó en claro que no quiere problemas ni compromisos. Llegará solo hasta donde no se comprometa.

Le ofreceremos un pago para intentar convencerlo de que nos ayude. Sería de gran importancia tener un infiltrado detrás de las líneas enemigas.

4 de enero de 2006- Coronel Oviedo.

Nos encontramos varados, imposibilitados de hacer algo, ni siquiera un reconocimiento de la zona debido al terrible clima reinante desde hace casi dos días. Tampoco tenemos aún la certeza de que Walter esté en ese lugar.

Con cada minuto que pasa, sin otra cosa por hacer más que pensar, cada vez tomo más conciencia del riesgo que implicará realizar esta operación; y cuanto más lo pienso, menos me cierra.

Descansamos en la precaria habitación que nos facilita Domínguez. Estoy recostado con las manos bajo la nuca y las piernas ligeramente extendidas y cruzadas, mirando hacia el techo…aunque en realidad, tan abstraído, que no reparo en él.

Es un día lluvioso, opaco. Me encuentro meditabundo.

—¿Tan amigo eras de Maxi como para arriesgar tu vida por él? Porque ya no está…digo — pregunto a Anselmo sin apartar mi vista del techo.

Después de un momento en el que pensé que se había dormido, responde:

—Sí. En realidad, era más amigo… de mi hermana, pero mío también.

—¿Tenés una hermana y nunca me dijiste nada? —lo inquiero con algo de picardía.

Otra vez el silencio. Giro mi cabeza y lo veo también tendido sobre su cama.

—No… ya no está. No la tengo más.

—Disculpame, no me imaginé…

—No, no te preocupes. Que ya casi… lo asumí.

—¿Y qué le pasó? Si… se puede saber.

CONFLUENCIA DE LOS SUEÑOS PLATA VIL-CRISTINA MARCELO ETRONICA-EDICION GRATUITA LIMITADA-

Da un largo suspiro, mientras reacomoda su cuerpo, haciendo crujir los viejos flejes de su cama.

—Ella, era muy amiga de Maxi. Tanto que… murieron juntos en ese accidente automovilístico.

No pregunto más nada. Ahora, por fin, termino de comprender el verdadero motivo de su cruzada. Aunque me irrita profundamente que no me lo haya contado antes, no le digo nada. Respeto su amargo silencio… y agradezco que, tal vez, haya decidido dejar de lado su objetivo para rescatar a Walter.

5 de enero de 2006- Coronel Oviedo.

Contamos con el dato fehaciente de que Walter está en la estancia. Nuestro informante cree que no le permiten salir de la residencia, y que por eso no lo veía. Solo pudo hacerlo cuando ingresó en la casona para realizar unos trabajos. Está confinado en la última habitación del primer piso, del lado sur de la mansión.

El tiempo finalmente mejoró y anuncian días de buen clima. Pedimos al primo de Domínguez que le avise a Walter que vamos a rescatarlo mañana por la noche, para que esté preparado. También necesitamos que marque en nuestro GPS la localización de la casona.

Se niega rotundamente a realizar ambas tareas. Teme ser descubierto, no quiere exponerse; solo logramos convencerlo con un dinero extra.

Redacto una pequeña nota que dice:

Mañana por la noche, a partir de las cero horas te sacamos de ahí.

Quedate cerca de la ventana y danos de vez en cuando alguna señal luminosa. Cuando veas un punto rojo sobre tu cuerpo, será la señal de que ya estamos en posición. Tenés que escapar de la casa por tus medios. Martín.

Tu guitarra eléctrica tiene pegada una calcomanía que dice "Jimi Hendrix" en blanco y negro, en la parte superior.

Con esta última frase trato de otorgar legitimidad al mensaje, para que no despierte ninguna duda; ya que estoy totalmente seguro de que somos muy pocas las personas que conocemos ese detalle.

Esta esquela, se la entregará cuando le sea posible. No garantiza que sea hoy, por lo cual, debemos estar preparados para la noche siguiente del día en que Walter la tenga en sus manos. Estamos seguros de que por las noches disponemos del transporte aéreo, solo dependemos de que el clima sea propicio.

Esa misma tarde, el primo de Domínguez, regresa con un mensaje:

Quédense atrás del galpón grande, que ya tenía pensado escapar. Esperen a que yo les dé la señal porque comparto la habitación con uno de ellos. Siempre toma jugo antes de dormir, y le voy a poner unos sedantes que ya había conseguido.

CONTIVUELO DE ESPIJADOS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ALTRONICA-EDICION GRATUITA LIMITADA-

No se acerquen demasiado al parque del casco, cuidado con los perros que están entrenados.

El primo de Domínguez nos informa que hay siete personas en la casona, incluido Walter, y tres perros guardianes.

6 de enero de 2006- Coronel Oviedo.

Ya bien entrada la tarde del día designado, en un vetusto helicóptero Bell UH-1 Iroquois —seguramente dado de baja por la fuerza militar de algún país que lo tuvo en servicio— nos trasladaremos hasta las cercanías del lugar donde tienen cautivo a Walter.

Estamos pertrechados con ropa camuflada y fuertemente armados. Llevamos un subfusil calibre nueve milímetros con mira de punto láser y una pequeña linterna de kriptón, una pistola del mismo calibre y un par de granadas explosivas, de humo y aturdidoras. Todo conseguido por Domínguez en el mercado negro, en los días previos y a un alto precio.

En la mochila llevamos algo de comida enlatada, pan y galletitas para dos días, por si tuviéramos que permanecer en las sierras, lo que espero que no suceda. También llevamos un completo botiquín de primeros auxilios, un par de pequeñas botellas de agua, una cuerda, un afilado cuchillo de monte, un GPS, binoculares y una fina capa de lluvia; con una adicional para Walter.

Para comunicarnos, contamos con un radiotransmisor portátil provisto por el piloto del helicóptero, y un celular analógico de los antiguos; por consejo de Domínguez, quien asegura que son los únicos que podrían funcionar desde las zonas alejadas a la ciudad.

Entrando la noche, el cielo casi oscuro, se confunde con el horizonte entremezclado con la vegetación. Las primeras estrellas comienzan a mostrarse, fulgurantes y sin timidez. Sin embargo, debajo de ellas, y a unos pocos kilómetros delante nuestro, se divisa una densa capa de nubarrones.

Cuando nos aproximamos al lugar, tras un monótono vuelo, el audaz y veterano piloto desciende hasta que el patín del helicóptero casi roza las copas de los árboles. El vuelo rasante acompaña las ondulaciones propias del escabroso terreno. Luego, nos introducimos en una especie de quebrada, con ambos flancos cubiertos por las laderas, en un intento por no descubrirnos prematuramente.

En la solitaria noche, solo se oye el rugido del poderoso motor y el tajante golpeteo de las aspas contra el aire mismo que le sirve de sustento, como el latido de un corazón gigante que impulsa un cuerpo sometido a un gran esfuerzo. Observo a Anselmo, que fuma un cigarrillo en silenciosa calma, mirando hacia abajo como si no fuera esta su primera vez.

Un rato después, al llegar al punto establecido, la aeronave desciende sobre un pequeño claro. Sin llegar a posarse en el suelo ni detenerse por completo, durante ese sutil vuelo estacionario, con una seña de Anselmo, nos arrojamos desde una altura de aproximadamente

CORTI WEB DE ESPIANOS PIRATAS II - CRISTIAN MARCELO TROVICA - EDICION DIGITALIZADA -

un metro. Primero salta él, inmediatamente, lo sigo. Apenas toco el suelo, el bestial zumbido se intensifica. El veterano helicóptero y su no menos experimentado piloto, ya están ganando altura lentamente, girando hacia la dirección por la que vinimos.

La noche se vuelve aún más oscura y, en cuestión de segundos, perdemos de vista el aparato. Las pocas estrellas que habían brillado durante el trayecto están ya ocultas bajo ese manto de pesadas nubes, que logran que la jornada parezca mucho más lóbrega y amenazante de lo que hasta ahora es.

Me invade una sensación de abandono. Me siento más solo que nunca a pesar que voy junto a Anselmo, que corre con decisión, internándose en la espesura con el ímpetu de quien sabe lo que hace. Si no me apuro, la negrura del bosque lo tragará y lo perderé de vista. Me esfuerzo para no pensar, pero un sentimiento extraño me angustia. Podría estar caminando rumbo a la muerte de un amigo… o hacia a la mía. Aun así, continuamos avanzando, ahora con paso firme y bajo el sombrío amparo de la noche.

Después de dos horas de marcha, según indica nuestro GPS, estamos relativamente cerca, aunque dependerá de la escabrosidad del terreno que nos queda por atravesar. Al superar la última cima rocosa, logramos divisar las tenues luces del casco de la estancia y del galpón que mencionó Walter en su nota. Este se encuentra alejado de la casona, a unos cien metros, y a unos cincuenta metros de la casa del encargado del lugar. Sabemos que este último no intervendrá en caso de producirse un enfrentamiento armado. También sabemos que tiene un par de perros de trabajo, los que debemos tener en cuenta, porque pueden oírnos y delatarnos con sus ladridos.

Nos ocultamos detrás de unos arbustos para observar, a la espera de que Walter nos dé su señal. Desde este punto vemos ese galpón y la casona por el lado sur, el parque que la rodea está más iluminado en el sector del frente y no tanto por la parte de atrás. Suponemos que saldrá por allí, así que nos disponemos a esperar.

Una fina llovizna comienza a humedecerlo todo. Cae sin pausa y poco a poco incrementa su intensidad. Tras unos cuarenta minutos de espera, aún no percibimos ningún cambio. Son las veintitrés y treinta y cinco cuando comienzan, por fin, a apagarse algunas luces adentro de la casona; lo que logra despabilarnos y que mi ritmo cardíaco se acelere, estabilizándose con el paso del tiempo sin novedades.

Ahora solo quedan encendidas un par de luces del frente, todas las demás han sido apagadas. Nos turnamos para vigilar. A veces, mientras uno observa, el otro fuma un cigarrillo en una hondonada para evitar ser vistos, o intentando dormitar un poco en medio de esta vigilia húmeda y densa.

CONEVOLUCIONESPLANOS-PLANOS-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

7 de enero de 2006- Coronel Oviedo- Asunción.

La persistente lluvia torna la jornada más difícil, entre el agua y el lodo se entorpece cualquier movimiento; pero la cerrada noche, también nos protege bajo su lobreguez.

En un momento en que ambos estamos observando, se vislumbra una destellante señal desde una de las ventanas de la planta alta. Con los binoculares, confirmo que se trata de Walter. Se asoma y comienza a hacer señas con las manos. Anselmo le responde apuntándole con su arma y activando el punto láser sobre su cuerpo. Al advertirlo, hace un gesto claro con su brazo, señalando hacia la parte de atrás; dándonos a entender que saldrá por allí.

Nos acercamos un poco para brindarle apoyo armado en caso de que fuera necesario. Algunos minutos más tarde, notamos que algo se mueve en la oscuridad y brota mi adrenalina. Me esfuerzo por enfocar con los binoculares, hasta que distingo una silueta borrosa que se desplaza agazapada por la parte trasera del parque. Se aleja de los perros guardianes que se encuentran en el frente, adentro de sus respectivas casillas, refugiados de la persistente llovizna y viento. Este mal tiempo, al menos por ahora, juega a nuestro favor.

Todo transcurre conforme a lo planeado, hasta que uno de los perros comienza a ladrar, saliendo embravecido de su refugio. Inevitablemente, los otros lo siguen. Por fortuna, vemos que Walter ya salió del predio cercado que delimita el parque; y se dirige hacia el galpón.

Debido a la excitación de los canes, se encienden las luces exteriores.

En las ventanas aparecen siluetas, figuras que observan hacia afuera intentando distinguir algo en la oscuridad. No logramos reconocer a nadie, pero ya están alertados.

Mientras nos dirigimos hacia el punto de encuentro, notamos que algunos hombres ya están recorriendo el parque. Se mueven con premura, atentos, tratando de descubrir qué alteró a los perros guardianes que no cesan de ladrar en dirección a Walter.

—¡No está! ¡Se escapó! No está por ningún lado —vociferan desde una de las ventanas de la casona a los que están afuera.

Sin dudas, se refieren a Walter.

Entretanto, nos encontramos en el lugar convenido, saludándonos con el entusiasmo que nos permite la situación.

Los que rondan por el parque van en dirección a los perros y les colocan sus correas para salir del predio cerrado.

Nos movemos velozmente en línea recta a la casa y al galpón, que oscuro y silencioso, nos cubre lo suficiente para permitir reorganizarnos durante unos segundos.

Escuchamos gritos lejanos, confusos, y ladridos cada vez más intensos que se pierden, por ahora, en otra dirección.

Le entrego mi arma secundaria a Walter, una pistola nueve milímetros. La toma sin dudar, como si ya supiera utilizarla.

—Nos vamos por atrás de los corrales —susurra Anselmo señalando con la cabeza.

CONEVOLUCIONELSPRIMAROSSLATAZO-CRISTIANMARCELLATRONICA-EDICIONCAUTIVALIMITADA-

Es más dificultosa la salida, pero está cerca del monte al pie del cerro. Nos cubrirá mejor que el camino directo.

Asiento. Walter, aunque agitado, asimila la estrategia sin cuestionarla. Se nota que sabe que no hay margen para errores ni dudas.

Nos movemos, de cuclillas, por el borde oscuro de los corrales. La lluvia, aunque persistente, ya es una aliada; opaca los ruidos, confunde las huellas, dispersa los olores… pero también dificulta la visión.

Justo cuando alcanzamos el último corral, una de las puertas de un galpón contiguo rechina detrás nuestro. Nos detenemos, inmóviles, respirando apenas. Se escucha un paso en el barro. Después, otro.

Anselmo hace una seña. Nos tiramos cuerpo a tierra, entre pastos y charcos.

La tensión vuelve a trepar, estamos a algunos metros del monte. Y todavía falta lo más difícil. Desaparecer.

Nos arrastramos, y así logramos llegar al borde de la espesura.

Ascendemos por una dificultosa ladera que nos demora, oyendo los ladridos, al parecer, más cercanos. Después de caminar unos trescientos metros, siempre cuesta arriba y ya con un ritmo más lento que al principio, detectamos a la primera de las enfurecidas bestias a unos cuantos metros de nosotros. Se aproxima rápido y decidida a atacarnos. Logra recorrer unos metros más y Anselmo le dispara tres veces; haciendo rodar al obediente animal, ya sin vida, por el mismo impulso que traía. Finalmente, queda tendido entre unas rocas.

De inmediato, un segundo perro nos ataca, pero también es abatido por una seguidilla de proyectiles de la misma arma, corriendo con igual suerte que el anterior. Un último disparo acaba con el sufrimiento de la bestia cuando yace flácida sobre el suelo.

La tensión se hace espesa como la niebla que se levanta desde el valle. El silencio que sigue a los disparos es brutal. Ni el viento se atreve a silbar. Solo el tamborileo de la lluvia sobre las capas y nuestras respiraciones agitadas resuenan en el aire cargado de pólvora.

Walter, con el rostro desencajado, se detiene un segundo y observa a los animales muertos. Los que quizá no fueran agresivos con él habitualmente.

—¿Tenía que ser así? —murmura, más para sí que para nosotros.

Anselmo no responde. Solo vuelve a cargar su arma con rapidez y los ojos fijos en la cima que todavía nos resta conquistar. No hay tiempo para lamentos. Los disparos, por más breves que hayan sido, deben haber alertado a quienes están más abajo. Y no tardarán en reaccionar.

—Vamos —dice Anselmo con voz firme, cortando la tensión con su orden seca.

Reanudamos la marcha con paso forzado, resbalando entre el barro y las rocas, empapados y exhaustos. Cada metro cuesta el doble. Las botas se hunden, los músculos duelen y, la adrenalina, ya no alcanza para enmascarar el miedo.

CONLOSLOBOSESPRIANOS-SLAUDZU-CRISTIANMARCELOTROVIDA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Las ramas bajas arañan los rostros, los espinos desgarran la ropa. Pero seguimos. No hay otra opción.

Después de unos minutos eternos, alcanzamos una zona de rocas más firmes y grandes. Nos detenemos brevemente para recuperar el aliento. Desde aquí, con los binoculares, se distingue movimiento en la casona.

Y también sabemos que ya no hay vuelta atrás.

—Si llegamos a la cima, por esa quebrada de ahí bajamos hacia el lecho seco del arroyo —explica Anselmo, señalando un corte oscuro entre dos promontorios.

Walter acepta en silencio. Yo trago saliva y asiento también. No hay más palabras. Cegados por la situación, retomamos la marcha.

Y la esperanza. Tan tensa y frágil como un hilo de agua entre las piedras.

De pronto, se oye que otro animal viene en nuestra persecución. Más distante y lento que los primeros, lo traen atado para no perderlo. Nos están rastreando y no tenemos escapatoria... hasta que se interpone en nuestro camino el angosto lecho del arroyo, afortunadamente con agua, que corre lodosa gracias a la lluvia. Caminamos correntada abajo, hundidos por momentos casi hasta la cintura. Quizá así logremos despistar al can rastreador, aunque sea por algunos minutos.

Marchamos por el cauce hasta llegar a un árbol caído que nos corta el paso y se hunde en el lecho. Trepamos por él para salir y, caminando sobre su tronco, nos alejamos del arroyo. Al llegar a su raíz, nos distanciamos algunos metros del cauce, lo que podría ayudarnos si el perro busca nuestro rastro a lo largo de la orilla.

Continuamos apresurados y los ladridos siguen escuchándose detrás nuestro que, en el silencio absoluto de la noche, parecieran venir siempre en nuestra dirección; aunque tal vez no sea así. Pero no nos importa. Debemos alejarnos lo suficiente como para pasarle al piloto las coordenadas exactas para la extracción, ya que comenzamos nuestra marcha sin verificar si el rumbo nos acercaba hacia al punto preestablecido.

Durante la alocada carrera de fuga, Walter se desploma sobre el suelo, lanzando un espeluznante alarido de dolor. Se resbaló y, consecutivamente, se le trabó un pie entre dos rocas; tengo la impresión de que se fracturó el tobillo izquierdo, además de haber recibido un tremendo golpe en el tórax contra una roca, que casi lo asfixia.

Pasados unos minutos, apenas repuesto. Intentamos levantarlo, pero gime horrible. Nos implora que lo tendamos en el suelo y continuemos sin él; prefiere quedarse y asumir las consecuencias antes que nos den alcance a todos. Nos negamos a abandonarlo, pero se opone rotundamente a continuar y no nos permite siquiera tocarlo.

—¡No me toquen! Lo mejor para todos es negociar. ¡Déjenme! ¿Cómo quieren sacarme de acá? ¿Matándolos a todos? ¡Déjenme! —balbucea a duras penas.

CONEVOLUCIÓNELOSFRIANOS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLAFRONTERA-EDICIÓNGRATUITAILIMITADA-

Me da un papel escrito con el número de celular del Jefe, lo tenía previsto por si algo pudiera fallar.

—Llamalo lo antes posible y decile lo de Mar del Plata con los árabes. Es la única esperanza que tengo —exclama, entre gemidos de dolor.

Su idea es amenazarlos con la información que recopilamos en Mar del Plata y su trato con los árabes. De esta manera, podremos negociar para mantenerlo con vida o lograr que lo liberen, si es que no lo aniquilan en cuanto lo localicen. Por eso, debemos comunicarnos de inmediato, antes de que eso pudiese ocurrir.

Le dejo unos calmantes que traigo en el botiquín. Tiene el tobillo visiblemente desviado. Me impresiono solo con verlo.

Me rehúso a abandonarlo e intento cargarlo sobre mi hombro, pero se queja de una manera atroz e insiste en que lo deje ahí.

Lo reclinamos sobre una roca y le dejo mi pistola, por si acaso llegara a necesitarla; no sé bien para qué, pero en este momento de confusión no razonamos. Y pensándolo bien... ¿quién lo atendería en lo inmediato? No podríamos llevarlo a ningún hospital porque nos encontrarían. En cambio, ellos sí pueden hacer que lo asistan.

—Vayan. Que en unos minutos grito para que me encuentren, no se preocupen. Pero no se olviden de llamarlo ya.

Se oyen los ladridos demasiado cerca, seguramente el perro haya escuchado los gritos de Walter.

Corremos, hasta que un abrupto despeñadero de entre cinco y diez metros nos corta el camino. Para esquivarlo, tendríamos que dar un rodeo largo, por lo que alcanzamos a distinguir. Tomamos la cuerda que llevamos en nuestro equipo y la pasamos detrás de una roca, soltando ambas puntas hacia abajo para que, al llegar al fondo, tirando de uno de sus extremos, podamos descolgarla. Solo debemos cuidar de asir muy bien ambos lados.

Una vez abajo, al voltear hacia la cima para quitar la cuerda, el único perro que queda asoma sus fauces sobre las rocas; y por detrás, uno de nuestros persecutores, que alcanza a dispararnos con un revólver. Respondemos al fuego, obligándolo a retroceder sin que pueda continuar con su tarea. Nos cubrimos, mientras uno avanza, el otro dispara una ráfaga en su dirección; y así huimos.

Ocultos detrás de una gran roca, llamo al número que nos dio Walter antes que sea demasiado tarde; porque ya oímos su pedido de auxilio y, seguramente, lo hayan encontrado. Por suerte, estamos en un lugar alto y abierto, porque según Domínguez, desde aquí podría funcionar este aparato.

Un momento después, del otro lado, me atiende una áspera voz que intenta interrogarme con autoridad:

—¿Quién habla? —se oye entrecortado.

CON VUELO DE LOS PÁJAROS-LA AZUL-CRISTIAN MARCELA TRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

—No importa quién soy, lo que importa es que tengo mucha información de sus operaciones en Mar del Plata con los árabes…

—¡Hijo de puta! ¡Decime quién sos y qué querés!

—Ya dije, quién soy, no importa. Lo que quiero ahora es que lleven a Walter a un hospital y lo mantengan con vida o los denuncio. Espere mi llamado. Tengo mucha información de índole internacional sobre ustedes. ¡Y no nos sigan!

Corto, antes de permitirle decir algo más. Intento dominar la situación. Y espero que así sea, por Walter.

Poco a poco avanzamos, los ladridos se hacen más distantes. Después de dos horas y media de marcha y, habiendo modificado el rumbo, al sentir que estamos a una distancia segura, informamos las coordenadas al piloto desde lo alto de un cerro.

Ya casi al alba, oímos el zumbido del poderoso motor y, al divisar el aparato, hacemos señas en círculos antihorarios en su dirección con nuestras poderosas linternas, de manera que el piloto los perciba en el sentido horario. Tal como acordamos, esta es la señal de que todo está en orden.

Durante el regreso me siento profundamente desmoralizado por no haber logrado rescatar a Walter. Observo que Anselmo va recostado hacia atrás, con sus ojos cerrados. No lo molesto.

Esta mañana, aunque lo intente, no logro descansar; me despierto asaltado por horribles pesadillas con lo ocurrido.

Por la tarde, saldamos las cuentas con Domínguez y nos disponemos a viajar hacia Asunción, una ciudad desmesurada en comparación con Coronel Oviedo o Encarnación, donde sin duda pasaremos desapercibidos. Indudablemente, deben estar buscándonos. Por nuestra seguridad, incluso de Domínguez y quienes nos ayudaron, debemos irnos.

Realizo un par llamadas al Jefe para averiguar sobre el estado de Walter, pero sin éxito.

Horas después, instalados en un hotel de Asunción, elaboramos el siguiente plan:

1-Llamaré nuevamente al jefe para averiguar por Walter y no perder el contacto. Le pediré una dirección de mail.

2-Por ese correo le enviaremos algunas fotos cuidadosamente seleccionadas, ninguna que revele información sobre nosotros ni sobre los lugares desde donde los vigilábamos, como el departamento que alquilamos cerca de su casa.

3-Mañana, Anselmo viajará hacia Encarnación, para ayudar a su tío a restablecer la libertad del joven cautivo. Además, intentará descubrir algún otro dato en el depósito donde almacenaron los cajones.

Salvo algún cambio sobre la marcha, estos serán los pasos a seguir.

Tras conversar con El Jefe, quien aseguró que Walter se encuentra internado y restableciéndose de una intervención en el tobillo, le envío algunas fotografías por correo

CONEVOLUCIÓNELOSPLANOS-SIATAZO-CRISTIANVALCECIA-TRONICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

electrónico para demostrarle que contamos con mucha información y que no debe jugar con nosotros.

Ya pensaremos cómo rescatar a Walter mediante alguna negociación. Lo importante es que está con vida y recuperándose, aunque desearía verificarlo.

El aparato desde el que lo llamo, es el mismo con el que me comuniqué la noche anterior. Como fue conseguido en el mercado negro, es imposible que logren rastrear mi nombre; de todas maneras, ni bien corto, lo apago y extraigo la batería.

8 de enero de 2006- Asunción- Encarnación.

Anselmo viaja hacia Encarnación, y yo me comunico de nuevo con El Jefe.

Me hago llamar López y le exijo hablar con Walter, cosa a la que se resiste. Después de discutir, le propongo, ilusamente, que lo libere a cambio de toda la información. Pero, era sabido, que no logro persuadirlo; argumentando que no tiene garantías de que no guarde una copia, o de que no le entregue la totalidad.

Le indico, que mañana espere otro llamado. Realizo comunicaciones de corta duración para evitar, quizá, ser rastreado; porque puede tener contactos que realicen ese trabajo.

Necesitamos ganar tiempo para ver qué puede averiguar Anselmo en ese depósito. Cuanto más y mejor sea la información en nuestro poder, mayor será nuestra capacidad para forzarlo a una negociación.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAPROHIBIDA-

5. Pacto de Intercambio.

9 de enero de 2006- Asunción.

Domínguez, el colaborador que contratamos en Coronel Oviedo, me informa que a Walter lo trasladaron esta misma mañana hacia otro lugar y que El Jefe contrató a unos matones a sueldo para que nos localicen. Dice que su primo, incluso, reconoció a uno de ellos cuando concurrieron a una citación en la estancia; y que su reputación es de temer.

Le pido si puede darnos alguna fotografía, señas particulares, los nombres o cualquier dato que nos ayude a reconocerlos. Responde que, por el momento, lo único que puede brindarme es el nombre de Antonio Carrasco, un conocido delincuente de Paraguay, y el único al que su primo logró identificar. También me pasa algunos datos sobre su fisonomía y aspecto.

Le solicito que me averigüe todo lo que pueda de los personajes que concurrieron a esa reunión y que, por favor, me mantenga minuciosamente informado sobre lo que vaya sucediendo. Agradecido por su colaboración, le aseguro que, en cuanto me sea posible, lo recompensaré generosamente. Conviene tenerlo de nuestro lado. Estoy seguro que no cambiaría de bando por una cuestión personal, aunque siempre existe la violencia para hacer cambiar de idea a la gente. Además, necesitamos con urgencia esa valiosa información.

Le paso estos datos a Anselmo para que consiga alguna fotografía de Carrasco, quien seguramente debe tener antecedentes policiales. Con algo de suerte, también podrá obtener información de la gente que trabaje con él. Necesitamos saber quiénes y cómo son, para mantenernos un paso adelante. Esa es, indudablemente, la mejor estrategia para salvaguardarnos.

Me comunico con El Jefe y trato de imponerme en la negociación. Como primera medida, le exijo hablar con Walter para corroborar que aún sigue con vida.

Al principio se resiste, evade el pedido, pero insisto con firmeza. Finalmente accede y, después de unos segundos en silencio, escucho una voz al otro lado de la línea. Es apenas un susurro ronco, desgarrado. Una voz arruinada por el dolor o el agotamiento, o por ambas cosas; tan distinta a la que conocía, que dudo por un instante. Para disipar cualquier incertidumbre, le formulo una pregunta que solo él podría contestarme. La respuesta llega, breve pero satisfactoria, y con eso me basta.
No me caben dudas, es Walter.

COMPARTIDO POR LOS AMIGOS DE LOS LIBROS PLATAFORMA DE LECTURA ONLINE-PUBLICACIONES GRATUITAS ILIMITADAS-

—Basta de juegos señor… López, o como se llame. Exijo que me entregue todo el material que tiene a cambio de su… socio.

Por lo que me acaba de decir, interpreto que tal vez Walter haya sido obligado a revelar mi verdadero nombre.

—¿Así de simple? ¿a qué se debe ese cambio repentino de idea? —lo inquiero.

—Va a ser la única manera de terminar con esto de una buena vez. Si no podemos… terminar todos perjudicados. No existe otra opción que la de tenernos mutua confianza en la negociación. Salvo que a usted se le ocurra algo mejor.

—No, no se me ocurre otra forma.

—No tengo su número para comunicarle cualquier cambio o hecho que surja. Las llamadas provienen siempre de un número desconocido…

Me prueba cada vez que puede, para ver cuán listo soy. Especula con mis palabras, busca grietas. Es evidente que no confía en mí, ni tiene por qué hacerlo, pero su desconfianza va más allá de la lógica. Trata, por todos los medios posibles, de sonsacarme algo que lo conduzca directamente a mí.

Lo noto en su tono, en las pausas, en las preguntas disfrazadas de comentarios casuales. Como si todo lo que dice estuviera estratégicamente calculado para tentar una respuesta descuidada de mi parte. Pero yo también puedo jugar ese juego.
Sé que cualquier detalle, por ínfimo que parezca, puede ponerme en evidencia. Mantengo la calma. Mido cada palabra como si fuera una pieza de ajedrez. No le doy nada. Ni una pista. Ni una mísera sombra.

—No se haga problema por eso. Usted, solo preocúpese de mantener a buen resguardo la mercadería para poder cumplir con su parte del trato. En cuanto tenga una propuesta para realizar el intercambio, lo llamo —termino la comunicación, no debo excederme en tiempo.

Debo ser yo quien domine la situación, no puedo permitir bajo ningún punto de vista que suceda lo contrario.

Desconozco el estado físico en que se encuentra Walter, pero al menos tengo el aliciente de que aún se mantiene con vida. Espero que no lo hayan lastimado si le arrancaron mi nombre por la fuerza. Aunque estoy seguro que ya lo saben, lo que más me preocupa, es que sepan el de Anselmo. Si él fuera descubierto, estaría en mayores problemas y no tendría manera de ayudarlo.

Esa noche recibo una buena noticia; el joven maleante que estaba secuestrado en la casa de José fue liberado. Al parecer, no tiene el más mínimo indicio de dónde estuvo retenido este tiempo. Es un alivio, ya que ahora tenemos algo menos por lo que preocuparnos.

CONELVUELOLOSPIANOS-PLAZAZUL-CRISTIANMARCELOLEROVICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

10 de enero de 2006- Asunción- Coronel Oviedo.

Anselmo me avisa que consiguió fotografías de Antonio Carrasco, incluso de algunas personas con las que ha trabajado. No estamos seguros de que en este caso sus cómplices sean los mismos de los que tenemos datos, pero si el primo de Domínguez nos diera algunas referencias de los rasgos de los que concurrieron a esa reunión, quizá podríamos identificarlos. Hay un abismo entre conocer, o no, los rostros o identidades de quienes te persiguen. Trabajando de esta forma, me siento seguro.

Me cuenta que también dio un vistazo al galpón de la casa de la banda a través de las ventanas, y está totalmente vacío.

Tendremos que hallar la manera de revisar los cajones en su nuevo depósito.

Anselmo viene al hotel en el que estoy hospedado, me enseña las fotografías y los datos que consiguió.

Carrasco tiene una prominente nariz y labios finos; lleva el cabello muy corto y barba tipo candado. Se nota que es una persona corpulenta, aunque las fotografías pertenecen a una rueda de reconocimiento de hace algunos años.

Según su prontuario, es el principal sospechoso en siete casos de crímenes por encargo; en ninguno de ellos, lograron probar nada en su contra.

Sabemos que posee una vasta red de informantes, sobre todo en las principales ciudades de Paraguay. Debido e esto, tomaremos algunos recaudos sencillos, como ir cambiando de hospedaje y continuar registrando la habitación con el nombre del documento falso que tengo.

Le explico a Anselmo la propuesta que me hizo El Jefe sobre efectuar un intercambio, y sospecha lo mismo que yo: no van a hacérnosla tan fácil.

Como estamos seguros que no creen en nuestra palabra ni en la posibilidad de que les entreguemos toda la información sin quedarnos con una copia, sospechamos que intentan una jugada sencilla para localizarnos fácilmente y terminar con nosotros. Es la única manera que tienen de asegurarse, casi por completo, de que no se descubra la operación de los árabes. Pero tampoco tenemos opción, no podemos darles a entender que guardamos información como seguro de vida por si intentaran ultimarnos durante el trato.

No contamos con otro sistema de defensa que no sea la violencia. Estamos en una encrucijada y deberemos elaborar un buen plan para proponerles, más allá de que estemos seguros que su intención es eliminarnos.

No confiamos en ellos, como ellos, indudablemente, no confían en nosotros. De Ahora en más, ese será nuestro lema.

Examinamos nuevamente la información con la que contamos, para evaluar si es viable hacer una denuncia, a la espera de toparnos con alguna prueba que hayamos pasado por alto.

En concreto, contamos con fotografías de los miembros de la banda junto al grupo de estudio —en varios casos, en actitudes sospechosas— pero lo del atentado es, por ahora, mera suposición nuestra. Todo encaja y ayuda a componer nuestra hipótesis, pero en ninguno de los

CON VOS LOS ESPÍAS OS LLAMÁIS - CRISTIAN MARCELO LATRONICA - EDICIÓN GRATUITA LIMITADA -

datos y pruebas obtenidas se evidencia de forma clara y fehaciente que estén intentando hacer lo que pensamos.

Solamente las fotografías tomadas en el galpón, donde se ven esos cilindros —utilizados para el transporte de explosivos o sustancias peligrosas—; podrían constituir una prueba terminante, pero con solo fotografías lograríamos muy poco. Lo ideal sería hallarlos.

Concluimos que denunciarlo en este momento daría lugar a un lento y entorpecido proceso de investigación, y puede que ni siquiera nos tomen en serio. Peor aún, si los poderosos que los amparan tuvieran conexiones en la Argentina, todo podría quedar en la nada. Incluso podrían rastrear quién hizo la denuncia para silenciarlo, en lugar de investigar a la banda por conspirar en un crimen de tal magnitud. Aunque hagamos la denuncia de manera anónima para protegernos, tenemos claro que no es lo apropiado. Necesitamos encontrar alguna prueba categórica, algo que los incrimine sin escapatoria. Además, siempre debemos recordar que la vida de Walter está de por medio.

Las ventajas resultan insignificantes frente a los riesgos que correríamos.

Dadas las circunstancias, debemos abocamos a la tarea más urgente: elaborar una propuesta segura para el intercambio. Deducimos que nos convendrá hacerlo en el cruce fronterizo entre Posadas y Encarnación, dentro mismo de la oficina del puesto de control del lado argentino, donde aguardaremos a que lleguen desde Paraguay. Elegimos este lugar porque, en caso de que intenten una acción violenta contra nosotros, suponemos que no contarían con apoyo por parte de la justicia argentina.

Además, queremos creer que no se atreverán a liquidarnos frente a tanta gente que circula por el lugar y ante efectivos de la Gendarmería Nacional Argentina, quienes custodian el paso; porque de producirse un enfrentamiento armado, deberían hacerlo también contra ellos. Pero, de todas formas, deberemos tomar nuestros recaudos.

Cuando veamos, desde un punto seguro, que Walter camina hacia el lugar designado, me acercaré con un bolso con toda la información, la que obviamente será una copia.

Esta será nuestra propuesta. Es de la mejor manera que podemos protegernos. Solo hay que esperar que la acepten. Cosa que dudamos, porque seguramente, preferirán un lugar menos transitado y vigilado. Pero debemos intentarlo por nuestra seguridad.

Más tarde, realizo varios llamados al Jefe, hasta que contesta.

—Hola —dicen, del otro lado.

—Quiero saber cómo se encuentra Walter.

—Bien, muy bien —responde.

Inmediatamente le explico nuestra propuesta para llevar a cabo el intercambio. Oye atentamente y luego comenta que el plan es demasiado seguro para nosotros y nada para ellos; qué pensará en cómo modificarlo para que les sea menos riesgoso.

—¿Qué te dijo? —pregunta Anselmo.

CONEVOLUCIONESPLANOS-PLANIZOL-CRISTIANMARCELLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Que lo va a pensar, porque es riesgoso para ellos. Claro, salen de su zona de confort…

Me pareció inaudita la serenidad con que escuchó la propuesta y me permitió hablar con Walter sin objeciones, a comparación de las veces anteriores, en las cuales fue muy intolerante; cosa que le menciono a Anselmo y coincidimos en que es muy raro que esté tan dócil.

Continuamos con las medidas de seguridad que nos propusimos cumplir y nos instalamos en otro hotel, a unas cuantas cuadras del que dejamos. Me registro bajo el nombre de Emiliano Navarro, que es el documento falso con el que me muevo.

Ahora debemos enfocarnos en que no haya fallas en la planificación del intercambio.

Si acepta nuestra propuesta, volveremos a Encarnación para reconocer y estudiar a fondo el terreno en ambas orillas del río, más allá, de que pretendemos que se efectúe del lado argentino.

Por un llamado de Domínguez, hacemos un fugaz viaje hasta Coronel Oviedo. Nos provee datos fundamentales para reconocer a los matones que contrató El Jefe para nuestra búsqueda.

Aparte de la fotografía de Antonio Carrasco, le mostramos las de otros de sus cómplices a lo largo de su carrera delictiva.

Para esta reunión, citó también su primo, que fue quien vio a los malhechores en esa convocatoria que tuvo lugar en la estancia. Reconoce a Carrasco y a otro de ellos; por lo que nos faltaría identificar a los dos restantes, de los que solo nos aporta algunos pocos datos sobre su fisonomía. También nos facilita la patente, marca y tipo de automóvil en el que se movían.

Nos informa que en la estancia quedaron solamente tres miembros de la banda; que El Jefe y El Toro fueron los que trasladaron a Walter hacia otro lugar, y que no volvió a verlos desde entonces.

Después de recompensar a ambos y pedirles que permanezcan alertas ante cualquier situación que puedan comunicarnos, regresamos para Asunción.

11 de enero de 2006- Asunción.

Efectúo un nuevo llamado al Jefe.

—¿Qué resolvió a efectos de la propuesta que le hice? —pregunto.

—Necesito algo más de tiempo para revisarla. Estoy haciendo algunos ajustes. Le informaré en su momento.

Lo noto esquivo y sereno. Me pide que me comunique en dos días, que ahora le es imposible decidir algo porque tiene otros asuntos que atender. No me queda otra alternativa que acceder a su pedido, que más bien es una imposición. Quiere tomar el control de la negociación, juega con la ventaja de contar con el amparo de la política y la justicia.

Deducimos de su actitud que intenta ganar tiempo; debe especular con la posibilidad de que sus matones nos localicen y terminen con esto de una manera sencilla, precisa y segura.

CONELVUELODELOSPAJAROSPLAZUL-CRISTIANMARCELOALTROCHI-EDICIONGRATUITALIMITADA-

13 de enero de 2006- Asunción.

En el transcurso de estos días, durante la espera acordada para comunicarnos con El Jefe, nos apostamos con el auto bajo una arboleda ubicada a unos cuantos metros de la ruta que une Asunción con Coronel Oviedo. Montamos guardia en un intento de identificar a los matones apenas arriben a esta ciudad, porque en cuanto no encuentren rastros nuestros allí, sería lógico que supongan que nos ocultamos en una urbe mucho más grande. Alejados de esas ciudades en que la banda ostenta su territorio personal. De esta manera, posiblemente logremos detectarlos primero y adelantarnos.

Casi a la misma hora que anteayer, vuelvo a llamar al Jefe para obtener alguna respuesta sobre el asunto. Tras varios intentos sin éxito, abandono la tarea.

Al intentarlo más tarde, tampoco responde. En cambio, recibo una llamada de Anselmo notificándome que está ingresando a la ciudad detrás de los matones.

Los persigue hasta una casa en la que se instalan y regresa hacia el hotel en que nos alojamos.

Tenemos que vigilar sus movimientos; no sabemos con qué información cuentan exactamente. De lo que sí estamos casi seguros, es que saben mi verdadero nombre.

14 de enero de 2006- Asunción.

Por la mañana muy temprano, nos acercamos hasta esa casa donde los vio entrar y nos ubicamos en un lugar seguro. Trabajaremos de la misma manera que ya lo hicimos y nos arrojó buenos resultados.

Más tarde, solamente Carrasco y uno más de ellos comienzan una larga recorrida por la ciudad. Visitan algunos bancos, inmobiliarias, varios hoteles y hospedajes. Todos estos últimos, lejos de la zona en la que nos alojamos ahora.

Desde mediodía permanecen en la misma mesa del restaurante donde almorzaron, hasta casi entrada la noche. Durante este tiempo conversan con varias personas que se acercan a su mesa. Probablemente informantes, a quienes les entregaron una hoja. También reciben y efectúan varias llamadas telefónicas. Se los nota sumamente activos.

Mientras tanto, a lo largo de la jornada fotografiamos todo el proceso desde nuestro automóvil y desde diferentes puntos para evitar llamar la atención.

Nos intriga qué datos les entregan a sus visitantes en esa hoja que, al recibirla, observan por un instante antes de guardarla. Como necesitaríamos saber de qué se trata, Anselmo se aventura a pasar por detrás de ellos en el momento en que están con una de las copias en sus manos. Alcanza a divisar un identikit, aunque no logra identificar de quién sería. Regresa sonriente a mi encuentro, para comentarme lo que vio.

—No se parecía en nada a ninguno de nosotros dos. Así, dudo que nos encuentren.

SOLO VIVIR DOS AÑOS PLATAFORMA CRISTIAN MARCELO TIRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Esto, por un lado, me tranquiliza; pero por otro, no. Seguramente, los datos suficientes para poder confeccionar ese identikit se los hayan sonsacado a Walter.

A media tarde, realizo varios llamados al Jefe, pero continúo sin obtener respuesta. No nos queda ninguna duda de que está ganando tiempo, a la espera de que sus sabuesos nos encuentren y terminen con esto definitivamente.

Mientras no nos pisen los talones, no habrá mayores problemas, pero ¿qué pasaría si realmente encontraran una pista que los conduzca hasta nosotros?

Deberemos anticiparnos y acabar con ellos. No existe otra opción. No hay dudas.

15 de enero de 2006- Asunción.

Al día siguiente, repetimos la actividad. Ellos buscan algún rastro en hoteles y hospedajes; incluso llegan hasta el anterior en el que estuvimos alojados. Al ver que salen de allí, mientras Anselmo los sigue, aguardo unos minutos e ingreso al lugar.

Le consulto al encargado, con quien entablé cierta relación durante mi corta estadía, si alguien estuvo preguntando por Martín Biaggini en estos días, ya que estuve registrado con el nombre ficticio que utilizo.

Responde que las únicas personas que preguntaron por alguien, estuvieron aquí hace apenas un rato.

—Pero no preguntaron por Martín Biaggini, preguntaron por usted exactamente. Por Emiliano Navarro —aclara.

Quedo paralizado. Le doy las gracias e intento encubrir la verdad en vano alegando que se trata de unos amigos.

El encargado no esperaba mi presencia en el lugar y, menos, tan repentina. Presiento, que recién ahora comprende que acaba de cometer un error con ese comentario. Apenas traspaso la puerta, advierto que efectúa una llamada sin quitarme su mirada. Siento que cometí el lamentable error de exponer mi verdadera identidad, espero que no se los informe a los matones, cosa que dudo por su actitud.

Apenas estoy en la calle, tomo mi celular para ponerlo de sobre aviso a Anselmo, cuando en ese mismo instante recibo un llamado suyo.

—Están entrando en el hotel —exclama.

—Saben mi nombre falso, no sé cómo, pero lo saben. Me lo acaba de decir el encargado del hospedaje. Y creo que les avisó.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Acabo de salir del hospedaje ¿y vos?

—A media cuadra del hotel.

—¡Voy para allá!

Tomo un taxi y a los pocos minutos nos encontramos.

CONTIENE FLORES ESPIJADAS PIRATA-CRISTIAN MARCELO ATRONICA-EDICIONES PRIVATIZADA-

Al ver que se retiran, aguardamos un momento para asegurarnos de que se alejen; mientras elaboramos un sencillo plan. Si el otro encargado, aparentemente les avisó, este puede hacerlo también. Sin duda, pudieron haberles ofrecido dinero o, simplemente, amenazado.

Entonces, mientras subo a la habitación para empacar, Anselmo entretiene al encargado. Le solicita la cuenta; incluso finge realizar una llamada para ocuparle la línea y evitar que pueda avisarles. Apenas regreso al hall, en escasos minutos saldamos la deuda y partimos. Este encargado, sin perder tiempo, efectúa también una llamada; seguramente avisándoles de nuestra retirada.

Un gran problema es que pudieron haberles dado detalles del vehículo en que nos movemos. Nos damos a la fuga velozmente, alejándonos por completo de esa zona.

Andando, vemos una casa en alquiler, ofrecida de manera particular y bastante retirada del centro. Mediante algunas tratativas, y a un costo un poco elevado, la rentamos por una semana directamente a sus propios dueños; un matrimonio de ancianos que, indiscutiblemente, están lejos de tener algún contacto con los matones.

Tiene un garaje en el que guardamos el automóvil. Pensamos en alquilar uno para movilizarnos, evitando utilizar el de Anselmo hasta que nos marchemos de Asunción.

16 de enero de 2006- Asunción.

Temprano, pasamos por la peluquería. Yo me animo a aclarar mi cabello nuevamente; Anselmo no, porque eso llamaría la atención en su trabajo. Dejaré crecer mi barba; él, en cambio, se la quita casi por completo, y también se lo ve bastante diferente de aspecto.

Me siento de mejor ánimo porque, a decir verdad, me tiene muy preocupado que sepan mi nombre ficticio.

Deberemos accionar de manera urgente respecto a los matones. Lo más seguro para nosotros es sacarlos del juego, aunque me disguste la idea. Incluso, esto solo nos daría un respiro, ya que después de ellos, probablemente vengan otros. Por el momento nos encontramos a salvo porque, sin duda, logramos desorientarlos alquilando esta casa.

Continuamos con nuestra tarea de seguimiento para estudiar la mejor manera de deshacernos de ellos.

Según Anselmo, la forma más segura de aniquilarlos, sería colocando una bomba en su vehículo; me explica que no sería ningún inconveniente para él conseguir algo de explosivo plástico tipo C-4. Cada vez me asombra más, pero no pongo objeción, porque siempre termina teniendo razón.

Esa tarde, envío un mail al Jefe con nuevas fotografías en las que se muestran los rostros de ellos mismos y de los árabes, incluso del chino; acompañado de un mensaje terminante de que conteste a los llamados o, de lo contrario, creeré que Walter ya no está con vida y formalizaré la denuncia.

SOLTAVUELTOLEESPHAROS PLATA-UL-CRISTIANMARCELOETRONICA-EDICIONSATUITALIMITADA-

17 de enero de 2006- Asunción.

Cuando lo llamo, contesta de inmediato.

—Por fin… Exijo hablar con Walter. No quiero ninguna excusa de por medio o entenderé que ya no está con vida.

—Justamente estoy de viaje, pero… de regreso al lugar —se excusa.

—¡No me importa, quiero hablarle en este preciso momento! —repito con exigencia.

—Mañana. Confíe en que está bien. Por favor no cometa ninguna locura, yo estoy de regreso. Llámeme mañana y…

Corto. Esto no puede ser. Estoy furioso, a punto de perder la razón. Sabe que me tiene acorralado y juega con eso.

Respiro hondo, me tranquilizo, pienso, y lo llamo de nuevo. Cada palabra, cada pausa, cada decisión, tiene que salir de mí. No debo dejarle espacio para maniobrar.

—¡Mañana! Hablo con él o doy por terminada la negociación.

Corto nuevamente, sin permitirle decir ni una sola palabra.

Esta posición suya me da valor para accionar contra los matones, debo demostrarle que no estoy jugando y que no le temo.

18 de enero de 2006- Asunción.

Cuando vuelvo a comunicarme, antes de permitirle decir una sola palabra, le ordeno:

—¡Quiero hablar con Walter!

Así lo hace, sin pretextos. Aunque reconozco su voz, igualmente le hago una pregunta que únicamente él podría contestarme, responde de manera satisfactoria. Inmediatamente lo interrogo sobre su estado de salud y me dice que no me preocupe por nada más que por encontrar la forma de sacarlo de allí. Percibo que su estado de ánimo no es el mejor, a juzgar por su irregular tono.

Cuando El Jefe retoma el aparato, le exijo que acepte las condiciones de intercambio propuestas; le advierto que el tiempo y la paciencia se han agotado. Le digo que mañana lo llamaré para confirmarle día y hora de la operación.

Debido a esto, decidimos dejar atrás a los matones, mudándonos a Encarnación para preparar el terreno.

19 de enero de 2006- Encarnación.

Una vez instalados allí, Anselmo le pide a su tío que nos ayude vigilando el acceso a la ciudad, para enterarnos apenas lleguen nuestros persecutores. Estamos seguros de que, en

CUENTA LIBRE DE LOS SALADOS PUTAZUL-CRISTIAN MARCELO ETRONICA-EDICIN GRATUITA LIMITADA-

cuanto demos aviso al Jefe del día y la hora para el intercambio, darán por sentado que ya estamos aquí.

Nos desligamos por completo de la vigilancia del acceso, ya que José, junto con algunos de sus camaradas, se harán cargo de esa tarea. Así, nosotros podremos concentrarnos plenamente en la organización del intercambio.

No nos queda otra alternativa que conseguir refuerzos para llevar a cabo la operación. Estamos superados por las tareas a realizar y, sobre todo, por el número de integrantes de la banda sumados a los matones. Ahora los que necesitamos tiempo somos nosotros, así que hoy no llamaré al Jefe; salvo que encontremos a quien contratar para que nos ayude con la liberación de Walter.

Caemos justo en lo que Anselmo nunca quiso, pero es inevitable; solos no podremos llevar esto a cabo. Por pertenecer a esta ciudad y conocer perfectamente ese ambiente debido a su trabajo, él se encargará de reunir la gente necesaria. Para esta operación, como mínimo, necesitaremos la colaboración de cuatro personas más; con el propósito de intentar equiparar las fuerzas, ya que no sabemos con exactitud cuántos integrantes conformarán sus huestes. Suponemos que como máximo serán ocho, incluyendo a los matones.

El plan que elaboramos consiste en ubicar a dos de los nuestros en el extremo paraguayo del puente, para alertarnos cuando se acerquen los miembros de la banda o, en caso necesario, cortarles la retirada si intentan huir sin cumplir su parte del pacto. Los otros dos serán nuestros custodios durante el trato.

20 de enero de 2006- Encarnación.

Recibimos un llamado de José, comunicándonos que los matones llegaron a la ciudad y se dirigieron directamente al Banco Comercial. Después, hasta una vivienda en un barrio alejado.

No duda que eran ellos; no solo los reconoció al compararlos con las fotografías que le entregamos, sino también porque viajan en el mismo automóvil en el que los vimos nosotros.

¿Cómo saben que la cuenta en la que Victorino me deposita el dinero pertenece a ese banco? Para abrirla utilicé mi nombre verdadero, al igual que para registrarme en el hotel donde me alojo ahora. O el encargado de ese hospedaje de Asunción me delató o se trata de una mera coincidencia, ya que ellos buscaban a Emiliano Navarro y no a Martín Biaggini. Estoy seguro de que Walter jamás les revelaría ambos nombres.

La jugada de exponer el falso fue astuta, así podría conservar en secreto mi verdadera identidad. Lo que debo hacer ahora es conseguir otro documento adulterado.

Esa madrugada, por algún motivo, me despabilo por un instante y oigo que alguien toca suavemente la puerta de mi cuarto. Ese sutil ruido hace que me incorpore de golpe sobre la cama. Quedo inmóvil, intentando captar el casi imperceptible sonido; cierro mis ojos para concentrarme solo en eso.

CONTIVELOQUEESPUJAOS PLATAEU-CRISTIANMARCELOLATROVICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Después de un momento, me levanto y avanzo hacia la puerta, pegando la espalda contra la pared, hasta llegar a un costado de la misma. Entonces, escucho el tintinear de varias llaves. Alguien está tratando de ingresar; por ahora, los detiene mi llave que sigue colocada en la cerradura, del lado interno.

Tomo un pantalón, una remera y el celular, y con movimientos silenciosos abro la ventana de la habitación que da a un pozo de aire y luz. Estoy en un primer piso. A mi izquierda, a casi un metro por debajo de la ventana, se extiende un muro divisorio que separa los patios de la planta baja. Más allá, ese muro termina contra la terraza de una casa vecina

Me visto rápidamente en la penumbra. Trepo a la ventana y, colgándome hacia el exterior, estiro una pierna en busca de apoyo. El pie encuentra por fin el borde áspero del muro. Me aferro con una mano al marco de la ventana y con la otra a una pequeña moldura del revoque; apenas lo suficiente para no perder el equilibrio.

Cierro la ventana con cuidado, procurando no hacer ruido. Empiezo a avanzar por el muro, paso a paso. Mantengo el cuerpo apenas inclinado hacia adelante para que el peso no me desequilibre. Son tres interminables metros hasta la medianera.

Al llegar, levanto la vista; la terraza del vecino se eleva más de un metro y medio por encima de donde estoy parado. El revoque liso no ofrece ningún tipo de apoyo; tendré que impulsarme de un salto, confiando en la fuerza de mis brazos. Respiro hondo, doblo las rodillas y salto, mientras mis dedos se aferran al borde. La caída sería, más que dolorosa, el final...así que tiro con todas mis fuerzas.

Cuando logro subir, el corazón me retumba en los oídos, pero no hay tiempo para recuperarme. Me agacho y me deslizo en silencio hasta quedar oculto detrás de un pequeño muro bajo el tanque de agua. Me quedo allí, respirando profundo y suave; en un intento por bajar las pulsaciones.

Pasados unos minutos, veo asomar dos siluetas por la ventana de mi habitación. Una de estas personas, se inclina y mira hacia abajo; maltrata verbalmente al otro intruso, y oigo que le pregunta si está seguro que vio ingresar al tipo que buscan en este hotel.

No escucho la respuesta. Solo el golpe sordo de un puño cerrado descargando su furia. Me obliga a hundirme todavía más en la sombra, rezando que no crucen por el muro o miren hacia aquí.

Desde mi posición más elevada, alcanzo a ver por la ventana cómo registran cada rincón de mi habitación. Antes de irse, uno de ellos apoya la palma de su mano sobre la cama, y noto un gesto sutil de quien confirma una sospecha; la siente tibia. Sabe que estuve ahí hace apenas unos cuantos minutos; y que escapé, indudablemente, por la ventana.

Ninguno se atreve a perseguirme por ese recorrido estrecho y peligroso que tomé. Es un respiro saberlo. Avanzo agachado por la terraza vecina hasta llegar al frente de la casa, que da sobre la misma vereda del hotel.

CONEVOLUCIÓNELOSPÁJAROS-FLAMAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIÓNGRATUITAILIMITADA-

Desde allí los observo salir. Se acercan a un automóvil estacionado enfrente, donde esperan otros dos hombres. Intercambian palabras que no oigo con exactitud, pero llamarán refuerzos; enseguida el coche arranca y comienza a dar vueltas a la manzana. Los veo pasar una, dos... tres veces, como tiburones olfateando la sangre.

Mientras tanto, los dos que permanecen a pie se dispersan. Uno queda apostado en la esquina más cercana al hotel, y el otro, se aleja corriendo y desaparece al doblar. Intuyo que se ha colocado en la esquina opuesta, en diagonal a su cómplice; cubriendo así todo punto de escape.

En pocos segundos han tendido una red alrededor de toda la manzana. Están seguros que sigo aquí... decididos a cazarme.

Regreso a la habitación en busca de algunas pertenencias básicas. El trayecto inverso por el muro es igual de riesgoso, pero la adrenalina y la urgencia me impulsan. Entro, cierro la puerta con llave y la guardo en mi bolsillo. Agarro una campera, me calzo y salgo otra vez por la misma ventana; cuidando que ningún curioso se asome desde las casas vecinas.

Vuelvo a la terraza que antes me dio refugio y llamo a Anselmo. Le explico la situación en susurros, mientras mido con precisión el tiempo que tarda el coche de los matones en dar una vuelta a la manzana; casi un minuto. Eso significa que tendré unos cuarenta segundos para escapar sin que me descubran.

Agazapado, avanzo sobre los techos contiguos con pisadas suaves hasta alcanzar la calle perpendicular más alejada del acceso al hotel. Desde allí, distingo al vigía apostado en la esquina diagonal a la de su compañero.

En el sector en que me encuentro, las farolas están difusas, dejando tramos en la penumbra. Esa será mi salida. La oscuridad, otra vez, juega a mi favor.

Le indico a Anselmo que me espere en el cruce de calles de la esquina en la que estoy, pero del lado de enfrente; de manera que, al doblar los que patrullan la manzana en automóvil, él quede a sus espaldas. Cuando estén a una distancia prudente, deberá pasar a una velocidad razonable para que yo pueda arrojarme a la vereda y abordar el vehículo en movimiento.

Luego de unos minutos, confirmo que Anselmo detiene el coche en el punto acordado y apaga las luces. La calle, casi desierta, parece salida de un cuento de terror. Al pasar al auto de ronda, antes de perderse en la esquina siguiente, Anselmo arranca bastante rápido. Pasa tan ligero que no me da el tiempo necesario ni siquiera para arrojarme. Caigo al suelo y, con un movimiento rápido, me reincorporo. Veo el auto mal estacionado en la esquina que vigila el matón. No pienso, corro hacia allí, sintiendo como cada paso retumba en la noche; y al llegar...

—Ayudame a subirlo —me dice.

Está tumbado sobre el asfalto, yace inmóvil... Con una mancha de sangre en el pecho que se va extendiendo, oscura bajo la tenue luz de la calle. No digo una palabra; solo ayudo a cargarlo y escapamos en contramano. Avanzamos en zigzag, sin importar el sentido de las calles,

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLANAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

intentando despistar a los compañeros del matón caído. Deben estar desconcertados al no verlo en la esquina donde se encontraba hasta hace un momento; y un minuto más tarde, suena el celular en uno de sus bolsillos.

Nos alejamos un poco de la ciudad para deshacernos del cuerpo. Lo retiramos del lugar en que fue abatido para evitar que se realice una investigación en la zona y puedan encontrar alguna pista que nos involucre. No creemos que sus compañeros se atrevan a presentar una denuncia y, mucho menos, a declarar en dónde o por qué fue asesinado.

No sabemos qué hicieron los otros delincuentes; de lo que sí estamos seguros, es que están sobre nosotros.

El resto de la noche la pasamos en el automóvil, estacionados frente a la casa de José, lejos de los turbulentos hechos ocurridos. Nos dormimos profundamente, sin decir una sola palabra, aunque estoy seguro de que Anselmo está tan preocupado como yo.

21 de enero de 2006- Encarnación.

El trino coral de las diferentes especies de aves intenta hacer más ameno nuestro despertar. Siento el cuerpo entumecido, y los hechos sucedidos asaltan mi mente sin pedir permiso.

No puedo sacar de mi cabeza la imagen de cuando desechamos el cadáver del delincuente al costado de un solitario camino… como si fuera una bolsa de basura.

Me invade una sensación horrible, de repulsión por lo que hicimos anoche y por aquello en lo que me estoy convirtiendo. Jamás había pasado por una experiencia semejante y por más que intento evadir ese pensamiento, el recuerdo vuelve a mi mente una y otra vez, impidiéndome conciliar el sueño.

Al cabo de un rato despierto a Anselmo. Él, en silencio, va a tocar a la puerta de la casa de su tío. Nos recibe con mate y facturas recalentadas; y no deja de reprocharnos el hecho de no haberlo llamado en cuanto llegamos.

A pesar de haber ingerido algo, no logro quitar el sabor amargo de mi boca.

Antes de media mañana, oímos una radio local en la que informan que unos maleantes golpearon al encargado de un hotel; y que hallaron el cadáver de una persona del sexo masculino de unos cuarenta años de edad a la orilla de un camino vecinal. Sin considerar ni exponer nada sobre la relación de los hechos.

Como necesito recuperar mis pertenencias, José se hospedará por una noche en ese hotel para ingresar en mi habitación y retirarlas. No me atrevo hacerlo yo mismo por temor a que los matones estén al acecho y me descubran.

Alrededor del mediodía, cuando José llega al hotel, antes de registrarse nota que la policía aún revisa el edificio en busca de alguna pista de lo ocurrido. Con la presencia de algunos uniformados, no cree que los matones anden cerca. Decide retirarse y me sugiere que sea yo quien recoja el equipaje y salde la cuenta para no despertar sospechas al desaparecer.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS PIRATA EL-CRISTIAN MARCELO ELECTRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Si la policía llegase a preguntarme si escuché o vi algo, diré que pasé la noche afuera y que recién estoy regresando. José me da el nombre y teléfono de una amiga suya que no tendría inconvenientes en confirmar que estuve con ella en su casa.

A causa de la confusión reinante, cuando solicito la llave de mi habitación, siendo que la tengo en mi poder, el encargado de turno se apresura a acompañarme para abrirla con otro juego; excusándose que sufrieron un robo y que al encargado del turno anterior le sustrajeron todas las llaves.

Mientras recojo mis cosas, le confirmo que todas mis pertenencias están en su lugar. Fuera de esta conversación, nadie me pregunta nada, ni siquiera la policía. Al salir, la calle parece tranquila... demasiado tranquila. Pero sé que, en algún lugar, alguien sigue mis pasos.

Tomo un taxi, al que le hago dar algunas vueltas para cerciorarme de que nadie me persigue. Luego, le indico que me lleve hasta una plaza en donde, tras un llamado previo, Anselmo me espera para trasladarme hasta la casa de José; por el momento, es el lugar más seguro con que contamos.

Una vez allí, sentados uno a cada lado de una pequeña mesa en la antigua cocina, sin mirarnos, comenzamos a dialogar sobre lo inevitable. Anselmo toma la iniciativa.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, ahora mirándome directo a los ojos.

—No sé... Ya los tenemos encima.

—Tenemos que buscar la manera más rápida y segura —expone fríamente.

De esta conversación, surgen dos únicas alternativas.

La más prudente y limpia sería terminar con ellos de forma discreta, como lo haría un profesional, en silencio y haciendo desaparecer los cuerpos. Sería, sin duda, la mejor opción; pero también la más riesgosa para nosotros, ya que deberíamos ultimarlos personalmente. Algo que, al menos yo, no creo ser capaz de hacer.

La otra, más básica pero también más segura para nosotros, sería colocar un explosivo en su vehículo, por ejemplo.

Yo estoy convencido de utilizar este segundo método. Anselmo, en cambio, no; argumenta que deberíamos encontrar un sitio seguro, pues se podría afectar a otras personas que nada tengan que ver.

Después de discutirlo, logro convencerlo de que optemos por la segunda opción, por ser la menos riesgosa para nosotros. Deberemos buscar un sitio en el que no se exponga a terceros.

Tenemos que encontrar la forma de hacer estallar los explosivos en el momento exacto. Anselmo se encargará de eso, ya que puede hacer que un conocido suyo construya algún dispositivo sencillo. Hay que actuar sin pérdida de tiempo, porque no podremos eludirlos por mucho tiempo más; de algún modo se las arreglan para pisarme los talones.

Más tarde, regresa Anselmo diciendo que nos fabricarán un dispositivo con la utilización de un aparato celular, bastará una llamada para que detone; eso hará que podamos elegir el lugar

CONEVO-FLORESFRIARIOS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLATROUCA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

exacto para no lastimar a otras personas. Me siento más aliviado al tener una solución entre manos, aunque me disguste el desenlace. Pero es inevitable, ellos o nosotros; son las reglas con las que juegan e imponen.

También comenta que se contactó con las únicas personas en las que, medianamente, se atreve a confiar para el rescate de Walter. Ya las puso al tanto de la operación por realizar y están de acuerdo en hacer el trabajo.

Esa misma tarde recibo un llamado del primo de Domínguez. Lo noto muy nervioso, por momentos, se le quiebra la voz y tartamudea más que de costumbre. A duras penas logra explicarme que, hace dos días, los integrantes de la banda localizaron al piloto del helicóptero que nos transportó para el rescate de Walter. Llegaron hasta él porque no hay muchos de estos aparatos por la zona y, seguramente, esa noche oyeron el característico ruido que genera ese tipo de aeronave.

Por Intermedio de este, descubrieron a Domínguez, quien recibió una fuerte golpiza y fue obligado a revelar nuestros nombres: Martín Biaggini y un tal Anselmo, de quien no supo precisar el apellido. También les proporcionó algunos datos de nuestra fisonomía, que seguramente habrán cotejado con el identikit que repartían aquel día.

No sabe cómo pedirme perdón; se lo nota muy asustado y me explica que no podrá suministrarnos más información porque teme represalias contra su familia. Para tranquilizarlo, le digo que lo comprendo y que les estamos muy agradecidos por toda la ayuda que nos brindaron; y que esperamos que Domínguez se recupere pronto.

Ahora entendemos cómo me hallaron; conocen mis dos identidades, la verdadera y la ficticia. Necesitaré conseguir otro documento. Por lo menos, no estoy registrado en ningún lugar, y no saben el apellido de Anselmo. Fue un gravísimo error haber develado nuestros verdaderos nombres a Domínguez y su primo.

Tenía pensado no hacerlo, pero después de esto, decido mostrarme resuelto y llamar al Jefe como si nada hubiese sucedido; como si en mi vida, lo ocurrido con los matones fuera moneda corriente. Al comunicarme con él, le explico que, por unos problemas personales, aún no he decidido cuándo cerraremos el trato, y que espere mi llamado. No pone ninguna objeción, porque es justamente lo que busca: aplazar la operación. Pero no imagina que ahora somos nosotros quienes necesitamos tiempo, y creo que tampoco está al tanto de lo sucedido ayer por la madrugada.

22 de enero de 2006- Encarnación.

Anselmo recibe el aviso de que ya está listo el detonador. Esta persona que hizo el trabajo fue su compañero en la Academia de Policía, de su plena confianza, y pertenece justamente al cuerpo de explosivos.

CONTRVOLODELOSPRIMEROS-PLAZOS-CRISTIANMARCELOALFONSO-EDICIONCOMERCIALTRADUCIDA-

Por la tarde, siguiendo unas sencillas instrucciones de armado, preparamos y ensamblamos las distintas partes que integran la bomba. Luego, damos una vuelta por la casa donde se alojan los matones para curiosear y tomar algunas fotografías.

Por la noche estamos listos para actuar.

El procedimiento planificado es el siguiente: cuando estemos seguros de que ya estén dormidos, pasaremos en nuestro automóvil muy despacio frente a su casa. Anselmo descenderá y saltará el muro bajo que separa el patio del frente de la vereda, para abrir la reja que, según vimos en una de las fotografías, está solamente con un candado. Luego colocará el explosivo debajo del auto, pegado al tanque de combustible.

A eso de las dos de la madrugada comenzamos la operación. Realizamos una primera ronda para verificar que, por lo menos, las luces estén apagadas; como la casa está retirada del frente, no tenemos ángulo suficiente para observar desde un lugar más alejado.

Todo parece estar en orden, permaneciendo encendida una tenue luz en el jardín del frente.

Damos una vuelta de unos minutos y decidimos que será mejor que vayamos los dos. En este momento nos haría falta la ayuda de una tercera persona; es un error no haberlo pensado antes.

Anselmo se siente más seguro si le presto apoyo desde el jardín delantero, donde hay un extenso arbusto, detrás del que podré ocultarme.

Coloca el silenciador a su arma; tampoco previmos esto y no contamos con ninguna otra; pero estamos decididos a no regresar en su busca. Como sea, tenemos que hacerlo ahora.

Estaciono el vehículo apenas doblo en la esquina y caminamos hasta la casa. Al llegar y dar un vistazo, no observamos nada anormal, por lo que saltamos el muro bajo.

Rápidamente me aposto al reparo del arbusto y Anselmo se oculta detrás del muro al que está adosada la reja del garaje, porque se encuentra algo más atrás que el frente de la casa.

Apenas toca el candado, sucede algo imprevisto: un enorme perro comienza a ladrar ferozmente desde el otro lado de la reja, asomando sus fauces entre los barrotes. Anselmo queda inmóvil por la sorpresa, inmediatamente retrocede unos pasos y huye saltando la baja pared del frente.

Yo, en cambio, no reacciono a tiempo. Ahora se oye que levantan suavemente la persiana del frente, pero como el arbusto es tupido no logran verme. Me agacho lo más que puedo; quedo, por un lado, a cubierto por el arbusto y, por el otro, por el muro que separa la vereda de este patio.

Espero unos minutos y, sutilmente, me deslizo por encima de la pared como si fuese una víbora, siempre a cubierto por el arbusto. El perro, que aún no había percibido mi presencia, se enfurece una vez más, pero para entonces ya me encuentro cuerpo a tierra en la vereda y protegido por el muro bajo. En esa posición me arrastro hasta llegar a la casa vecina; donde me

CONEVOLUCIÓNDELESPEJUELOS-PLATAZO-CRISTIANMARCELLAERÓTICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

reincorporo y corro hasta la esquina. Recién ahí volteo para observar dónde se encuentra Anselmo. Como no lo veo, camino rápido hasta llegar al automóvil; ahí está, esperándome.

Mientras regresamos hacia la casa de su tío, el silencio nos domina. José nos espera despierto, preocupado como un padre.

Nos retiramos a descansar, abatidos, por no haber logrado nuestro objetivo.

23 de enero de 2006- Encarnación.

Nos reprochamos mutuamente no haber tenido la precaución de verificar antes que había un perro en la casa. De todas maneras, ahora eso no importa; debemos realizar el trabajo lo antes posible porque sería un golpe impensado para ellos, y los tomaríamos desarticulados al comunicarle de inmediato al Jefe la fecha y hora del intercambio.

Nos acercamos de nuevo a la casa de los matones para seguirlos hasta que, en un descuido, podamos colocarles el explosivo. Para facilitar y acelerar la instalación, le adosamos un imán; el que probamos de manera exigente para asegurarnos de que no se desprenda por el peso del conjunto cuando el vehículo esté en movimiento. Por desconocimiento si este imán pudiera interferir con la llamada, lo alejamos lo más posible del aparato celular.

Marchamos cautelosamente detrás de ellos manteniendo distancia, a la espera de la oportunidad, del momento en que se alejen de su vehículo.

Pasado el mediodía se detienen frente a un restaurante para almorzar, nosotros estacionamos más adelante y caminamos hasta una pizzería situada casi enfrente del establecimiento en el que ellos ingresaron.

Después de la comida, caminan hasta un bar a media cuadra de distancia del restaurante en que almorzaron. Este es el momento, hago una última llamada para verificar el correcto funcionamiento del celular y, después de comprobarlo, Anselmo conecta el último terminal. Listo, armado y preparado para estallar.

Nos dirigimos sin demora hacia su vehículo. Al pasar por detrás, Anselmo se agacha simulando atar sus cordones mientras yo me mantengo atento, pero simulando una situación corriente. Con un movimiento rápido y preciso adosa el dispositivo debajo del baúl, muy cerca del tanque de combustible.

Relajados, continuamos nuestro camino hasta dar una vuelta y llegar a nuestro automóvil. Ahora solo resta esperar a que los tres aborden el vehículo y circulen por algún lugar abierto, libre de inocentes.

Casi una hora después, emprenden su marcha. Mi corazón se acelera; pienso que, si estos malditos me hubiesen encontrado en el hotel, ahora no estaría aquí. Esa idea se clava en mi mente y me infunde el valor necesario para despojarme de toda compasión.

Los perseguimos. Me toca a mí hacer la llamada mortal mientras Anselmo conduce, yo seré el ejecutor. No me dejo llevar por principios ni remordimientos; ni siquiera permito que mi

CONTRAVUELO ESPIAROS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO TROVICA-EDICIONES ATTILA UNITADA-

mente se atreva a dudar un instante. Estoy listo, tan preparado como el explosivo mismo. En este momento, siento que soy una pieza más de ese mecanismo; sin mí, jamás funcionaría.

Dan unas cuantas vueltas, como si nos buscaran por la ciudad esperando el milagro de toparse con nosotros... sin sospechar que nos tienen peligrosamente cerca. Se ven desorientados, y esa fue nuestra oportunidad.

Por un momento los perdemos de vista, pero un instante después, ahí están; justo adelante, alejándose de las calles pobladas de confiados transeúntes que creen que jamás pasaran por un hecho excepcional, de esos que solo se ven en las películas. No los juzgo, yo también pensaba así hace apenas unos meses.

Se alejan cada vez más de la zona céntrica. Por seguridad, falta marcar el último número en el display. No veo la hora de acabar con esto. Por fortuna, no parecen haberse percatado de nuestra presencia. Están acercándose a un lugar propicio; circulan por la avenida que por intermedio del puente conecta con la otra parte de la ciudad. Esperamos, conscientes de que cuanto más tiempo pase, mayor es el riesgo a ser descubiertos.

Pero todo tiene su final. Anselmo me mira y yo lo miro; no necesitamos palabras. La distancia es perfecta, el campo está despejado. Marco el último número... y llamo.

Segundos después, un fuerte y seco estampido quiebra el silencio, seguido por una segunda explosión casi simultánea. Una lengua de fuego los envuelve por completo y los devora.

No tuvieron tiempo de reaccionar; creo ni siquiera llagaron a comprender lo que sucedió. Mejor así. Menos peso sobre la conciencia. El motivo no era hacerlos sufrir por crueldad o venganza, solo cuidar de nosotros.

Las pocas personas que circulan por el lugar observan atónitas. Una columna de humo negro y miles de diminutas partículas ardientes que se dejan arrastrar por el ascendente torbellino de aire caliente. Todo tiene un final.

Por un instante, siento culpa. Pero se disipa rápido, por tener la certeza de que eran ellos o nosotros. Se convierte solo en un pensamiento. Es una extraña mezcla de sensaciones que van y vienen, pero no permito que ninguna logre conmoverme. Vuelvo a repetirme, ellos... o nosotros.

Y mientras el humo se deshilacha contra el cielo, sé que, aunque el ruido ya se haya extinguido, el eco de este día me perseguirá dondequiera que vaya.

Hicimos un gran avance. Por ahora, nos hemos liberado de nuestra muerte y, de paso, les demostramos a la banda que podemos jugar su juego, que podemos devolver cada golpe con su propio garrote.

El siguiente movimiento es destruir el celular que utilizamos para detonar la bomba; el mismo que pertenecía al delincuente que eliminó Anselmo la noche en que me salvó de una muerte segura.

CONLOSOJOSBIENABIERTOS-PLANAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

En cierto modo, fue como si su propio compañero los hubiera llamado desde el más allá… para volver a encontrarse.

Esa misma noche hablo con El Jefe, pero no llegamos a ningún acuerdo sobre el lugar y hora para el intercambio.

—Escúcheme Biaggini, no crea que no los vamos a encontrar. Solo es cuestión de… horas, mis mejores hombres ya están sobre ustedes. Son un par de inexpertos, no tienen escapatoria. Así que les propongo que hagamos… un pacto de caballeros, sin engaños ni rodeos, algo directo y sencillo. Yo les entrego y ustedes también… Todo, ¿se entiende claro? Esta es mi única propuesta. En cuanto al lugar y hora… ya veremos.

Fue una negociación negativa para nosotros; en la que El Jefe, por el momento, toma el mando de la situación. Sin duda, no toleró más la sumisión en cuanto a mis exigencias y lo venció su arrogancia. Está convencido de tener el toro por las astas, pero seguramente, todavía no sepa lo sucedido hace apenas algunas horas.

Nos apresuramos a llamarlo. Hablaremos de nuevo mañana. Para ese entonces, tal vez, se haya dado cuenta de que no somos tan ingenuos como cree.

No resta demasiado tiempo para tener que hacer la denuncia. Pero aún, estaría basada más en suposiciones que en datos concretos, debemos hallar esa prueba incriminatoria. Si lo dejáramos así en manos de la justicia quizá realicen una investigación despreocupada y lenta. Incluso, correríamos con el riesgo de ser acusados y perseguidos. Continuamos atrapados en la misma situación.

Se acerca la fecha en que se llevará a cabo la IV Cumbre de las Américas y, para ese entonces, no quisiera cargar sobre mi espalda con el peso de sospechar sobre un posible atentado terrorista y no haberlo denunciado a tiempo.

24 de enero de 2006- Encarnación.

Por la mañana, la noticia de la explosión, es parte de todos los medios informativos; por lo tanto, El Jefe y sus secuaces, ya deben estar al tanto de lo sucedido.

Por la tarde, lo llamo.

—Así que los muchachos… se dispusieron jugar rudo. ¿Creen que es la manera correcta de tratar conmigo? No olviden que una vida corre peligro —dice, con su característico tono arrogante.

—Que, a decir verdad… tampoco es la mía. Y porque no me escuchó es que estoy metido en todo esto… Aparte, ¿no cree usted, que su vida también corre en peligro?

Se oye una suave risa socarrona.

—¿De qué manera cree usted que puede ser? ¿Con una bomba en mi automóvil? —dice, riendo con más fuerza e ironía.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLUTARCO-CRISTIAN MARCELO PATRONCINI-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

—Algo más sencillo... ¿Cómo reaccionarían los árabes que los contrataron si se hiciera una denuncia de lo que planean hacer y... no pudieran evitarlo? Probablemente, hasta crean que usted los traicionó.

—Veo que están comenzando a pensar en qué piezas les conviene mover. Tal vez... terminen siendo dignos rivales —expone sin perder esa arrogancia verbal.

—¿Usted cree que su familia no pudiera sufrir ninguna consecuencia? —le pregunto.

—No es de buen profesional, incluir a la familia en los negocios. ¿No cree?

—Sí, pero no seríamos nosotros quienes decidan que ellos participen de la jugada. Existen personas alrededor de nuestro negocio de intercambio que, tal vez, no duden en incluirlos si ustedes no cumplieran con su parte del contrato. Indudablemente, se sentirían traicionados... y no creo que su tolerancia sea infinita —digo frases procurando que suenen más como una advertencia que como una amenaza, cualquier cosa que lo confunda e incline sus decisiones hacia donde más nos convenga.

—Está presionando demasiado... Biaggini. No vaya a terminar reventando para su lado. Solamente tuvieron un golpe de buena suerte hasta el día de hoy. Tenga en cuenta que siempre puede haber más.

—Lo tengo muy en cuenta. Por eso quiero, al igual que usted, terminar con esto lo antes posible, sin intermediarios ni engaños. Usted me entrega... yo le entrego. Como ya lo dijo. ¿Recuerda? —respondo sin titubeos.

—Sepa que todo puede cambiar, hasta la suerte... No juegue sucio, ¿me entiende? Usted también seguramente tenga familia.

—Creí que quedó bien claro que no era de buen profesional incluirla. Y dadas las consecuencias que pudimos sufrir nosotros, el único que demostró jugar sucio, es usted. Por lo tanto, tengo derecho a resguardarme y ser yo quien decida el lugar y día del intercambio. ¿No cree?

Por un momento, en el que parece estar debatiendo consigo mismo, contra su propio orgullo, no responde.

—¿Cuándo y dónde? —pregunta con un tono agresivo.

—El lugar, es la oficina del puesto argentino de control fronterizo, a las once a.m. del día jueves 26 del corriente; o sea, pasado mañana.

—Imposible, por poco no alcanzaría ni a llegar, necesito dos días más.

Tardo un momento en responder, porque los queríamos tomar descolocados. Sin darles tiempo para que se reorganicen, pero en algo voy a tener que ceder para que acepte. No debo olvidarme de lo principal, Walter. Después, veremos todo lo demás.

—Solamente dos días, nada más. O de otra manera, sin importar las consecuencias, doy por terminado el trato.

—¡Delo por hecho! —responde satisfecho.

CONEVOLUCIONELESPEJISMOSPLATAZO-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

En lugar de los dos días que habíamos previsto para preparar la operación, ahora contamos con casi cuatro. Un margen inesperado que aprovecharemos para pulir cada detalle y mejorar el equipamiento. Haremos un par de ensayos, ajustaremos posiciones, repetiremos los movimientos para evitar errores. Elevaremos al máximo posible el nivel de perfeccionamiento de la planificación.

Porque ahora, El Jefe no solo carga con la necesidad de eliminarnos, también desea demostrarnos su poder, su excelencia. Lo sabe, hoy están en jaque, y le urge una imperiosa exhibición de hegemonía, un acto que le permita no ceder un ápice de la posición que le costó años conquistar.

25 de enero de 2006- Encarnación.

Anselmo citó a nuestros colaboradores para la recuperación de Walter en una casa que acabamos de alquilar.

Una vez reunidos, comenzamos a reprocesar el plan de intercambio que habíamos diseñado. Lo repasamos, paso a paso, en busca de defectos y fisuras que puedan costarnos caro.

No daremos explicaciones sobre lo ocurrido hasta ahora, menos de nuestras sospechas sobre el atentado. Si bien, se convirtió en el centro de este tremendo embrollo, no es información imprescindible para hacer efectiva la liberación de Walter.

Tras explicarles lo mínimo indispensable para llevarla a cabo, y al contar con más tiempo, formulo una pregunta elemental:

—¿Todos están seguros de querer realizar este trabajo?

Doy por hecho que, al aceptar esta citación, todos están capacitados para llevarlo a cabo. Saben que no podemos permitirnos cometer errores. Los miro fijamente a los ojos, uno por uno. Ninguno de los cuatro se mueve, ni siquiera pestañean. Solo escuchan atentamente.

—Es fundamental que todos participemos en cada detalle de la operación. Si alguien tiene algo que decir, se lo expone al grupo; no aceptaremos reclamos individuales. Cada uno, con más o menos experiencia, aportará lo suyo y cumplirá con la función que se le asigne. El dinero y responsabilidades serán iguales para todos, porque todos vamos a depender de cada uno.

El segundo punto a tratar fue el del pago. Después de varios minutos de un sereno debate, llegamos a un acuerdo. Entonces planteo una segunda pregunta:

—¿Estamos todos de acuerdo para asumir el compromiso?

Casi al unísono, dan su confirmación. Repito la pregunta, porque la considero fundamental para el perfecto funcionamiento del equipo. Todos reafirman su respuesta.

—Les aclaro que este es el momento de discutir las diferencias.

Nadie realiza ningún planteo. Hasta ahora, todo marcha. Anselmo, no pronuncia palabra; atiende, como todos los demás.

CONTRAVELOCES ESPIANDO PLAZA II-CRISTIAN MARCELO ALTRONICA-EDICIÓN CON RAM TALLADA-

—Ya que estamos de acuerdo, procedamos a la revisión del plan. Todos conocemos la propuesta efectuada a los integrantes de esta banda a la que nos enfrentaremos.

Extiendo sobre la mesa las fotografías de cada uno, con los sobrenombres rotulados en la parte inferior. De aquellos cuyo nombre o apodo desconocemos, inventamos uno basado en algún rasgo significativo. Así, llegado el momento, podremos identificarlos de inmediato y sin errores.

Formamos tres grupos de dos integrantes cada uno. El primero lo denominamos Intercambio y lo llamamos Inter, para darle fluidez en las comunicaciones. Formado por Anselmo y yo, número uno y dos respectivamente. El segundo, será Apoyo, compuesto por los miembros tres y cuatro; quienes cumplirán el rol de ser nuestros guardaespaldas. Al tercero lo llamamos Puente, integrado por los números cinco y seis, que estarán ubicados al inicio del puente, del lado paraguayo.

Anselmo y yo, nos ocuparemos de relevar la oficina del puesto de control argentino y área circundante. Tomaremos fotografías, levantaremos un croquis con medidas aproximadas y, finalmente, seremos quienes llevemos a cabo el intercambio.

El grupo Apoyo se ocupará de conseguir el armamento, elementos de protección y movilidad. Durante la operación serán nuestro resguardo inmediato.

El grupo Puente, trabajará en el relevamiento de la ruta de escape; ubicación de avenidas, calles, semáforos, lomos de burro, etc. Su función será doble, alertarnos de la aproximación de los miembros de la banda y cortarles la retirada en caso de incumplimiento de lo pactado. Por eso, deben conocer la zona circundante del inicio del puente del lado paraguayo. Estimamos que, ante cualquier eventualidad, escaparán hacia Paraguay, donde pueden arreglar sus problemas.

A las veinte horas, nos reunimos nuevamente, para exponer los datos o material que reunió cada grupo.

El grupo Apoyo, está a un paso de conseguir chalecos de kevlar, con alto nivel de protección balística. También tienen la propuesta para adquirir un vehículo blindado; lo que decidiremos en otro momento.

Los miembros del grupo Puente, han hecho un buen relevamiento sobre posibles rutas a seguir. Sabemos dónde hay obstáculos vehiculares como semáforos, lomos de burro y hasta la ubicación de guardia policial, datos que cargaremos al GPS.

Nosotros, tenemos fotografías del puesto argentino de control y zona aledaña. Este es el punto sobre el que más deberemos trabajar.

Hacemos un estudio minucioso de los lugares en los que ellos podrían apostarse, ocultos a nuestros ojos, y los marcamos en un croquis general de la zona. Durante la ejecución del trato, principalmente, estos puntos serán los que deberá vigilar el grupo Apoyo. Realizaremos esta misma tarea en el puesto paraguayo, con el grupo Puente. Porque si detectan a los cómplices de

CONEVOLUCIONESPRIVADOS-PLANZOL-CRISTIANMARCELOLEROVICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

la banda en movimiento sospechoso, deberán informarnos y tomar posición de inmediato para frenar un posible ataque.

No descartamos la presencia de francotiradores. Dentro de la oficina del puesto de control, trataré de mantenerme a resguardo de las ventanas.

Llevaré una campera reversible y, al concluir el intercambio, la invertiré; y me pondré lentes oscuros y una gorra. Todos estos artículos se los proveeré también a Walter. Con un poco de suerte, ese mínimo disfraz puede confundirlos el tiempo suficiente para darnos ventaja.

De producirse una ofensiva hacia nosotros, no tenemos demasiado que indicar a nuestros cómplices; solamente una cosa, que apunten bien.

Si lograran asesinarnos y escapar, seguramente intentarán regresar hacia su país. Ahí entrará en acción el grupo Puente cortándoles la retirada, preferentemente con vida. La idea es que la policía los detenga y que la justicia de ambos lados de la frontera quede obligada a investigar el posible atentado con todo el material que llevarán encima. Nos reaseguraremos dejando otra copia en nuestro vehículo del lado argentino.

De fallar, como última carta para vincular nuestra hipótesis con la banda, José entregará de forma anónima toda la información en la Embajada Argentina en Paraguay. Espero que esas insuficientes pruebas sirvan para abrir una causa.

Obviamente, esto no se lo explicamos a nuestros cómplices. No necesitan saberlo para cumplir su función.

Transcurrido el primer día de la cuenta regresiva, hemos pasado tantas horas junto a nuestros colaboradores que a medida que van conociéndonos toman cierta confianza y comienzan a exponer algunas dudas que van surgiendo.

—¿Por qué intentar detenerlos con vida si no cumplen con el trato? De esa forma es más riesgoso para nosotros —cuestiona uno de ellos.

Sabemos que tiene razón, pero necesitamos que sea de esa manera; porque muertos, nunca declararían nada.

—Principalmente para rescatar a Walter, si es que está aún con vida. Y porque necesitamos que sea de esa manera —dice Anselmo.

—¿Y por qué? —pregunta el interrogador.

—Eso no necesitan saberlo para hacer el trabajo para el que los contratamos — vuelve a responder Anselmo. Ahora con tono de que no le agrada la indagatoria, y el preguntón, al darse cuenta, no dice más nada al respecto.

—¡Para mí hay mucha plata de por medio! —expone, al azar, otro de ellos.

—Tiene razón. Si no, ¿por qué hacer todo este despliegue tratándose solo de un secuestro? —alega otro.

Necesito una respuesta convincente; pero que, a su vez, no les revele nada que no corresponda.

CONEVOLUCIÓNELOSPLANOS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICO-EDICIONGRATUITANUMERADA-

—Porque nosotros desconfiamos de ellos y ellos de nosotros. No será un trato limpio. Es indudable que van a intentar asesinarnos porque sabemos cosas que no deberíamos saber. Cuando los contratamos, les dijimos que solo les informaríamos lo que fuese necesario para llevar a cabo la operación y nada más. En aquella oportunidad se pidió que el que no estuviera dispuesto a trabajar bajo esa condición, se retirara.

Ante esa imposición, nadie abrió la boca. Por el momento logramos persuadirlos, pero no sé hasta cuándo. Están formulando preguntas delicadas, espero que no se desequilibre la situación cuando ya sea demasiado tarde.

Continuamos ejercitando el mecanismo de intercambio. Lo memorizamos para que cada cual cumpla con su función de un modo mecánico y pueda ejecutarse sin pensar, siempre y cuando, la situación no se desvíe demasiado de lo ensayado.

Las fotografías pasan una y otra vez por nuestras manos y, con la ayuda de una computadora, les colocamos diferentes tipos de bigotes, barba y cortes de cabello. Entrenamos la mente para reconocerlos bajo cualquier condición.

Improvisamos dentro de la casa una réplica de la oficina del puesto de control; y en el patio, recreamos su entorno inmediato valiéndonos de marcas en el piso con estacas, pedazos de madera o escombros que hay en el fondo del enorme terreno. Por supuesto, todo a una escala mucho más reducida.

Incluso visitamos los puestos fronterizos, recorriéndolos para fijar en nuestra memoria la disposición de los distintos elementos y edificaciones; verificamos discretamente las distancias, ángulos, lugares estratégicos, etc. Les damos nombres a los diferentes lugares y cosas significativas, para identificar rápidamente de dónde o a qué nos referimos. Todos debemos manejar el mismo lenguaje, a fin de entendernos en pocas palabras; porque en ese instante que se genere a partir de una duda, puede residir la diferencia entre la vida y la muerte.

Definimos un punto clave de la operación, los lugares donde debo tratar de ubicarme dentro de la oficina para quedar a cubierto por los muros, invisible a los ojos que me acechen desde afuera, por lo menos, a la distancia.

Hemos hecho un exhaustivo estudio de campo. Suponemos que tenemos cierta ventaja sobre ellos en este aspecto, porque ni siquiera los hemos visto por la zona.

Las camperas reversibles se convirtieron en nuestra seña secreta, un color para cada equipo, un código de reconocimiento inmediato, incluso a cierta distancia. Son un talle más grande que el necesario para ocultar el chaleco antibalas. Una de estas la reservo para Walter, para disfrazarlo e intentar que al salir parezca otro y no el rehén marcado.

Las usamos siempre en nuestras reuniones, hasta que la costumbre las vuelva invisibles, hasta que nuestro inconsciente las reconozca como parte de cada uno de nosotros. Son más que ropa, son una segunda piel, un uniforme improvisado que nos recuerda quiénes somos y lo que está en juego.

CONEVOCIUDELOSPIJAOS-SUATAZU-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

Tenemos los chalecos antibalas, los que son de uso interior para ocultarlos mejor bajo nuestra ropa. Estos tienen protector frontal, dorsal y lateral; además cuentan con una placa anti trauma, que cubre el esternón. Para mí, dado que voy a ser el más expuesto, consiguieron una protección extra para hombros, cuello e ingle.

El armamento está probado y limpio para su correcto funcionamiento.

Previa consulta a Victorino, debido al costo, adquirimos la camioneta cuatro por cuatro blindada. Será el escudo con el que Anselmo nos cubrirá en el momento decisivo, la muralla móvil que podrá salvaguardarnos si el intercambio deriva en fuego cruzado. La advertencia fue clara, nunca cruzar a Brasil. Allí tiene dueño o, mejor dicho, lo tuvo.

El blindaje bajo su carrocería es de placas múltiples de kevlar, y está diseñado para soportar impactos de grueso calibre. Esta especie de armadura, además de servir de protección antibalas, le aumenta la resistencia a los choques y vuelcos. Todos sus cristales también son blindados. Posee un poderoso motor de más de trescientos cv y está provista con neumáticos que pueden continuar rodando aún sin presión de aire, aunque a una velocidad máxima de unos ochenta kilómetros por hora. Siento que adquirimos un pequeño tanque de guerra, lo que me infunde mayor tranquilidad.

La tarde previa a la ejecución del pacto, la tomamos libre, bajo la condición de reagruparnos a primera hora de la mañana. Entonces, haremos un repaso de todo lo ensayado hasta el momento.

José, que vigila el acceso a la ciudad, nos informa de la llegada de tres vehículos sospechosos con unas diez personas en total. Cuatro o cinco de ellos presentan marcados rasgos árabes; sin embargo, al cotejar las fotografías, descarta que pertenezcan al grupo de estudio.

Quizá El Jefe decidió ponerlos sobre aviso de las complicaciones que les estamos ocasionando y quieran asegurarse personalmente de nuestro silencio.

Observamos una por una las fotografías que les tomó cuando arribaron a la ciudad. Ninguna muestra a Walter ni a miembros de la banda. Lo más valioso, es que logró registrar también el lugar donde se instalaron. Dato preciado para el grupo Puente, quienes verificarán las posibles rutas de escape si es que intentan llegar hasta su guarida.

Ante el número de hombres que llegaron, evaluamos la necesidad de equiparar fuerzas; pero concluimos que cuantas menos personas sepan esto, mejor. Además, a estas alturas, Anselmo no tiene a quien convocar; solo confía en estas cuatro personas, a las que una vez ayudó a salir de un aprieto con la justicia y le deben el favor.

En apariencia, estamos listos. El plan se sostiene, los escenarios fueron previstos y cada detalle afinado hasta el límite de lo posible. Solo resta esperar la hora indicada.

Esa noche, como tantas otras, el sueño juega a las escondidas. El silencio me enfrenta conmigo mismo y me obliga a reflexionar sobre lo que hacemos. Es el raciocinio el que me

CONVOCUDELOSPLANOS-TLAMZCU-CRISTIANMARCELOJATRONICA-EDICIONCATEUTRAIMITADA-

devuelve los pies a la tierra y, al mismo tiempo, el que amenaza con quebrarme. Porque si lo dejara hablar demasiado, debería admitir que lo lógico sería abandonar todo, renunciar a esta locura… pero también a Walter.

28 de enero de 2006- Encarnación- Posadas.

Como el trato se cerrará a las once, nos reunimos temprano en nuestro refugio, ultimamos detalles como el funcionamiento de teléfonos, radios, armas, movilidad, etc.

Cada grupo sabe qué hacer. Luego, emprendemos el camino hacia el lugar del pacto; decidimos llegar unas horas antes, para intentar identificarlos con antelación. Nos movemos en tres vehículos diferentes y distantes. Anselmo y yo, vamos adelante en la camioneta blindada.

Al cruzar el río Paraná por el puente internacional que une las ciudades de Encarnación y Posadas, estoy tan abstraído que el paisaje parece estar detenido en el tiempo, como una postal. De pronto, algo me saca de ese estado nebuloso. A medio camino, hay un hombre con una motocicleta detenido a un lado. El corazón golpea mi pecho al creer reconocerlo, sus latidos están dentro de mis tímpanos. Parece uno de los rostros que fotografió José cuando llegaron a Encarnación.

Al sobrepasarlo unos cincuenta metros, lo miro con los binoculares. Cuando logro hacer foco, veo que él hace lo mismo. Por un instante quedamos atrapados en un reflejo perverso, viéndonos el uno al otro a través de las lentes, confirmando lo que ambos sospechábamos.

El hombre baja los prismáticos y realiza un llamado. No hay dudas, ellos saben que ya estamos aquí. Aviso a nuestro segundo vehículo, el grupo Apoyo, que viene bastante más atrás. Les advierto que están vigilando sobre el puente y que ya nos detectaron. Que se preparen para cualquier incidente.

Ellos alertan al tercer grupo y entre ambos resuelven actuar. La operación dejó de ser un ensayo para transformarse en realidad.

El grupo Puente frena vertiginosamente su vehículo atravesándolo sobre ambos carriles; bloqueando, sobre todo, el tránsito proveniente de Paraguay. Algunos automóviles se detienen bruscamente y las bocinas estallan.

Mientras, el grupo Apoyo sobrepasa al observador, quien ahora circula en su motocicleta. Lo encierran sin darle tiempo a reaccionar y rueda sobre el áspero asfalto. Para cuando intenta reincorporarse, aturdido por el golpe, ya están sobre él. Lo ultiman con un disparo en la sien y arrojan el cuerpo al río. Dejan su motocicleta apoyada sobre el guardarrail para que no interrumpa el tránsito. Acto seguido, avisan al grupo Puente para que liberen el paso y recuperen su posición.

Cuando nos informan sobre el hecho, no sabemos si alegrarnos porque hay un enemigo menos, o enfurecernos por la imprudencia; actuaron por cuenta propia y pusieron en riesgo toda la operación. De una u otra forma, no existe la vuelta atrás.

CORTI WOLF DE ESPEJISMOS PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Junto al grupo Apoyo, cruzamos la frontera hacia Argentina con identificaciones apócrifas. Ahora debemos enfocarnos en detectarlos entre la gente que circula por el paso fronterizo. Cada grupo ocupa su posición y realiza un minucioso sondeo visual en todos los puntos estratégicos que marcamos, así como también a todas las personas que logramos divisar.

A medida que pasa el tiempo, la espera, comienza a apoderarse de mí en forma de trépano contra mi integridad emocional; pienso que tal vez fue un error llegar con tanta anticipación. Me produce ansiedad, lo que da margen para imaginar lo peor. En este preciso instante, apruebo lo que antes dudaba; al menos, ya hay uno de ellos que no podrá atacarnos.

Pasadas las diez y media, el grupo Apoyo nos informa que un vehículo sospechoso con cuatro personas a bordo llegó por el lado argentino y se detuvo a unos cien metros de nuestra posición, detrás de unos camiones estacionados al costado de la calle. Creen reconocer a alguno de sus ocupantes. Minutos después, otro auto estaciona poco más adelante sobre la misma vía; que, a juzgar por su posición y actitud, pareciera ser otro de ellos. Entre ambos, impedirían fácilmente nuestra fuga por el lado argentino.

—Entonces piensan escapar adentro de Argentina en vez de ir a Paraguay —asegura Anselmo.

Advertimos a nuestra gente y ordenamos que, en cuanto detecten a Walter en algún vehículo, el grupo Puente se acerque hasta aquí lo más rápido posible.

Ya sobre las once horas, ambos grupos nos informan que aún no han descubierto a Walter, ni tampoco al Jefe o cualquiera de ellos.

En ese instante en que nos distraemos con el diálogo, por el espejo retrovisor, vemos que tenemos encima a uno de los dos automóviles sospechosos. Descienden tres de sus ocupantes y parapetados tras las puertas y abren fuego a quemarropa. Los proyectiles, en su mayoría revientan sobre el cristal trasero de nuestra camioneta. Instintivamente, nos agachamos todo lo posible para cubrirnos.

Al mismo tiempo, a unos cincuenta metros, el grupo Apoyo intercepta al segundo vehículo que se acercaba velozmente hacia nosotros. Los acribillan con sus ametralladoras, obligándolos a huir. Creen, que solo el conductor logró sobrevivir.

Mientras tanto, nuestros agresores descubren que los disparos son inútiles, las placas blindadas y los vidrios resisten sin ceder. Y al notar que sus compañeros huyen porque contamos con ayuda, cesan el fuego. Cuando nosotros también comprendemos que los proyectiles no traspasan, Anselmo enciende el motor y a toda potencia intenta embestirlos marcha atrás. Al advertir la maniobra, los atacantes se dan a la fuga, recibiendo impactos aislados de nuestros guardaespaldas cuando pasan frente a ellos.

Damos media vuelta y escapamos junto al grupo Apoyo. Por fortuna, sus integrantes están ilesos. Tomamos por un camino aledaño procurando no ser detectados por la policía que, ante la sorpresa, tardaron en reaccionar.

CONELVUELOLOSPAJAROS-PLATANZOL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

Para cuando la Gendarmería comienza a movilizarse, nos encontramos ocultos de sus ojos, porque todo ocurrió en cuestión de minutos.

Ya dentro de la ciudad de Posadas, nos perdemos entre las calles, buscando confundir a quienes puedan perseguirnos. Nadie debe contar con el tiempo necesario para rastrear nuestros movimientos.

Mientras circulamos a la deriva, recuerdo fugazmente que Diego, el remisero, alguna vez me trajo por aquí. Y cruza una idea por mi mente.

Sin perder un segundo, lo llamo para pedirle que nos ayude a ocultar la camioneta; el blindaje nos salvó, pero quedó marcado como un blanco móvil, inservible para pasar inadvertidos. Fue un error no preverlo, igualmente, nunca hubiese imaginado esta situación.

Necesitamos ocultar urgente los vehículos, en especial el nuestro, porque con las inconfundibles marcas, somos fáciles de identificar por la policía.

Cuando Diego responde, me identifico y sin rodeos le explico el problema. Tras un silencio breve, me pasa la dirección de un taller mecánico ubicado en la periferia. Allí, nos darán una mano.

Nos dirigimos hacia ese sitio. Cada semáforo que cruzamos, cada patrullero que creemos divisar, nos acelera el pulso; y nuestro vehículo, que parece gritar su herida en plena ciudad.

Finalmente llegamos. Nos esperan. Apenas cruzamos el portón, uno de los hombres del lugar, suelta un silbido largo al ver el estado de la camioneta.

—Fue grande el problema —dice.

—Más o menos —respondo, una vez abajo. Con la intención de restarle dramatismo, aunque todos sabemos que pudo haber sido nuestro final.

No hacen preguntas. Nadie quiere detalles y, nosotros, tampoco deseamos darlos. Uno de ellos, solo dice cuánto costará resguardarlos; aceptamos sin discutir.

La camioneta quedará en su depósito y dentro de unos días la cruzarán clandestinamente a Paraguay para entregársela a su dueño. Una de las cláusulas del acuerdo, fue que si la devolvemos nos reembolsarían parte de nuestro pago; y esa persona sabrá qué hacer con ella para que no la localice la policía.

También queda en este taller el automóvil del grupo Apoyo.

Avisamos al grupo Puente para que se acerquen al paso fronterizo. Necesitamos saber si nuestra identidad está comprometida, aunque entendemos que es poco probable.

Más tarde recibimos su reporte. Lograron averiguar entre algunos curiosos del lugar que la única información que circula, por ahora, es que a unas cuantas cuadras de allí encontraron un automóvil acribillado con cuatro cuerpos adentro. La policía sabe que estuvieron implicados en el enfrentamiento, pero no hacen declaraciones oficiales.

En cuanto a nuestro profundo interés de regresar a Paraguay, debido a la gran cantidad de efectivos que rondan la zona, el grupo Puente nos recomienda que esperemos uno o dos días.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS - PLATA ZUL - CRISTIAN MARCELO PLATRONICA - EDICIÓN GRATUITA E ILIMITADA -

Diego, nos traslada hasta dos hospedajes diferentes. En uno, nos alojamos con Anselmo; en el otro, el grupo Apoyo.

Más relajados, llamo al Jefe para saber de qué manera piensa que continúa nuestro trato; si es que aún existe.

—Hola —contesta, calmo, casi indiferente.

—Estuvo perfecto el pacto de caballeros. Lo felicito…

—No fue idea mía la de… tratar de ultimarlos. Yo, antes los hubiese capturado y obligado a que me entreguen toda la información, para que no queden hilos sueltos. Y recién después lo hubiese hecho… de una manera más precisa. Pero la presión y el poco tiempo los llevó a tomar esa drástica y desatinada decisión.

—Entiendo. Entonces se está excusando de que no fue usted, sino ellos.

¿Y de qué manera creen que continuaremos con el trato?

—No sabría decirle; no estamos en contacto con esta gente, por el momento.

—Bien, ¿y qué piensan hacer ustedes con la mercadería que nos entregarían en el intercambio?

—Nosotros nada, porque ya no la tenemos en nuestro poder. Como puede ver, no miento… Biaggini.

—Ah, o sea que la tienen ellos. ¿Y cómo me comunico para llegar a un acuerdo?

—No estoy seguro. Llámeme en un par de días para ver qué deciden, porque ahora resuelven ellos.

Suponiendo que me dijo la verdad y que Walter está en manos de los árabes. ¿Cómo continuaremos? Si los denunciamos, ¿qué pasaría con él? Sin duda lo matarían… si es que aún permanece con vida. Me horroriza pensarlo.

Debemos esperar unos días y ver qué nos proponen. En cierta forma este descanso nos vendrá bien, dar un paso a la vez, para concentrarnos en regresar a Paraguay sin que nos atrapen.

1 de febrero de 2006- Posadas- Encarnación.

Pasados unos días, la custodia del control fronterizo ha vuelto a la normalidad, por lo que emprendemos el regreso. El Grupo Puente, ha organizado nuestro retorno clandestino a bordo de un camión de cargas, ocultos de los ojos que vigilan.

Ni bien llegamos a Encarnación, me comunico con El Jefe para saber si tiene alguna novedad sobre Walter. En cambio, me dicta un número telefónico.

Llamo de inmediato a este nuevo contacto y responde alguien que habla un castellano trabado con significativo acento árabe, a mi entender.

—¿Usted es Biaggini? —pregunta.

—Sí, soy yo.

CONTIENE ESPEJOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Usted nos va a entregar todo el material que tiene sobre nosotros. Todo. Si falta una sola cosa, él muere.

—¿Cómo puedo confiar en que ustedes cumplirán, si ya intentaron asesinarnos cuando íbamos a cerrar el trato?

—Ustedes mataron primero a uno de los nuestros. En el puente. ¿Cómo confiar que me entregará todo? —me dejó sin respuesta.

—¿Qué propone entonces? —pregunto.

—Camino al noroeste de la ciudad. Puente del arroyo. Mañana, veintidós horas. Usted y su socio. Solos. Con toda la información. Sin armas. Sin ayuda.

—Muy bien. Pero ahora quiero hablar con Walter.

—¿Qué va a decir?

—Nada importante. Le hago una pregunta que solo él podría responder. Así me aseguro que sigue con vida.

—¿Qué va a preguntar? Si él no estuviera aquí, yo no podría responder. Para saber que usted no intenta engañarme.

—Quiero oír, de su propia voz, cómo se llamaba la persona que se parecía a él en una foto en Malvinas —digo lo primero que se me ocurre; no lo había pensado antes.

—Solo eso —contesta y, después de un instante, le pasa el aparato a Walter.

—Hola... ¿Martín?...

—Sí, ¿cómo...

En el momento que iba a preguntarle cómo está, escucho que lo increpan.

—¡Respondé la pregunta, nada más! —exige quien habló anteriormente conmigo, a juzgar por la voz.

—¿Carlitos? El que murió en Malvinas.

—¿Cómo estás? —insisto.

—Ya respondió —contesta el árabe con su atravesado vocabulario.

—¡Quiero que él mismo me diga cómo está!

Tarda un momento y le pasa nuevamente el celular.

—Bien —responde Walter titubeando.

—Ya está loco, ya está —exclama; mezclado con una especie de sollozo.

—¿Qué?

Oigo que le arrancan el teléfono de sus manos.

—¡Ya está! —grita Walter del otro lado, mientras se oye que lo alejan por la fuerza.

—Mañana, veintidós horas —repite el árabe y corta la comunicación.

Textuales palabras, le comento a Anselmo lo que dijo Walter.

—¡Ya está loco, ya está! Gritó.

—Vamos a tener que cubrirnos —reflexiona Anselmo.

CONEVOCUELOSPIANOS-SLAVAZCA-CRISTIANMARCELOATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Vos no tenés ninguna obligación de ir.

—Empezamos juntos y terminamos juntos —responde.

Suponemos que lo intentarán de nuevo, nos necesitan muertos para evitar que se divulguen sus actividades; esto refuerza nuestra hipótesis del atentado.

Definitivamente, llegó la última oportunidad para salvar a Walter. Si no logramos rescatarlo, no creo que exista otra.

Esa noche, como tantas otras, pensando lo delicado de la situación, me cuesta conciliar el sueño.

2 de febrero de 2006- Encarnación.

Anselmo me comunica que reunió nuevamente a nuestros cómplices del fallido pacto de intercambio y que recuperaron la camioneta blindada mediante un nuevo acuerdo con la persona que nos la había suministrado.

Aseguran que a media tarde la tendremos lista. El blindaje bajo la chapa y el cristal trasero, serán suplantados por unas placas de acero, porque no podrán hacerlo de otra manera en tan poco tiempo.

—Me dijo que vayamos vos y yo solos. ¿qué pensás hacer con ellos? —pregunto por nuestros colaboradores.

—Se esconderán por ahí en el campo o el arroyo, todavía no sé, pero vamos a necesitarlos.

También tenemos el armamento y los chalecos que trajeron desde Argentina junto con los vehículos.

Esa mañana, damos una vuelta por el lugar en que se llevará a cabo el nuevo trato. Anselmo designa dos lugares para que se oculten nuestros cuatro cómplices durante la operación.

Estamos decididos a liberar a Walter, por las buenas o por la fuerza. No dudamos de que intentarán asesinarnos.

Nosotros iremos en la camioneta blindada, lo que significa mi única esperanza para salir con vida. Tendremos otro vehículo de apoyo en las cercanías y dos francotiradores; nuestras vidas dependerán de la efectividad y precisión de estos últimos; aunque no logramos conseguir fusiles y miras de precisión debido a la urgencia.

Asistimos a la hora señalada y aguardamos retirados del lugar exacto, ya que la otra parte aún no se hizo presente.

Cuando llegan, nos hacen un guiño de luces y detienen su vehículo frente al nuestro. Avanzamos lentamente hasta quedar a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

Con las luces altas encendidas, Anselmo utiliza los binoculares para asegurarse de que sea Walter a quien bajan a los empujones; aunque ande con muletas. Cuando me da el visto bueno, verifico por última vez mi chaleco y protecciones. Respiro hondo. Nos miramos a los ojos y,

CON VELOCES ESPIADAS PLAZA EL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICIONES BAJA VITALIA LIMITADA-

mientras desciendo del vehículo, me saluda con un fuerte apretón con ambas manos, siento que es por si las cosas no salieran del todo bien. Y en un intento de darme ánimo me dice:

—¡Vamos! Que en un rato termina todo y tomamos unas cervezas.

Tomo el bolso con las pruebas y, con mis manos en alto, quedo a un costado de nuestro vehículo; ya con las luces bajas. No me muevo hasta que ellos no lo hacen. Cuando percibo que comienzan a caminar hacia aquí, me doy la vuelta para mirar nuevamente a Anselmo con la intención de buscar amparo; él me alienta con su pulgar hacia arriba. Recién entonces, comienzo mi lenta marcha hacia el encuentro. Cada paso suena fuerte en mis oídos y en la silenciosa noche.

Más allá de mitad de camino, cuando ya estamos a unos cuantos pasos de poder tocarnos, en la negrura de la noche distingo un punto rojo en el parietal derecho del árabe y, apenas lo percibo, un disparo le hace estallar la cabeza. Mientras se desploma sobre el suelo, comienza la batalla.

Walter y yo nos tiramos cuerpo a tierra, pero una ráfaga de proyectiles, provenientes de no sé dónde, nos alcanza a ambos. Siento un dolor atroz en el pecho. Logro arrastrarme hasta él, que yace apenas a unos pasos. Al llegar, con un esfuerzo tembloroso y agónico, saca un papel doblado de su bolsillo y me lo entrega. Un instante después, un borbotón de sangre brota desde su boca... ahogándolo. Su cuerpo se afloja junto al otro cadáver; me mira por última vez, exhala una corta bocanada y muere.

Quiero horrorizarme, pero no puedo. El instinto de supervivencia no me lo permite; primero, debo escapar de este infierno.

Sin pensarlo, guardo ese papel en un bolsillo cualquiera. La angustia y tensión retuercen mis entrañas, taponan mis oídos; el mundo se vuelve espeso y turbio a la vez. Con un silencio extraño, entre tanto estruendo, apenas quebrado por una voz lejana que reconozco con dificultad.

—¡¡¡Martín, cubrite!!!

Es Anselmo. Con la camioneta embistió al vehículo de nuestros atacantes. Marcha atrás regresó hasta donde estoy y, creyendo que estoy herido, abandona la protección del blindaje para socorrerme. Corre hacia mí, disparando con furia contra ellos.

Yo también empuño mi arma. No apunto. Solo disparo. Disparo aturdido, con miedo y con rabia, disparo mientras corro hacia el lado opuesto a las detonaciones enemigas.

De repente se percibe un silencio insoportable, más aterrador que el propio silbido de los proyectiles al surcar el aire. Entonces, una detonación sorda irrumpe en la noche; mis ojos alcanzan a seguir una estela de fuego que cercena la oscuridad. A medida que avanza, se va desvaneciendo y termina por extinguirse en una bola ardiente que devora nuestro vehículo de un solo golpe; el que Anselmo había abandonado apenas unos cuantos segundos antes, cuando corrió en mi auxilio. De no haber salido, ahora estaría ardiendo allí adentro.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATA AZUL-CRISTIAN MARCELO LATRONICO-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

El aire se espesa, viciado de humo y pólvora que ahogan hasta mis pensamientos.

De nuevo los disparos, pero se oyen más distantes. Nos movemos, hasta refugiarnos tras una pequeña lomada. Recién, en ese lugar puedo examinarme. Noto que un proyectil me dio sobre el chaleco antibalas. Si bien me tranquiliza, igual siento un espantoso dolor.

Advertimos, unas lejanas sirenas.

Mientras los disparos cesan paulatinamente, un automóvil se detiene a nuestras espaldas y desde su interior alguien nos grita con desesperación.

—¡¡¡Vamos, vamos!!!

Es uno de los nuestros. Abordamos el vehículo y huimos hacia la ciudad.

—¿Qué pasó? —le pregunto al conductor, porque se encuentra solo.

—Lo bajaron —responde, mientras nos alejamos rápidamente por el camino de tierra.

Continuamos en silencio.

Más tarde, nos reunimos en nuestro refugio también con los francotiradores, que fueron los que nos salvaron en esta noche oscura en todos sus sentidos. Sin ellos, no estaríamos aquí.

—¿Y el bolso? —pregunta Anselmo, observándome.

Se me endurece el estómago, siento que convulsiono, como si algo desde adentro quisiera desgarrarme. Un horrible vacío me invade, tan profundo, que hasta el dolor olvido. No siento el cuerpo, solo el peso de lo que acabo de perder.

—Quedó allá —respondo, a duras penas.

Anselmo regresa al lugar del hecho como oficial de policía para intentar recuperarlo. De todas maneras, su intento resulta en vano. Ya está en manos inoportunas.

3 de febrero de 2006- Encarnación.

A la mañana siguiente, lo sucedido ocupa todos los titulares. La Justicia declara que no tienen datos de los muertos, aunque sospechamos que sí los tienen y simplemente se niegan a difundirlos por razones obvias. Por ahora, solo confirman la identidad de un delincuente paraguayo, refiriéndose a nuestro colaborador caído.

La camioneta es una cosa amorfa, está irreconocible, son escombros esparcidos por doquier. Respecto al bolso, el hermetismo es total.

Cuando llega Anselmo, me cuenta que anoche al regresar al lugar, la copia de las pruebas ya estaba en manos de la policía y nada pudo hacer para recuperarla.

Todo el material está bajo custodia, porque identificaron a uno de los árabes muertos como partidario de una célula terrorista desarticulada hace algunos años en el Gran Medio Oriente, con pedido de captura internacional.

Entonces, las autoridades locales informaron el hallazgo a la Comandancia General de la Policía Nacional de Paraguay, en Asunción. Desde allí, decidieron exponer el hecho con

CONVERSACIONES ESPIJADAS PLATAZO-CRISTIAN MARCELO CRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

carácter de urgencia ante la Embajada de los Estados Unidos en el país, desde donde fue comunicado directamente a su gobierno.

Designaron como encargado interino al director del Grupo "3+1" conformado por Argentina, Brasil, Paraguay y Estado Unidos creado para reforzar la seguridad en la región, dependiente de la Agencia del FBI y que funciona en la triple frontera. Allí, esta agencia, se mantiene presente en calidad de miembro colaborador, con agentes norteamericanos que trabajan en operaciones antidrogas y de contraterrorismo.

Hasta organizarse, solicitaron apoyo al Comando Sur, con sede en Florida; del cual depende la base antidrogas instalada en el Departamento de Amambay, en la frontera con Brasil, donde opera la DEA. Así como a la base militar de Mariscal Estigarribia, donde permanece un pequeño contingente de Marines norteamericanos. A todos estos, se suman agentes de la CIA que operan en la región de manera extraoficial.

Paralelamente, desde Washington partió una unidad de agentes especiales de inteligencia antiterrorista del FBI, perteneciente a la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo, que llegará en las próximas horas para hacerse cargo de la investigación.

Debo ocultarme junto con toda la documentación que tenemos, porque lo más probable, es que la policía descubra mi verdadera identidad; debe haber múltiples huellas digitales mías entre todo el material incautado. Fui yo quien preparó la copia para el intercambio, sin cubrirme las manos; y ese error me condena. Nunca previmos este escenario.

En cambio, de Anselmo estoy seguro de que no hay rastros evidentes, y eso resulta un alivio; así podrá ayudarme cuando ya no me quede margen de maniobra.

Pero, sin lugar a dudas, ha llegado el momento de denunciar lo que sabemos: las sospechas sobre el inminente atentado que intentarán consumar.

En lo personal, estoy convencido que tarde o temprano me hallarán. Y aunque igual quedaré expuesto por mi relación con los hechos, no quiero cargar en mi conciencia con un terrorífico daño que quizá aún pueda evitarse.

Ahora debo tomar una drástica decisión: entregarme o convertirme en fugitivo.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLAZAZUL-CRISTIANMARCELLAETXICA-EDICIONGRATUITANOLIMITADA-

6. Con el vuelo de los pájaros.

4 de febrero de 2006- Encarnación.

Las autoridades paraguayas mantienen un hermetismo absoluto al momento de difundir cualquier información vinculada con el reciente suceso del que fuimos partícipes; incluso hasta el punto de que evitan revelar la nacionalidad de algunos de los muertos. La reserva es tal, que ni siquiera Anselmo ha podido averiguar qué lograron descubrir hasta ahora. Solo consiguió enterarse de que la unidad especial de investigaciones antiterroristas de los Estados Unidos llegará mañana y comenzará a trabajar sobre el caso aquí mismo, por ser el lugar donde se registraron los hechos en que fue hallado sin vida el cuerpo del terrorista con pedido de captura internacional.

El hallazgo del bolso con la copia de nuestra investigación permanece bajo el más riguroso anonimato. Muy pocos tienen el conocimiento de la existencia de ese material, y nadie parece sospechar la verdadera relación que guarda con lo sucedido.

Por lo tanto, lo único que resta por hacer es presentar la denuncia, acompañada de una explicación detallada de nuestra sospecha, aunque sin ninguna prueba determinante. Porque el tiempo corre y crece la amenaza que intentaremos advertir.

Una fotografía mía, acompañada del correspondiente pedido de captura comienza a circular por todas las jefaturas, comisarías y otras dependencias de Paraguay. Poco después, este pedido se amplifica cuando toma intervención la INTERPOL, convirtiendo mi rostro en un blanco internacional.

Inmediatamente se entera Anselmo, me advierte que debo refugiarme en la casa de su tío, es el único sitio que considera seguro. Ese viejo sótano es un lugar olvidado y las fuerzas policiales actuales ni siquiera lo tienen registrado; cree que allí podré permanecer a salvo… al menos hasta que decida qué rumbo darle a mi vida.

Tomo un taxi, pero desciendo en la terminal de ómnibus de larga distancia. Camino el resto del trayecto hasta el verdadero destino, no por precaución simple, sino por estrategia. Si por alguna razón, ese taxista tuviera que declarar, no podría revelar jamás cuál era el destino final, abriendo un amplio abanico de posibilidades. La paranoia ya es rutina y, mientras avanzo por esas calles silenciosas, me doy cuenta de algo, hacía mucho tiempo que no me sentía perseguido; igualmente, nunca, como ahora.

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATAZO CRISTIAN MARCELO ATRONGA-EDICIONES DIGITALES-

Solo llevo una muda de ropa interior, efectos personales básicos, toda la documentación impresa o en CD y la notebook. Lo que todavía queda en la casa, Anselmo lo trasladará más tarde. Lo importante es ocultar toda la información.

José, me estaba esperando. Ni bien llego, me conduce de inmediato al fondo del patio donde se encuentra ubicado ese galpón, semiescondido entre malezas y sombras, en el que no sé cuánto tiempo permaneceré ni qué me depararán los días venideros. Lo único cierto es que, al cruzar el umbral de ese lugar, dejo atrás lo poco que me quedaba de libertad.

—Me dijo Anselmo que venías.

—Sí. Me están buscando.

—Y por lo que sé, la búsqueda es exhaustiva. Vas a tener que quedarte un tiempo acá, hasta ver qué pasa.

A medida que avanzamos, me asalta el recuerdo de cuando conocí este tétrico lugar, que ahora será mi refugio. Es horrible, y no sé si podré resistirlo. Apenas ingresamos al viejo galpón, ya huelo la dejadez, un hedor rancio y amargo que delata los años de abandono. Pienso en la perversidad que hubo aquí en otros tiempos y un escalofrío hace que se erice mi piel. La atmosfera parece impregnada de algo más que polvo y óxido. Como si las paredes aún guardaran ecos de lo que aquí ocurrió.

Al levantar la tapa que conduce al subsuelo, una emanación húmeda y de encierro bloquea mi ser; por un instante… vacilo. Mi alma sedienta de libertad, clama por dar media vuelta y escapar, pero mi instinto de supervivencia me dice que no tengo opción.

José, al ver la expresión de mi cara, se da cuenta y dice:

—No te preocupes… hoy dormí adentro si querés. Mañana lo limpiamos un poco. Vas a estar bien.

Como si solo con algún producto de limpieza pudiera borrarse la historia aquí vivida. Pero él no fue un torturador, fue un torturado más; de otra manera quizá, pero lo fue.

—Gracias José, no sé cómo le voy a agradecer todo lo que hizo y hace por nosotros.

—Castigando a quien asesinó a mi sobrina y… a tu amigo. Esa es la manera — dice mientras me toma por un hombro, se humedecen sus arrugados ojos.

Enciende la mísera luz y todo está como aquella vez. No sé qué esperaba encontrar. De todas maneras, decido pasar esta noche aquí. Debo dominar mis emociones si quiero subsistir, aunque sea, en esta forma.

Con la ayuda de un ventilador, intento cambiar la pestilencia del ambiente por el fresco aire nocturno, colocándolo unos escalones antes de salir del recinto. Enciendo una vela perfumada de limón que se entremezcla con el tufo, no logrando mejorar la atmósfera. En el patio flota el exquisito aroma de la carne recién horneada, tibio, envolvente. Su fragancia me hipnotiza; me devuelve una extraña calma, un placer antiguo, casi olvidado, como si en mí se hubiera extinguido toda ambición, todo propósito que ata al ser humano al mundo moderno. Con la

CONEVOLUCIÓNELOSPALADINES-PLANZA1-CRISTIANMARCELOFERRONI-EDICIÓNDIGITALTOTTA UNITADA-

veloz partida no me percaté del apetito que tengo; o quizá sea mi inconsciente, vedado de toda otra posibilidad habitual, el que percibe esto como el único gozo posible.

Después de cenar y saborear un café conversado, me dirijo hacia mi nueva morada, sin demasiadas ganas. Al ingresar, noto que está menos sofocante, aunque el hedor de la humedad no ha sido vencido por la pequeña vela aromática de limón; o simplemente, me siento mejor.

Tiendo unas sábanas sobre un deteriorado colchón, todo lo que José pudo prestarme. Abatido por lo vivido en estos últimos días, ya sin tener que preocuparme por Walter ni resolver alguna situación crítica, sin incertidumbre ni miedo, el agotamiento me vence y caigo profundamente dormido; solo Walter cruza por mi cabeza hasta el último instante. Durante toda la noche queda la entrada abierta, como una boca oscura, que respira el mismo aire viciado de mi escondite.

5 de febrero de 2006- Encarnación.

Apenas percibo algo de claridad, que logra filtrarse a través de la puerta del pequeño galpón y el vano de acceso al sótano, consulto mi reloj y acusa las nueve de la mañana.

Me levanto, ansioso de abandonar este agujero. Apago el antiguo ventilador que durante toda la noche intentó apaciguar el clima del ambiente.

A medida que avanzo hacia la salida, la luz se va intensificando gradualmente, como si el amanecer estuviera ocurriendo ante mis ojos. Pero no es más que una ilusión, el sol lleva horas en lo alto. Al emerger finalmente del subsuelo, una claridad brutal me enceguece, me lastima los ojos, me recuerda que afuera el mundo continúa girando sin mí.

Después de un reconfortante desayuno, le pido a José que me consiga algunos elementos para acondicionar y limpiar mi refugio, necesito hacerlo habitable, aunque sé que jamás será un lugar digno.

Llamo a Victorino para advertirle que quizá ahora puedan rastrear a la persona que depositaba el dinero en la cuenta que mantiene para mis gastos. Oye con la pasividad que lo caracteriza y, casi aliviándome, me explica que tuvo la precaución de hacer los depósitos en efectivo y por cajero automático. No tienen manera de saber exactamente quién los efectuó. Y las cintas de seguridad las conservan por períodos cortos —agrega con seguridad—; el gerente de esa sucursal es un viejo amigo suyo, uno más de los tantos que esperan ver ajustadas las cuentas pendientes de esa banda.

Con timidez, le revelo que necesitaré dinero, porque de otra forma no podría sobrevivir. Dice que me despreocupe, que no me dejarán a la deriva. Tanto él como Maximiliano Ortiz reconocen el esfuerzo que hicimos y los peligros que atravesamos; y aunque las cosas no hayan salido como esperábamos, esa ayuda será la forma de agradecimiento. Propone entregarle una suma considerable a Anselmo, para evitar contactos frecuentes; y cuando necesite nuevamente, bastará con que se lo haga saber.

CORTIVO FLORES PARA LOS PLATAZOS-CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Le explico que es incierto qué ocurrirá con los integrantes de la banda, pero estimamos que con las fotografías que están en poder de la Justicia, difícilmente tengan escapatoria. Sobre todo, ahora que existen intereses de otros países.

Durante todo el día trabajo con ánimo en el acondicionamiento de mi refugio, ya que otra cosa tampoco puedo hacer; como si este pequeño desafío se hubiera convertido en mi objetivo de vida.

Anselmo traslada las armas y elementos utilizados en las operaciones que realizamos, incluso la impresora con la que preparé la copia del informe que encontró la policía la noche del deceso de Walter, junto al resto de mis pertenencias. En este lugar, todo permanecerá a buen resguardo, al igual que yo. Dice, que la unidad antiterrorista que investigará los hechos, ya arribó al país. Trajeron con ellos un contenedor marítimo en el que tienen montado un laboratorio móvil.

Esa noche, mientras preparo una bolsa con ropa sucia para que Anselmo la haga lavar, al revisar los bolsillos descubro algo inesperado; en uno, hay una hoja de papel doblada y arrugada… de pronto mi mente es asaltada por el recuerdo brutal de aquel momento y lugar en que me fue entregada. Una horrible sensación estremece y recorre mi cuerpo. Mi corazón late con tanta fuerza que parece faltarme el aire.

Al sacarlo, veo que está manchado con sangre. Es el papel que Walter me entregó antes de morir, quedó sepultado en el olvido por la conmoción sufrida en ese momento. Lo tomo con ambas manos y, frenéticamente, a pesar del temblor, lo extiendo sobre mi pecho, intentando alisarlo pasándole la mano una y otra vez.

Las huellas digitales de Walter, impresas con su propia sangre, permanecen allí, imborrables. Al contemplarlas, siento una extraña mezcla de sensaciones, angustia y furia a la vez. Con la voz quebrada, digo entre silencio y voz alta:

—Por vos amigo… por vos los vamos a hacer pelota. Te lo juro…

Cuando por fin logro alisarlo un poco; lo miro y descubro que no es una hoja en blanco, está cubierta con una gran cantidad de caracteres, escritos con trazos firmes y extraños para mí. Sin duda, se trata de escritura árabe.

No entiendo ni de qué lado debo mirarlo, y eso me carcome la mente. ¿Qué mensaje me dejó Walter? ¿Será una clave, un secreto, o simplemente unos garabatos sin sentido?

El manuscrito está plasmado sobre un delicado papel texturado y grueso, adornado con arabescos geométricos en azul profundo, salpicados con rojo y ribetes dorados que aún brillan.

Notifico el hallazgo a Anselmo. Él deberá encargarse de averiguar qué significa.

6 de febrero de 2006- Encarnación.

A primera hora de la mañana, pasa a retirar una copia en colores que le entrega su tío; porque yo continúo recluido en mi escondite.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLEROVICH-EDICIONIGARTEDITAILIMITADA-

Antes de seguir su camino, le pide a José que me advierta para que salga lo menos posible. La búsqueda se ha intensificado; indagan en hoteles, hospedajes, hospitales o en cualquier lugar que les sea posible. La orden es clara, localizarme y capturarme con vida. No soy simplemente un fugitivo, el FBI me considera un testigo clave. Así lo solicitó el Gobierno de los Estados Unidos, por intermedio de su Embajador en Paraguay.

Anselmo está al tanto de estos detalles porque fue designado como enlace local de la unidad antiterrorista, gracias a su dominio del idioma inglés y a cursos de entrenamiento y capacitación que realizó en el extranjero; sumado a que conoce al dedillo esta ciudad. Sus superiores quisieron causar una buena impresión ante los norteamericanos, escogiendo a alguien con preparación.

Parece irreal, pero fue justamente a él al que eligieron para realizar esa tarea.

Cuando José me transmite las palabras de Anselmo, la frágil calma que empezaba a recuperar se resquebraja. Me vuelvo irritable, hipersensible, y en los días siguientes los síntomas se irán agravando con el peso del encierro.

Tal es así que, en una de mis escasas salidas para ir al baño, la claridad de media mañana vuelve a enceguecerme como de costumbre. Esta vez, en medio de ese resplandor, una silueta se dibuja a pocos pasos. No logrando distinguir de quién se trata, con un esfuerzo desesperado trato de enfocar, la figura avanza hacia mí; el pánico me sacude, intento correr, tropezando con todo lo que se interpone en mi camino a causa de la momentánea ceguera y el terror de no poder dilucidar si estoy frente a un amigo… o a mi cazador.

—¡Martín! Soy yo, José. No pensé que te fueras a asustar… como me miraste… —dice, totalmente desconcertado.

—No veo casi nada cuando salgo. Voy a tener que mejorar la iluminación ahí abajo.

Y por más que encendiera todas las luces de la avenida Corrientes, creo que no voy a soportarlo demasiado tiempo. Al menos sin que los nervios se apoderen de mi razón.

Cuando viene Anselmo, trae una buena noticia y otra no tanto.

De la documentación que halló la policía dentro del bolso, cuidadosamente eliminaron todas las pruebas que involucraba a la banda; no se los ve en ninguna de las fotografías. Lo descubrió al ser convocado por el FBI para efectuar un trabajo de reconocimiento visual de lugares o personas en esas imágenes.

La impunidad demostrada por la banda es impactante, puesto que, si caen ellos, seguramente corran riesgo quienes los amparan desde las altas esferas. Esa es la razón por la cual logran manejar la justicia a su antojo, por lo menos, en esta ciudad.

La buena noticia es que un amigo con conocimientos de ese tipo de escritura tradujo el manuscrito que me entregó Walter.

Anselmo cree que puede ser el punto de partida para que el FBI considere que un atentado está en su fase inicial, aun cuando permanecen en constante alerta, sobre todo al detectar una

CONEVOLUCIÓNELOSFUEGOS-SIA-2024-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIÓNGRATUITAILIMITADA-

célula en movimiento. Porque saben que no lo llevan a cabo en un día, lo hacen con meses o quizá años, de laboriosa y paciente preparación.

Si bien su amigo no tradujo el mensaje de manera textual, en su narración general transmite un acto de fe:

Habla sobre el júbilo y la iluminación que desea para sus fieles —suponemos que se refiere a los árabes vinculados con la banda— *por contribuir con la anhelada "reforma del mundo", tanto en los individuos como en la sociedad.*

Les rinde ferviente respeto y devoción por su digna y justa labor, exhortándolos a no temer el desamparo de su acto solitario, pues su propia fe los acompaña y cobija. Les pide que escuchen a su corazón y avancen a cualquier precio, porque todo sacrificio supremo en el camino culmina con su recompensa celestial. El creador y la oración los protegen y guían hacia el renacer de la humanidad al final de los tiempos.

Entre todas, destacaron una frase cuya traducción sería:

Con el vuelo de los pájaros experimentarán su gloria personal y una victoria para su líder y su organización".

Por mi mente cruza un único pensamiento. Cuando se lo comparto a Anselmo, él apenas me mira en silencio, asiente con gravedad... y me confiesa que piensa exactamente igual desde la primera vez que lo leyó. Es un mensaje místico en el que esa última frase pareciera ser la clave. Confirma con claridad nuestras sospechas al aludir, de manera alegórica, a las aeronaves.

La prueba obtenida es excepcional, otorga sustento a nuestra investigación y ratifica la sospecha. Restaría descubrir cuáles serán esos vuelos elegidos. El lugar y la fecha los conocemos. Mar del Plata, durante la IV Cumbre de las Américas; para la que faltan solamente diez días.

Debemos acelerar y combinar muy bien las acciones por seguir para que se produzca la interrupción inequívoca de ese atentado, preferentemente, antes de que comience su ejecución. Está en nuestras manos la vida de mucha gente que se siente tan ajena al terrorismo como me sentía yo antes de todo esto. Cuando recapacito un momento, no deja de asombrarme la situación en la que me involucré.

Lo único que podemos y debemos hacer es informar a las autoridades correctas y entregar el mensaje original junto con todas las pruebas.

Una pregunta clave retumba en mi cabeza. ¿Cuáles serán esos vuelos? De la exactitud de su respuesta depende un doble éxito de nuestro esfuerzo. Primero, salvar la vida a mucha gente inocente, que vive en un país que repudia tanto al terrorismo como a ciertas formas de combatirlo. Y segundo, que por fin caiga la banda; por ser demostrable su cooperación con el atentado.

Después de evaluar las posibilidades, resolvemos que lo más conveniente será enviar cartas anónimas a algunos funcionarios públicos de diferentes sectores, esperando que alguno se

CONELVUELODELOSPAJAROS-FLAINZU-CRISTIANMARCELOTRUJILLO-EDICIONGRATUITALIMITADA-

atreva a presentar la denuncia para advertir al Gobierno Argentino. De esta manera, sabremos también en quién confiar para entregar la documentación y para cuando me entregue yo, en un futuro no muy lejano.

Elaboramos un listado de personas que, Anselmo y su tío, consideran honorables. Intentamos localizar sus direcciones particulares por medio de la guía telefónica, si lográramos dejarlos en sus casas sería menos riesgoso.

A los elegidos, les entregaremos una copia del mensaje que me diera Walter, junto a una nota explicativa de lo que significa y de lo que piensan llevar a cabo. Agregaremos la documentación que implica a los árabes y a la banda, para que se establezca una relación con el material secuestrado la noche del deceso de Walter.

7 de febrero de 2006- Encarnación.

Durante la madrugada, Anselmo logró entregar tres sobres anónimos, en lugares donde no corría riesgo de ser descubierto.

El primero en atreverse a tomar en serio el alarmante informe es un fiscal conocido por incorruptible. Pero su valentía dura apenas unas horas; antes de ese mismo mediodía, es brutalmente asesinado junto a su familia.

Los acribillaron sin piedad desde un vehículo en movimiento, a plena luz del día, frente a decenas de testigos. El mensaje es aterrador y claro. Cualquiera que intente dar un paso hacia la verdad será silenciado.

Después de este horrible suceso, dudamos que las otras dos personas que recibieron nuestro informe se atrevan siquiera a leerlo. Hasta los medios locales, temerosos, trabajan con pies de plomo. Hablan del caso, pero con excesivo cuidado, midiendo cada palabra, como si nombrar lo evidente fuera muy peligroso.

El fiscal asesinado había comenzado la investigación de inmediato, dado que respondía a una línea política radicalmente opuesta a la de los funcionarios que amparan al Jefe, y vio en la documentación recibida una oportunidad única.

Con pleno conocimiento de las turbias alianzas entre ciertos políticos y funcionarios con el líder de la banda, intentó aprovechar la coyuntura para quebrar esa estructura de poder que, desde hace años, se mantiene intocable.

Sabía que enfrentaba un monstruo enquistado en el Estado mismo, pero aun así avanzó, decidido a exponer la podredumbre. No llegó a dar un segundo paso, la respuesta fue fulminante, brutal, ejemplificadora.

Más adelante se sabrá que alguien de su propio staff lo habría traicionado. La noticia de la investigación llegó de inmediato a oídos de El Jefe, quien ordenó silencio a cualquier costo, para evitar que se revelen las estrechas conexiones con algunos altos funcionarios; cómplices que reciben su tajada por mantenerlo a buen resguardo.

CONTIENE FRAGMENTOS PUBLICADOS-CRISTIAN MARCELO ATRONICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

El crimen, sin embargo, fue imposible de ocultar. Debido a la serie de hechos violentos ocurridos en esta ciudad durante el último tiempo, llegaron corresponsales de medios informativos de Asunción. Y fueron ellos, los periodistas de la prensa nacional, quienes rompieron el cerco del silencio. Difundieron las noticias sin tapujos, con titulares que hielan la sangre.

Calificaron el cruel asesinato del fiscal y su familia como un acto de barbarie propio de alguna mafia poderosa instaurada en la ciudad o, incluso, en el país entero. Algunos, más atrevidos, se animan a sugerir que una banda que opera en el país actúa bajo la sombra protectora de algún sector del poder político y estatal.

Los medios comenzaron a insistir en la existencia de un misterioso sobre que el fiscal habría recibido poco antes de su asesinato, un documento cargado de información secreta sobre la planificación de un atentado. Para muchos, ese sobre es la clave de su horrible deceso y el de su familia.

Ante la falta de evidencias concretas, y apenas con algunas certezas difusas, la prensa comenzó a formular conjeturas tan inquietantes como desacertadas; hablan de un posible nuevo golpe contra la joven democracia paraguaya. Debido a algunos nombres que circulan en los pasillos del poder y en las redacciones, pero que no se atreven a difundir por cautela... o por miedo.

Desatado el escándalo, la justicia, es presionada por la opinión pública y los medios, que hambrientos de primicias iniciaron una búsqueda frenética, sin rumbo, del célebre sobre o de cualquier dato relacionado con el caso. Aunque hasta ahora sea solo una suposición. El desconcierto es general. Las hipótesis son diversas.

En cambio, el Gobierno de los Estados Unidos se mantiene expectante. Obsesionado con evitar que se filtre cualquier indicio del supuesto informe con carácter terrorista, del que también circulan rumores. Les interesa que prospere la teoría de un atentado golpista interno, desviando la atención pública hacia una mirada introspectiva. Así, les permitirá avanzar en su propia investigación sin delatar que una célula terrorista podría estar operando en la región. En cambio, si esta hipótesis tomara cuerpo demasiado pronto, los responsables tendrían margen para desaparecer, replegarse o moverse con una prudencia que dificulte su localización.

Los comentarios en la ciudad por la presencia de agentes y marines estadounidenses, todos convocados en un primer momento en carácter de apoyo, es lo que induce a la prensa a relacionar la situación con el terrorismo.

En Encarnación, la unidad antiterrorista estadounidense ya se encuentra operativa. Sus agentes, acompañados por efectivos destacados en la zona de la Triple Frontera, trabajan con el único objetivo de rastrear el origen del supuesto informe que llegó a manos del fiscal asesinado. La pista, está alimentada por comentarios extraoficiales.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATA 2021-CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO-EDICIÓN DIGITAL ILIMITADA-

El rumor popular, sin embargo, se bifurca. Algunos aseguran que la amenaza apunta directamente contra el Gobierno de Paraguay; y otros, en cambio, sospechan que el informe podría exponer una operación mucho más oscura y con ramificaciones internacionales. Si el contenido de aquel sobre estuviera vinculado a su propia investigación —de los EEUU—, el silencio absoluto se convierte en prioridad estratégica.

La incertidumbre es plena. Nadie, por ahora, puede precisar con certeza a qué clase de atentado se refiere la situación. No hay fechas, no hay lugares. Ni siquiera un objetivo claro. El escenario se presta para toda clase de conjeturas. Podría tratarse de dos sucesos independientes que por azar se cruzan, o de piezas de una misma trama aún oculta.

Lo único tangible era el expediente que inició el fiscal. Este documento, que pudo haber arrojado luz sobre el misterio, desapareció casi en el mismo momento en que fuera ultimado.

Aunque la entrega de los sobres es todavía reciente, hasta ahora ninguna de las otras dos personas que recibieron la información se atrevió a reconocer públicamente que posee una copia. Seguramente por miedo, ante la noticia del horrendo suceso del fiscal, de correr con el mismo destino.

Comprendemos que el camino elegido no nos llevará a ninguna parte. La investigación para neutralizar el atentado y detener a la banda está condenada al fracaso si dependemos de las autoridades locales o de la justicia. La mejor opción será tomar un riesgo mayor y entregar una copia directamente a la unidad antiterrorista norteamericana. Existen dos motivos incuestionables. El primero, que cuentan con la experiencia y los recursos que los convierten en los mejores para manejar con eficacia la situación; y el segundo, como sabemos que el objetivo del atentado es la reunión internacional a la que asistirá el Presidente de los Estados Unidos y su comitiva, el ataque no puede permitirse.

Además, confiamos en que estos agentes no poseen vínculos turbios con la banda ni con el poder político local que los protege. Enviarles la información directamente significa cortar de raíz cualquier posibilidad de que vuelva a desvirtuarse la investigación.

Preparo una copia de varios de los archivos que tenemos, retirando, lo que considero que pueda comprometernos.

El verdadero problema, surge a la hora de entregárselos. Al momento, no hallamos una manera segura de hacerlo. Pensamos y descartamos varias formas, pero al final, decidimos que primero deberé establecer contacto con algún miembro del FBI.

El plan, aunque rudimentario, tiene la virtud de la sencillez. La copia será guardada en un casillero de la terminal de ómnibus de larga distancia de Encarnación. La llave quedará oculta en el baño de caballeros, sobre el muro divisorio de los dos primeros retretes. Una vez hecho, mediante una llamada anónima les indicaré dónde hallarla. De ese modo, podrán obtener la documentación sin sospecha, sin intermediarios y sin rastros. Es un movimiento peligroso. Una jugada que, si resulta, puede salvar la vida de miles; pero si falla, nos expondrá a todos.

CONEVOLUCIONESPRIMOS-PLATIZOL-CRISTIANMARCELOTRONICA-EDICIONGRATUITAJIMENADA-

Más tarde el operativo está en marcha. Todo se juega en cuestión de minutos.

Doy un margen de tiempo, el suficiente para que Anselmo llegue a su lugar de trabajo. Su presencia allí el vital, debe garantizar que mi llamado no sea interceptado y filtrado por oídos indebidos, sino transferido forzosamente al FBI.

Cada segundo de espera parece eterno. Si alguien sospecha o corta la llamada, nuestro plan estará muerto antes de nacer.

José, que me observa cada día como un padre, se ofreció a realizar el trabajo. Sin embargo, prefiero hacerlo yo. Para mí, esto es un estímulo; la manera de no dejar caer el ánimo. Algo dentro de mí me advierte que ya no podré vivir sin esa exaltación de estar en movimiento, de asumir un riesgo. Es contradictorio, el mismo peligro que me acecha es, también, el que me mantiene vivo.

Tomo mis precauciones. Oscurecí mi cabello y dejaré que continúe creciendo. Conservo una barba desprolija de varios días. Mi rostro frente al espejo no es el mismo, me veo y siento, diferente. Distinto a esa fotografía con la que hicieron circular mi pedido de captura, aquella que obtuvo la División de Asuntos Internacionales en INTERPOL Argentina, tras identificar mis huellas dactilares en la documentación secuestrada por la policía local.

Cuando finalmente tomo el aparato para llamar, son casi las quince treinta, desde la cabina de un teléfono público, marco...mi mano tiembla, pero debo hacer que mi voz suene firme. Del otro lado deben creer que tienen a un testigo clave y no a un fugitivo escondido en un sótano húmedo.

—Jefatura Central de Policía, oficial ayudante Rodríguez.

—Quiero que me comuniquen con algún miembro de la unidad antiterrorista del FBI —digo sin vueltas.

Noto que lo tomé por sorpresa.

—¿Quién habla?

—Eso no importa, ya le dije que quiero hablar con alguien del FBI.

—¿FBI? —pregunta con desconcierto.

—Tengo lo que buscan.

Tarda un instante en contestar.

—Acérquelo a esta Jefatura y se lo entregaremos —dice con cierta ironía.

—¿Le parece que estoy jugando? Basta de entretenerme y haga lo que le ordeno o no les entrego nada. ¡O peor aún! Se lo llevaré personalmente a ellos y les explicaré de su negativa a colaborar —exclamo, simulando enojo.

Cuando el oficial se encuentra descolocado, interviene Anselmo, quien escuchaba la conversación.

—Habla el oficial inspector Anselmo Saravia, ¿qué necesita?

—Quiero hablar con algún miembro de la unidad antiterrorista —digo con naturalidad.

CONEVOLUCIÓNESPEJARROS-PLAZUZU-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITA-IMITADA-

—Dígame a mí lo que desea comunicarles… el oficial que lo atendió no está al tanto.

Intenta continuar el diálogo por si hubiera alguien oyendo. En ese momento, al otro lado del teléfono, oigo algunos gritos.

—¡Pasame! —le vociferan a Anselmo, arrancándole el tubo de la mano.

—Habla el comisario principal Caballero, ¡identifíquese! —grita con voz de mando.

—Cuántas veces lo tengo que repetir, quiero hablar con algún miembro de la unidad antiterrorista, ¡con nadie más!

—¿Por qué imagina que acá hay una unidad antiterrorista? Si tiene algo para decir, ¡dígamelo a mí!

—Las noticias corren muy rápido. Vuelvo a llamar exactamente dentro de media hora, ni un minuto más ni uno menos; en ese tiempo, espero que pueda ubicarlos y explicarles que solo hablaré con alguno de ellos. Si no lo hace, puede estar seguro de que le entregaré lo que tengo personalmente y les explicaré que usted se negó a colaborar —corto, sin permitirle decir nada.

Cuando vuelva a comunicarme, la señal es una, debo esperar a que Anselmo llame a mi celular. Es la única manera de asegurarme de que hablo con quien necesito y no una trampa tendida por colaboradores de la red del Jefe. Solo así daré el siguiente paso, entregar la información en las manos correctas

Exactamente media hora después, llamo. Estoy en las cercanías de la terminal de ómnibus. Atiende el mismo comisario. La menor cantidad de personas debe saber de la presencia del FBI. Después de unos segundos, me transfieren con el agente a cargo de la unidad antiterrorista.

—Aló —se oye una voz grave en idioma castellano, pero con tono cerrado.

—¿Con quién hablo?

—Con el agente especial Eric Rafael Montana, Unidad de Investigaciones de la División Antiterrorista de la Agencia del FBI para América Latina. ¿Usted es…?

Hice una pausa, hasta que Anselmo llamó a mi celular para confirmar que hablo con quien debo.

—Yo soy… quien lo va a guiar hasta encontrar lo que todos están buscando — respondo.

—Así de sencillo… ¿Y cómo piensa hacer eso? y… ¿a cambio de qué?

—En quince minutos lo llamo nuevamente, a este mismo número —corto sin dejarlo hablar.

Una vez en la terminal, en uno de los casilleros guardo el sobre que contiene la documentación; encinté mis dedos para no dejar huellas, aunque ya conozcan mi identidad. Número dieciocho, y procedo a dejar la llave en el lugar elegido.

A la hora indicada llamo. Con pocas palabras, le explico rápidamente cómo encontrar lo que busca. Le pido que me dé un número telefónico para comunicarme directamente con él. Y al final de la conversación le respondo:

—Y… a cambio de algo que ya pensaré.

CONEVOLUCIONESPLANOSPLATAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGATOTRAMPEADA-

Corto la llamada. Me aseguro de no exceder el minuto de comunicación, para evitar ser rastreado. Y si lo lograran, cuando lleguen, no me encontrarán en el lugar.

Concurren inmediatamente en busca de su tesoro con Anselmo como guía.

Arman una parafernalia como si estuvieran a punto de detener ahí mismo a los terroristas con bombas y todo. Pero es por el protocolo de su propia seguridad. Con ayuda de la policía paraguaya, cierran todas las salidas y exigen que se identifique a cada una de las personas que se encuentran en el lugar; en un intento vano, por encontrar a quien los condujo hasta allí. Afuera, un cordón policial mantiene alejados a los curiosos y, sobre todo, a los periodistas que intentan colarse con cámaras y micrófonos. La ciudad se encuentra bajo una fantasía tal, que la prensa llega casi al mismo tiempo que los agentes. El despliegue es abrumador, armas de todo tipo, la división de perros entrenados, gritos y órdenes en inglés y en español.

La gente murmura aterrada, mientras observan cómo se desata ese despliegue espectacular; y la presencia de los medios hace que sea casi cinematográfico. Nadie imagina que todo es por un simple casillero con un sobre en su interior.

Recorren el itinerario como se los detallé. Al llegar al casillero señalado, evacúan la zona. Uno de ellos, se coloca un traje especial con una especie de máscara antigás y guantes. Los otros cuatro, se disponen en semicírculo, de espaldas al epicentro y a distancia, cubriéndolo. Antes de abrir el casillero, realiza algunas pruebas con un pequeño sensor electrónico y, por fin, se decide a hacerlo.

Extrae con sumo cuidado un sobre de papel madera; primero lo inspecciona, luego lo abre lentamente y examina su interior con minuciosidad. Convencido de que no hay trampa, se quita la máscara y revisa la documentación. Después, devuelve todo al sobre, lo introduce en una bolsa plástica y la cierra herméticamente.

Preguntan al oficial a cargo del operativo de control de la terminal si entre los presentes se detectó algún sospechoso. La respuesta negativa los conduce a retirarse discretamente hacia su laboratorio móvil, mientras en paralelo continúa el proceso de identificación de cada persona en el lugar.

Ya en su laboratorio, extraen los documentos del sobre y los escanean uno por uno. Una computadora equipada con un software sofisticado procesa las imágenes. Examinan cada milímetro de las fotografías y de los escritos, ampliando, filtrando y resaltando detalles imperceptibles a simple vista, en busca de alguna pista escondida que pueda revelar lo que necesitan.

Constatan, que los árabes retratados en esas fotografías aparecen en sus archivos, clasificados como miembros de una célula terrorista detectada por primera y única vez en Afganistán sobre finales de 2001; cuando casi son capturados durante las acciones llevadas a cabo por la coalición internacional contra el terrorismo, en la operación denominada Libertad

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLATAZO-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIÓNGRATUITAYLIMITADA-

Duradera. Desde entonces, no existieron más rastros. Pero si saben, que sus miembros se dispersaron por diversos puntos del planeta para formar nuevas células autónomas.

Todos los documentos, pasan por diferentes etapas de exhaustivos análisis, mediante sistemas y tecnologías de última generación. Incluso, enviarán todo el material hacia los Estados Unidos en una aeronave secreta del FBI que partirá desde el aeropuerto de Posadas. Allí, le realizarán exámenes más rigurosos.

Registran este informe bajo el NCTC (National Counterterrorism Center), que es uno de los programas conjunto entre Estados Unidos y otros países. En este caso, como CIPE23-2 (Classified Information Paraguay Encarnación 23-2), que sería el segundo informe del caso veintitrés. El primero, fue la documentación encontrada en el bolso la noche que falleció Walter. En América Latina, ya fueron investigados veintidós casos anteriores, que mantuvieron relación con alguna forma de terrorismo.

Convocan a Anselmo para que realice un reconocimiento visual de las fotografías recientemente obtenidas y para que aporte los antecedentes de las personas que aparecen en ellas, nada menos que El Jefe y su banda.

Tras observarlas detenidamente, Anselmo dice que cree reconocer cierto lugar o, al menos, guarda un gran parecido con uno en la propia ciudad. Se trata del galpón y casa que la banda utilizaba como centro de operaciones. Justamente por haber reconocido antes al Jefe, personaje extremadamente popular en el ambiente.

En cambio, como otras imágenes revelan haber sido tomadas en escenarios muy diferentes a los de Paraguay, con costas bañadas por algún mar u océano, aquello le sugiere —explica— que las ramificaciones de la organización se extienden mucho más allá de las fronteras del país.

Si al menos fueron tomadas en Sudamérica, por sus conocimientos; debido a la amplitud de sus playas de arena y su escasa pendiente, deduce que, con gran probabilidad, se trate de la costa del Océano Atlántico. Siguiendo un razonamiento lógico, descarta de inmediato a Brasil, ya que no se observan los característicos morros ni la exuberante vegetación que suelen rodear sus playas.

La conclusión parece inevitable, solo pueden corresponder a Uruguay o Argentina. La certeza se afianza cuando distingue en una de las imágenes la patente de un vehículo, inequívocamente, perteneciente a la República Argentina.

Con cautela, expone estas deducciones para orientarlos hacia Mar del Plata, procurando hacerlo de la manera más discreta posible. Aun así, sabe que los agentes poseen en reserva información más precisa, y le resulta sospechoso que sea él quien saque esas conclusiones. Siente como si lo estuviesen poniendo a prueba.

Por lo pronto, le piden que los guíe hasta el lugar que cree haber reconocido en las fotografías. Anselmo y dos de los miembros de la unidad se encaminan hacia allí.

CONEVOELOBELOSPRIANOS-HUATAZU-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

Al compararlo con las imágenes que poseen, dan por sentado que se trata del mismo sitio. Llaman de inmediato a sus compañeros, quienes arriban unos quince minutos después guiados por un patrullero de la policía paraguaya. Llegan en un furgón con todo el equipo necesario y algunos agentes más del FBI. Verifican que la vivienda está deshabitada, fuerzan la entrada e ingresan sin vacilaciones. Una vez adentro, comienzan a registrar y fotografiar cada rincón.

De inmediato se ordena un amplio despliegue policial, motivado por la presión de los medios periodísticos que suponen que todo está relacionado con el fiscal asesinado. Vallan la zona con cintas de seguridad y despejan un perímetro de al menos cincuenta metros a la redonda. La presencia de los agentes del FBI debe mantenerse a resguardo.

Anselmo, uno de los responsables de mantener el secreto, recorre con ellos el interior de la vivienda y del galpón. En la primera solo encuentran los muebles habituales de una casa y nada fuera de lo común, mientras que el segundo está completamente vacío.

Como la oscuridad comienza a caer, deciden dejar la inspección del exterior para mañana y continúan trabajando adentro, iluminados con unas potentes lámparas eléctricas alimentadas por un grupo electrógeno que trajeron consigo.

Tras varias horas de minuciosas tareas, se retiran a descansar, quedando en el lugar una guardia de la policía paraguaya para evitar la intromisión de cualquier curioso; especialmente, de la prensa.

8 de febrero de 2006- Encarnación.

Con la luz del día regresan para continuar con la inspección, con la esperanza de encontrar alguna pista que la oscuridad pudiera haber ocultado. Esta vez, recorren palmo a palmo el exterior, sin obtener resultados. A decir verdad, no descubren ningún dato relevante, lo único que consiguieron fueron huellas digitales de los miembros de la banda y de los del grupo de estudio; o muestras de vellos, para posibles análisis de ADN. Pero como ya conocen sus identidades, esas pruebas resultan de escaso valor.

Aun así, los hallazgos, aunque modestos, consolidan la conexión con nuestro informe. Si bien no aumenta la veracidad de la hipótesis sobre el atentado, ayuda para fortalecer la confianza, marcando el inicio del camino que los conducirá hasta Mar del Plata.

Encomiendan a Anselmo que investigue la titularidad de la vivienda. Al poco tiempo revela un dato que comienza a colocar las piezas del rompecabezas, la propiedad figura a nombre Sofía Moya, ex esposa de Arsenio Ismael Prados, alias El Jefe, cuya imagen aparece claramente en algunas de las fotografías del informe. Con esa confirmación, ordenan la búsqueda de todos los integrantes de la banda, que en cuestión de días derivará en un pedido de captura internacional.

SOBRE VUELOS ESPIANOS PLATA2U-DISTRIMARC SOLATRONICA-EDICION GRATUITA LIMITADA-

Esta vez, El Jefe y sus secuaces quedan en una situación verdaderamente comprometida. Con la intervención del FBI, habrá que ver hasta dónde los amparan sus aliados en el poder; quienes, con seguridad, no tardarán en apartarse.

Aunque estoy al tanto de lo ocurrido a través de Anselmo, realizo una llamada estratégica para confirmar que hallaron las pruebas que les prometí. Lo hago para intentar mantener a mi aliado al margen y asegurar su desvinculación de todo lo sucedido. Pero en el fondo, mi verdadero interés es afianzar el vínculo con el FBI. Si logro que me consideren un testigo clave en esta investigación, quizá, puedan tenderme una mano y sacarme del aprieto en el que me encuentro.

—Aló

—¿Montana?

—Sí, ¿usted es? —pregunta con picardía.

Dudo un momento.

—Carlos, llámeme Carlos —respondo.

—Bien, muy bien Carlos. ¿Esto quiere decir que tal vez continuemos en contacto?

—Si no intentan perjudicarme, tal vez… sigamos en contacto.

—¿Por ejemplo?

—Como… intentar rastrearme para detenerme.

—Pero… se imaginará usted que ese es mi trabajo. No quiero serle deshonesto porque nos dio la pista inicial para enfocar la investigación.

—Pero yo le aseguro que no tengo nada que ver con el atentado ni con los terroristas, me impliqué en esto a causa de otra cuestión ajena a ese tipo de actividades.

—Si no tiene nada que ver, no debería tener miedo en darse a conocer. Además, sería bueno que me cuente cómo y por qué llegó hasta aquí.

—No viene al caso, le pido que confíe en mí. Tengo más pruebas para entregarles.

Intento ponerme en papel de colaborador.

—Okey, veremos cómo se desarrolla la investigación. Le pido que por favor me entregue toda la información que tenga en su poder, seguramente a nosotros nos sea más útil que a usted.

—Indudablemente, pero como usted dijo, veamos cómo se desarrolla la investigación. Tal vez necesite esas pruebas como garantía de mi libertad.

—No sé por qué piensa eso, ¿acaso no me acaba de explicar que no está involucrado con los terroristas?

—Así es, no tuve relación directa, pero quizá sí… de manera indirecta.

—¡Entonces colaboró con ellos! —dice alterando su tono de voz.

—No, nunca dije que colaboré con ellos.

Da un suspiro de cansancio.

CONEVOLUCIONESDESPLIEGOS-PLANZAS-CRISTIANMACEDA-PLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Va a resultar muy difícil que lo ayude si no me lo explica. Le prometo apoyarlo en todo y, si es necesario, lo colocaré en el programa de protección para testigos.

—Pienso… y lo llamo.

—Recuerde que a nosotros nos serviría toda la información que tenga en su poder, podrían proporcionarnos más datos.

—Por ahora, lo más urgente se los entregué. Tienen que detener ese atentado.

—Despreocúpese. El caso está en las mejores manos.

Debo confiar en que así será. Anselmo me mantendrá al tanto de lo que resuelvan hacer. Les concederé un par de días; de otro modo me arriesgaré a entregar un informe en la Embajada de Argentina en Paraguay.

Reflexiono respecto a lo que mencionó sobre la posibilidad de colocarme en un programa de protección para testigos. La idea es tentadora, aunque antes debo cerciorarme de qué consecuencias podría acarrearme la participación que tuve en los crímenes que cometimos. No sé hasta dónde podría blindarme ese amparo. Ya veré qué opina Anselmo.

Por ahora, lo más prudente es mantenerme en el anonimato. Pero lo que más me pesa es el encierro, la sensación de estar prisionero en mi propio escondite, con la mente cargada de dilemas y sin más compañía que mis propias dudas.

11 de febrero de 2006- Encarnación.

Después de unos días, Anselmo viene a visitarnos.

—Apareciste, perdido —le recrimino.

—Viajé con ellos a Mar del Plata. Me tienen ocupado todo el tiempo y no conviene que te llame, es muy arriesgado. Además, no sé hasta qué punto confían en mí y, quizá, hasta pueda tener intervenido mi teléfono. De todas maneras, eso no es lo importante.

—¿Qué pasa? ¿Tengo que entregar el informe a la Embajada Argentina o no?

—No estoy seguro. Solo falta corroborar la autenticidad de las pruebas, sobre todo del manuscrito, para disponer un operativo antiterrorista en Argentina. Necesitan unos días más.

—Pero casi estamos sobre la fecha.

—No sé qué decirte —responde, dejándome solo en la toma de esa decisión.

Le explico la propuesta que me hizo Montana del programa para protección de testigos.

—Es un tipo algo egocéntrico, pero bastante centrado respecto al trabajo o, por lo menos, eso aparenta con lo poco que lo conozco.

—No sé qué me conviene, porque cuando verifiquen que no colaboré con los terroristas, seguramente me exoneren de la relación con ellos; pero no creo que sea así por parte de la justicia paraguaya por el hecho del que saben que participé.

SOBRE EL CUERPO DE LOS MUERTOS PLETNEV-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICION GRATUITA NO LUCRATIVA-

—Dejame ver qué puedo averiguar, porque recién ahora están ahondando en los hechos, por exigencia del Gobierno de los Estados Unidos. Antes, alguien frenaba la investigación.

—Sí, pero tené en cuenta que mis huellas las obtuvieron justamente de la documentación que inculpa a los terroristas.

Me explica por los procesos que pasaron las pruebas. La que más veracidad le proporciona al informe, es ese manuscrito que me dio Walter justo antes de fallecer; del que les entregué una copia en colores.

—Esa prueba es la más concluyente, incluso en los Estados Unidos la examinaron con métodos de última generación. La cotejaron con otro manuscrito original de similares características que tiene el FBI en sus archivos, y lograron confirmar rasgos estructurales de trazo y redacción. Cosas, que podrían llegar a falsificarse. Por eso necesitan algo más…

Ahora saben hasta qué tipo y marca de impresora utilicé. Le practicarán nuevos exámenes, con la esperanza de elevar el porcentaje de autenticidad para que se transforme en una evidencia altamente confiable. Así, Estados Unidos podrá disponer una operación antiterrorista durante la IV Cumbre de las Américas, en coordinación con las fuerzas militares, policiales y de inteligencia argentinas. Siempre y cuando, la investigación de la unidad antiterrorista así lo acredite. De ahí en más, la decisión final quedará en manos de la Casa Blanca, el Departamento de Seguridad Nacional y el Pentágono.

Ya confirmaron con exactitud cada lugar en que fueron tomadas la mayoría de las fotografías costeras que involucran a los árabes, y no tienen dudas de dónde y cuándo desplegar el operativo.

—Tal vez, les tendríamos que entregar el original que me dio Walter para que sea más rápida y firme la toma de la decisión.

Mientras, Anselmo asiente con su cabeza.

—Llamalo a Montana, sacale la conversación y se lo entregamos.

Inmediatamente llamo al agente del FBI.

—Aló —dice con su característico tono cerrado.

—Hola… Estuve considerando lo que me dijo acerca de ese programa para protección de testigos.

—Ah… Carlos.

—Sí. Disculpe, pero estoy algo nervioso.

Realmente no sé qué decirle.

—¿Qué decidió?

—No, aún nada. Quería saber una cosa, ¿qué seguridad tengo de que realmente me ubicarán en ese programa… si me entrego?

Tarda un instante y responde:

CON VUELO DE PÁJAROS-PLAN ZOL-CRISTIAN MARCELO LERÓNICA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

—¡Mi palabra! De eso depende su seguridad. ¿Por qué?, ¿acaso tiene alguna duda al respecto?

—No… lo que se dice duda… respecto a usted, no. Es que… participé de un incidente violento que sucedió aquí, en Encarnación. Es ése el problema.

—Comprendo exactamente a lo que se refiere. En lo que a mí me concierne, eso no es ningún impedimento para colocarlo en este programa. Qué sucederá después de que se acabe la protección por parte del Gobierno de los Estados Unidos respecto a la justicia paraguaya no… tengo respuesta.

—Pero… por colaborar con ustedes, incluso por entregarles más pruebas, ¿no tendría una protección de por vida? —pregunto cualquier cosa que pueda darme el pie necesario para negociar por el mensaje original.

—Podría ser, pero eso depende… de qué tipo de colaboración nos brinde. Además de su autenticidad, por supuesto.

—Por ejemplo, más fotos…O el mensaje manuscrito original destinado a los árabes…

—¿Usted tiene en su poder el original de ese mensaje? —expresa ahora, con voz firme.

—Sí y algunas fotografías más, le dije que guardaba algo.

Suspira.

—Jamás imaginé que fuera eso justamente. Si me lo entrega de manera inmediata —suspira de nuevo, pero esta vez resoplando fuerte— le propongo sacarlo rápidamente de este país rumbo a los Estados Unidos con incorporación a nuestro sistema de protección y… radicarlo allí, con una casa, empleo, etc.

—No, es muy repentino para tomar esa decisión.

—Necesito imperiosamente ese manuscrito original. Dependiendo de su autenticidad, lograría una gestión inmediata para la puesta en marcha de la operación de neutralización del atentado. ¡Entienda eso! Piense en la gente inocente que…sufriría los daños colaterales si no llegásemos a detenerlo a tiempo.

—No sé qué responderle…

—¡Entréguemelo!… Por favor. Prometo mantener mi palabra respecto a su seguridad, tómese el tiempo necesario para decidirlo.

—Bueno, déjeme ver cómo lo resuelvo. En una hora lo llamo.

Lo miro a Anselmo, quien se encuentra aún a mi lado y escuchó toda la conversación.

—¿Salió bien? —le pregunto.

—Perfecto. Si te radicás allá, el trabajo pedilo en Hollywood —dice levantando su pulgar derecho.

Nos reímos por un momento, olvidando la situación.

Nos abocamos a idear la manera de entregar el mensaje original, por precaución, no podremos hacerlo nuevamente en la terminal.

CONELVUELODELOSPÁJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLEROVICI-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Le hago una copia en colores, y un par de fotografías digitales a máxima resolución; algunas al manuscrito solo y otras sosteniéndolo sobre mi pecho, para que se vea también mi rostro. Guardaré estos documentos para demostrar que estaba en mi poder, por si alguna vez necesitara demostrarlo.

Esta vez, será Anselmo quien entregue el paquete. Debe hacerse rápido, sin público, y en algún lugar alejado y tranquilo.

Guardo el original en una bolsa plástica hermética, de esas para freezer, y la coloco adentro de una pequeña caja. Agrego una piedra para darle peso, y así poder arrojarla sin tener que detener el vehículo.

Encinto bien la caja y la ato fuertemente con un hilo de nylon, de modo que Anselmo pueda sujetarla sin dejar sus huellas. Las que sí permanecen son las de Walter, impresas con su propia sangre; sin posibilidad de borrarlas. Mejor así: le da legitimidad a la relación con el hecho en el que también murió el árabe con pedido de captura internacional. Me aseguré de no dejar las mías, por el mismo motivo por el que le dije a Montana que me llamo Carlos... ninguno. Pero esa especie de engaño, hace que me sienta mejor; aunque no sepa explicar por qué.

Lo único que importa, es que el paquete llegue a las manos correctas, y que Anselmo continúe permaneciendo invisible.

Apenas me avisa, en clave por intermedio de José, que ya dejó el paquete, de inmediato se lo comunico a Montana.

—Por ahora, solo le entrego lo que necesita, nada más.

—Bien, muy inteligente, desde ya se lo agradezco en nombre de toda la gente que ayudará a salvar... y que nunca lo sabrán. Así es nuestro trabajo...

Me resulta muy adulador y arrogante... eso no me gusta demasiado.

—Lo mismo digo... si logran detener ese atentado.

—Delo por hecho. ¿Cómo piensa entregarme el mensaje?

—En la calle Paraguarí al doscientos, en un terreno baldío. Es una caja pequeña, bien envuelta con cinta y atada con hilo de nylon. La va a reconocer de inmediato cuando la vea. Y le aconsejo que vaya rápido.

—Veo que es una persona de acción. Gracias, recuerde que cuando lo decida estoy a su disposición.

—Lo recuerdo. Gracias.

Convocan a Anselmo para que los guíe, y parten velozmente hacia allí.

Buscan entre los pastizales. Anselmo se mantiene alejado del sector donde la arrojó y explora otra parte del terreno, hasta que uno de ellos, la encuentra.

Le toman fotografías en el lugar, examinan rápidamente su interior para verificar que sea lo que buscan; ya sin protocolos de protección, porque el tiempo es demasiado valioso como para perderlo; y porque confían un poco más en mí.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATA 2.0-CRISTIAN MARCELO PLATRONICA-EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA-

De ahí, se dirigen directamente hacia el aeropuerto de Posadas; donde espera la aeronave secreta que dispuso el FBI para esta investigación, la que volará hacia Washington DC, haciendo una escala de reabastecimiento en la base Militar de Bahía de Guantánamo, en la isla de Cuba.

12 de febrero de 2006- Encarnación.

Tras quince horas y treinta minutos de angustiosa espera, por fin tienen el resultado del análisis. Lo reciben por medio de un correo electrónico encriptado cuya trascripción en castellano es:

Informe CIPE23-3 confirmado- Papel: confirmado- Grabado: confirmado- Caligrafía: confirmado- Compatibilidad: 99.99 %-

Con la clasificación del manuscrito original como evidencia altamente confiable y la certificación por parte de la unidad de investigación del FBI, desde la Casa Blanca lanzan una orden directa conjunta con el Secretario de Defensa, el Director Nacional de Inteligencia, el Consejo de Seguridad Nacional y demás sectores involucrados para que activen la operación secreta "Wild Pampas", con un nivel de seguridad nacional en "Alerta Roja"; porque el Presidente de los Estados Unidos está determinado a concurrir a esa reunión.

Tanto, el Servicio Secreto estadounidense —encargado de velar por su seguridad— y sus más allegados en la Casa Blanca, no logran persuadirlo para que desista del compromiso; y el principal mandatario les comunicó:

—No pienso desatender mis obligaciones por causa del terrorismo, debo demostrar firmeza al mundo; y esta es una oportunidad de asestarles un duro golpe. Eso elevará mi popularidad y reforzará la confianza de los ciudadanos de los Estados Unidos y del planeta en este gobierno. El país se verá fortalecido como el principal organizador de acciones antiterroristas.

Que el mundo sepa que lo protegeremos de la barbarie. Todos los países no alineados con el terrorismo deben saber que estamos a su lado.

Estos acontecimientos nos permitirán recomponer vínculos con aquellas naciones de América Latina que se han distanciado de nosotros. Debemos sacarle rédito en beneficio del país y de mi gestión.

Solo logran persuadirlo de que en caso de una mínima alerta sobre su seguridad personal, no concurrirá o abandonará la reunión de inmediato, sin importar en qué instancia se encuentre.

SOBRE EL VUELO DE LOS PÁJAROS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ETCHANIZ-EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA-

En la base Militar de Mar del Plata se dispondrán dos helicópteros de búsqueda y rescate HH-60H SeaHawk y cuatro helicópteros de ataque SH-60F SeaHawk; todos pertenecientes al ala embarcada del portaviones de la *U.S. Navy* asignado a esta misión. Así como agentes del Servicio Secreto y equipos de Seguridad Antiterrorista de la Flota y Comandos de Operaciones Especiales de las Fuerzas de Infantería, ambos del Cuerpo de Marines. Permanecerán en alerta máxima para evacuar de inmediato a los principales mandatarios estadounidenses hacia el buque que navegará en las cercanías de las costas de la ciudad anfitriona.

Este operativo de seguridad había sido planeado con anterioridad a la alerta por el atentado, por lo tanto, está organizado de manera independiente a la maniobra militar antiterrorista encubierta que desplegarán las Fuerzas Armadas estadounidenses, denominada "Wild Pampas". Ahora, ambos operativos deben coexistir y complementarse, corriendo por cuenta del conjunto efectuar un trabajo absolutamente eficaz de protección de sus mandatarios y neutralización del atentado.

Los principales responsables de la seguridad de Estados Unidos evalúan la posibilidad de requerir al Gobierno Argentino la paralización de todos los vuelos comerciales y civiles durante el desarrollo de la Cumbre. Pero el peso de esta medida es evidente, semejante decisión revelaría, sin margen de duda, la existencia de una amenaza aérea. Alimentaría las sospechas de los ciudadanos y de la prensa; y, una vez difundido, el rumor se transformaría en una noticia sensacionalista, capaz de detonar un pánico generalizado en la ciudad. El resultado sería un repudio, de ciertos sectores, aún mayor al que ya despierta la presencia de la delegación estadounidense; y el riesgo de un fracaso político rotundo para ambas administraciones.

Por ello, resuelven esperar unas horas más. Observan con detalle el avance de la investigación, solo si los indicios confirman la inminencia de un atentado, activarán la drástica orden de cerrar el cielo argentino.

Finalmente, tras intensas horas de deliberación entre altos mandos del Departamento de Defensa, el Estado Mayor Conjunto, la Agencia Nacional de Inteligencia, el jefe de la oficina para la Diplomacia de Latinoamérica, miembros del Comando Sur y otros funcionarios estratégicos de los Estados Unidos, el Secretario de Defensa comunica al Presidente la resolución alcanzada.

Existen dos asuntos que deben tratarse de inmediato con el Gobierno Argentino:

1- Informar sin dilaciones los resultados de la investigación sobre la alerta terrorista, a fin de que se organice una operación concreta de neutralización.

2- Elevar al máximo nivel la logística del control aeroespacial de la región durante el desarrollo de la Cumbre. Para ello, se exigirá la instauración de una operación concebida en Washington por sus propios estrategas militares, llamada "Plan de Prevención Aérea". Dicho plan, aunque ejecutado formalmente por la Secretaría de Inteligencia de Estado (SIDE), las Fuerzas Armadas y Policiales argentinas, contará con la supervisión encubierta de las agencias

CONEVOLUCEELOSPLUMAROS-TIAFIZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

de inteligencia de los Estados Unidos; y como su nombre lo indica, será estrictamente preventivo. De modo que para la opinión pública y medios no se transforme en una novela sensacionalista que alimente la hoguera y genere malestar.

Los requerimientos estadounidenses evidencian desconfianza hacia la organización de seguridad del evento por parte de Argentina, a cargo de un Comité de Seguridad que estableció un Comando Policial Unificado. Dicho comando integra a la Policía Provincial y Federal, Gendarmería Nacional, Prefectura Naval, la Policía Aeronáutica Nacional, y la Secretaría de Inteligencia de Estado. Con dispositivos previstos para el control aéreo, naval y terrestre.

Estas vacilaciones fueron recibidas con recelo por el Gobierno Argentino, que manifestó reservas y cierta incomodidad ante lo que considera una intromisión en su soberanía. La respuesta estadounidense no tardó, en menos de una hora, un estudiado discurso pronunciado por el Secretario de Prensa fue difundido en los principales medios de comunicación dirigidos a Latinoamérica y otros países, dejando en claro su postura y presionando públicamente a la administración anfitriona:

—El Gobierno de los Estado Unidos valora profundamente los esfuerzos que la República Argentina ha venido desarrollando en la organización de la IV Cumbre de las Américas. Un encuentro de trascendencia histórica para todo el continente y el mundo.

No obstante, y como corresponde, consideramos indispensable que los dispositivos de seguridad alcancen los más altos estándares internacionales, tanto en tierra como en aire y mar. La comunidad del continente espera garantías absolutas de resguardo para todos los Jefes de Estado y delegaciones participantes.

El Presidente de los Estados Unidos ha expresado su profunda preocupación por el bienestar de los habitantes de la ciudad sede del encuentro y todos sus concurrentes. Su objetivo es que no exista ninguna inquietud, ni siquiera ante una insignificante posibilidad de una eventual amenaza.

Como nación que asume su responsabilidad histórica en la defensa de la paz y la seguridad mundial, el Presidente reconoce que su sola presencia convierte a cualquier lugar en un potencial objetivo. Es precisamente por ello que considera indispensable desplegar todas las medidas preventivas disponibles.

Por expreso pedido del Presidente de los Estados Unidos a su par argentino, se ha propuesto la implementación de un "Plan de Prevención Aérea", diseñado para reforzar al máximo los dispositivos de seguridad previstos para la IV Cumbre de las Américas.

El operativo contará, naturalmente, con la cooperación activa de los Estados Unidos. El Presidente entiende que esta es una atención mínima hacia la población argentina y del continente, a fin de garantizar que ni su estadía ni la de su comitiva signifiquen una carga o una preocupación.

CONEVOCUDELESPALANCOS PLAZA25-CRISTIANVARGELOLETRONICO-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Confiamos en que la Argentina, país anfitrión y socio estratégico, sabrá comprender la importancia de estas medidas y trabajar junto a nosotros para que la Cumbre sea recordada no solo por sus acuerdos políticos, sino también por la fortaleza del compromiso colectivo contra el terrorismo.

Juntos, lograremos el nivel de seguridad y tranquilidad que la magnitud del evento exige.

La estrategia utilizada para esta operación, por supuesto, es de público conocimiento; sirviendo también con el doble propósito de que ahora los terroristas trabajen bajo presión y cometan alguna equivocación que los deje al descubierto o aborten su misión.

Dicho Plan de Prevención Aérea consta de cinco puntos:

1. Restricción de espacio aéreo.

Durante el desarrollo de la Cumbre se establecerá un anillo de exclusión aérea de trescientos treinta kilómetros de radio, con epicentro en la ciudad de Mar del Plata.

Únicamente estarán autorizados a ingresar en la zona de exclusión los vuelos oficiales de los mandatarios asistentes, y los estrictamente operativos de la Fuerza Aérea Argentina.

Los principales aeropuertos internacionales y de cabotaje de la región como Ezeiza, Aeroparque y Bahía Blanca en la República Argentina, y los de Carrasco y Punta del Este en la República Oriental del Uruguay, continuarán operativos.

El Aeropuerto de Mar del Plata permanecerá habilitado únicamente para vuelos oficiales de mandatarios y operaciones de la Fuerza Aérea Argentina.

2.Identificación exhaustiva de pasajeros.

Todos los pasajeros de los vuelos que deberían operar dentro de la zona de exclusión aérea, serán identificados mediante huellas digitales y registro fotográfico, conformando así una base de datos que permita cotejar antecedentes con archivos de la inteligencia estadounidense y detectar posibles riesgos.

La tecnología necesaria será provista por los Estados Unidos.

3.Medida preventiva sobre vuelo específico.

Por un plazo de cinco horas, se dispone el retraso encubierto del vuelo N° 854de la aerolínea Patagónica, con itinerario Buenos Aires-Ushuaia; a fin de anular cualquier riesgo; ya que transporta a cuatro pasajeros pertenecientes a la comunidad árabe-argentina y es coincidente con el horario de la Cumbre.

Este punto, se considera estrictamente confidencial, quedando excluido de toda difusión.

4.Sistema de detección avanzada.

Se instalará en la Base de la Fuerza Aérea de Mar del Plata un radar móvil de tres dimensiones de última generación, provisto y operado por personal especializado de los Estados Unidos.

5.Dispositivo aéreo de respuesta militar.

CONEVOLUCELOSPAJAROS-PLAZA2U-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONDIGITALLIMITADA-

Permanecerán en alerta escuadrillas de aeronaves de la Fuerza Aérea Argentina; del tipo interceptor supersónicos, Mirage y Dagger, aeronaves de combate, a-4 Fightinghawk, y de ataque ligero, Pucará ia-58 y Pampa IA-63.

El propósito de este despliegue es disuadir cualquier intento hostil, y en caso extremo, ejecutar la intercepción o neutralización de aeronaves secuestradas, evitando una catástrofe de mayores dimensiones.

Para fortalecer la eficacia del dispositivo, el Departamento de Defensa estadounidense cederá a la República Argentina ocho misiles inteligentes del tipo aire-aire y los sistemas de integración a las aeronaves.

El anillo de exclusión aérea proporciona entre veinte y veinticinco minutos para reaccionar desde la irrupción de un vuelo hasta llegar a Mar del Plata, dependiendo del tipo de aeronave y pericia del piloto.

Ese será el tiempo límite que las agencias de inteligencia y las Fuerzas Armadas de ambos países tendrán para detectar, evaluar y neutralizar cualquier amenaza. Fue en ese marco donde el Departamento de Defensa de los Estados Unidos puso en marcha la operación secreta bautizada con el nombre de "Wild Pampas", en cooperación muy limitada con autoridades y fuerzas argentinas.

Las normas, tanto preventivas como de respuesta, para la protección de sus mandatarios y neutralización del atentado son cuatro:

1. Identificación de pasajeros.

Resuelven que la primera fase será verificar las identidades de los pasajeros de todos los vuelos con destino a la Argentina o Uruguay, en los distintos países del mundo desde donde despeguen.

2. Fuerzas de choque encubiertas.

Se dispondrá una fuerza de choque encubierta en cada vuelo que tenga en su itinerario los aeropuertos de Argentina o Uruguay. Estos agentes especiales, entrenados para este tipo de combate, ya están siendo distribuidos en los distintos puntos del planeta.

Si en algún vuelo se sospechara de algún pasajero, se dispondrán refuerzos.

Estos agentes utilizarán armamento especial con proyectiles del tipo frangible y dispositivos paralizantes para evitar daños a la aeronave y que puedan producir, sin necesidad, una evitable catástrofe aérea.

3. Monitoreo avanzado.

Además de la central de radares del portaviones y del buque Ticonderoga, y de los de rastreo hostil que poseen los cazas, contarán con el apoyo tecnológico de sistemas satelitales de reconocimiento, así como del de vigilancia y alerta temprana prestada por dos aeronaves E2-C Hawkeye también pertenecientes al ala embarcada del portaviones, cubriendo más allá de la zona de patrullaje, y de un E-30 Sentry de la USAF. Esta aeronave está dotada con sistemas de

CONEVOLUCIONESPRIMATOS-PLANAZU-CRISTIANMARCELOATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

vigilancia aerotransportados de alerta y control (AWACS). Este complejo sistema de radares permite rastrear e identificar cualquier tipo de objetivo fijo o incluso móvil, con referencia de altitud; por lo tanto, se encargará del monitoreo del territorio donde se hallan emplazados los principales aeropuertos de Argentina y Uruguay. Contarán con el apoyo de aeronaves de reabastecimiento stratotanker KC-135R. Ambas aeronaves de gran porte, operarán en forma secreta desde la Base Aérea de Mariscal Estigarribia en Paraguay, construida a principios de la década del ochenta por técnicos estadounidenses; y utilizada en la actualidad como base semiactiva de operaciones del cuerpo de Marines de los Estados Unidos, dependiente del Comando Sur con sede en Miami.

4. Intercepción aérea (recurso extremo)

Tener que accionar esta norma, evidencia que algo se hizo mal en las fases anteriores.

Ante ciertas dudas sobre la capacidad de reacción de la Fuerza Aérea Argentina debido a lo obsoleto de su parque aéreo y la renuencia o vacilación que pueda tener el Gobierno Argentino en el momento crítico de asumir las responsabilidades de irrupción del vuelo secuestrado, se planifica una operación de "rápida respuesta", a cargo del ala embarcada de la Marina de los Estados Unidos.

Aprovechando la presencia de una Task Force de operaciones en tiempo de paz en cercanías de aguas argentinas, prevista con anterioridad, para cumplir con la misión de asistencia y evacuación inmediata de los principales mandatarios estadounidenses en caso de ser necesario; se situará como base de operaciones al portaviones clase Nimitz Theodore Roosevelt.

Este grupo de tareas de combate naval se ubicará a doscientos cincuenta kilómetros de la costa marplatense en dirección Sur.

Compuesto por:

• El Portaviones USS CVN-71

•Crucero Clase Ticonderoga con sistema de radar AEGIS, capaz de monitorear hasta 600 km de radio.

•Buque de reaprovisionamiento.

•Fragata antisubmarina.

•Submarino nuclear Clase Los Ángeles.

Sistema de defensa aérea:

•Aviones F-14 Tomcat y F/A-18 Super Hornet.

•Armamento: cañones Vulcan de 20mm y misiles AIM-9 de corto alcance, AIM -120 de mediano alcance y AIM -54 de largo alcance.

La ruta de vuelo establecida estará conformada por un anillo con un radio de doscientos cincuenta kilómetros con epicentro en Mar del Plata, quedando fuera de alcance de los radares de monitoreo civil de Ezeiza y Bahía Blanca. Está planificado que despegará un caza cada veinte minutos y completarán un giro de sentido antihorario en 120 minutos, retornando al

CONELVUELODELOSPLANOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONCOMPLETAILIMITADA-

portaviones que navegará sobre el perímetro del anillo con rumbo noreste. Se mantendrá un total de seis cazas en vuelo permanente, a una altitud de patrullaje de cincuenta mil pies, solo descenderán en caso de incursión hostil. Esta operación se realizará desde dos horas antes hasta una hora después de finalizada la reunión, que es considerado el período crítico.

Durante el tiempo restante de estadía de los mandatarios de los Estados Unidos en la Argentina, la US Navy permanecerá en estado de alerta sin patrullaje aéreo.

La segunda, tercera y cuarta norma son de carácter estrictamente confidencial. Conocidas únicamente por los miembros involucrados del Gobierno de Estados Unidos, FBI, Departamento de Estado y demás sectores de sus Fuerzas Armadas; y de forma fragmentaria por el personal implicado del país sede de la reunión, como los altos mandos y el correspondiente de la Base de la Fuerza Aérea de Tandil y Mar del Plata.

Esta maquinaria de acción bélica, será accionada únicamente en caso de amenaza directa de sus mandatarios y de no existir la adecuada respuesta argentina, es el recurso extremo por recurrir.

Por pedido expreso de la unidad antiterrorista del FBI, Anselmo recibió una orden para trasladarse a la Argentina y sumarse al operativo de localización de los terroristas. Está calificado como un colaborador confiable.

Al no saber con certeza cuántos días se ausentará de Paraguay, me recuerda que la policía continúa buscándome, y que cada salida mía la calle, aumenta el riesgo.

Partirán hacia la Argentina esta misma noche, ya que solo faltan tres días para la reunión de mandatarios americanos, y solo unas cuarenta y ocho horas para que arribe la comitiva estadounidense. Cada minuto perdido podría convertirse en una grieta por donde filtrarse el desastre.

La unidad antiterrorista ya solicitó apoyo a la Fuerza de Tarea Conjunta contra el Terrorismo (JTTF). Vendrán alrededor de cuatrocientos agentes adicionales de las distintas agencias de inteligencia para efectuar el rastreo de los terroristas; la mayoría de ellos de habla anglo-hispana. Un ejército preparado para actuar en las sombras, para extenderse silencioso por las calles, hoteles y aeropuertos. El despliegue será majestuoso también en tierra, ya que, cuando detectan una célula en movimiento, no dejan nada librado al azar. Sospechan de todo, en todas sus formas, pensando que no solo podrían atacar desde el cielo.

13 de febrero de 2006- Mar del Plata.

Pasada la medianoche, Anselmo y la unidad del FBI partieron hacia Mar del Plata, se dirigen al corazón mismo del operativo. Mientras, el laboratorio móvil, ya va en camino por vía terrestre, fuertemente custodiado por miembros de la policía de Paraguay. En cuanto cruce la frontera, será responsabilidad de la Gendarmería Nacional Argentina. Durante todo el trayecto,

CONTRAVELOSFELOSFRIANOS-SIANZU-CHISHANMACELATRUCA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

acompañarán este laboratorio una escolta de Marines de los Estados Unidos con carácter oficial.

Faltan apenas unas cuantas horas para que el Air Force One arribe a Mar del Plata, trayendo al Presidente de los Estados Unidos y su comitiva. En paralelo, escoltado por un avión Galaxy con material, vehículos y personal destinado a garantizar que la estadía transcurra bajo un blindaje impenetrable.

Hasta el momento, han desembarcado en la región cerca de trescientos agentes de refuerzo provenientes de los Estados Unidos. La cifra es imponente, pero lo será aún más al caer la tarde, cuando otro contingente se sume al operativo; en coordinación directa con el comando que reúne a las fuerzas militares, policiales y de inteligencia de Argentina.

Un buen número de agentes se establecen en La Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cubriendo puntos neurálgicos como el Aeropuerto Internacional de Ezeiza y el Aeroparque Jorge Newbery. Otros grupos fueron derivados a la República Oriental del Uruguay, destinados al Aeropuerto Internacional de Carrasco en Montevideo y el de Laguna del Sauce en Punta del Este.

Los restantes se concentraron en Mar del Plata y zona aledaña, el verdadero epicentro de la tormenta que se avecina.

Agentes encubiertos ya están apostados en distintos aeropuertos del mundo, se infiltrarán en los puntos de embarque desde donde despegarán vuelos hacia la Argentina o Uruguay. Cada avión es considerado un posible riesgo.

El mundo continúa girando como si nada ocurriera, pero la maquinaria antiterrorista se despliega con una sincronía que parece imposible de detener. La ciudad costera se prepara para recibir mandatarios y delegaciones… sin sospechar que sobre su cielo flota una sombra que, de caer, lo oscurecería todo.

El despliegue de personal es extravagante para la Argentina, casi cinematográfico. Pero detrás de cada movimiento hay un propósito preciso y un enemigo invisible que justifica hasta la última exageración. Calles, aeropuertos y accesos estratégicos están sembrados de uniformes, hombres con trajes, y la mayoría se confunde entre la muchedumbre actuando en el anonimato; con auriculares casi imperceptibles. Es un paisaje atípico, una escenografía importada de otra realidad. El país no está habituado a semejante demostración de fuerza.

Lo cierto es que, pese al ruido que genera semejante despliegue, la razón se mantiene bajo el más estricto secreto, camuflada bajo el operativo argentino de prevención aérea. Pero seguramente despertando sospechas entre los terroristas, que ahora más que nunca, deben sentir la presión que los acosa y los podría empujar hacia el error o a desistir de su labor. El silencio es parte fundamental del éxito de la reunión. Una sola filtración bastaría para sembrar el caos entre la población y detonar especulaciones en los medios.

CONEVOLUCIONESPEJADOS-SILANZOL-CRISTIANMARCELOATROVIDA-EDICIONGRATUITAINTADA-

Mientras se establece el difundido “Plan de Prevención Aérea” y el operativo secreto de protección de los mandatarios estadounidenses “Wild Pampas”, los agentes que llegaron desde los Estados Unidos en conjunto con los locales continúan rondando por las calles. Vigilan en el más absoluto silencio, solo indagan con mucha cautela a quienes crean que es necesario. Están al acecho de que se produzca alguna anomalía que descubra a los sigilosos terroristas.

El mundo ve lo superficial, los vallados, los cortes de calles, los anillos de seguridad que se van desplegando. Pero lo verdaderamente importante —la información clasificada, las fotografías, los planes de contingencia y los nombres en listas negras— siguen al resguardo en habitaciones cerradas, entre voces bajas y miradas duras.

Así pasan las horas. Los operativos están en marcha.

El Air Force One descendió en suelo argentino con la precisión de un reloj suizo.

Bajan el Presidente de los Estados Unidos con su comitiva y asistentes. Unas cuantas decenas de personas, entre los que se encuentran hombres del Servicio Secreto. Varios agentes de la CIA, expertos en mezclarse con la multitud sin llamar la atención.

Se fueron sumando los demás mandatarios, cada uno con su séquito de asesores y custodios; ajenos a los engranajes que están en movimiento y el peligro que los rodea.

La ciudad es un revuelo de personas. Entre los turistas, las marchas de protesta de algunos sectores contra la presencia de ciertos funcionarios o de la reunión misma, habitantes, guardias de seguridad, policías y todo el personal afectado a los preparativos.

Va a resultar muy difícil identificarlos si llegasen a estar mezclados, también, entre la gente, este tumulto es su gran ventaja, el subproducto de la reunión y de la vida propia de la ciudad en esta época del año. Localizarlos es como buscar una aguja en un pajar, y los estrategas lo saben.

16 de febrero de 2006- Mar del Plata.

El día señalado ha llegado.

La ciudad amaneció bajo un cielo despejado, pero con un aire enrarecido, casi eléctrico. A medida que avanza la mañana, las calles valladas, retenes y patrullas, desentonan con la alegre postal turística, se ha transformado en una fortaleza vigilada.

El Presidente de los Estados Unidos y su nutrida comitiva, se mueven dentro de un cerco de seguridad que parece blindado. Agentes del Servicio Secreto, FBI, y observadores de la CIA, coordinados desde el centro de operaciones en el portaviones, donde cada movimiento es monitoreado en vivo.

En paralelo, el Plan de Prevención Aérea mantiene los cielos bajo férreo control. Radares e interceptores argentinos en alerta. Mientras tanto, las medidas de la operación secreta “Wild Pampas” ya están activas. Los cazas norteamericanos orbitan a gran altura y las aeronaves de vigilancia, acechan como halcones; conformando sobre la ciudad un escudo invisible para las personas.

CONTRATO DE ESPEJISMOS PLATA21-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

Por medio de un Comando General de Coordinación de Operaciones, la unidad antiterrorista del FBI está al tanto del funcionamiento de este operativo secreto.

Dentro del perímetro vallado, todo se desarrolla en absoluta calma. Los mandatarios, están arribando uno a uno, al lugar del encuentro; y se van ubicando en sus respectivos lugares.

Finalmente, cuando todos los líderes están acomodados, las luces se enfocaron hacia el estrado principal. El Presidente de la República Argentina, anfitrión del encuentro, hizo su ingreso solemne.

Los presentes se ponen de pie y reciben a su par con un caluroso aplauso. Es la señal de que la Cumbre ha comenzado. Momento exacto en que, afuera, comienza a correr el reloj de los conspiradores.

Dentro del majestuoso recinto, brillan los reflectores sobre las alfombras rojas y las banderas perfectamente alineadas. Los discursos inaugurales transcurren entre gestos solemnes y sonrisas diplomáticas. Los traductores murmuran en sus cabinas, las cámaras transmiten en vivo, y la sala vibra con la efervescencia de un acontecimiento histórico. La opulencia y el protocolo parecen envolver la escena en una burbuja de normalidad.

Los mandatarios, animados por sus convicciones e ideologías, intercambian palabras que derivan en debates firmes, pero cordiales. Hay chispazos de entusiasmo, incluso alguna risa aislada.

José y yo seguimos el desarrollo en vivo. Por momentos, hasta me dejo contagiar por la cordial excitación de la reunión. Discursos que apelan a la unidad. Promesas de cooperación, aplausos que resuenan como eco de la esperanza de los pueblos. Me descubrí sonriendo, como si por un momento, el peligro fuese solo un mal recuerdo.

Pero de pronto la realidad me llama. Recordé lo que está en juego, recordé los documentos, la sangre, los informes, las amenazas latentes. En cualquier momento todo podría romperse en mil pedazos.

Espero que el operativo de neutralización funcione precisa y eficazmente. No existe margen para el error. El personal de seguridad de los mandatarios estadounidenses se encuentra algo perturbado por causa de la no detección de los terroristas, expectantes a todo lo que sucede, cada cual en su lugar asignado. Están en constante contacto con el Comando General de Coordinación de Operaciones establecido en el portaviones, a la espera de una alarma. Y a medida que pasa el tiempo y avanza la reunión, los principales responsables del operativo se van poniendo más irritables.

En un momento dado, logró infiltrarse en el recinto un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años. Cuando lo detectan y ven que introduce una mano bajo su camisa, en un abrir y cerrar de ojos, el salón se convirtió en un torbellino. Los guardaespaldas lanzándose sobre el presidente estadounidense, los gritos ahogados de sorpresa de algunos mandatarios, el eco de armas desenfundadas y el forcejeo de los guardias reduciendo al hombre entre insultos y

CON LOS OJOS ESPIADOS-PLAN 2021-CRISTIAN VARGAS-BIBLIOTECA UCA-EDICIÓN GUATEMALTECA-UNETADA-

culatazos; logra sacar una pancarta que alcanzó a desplegar lo suficiente para que casi todos leyeran el mensaje escrito: “La cumbre del hambre”. Apenas unas palabras, pero suficiente para que el caos se adueñe del lugar.

Cuando logran arrastrarlo fuera del salón, con sangre en la cara y los brazos por la espalda, un silencio incómodo se hizo presente. Cruzan miradas de desconfianza, respiraciones agitadas, una tensión que no se disipa fácilmente.

Los responsables de seguridad de Estados Unidos quedaron desencajados. El pánico contenido en sus ojos es más elocuente. Si alguien pudo violar los controles hasta ese punto, ¿qué garantía queda para neutralizar el verdadero atentado?

Se reanuda la reunión, pero la cordialidad se volvió recelo, las risas diplomáticas ahora suenan huecas. Cada nuevo movimiento, cada gesto fuera de lugar, es interpretado como un posible detonador.

Más tarde, la atmosfera se ha relajado, el almuerzo sirvió de tregua, copas que tintinean, brindis cruzados. Sonrisas que por momentos borran las tensiones sufridas por la mañana. Los presidentes conversan como si fueran viejos camaradas reunidos en una sobremesa íntima, dejando de lado el protocolo para entregarse a anécdotas personales, confidencias diplomáticas y hasta chistes que provocan alguna carcajada sincera.

Nadie está consciente de lo que sucede más allá de esas paredes, sobre sus propias cabezas; el cielo militarizado, los cazas rugiendo invisibles en una espera dramática, el portaviones navegando en un silencio fantasmal.

Afuera, en contraste, hierve la multitud. Calles desbordadas por pancartas agitadas al viento, con leyendas entre reclamos y furia: “Outside USA” o “fuera políticos corruptos”. Rostros pintados, banderas improvisadas. Voces multiplicadas por altoparlantes y tambores que golpean sin descanso.

El rostro del Che Guevara estampado en remaras y banderas, encabezan columnas enteras de la fuerza rebelde-revolucionaria, convertido en el símbolo de resistencia y desafío. Gremios, agrupaciones estudiantiles. Los bombos aturden, todos marchan por el mismo impulso caótico. Incluso hasta algunas murgas se hacen presentes con su baile y música, mitad fiesta, mitad trinchera.

Dos mundos separados por apenas unos muros. Adentro, la diplomacia bañada en champagne; y afuera, el pueblo bañado en sudor.

Miles de personas que viajaron desde distintas provincias, de países limítrofes y de puntos más lejanos, vociferan o agitan algún cartel.

De repente, la multitud que hasta hace un instante era puro ruido, queda sorprendida por un silencio sepulcral, cuando aquella voz, desgarrada y desesperada, anuncia lo impensado. Un monstruo metálico que surca el cielo, avanza hacia ellos. Durante unos segundos, nadie se mueve. Miles de ojos siguen la estela, incapaces de asimilarlo. Es como si el tiempo se hubiera

CONEVOLUCIÓNELOSPÁJAROS-PLANZOL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIÓNGRATUITALIMITADA-

roto, nada se agita, nada se oye. Luego, el instinto se impone. Un rugido de terror estalla en la masa y comienza la estampida. Desde ese momento, será el destino, el encargado de permitir la vida o imponer la muerte. Sienten que esta se les viene encima. La ven, la oyen.

Esa despiadada sensación de impotencia, de vacío y no pueden eludirla, no pueden hacer nada por impedirlo; ni por uno, ni por el otro. Un penetrante dolor del músculo desgarrado o huesos rotos, quebrados, aplastados. Llamas, ardor, hedor a sangre y carne carbonizada, gritos de martirio. Dolor que mata, o dolor que muere. Muchos, hasta ignorando, quizá, el suceso.

Y lo más cruel, la desolación de los sobrevivientes, los que tendidos en el suelo claman por alguien que ya no está a su lado. Niños sin padres, esposo sin esposa, o lo peor… padres sin niño.

Se oye un estruendoso y largo bramido que desgarra el aire. Me sacude el cuerpo. El corazón me late en la garganta y me aferro al sillón. Ese sonido proveniente de los parlantes del televisor que vomitan un estruendo interminable. Hago un gran esfuerzo por reponerme para entender… y cuando lo comprendo, ese sonido estrepitoso… se convierte en un entusiasta aplauso debido a la finalización de la célebre reunión.

Todos se felicitan, se estrechan las manos. Todo son sonrisas y flashes. Me incorporo, aún sobresaltado por esa horrible pesadilla que acabo de tener. Fue un sueño sin haber cerrado mis ojos siquiera.

—¿Qué pasó? ¿terminó? —pregunto a José.

—Sí. Pensé que estabas mirando.

—Sí… estaba mirando —mirando mucho más allá de lo que se podía ver. Casi sintiendo. Podría llegar a decir que por un momento estuve allí, desde arriba, desde muy lejos, incluso, de otra manera…pero estuve.

—Al final no pasó nada por suerte, tal vez hayan logrado detenerlos.

—Pueda ser, ojalá así sea. Pero todavía queda tiempo —responde José.

Con la respuesta quedo pensando, ¿podrá suceder aún?

Y si para detenerlos hubiesen derribado un avión con pasajeros y todo. Además de la cantidad y de las víctimas, ¿cuál sería la diferencia entre el terror en el aire o en la tierra?

La realidad sigue ahí, impecable, ordenada, diplomática. Pero en mi interior todavía resuena el eco de esa cuasi visión oscura, como si un universo paralelo hubiera querido mostrarme su peor cara.

Estoy anímicamente agotado, el encierro y la incertidumbre se encargan de mantener mi psiquis en constante asedio.

Hace días que ronda en mi cabeza la idea de regresar a la Argentina. El tema de la banda está en manos de la Justicia, aunque todavía no los encuentran; pero esta vez, no tendrán escapatoria. Walter ya no está. ¿Qué me queda por hacer aquí? Nada, absolutamente nada más … solo esconderme.

CONEVOLUCIÓNELESPÍRITUSSLATINOS-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIÓNGRATUITA-LIMITADA-

17 de febrero de 2006- Mar del Plata- Encarnación.

Al día siguiente, la calma parecía haberse instalado nuevamente. Los mandatarios abordan sus aviones de regreso, la ciudad de Mar del Plata recupera poco a poco su ritmo cotidiano. La rutina regresa como si nunca hubiese existido la amenaza, como si todo hubiese sido un simulacro. Por fortuna, o por un trabajo bien hecho, no ocurrió nada indeseable.

Yo, en cambio, continúo sumido en el encierro, en esa somnolencia que se volvió inseparable como mi sombra. Mientras, Anselmo regresó a Paraguay junto a la unidad antiterrorista del FBI. Llegó con historias que contar, con la fatiga de quien ha visto demasiadas cosas nuevas a la vez. Nos relató cada detalle vivido desde adentro, casi como si hubiera sido uno más de ellos. Vio cada movimiento, cada sospecha. Cada sobresalto en los pasillos del poder, aunque no, por supuesto, los detalles del operativo militar secreto norteamericano. De eso solo se oían rumores, tan discretos como confusos.

Pronto, todo el equipo será trasladado nuevamente a Encarnación. Pero el futuro inmediato se presenta turbio. Anselmo ha escuchado entre murmullos sobre un escándalo en ciernes, un enfrentamiento interno entre las agencias de inteligencia que se inculpan entre sí. El FBI señala a la CIA, la CIA al Pentágono; pero todos coinciden en algo, alguien había fallado en la confección del informe final que justificó semejante despliegue. Y como es de esperar, la mayor parte de peso recae sobre el FBI, los mismos que dieron el puntapié inicial a esta trama que, aunque invisible para el público, dejó cicatrices dentro de las instituciones.

19 de febrero de 2006- Encarnación.

Anselmo fue citado a una reunión a puerta cerradas con la unidad antiterrorista. A su llegada, nota rostros tensos, el silencio corta el aire.

El golpe llegó rápido y seco. La sede Central del FBI en Washington emitió un nuevo informe sobre la credibilidad del caso. A diferencia del dictamen de hace apenas unos días, este estudio arroja un resultado demoledor; un treinta por ciento de probabilidad de que la amenaza fuera real.

Según este nuevo análisis, las pruebas reunidas por la unidad antiterrorista, aunque auténticas, carecen de concordancia con la hipótesis de un atentado durante la Cumbre. Como no encontraron ninguna pista que diera mínimamente algún indicio, dicen ahora, que fue una lectura forzada, una interpretación exagerada que llevó a ese operativo desproporcionado; justificándose, bajo la presión del poco tiempo con que contaban para tomar la decisión.

El Departamento de Justicia fue todavía más lapidario, acusa directamente a la unidad de que su informe fue un fraude, una sumatoria de información sinsentido y sin el debido respaldo; y con esa sentencia, las culpas comenzaron a caer como piedras sobre ellos.

CORTE NUEVE DE LOS QUIROS-PLATA 2-CRISTIAN MARCELO ATROVIDA-EXCLUSIVA PARA VITALIA LIMITADA-

Lo que hasta ayer era una operación vital contra el terrorismo, hoy es puesto bajo sospecha, Anselmo siente responsabilidad sobre la delicada situación que enfrenta la unidad.

—¿Cómo puede ser, si hace…? —intenta preguntar ingenuamente Anselmo, y no lo dejan terminar.

—Alguien tiene que hacerse cargo del traspié. Deben encontrar a quien ponga el cuello. Esa es la manera de sobrevivir en los momentos difíciles.

La culpa siempre es de los que están un escalón más abajo, en este caso nosotros. Si bien fuimos quienes condujeron la investigación y convencieron, en cierta forma, a los superiores para que lleguen a admitir nuestro informe, ellos lo aceptaron. Sin tiempo para ninguna otra evaluación, dieron el visto bueno para ejecutar la operación; que nosotros no armamos. Era una excelente jugada con todos los beneficios. Lograr detener un nefasto ataque terrorista, hubiese servido para elevar el nivel de confianza de los estadounidenses en cuanto a la seguridad, y a su vez, el del país ante los ojos del mundo entero. De no lograrlo… estábamos fuera de casa.

Esto les hubiese servido para obtener crédito extra, ya que no lo esperaban de ninguna manera y menos tan servido —explica Montana, muy irritado.

Esa fue la conclusión a la que llegaron los agentes de la unidad antiterrorista. Anselmo solo escucha, no entiende por qué fue citado.

Visto desde allá, debió ser una buena oportunidad para que los altos jefes del poder reafirmen su vigencia, para enquistarse en sus cargos. Una oportunidad que, seguramente, debe haber tenido un desmesurado costo monetario y también político, dentro de la misma estructura que ellos sostienen.

Fue una jugada y, como tal, esta vez no salió del todo bien. Para ellos, al menos. Porque su intervención, aunque grandilocuente, quedó en la nada. Digna, sí, porque ¿acaso los terroristas se enteraron que estaban siendo acechados y desistieron de su acción? O quizá simplemente entendieron que, con tanto control, no serviría de nada hacer el intento, pues no lograrían jamás concluir su fanática labor.

Montana se sirve un café y lo revuelve lentamente.

—Nos usaron, ahora somos el fusible. Como dije al principio, de alguien tiene que ser la culpa. Mía, a decir verdad, nuestra; no suya Saravia —le dice a Anselmo.

—Usted, Saravia, se preguntará por qué está participando de esta reunión. Le explico. La única manera para intentar salvar mi cuello, es encontrar una razón. Una justificación meritoria de todo el despliegue que se hizo más… todo lo que usted no vio. Otro responsable, alguien que cargue con parte de la culpa.

Anselmo escucha atentamente, pero su cara de asombro le descubre el pensamiento. Esta situación lo incomoda absolutamente. Se pregunta si, quizá, sabrán o sospechan algo. Un leve sudor comienza a brotarle por la espalda…

CONVOCATORIA-ESPACIOS-SLATAZO-CRISTIANMARCELLATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

—No se sorprenda por lo que le estoy diciendo, porque si no, al final, se va a sorprender mucho más. Usted… usted va a ser mi recurso. Me va a ayudar a encontrar a la persona que me condujo a esto, que me guió y convenció para llegar a lo que hice. Realmente ya no me interesa si tiene razón o es un desquiciado. Si logramos arrestarlo, yo personalmente me encargaré de que se declare culpable. Armaré la historia de tal manera que se crea que todo fue un fraude suyo, un psicópata o hasta un colaborador de los terroristas, o lo que sea —le dice a Anselmo.

Mientras camina de un lado a otro lo señala con el dedo índice de su mano libre, ya que, con la otra, sostiene su café.

—¿Y por qué supone que yo lo voy a encontrar?

—Usted pertenece aquí, conoce el terreno mucho mejor que nosotros, lo veo con mis propios ojos. Tiene contactos locales, cosa que yo conseguiría indudablemente, pero con tiempo. Y justamente eso es lo que no tengo. Además, me demostró que sabe sacar sus propias conclusiones, usted piensa Saravia. No es como la mayoría.

—Lo que sabemos de este sujeto, es que me ha contactado en llamadas cortas desde un celular; el que, después de hablarme, inhabilita de inmediato. Sé esto porque tenemos su número y hemos intentado rastrearlo. Otras veces ha llamado desde teléfonos públicos, desde esta misma ciudad, sabemos las zonas…

Despliega un plano de Encarnación y señala los lugares.

—Es amplia, porque ha efectuado las llamadas desde distintos sectores, lo que demuestra que no es tonto. Carlos, se hace llamar.

De un sobre saca una fotografía, la que pasan de mano en mano, mientras lee una foja de datos.

—Su verdadero nombre es Martín Biaggini, de nacionalidad argentina, estado civil soltero, edad treinta y dos años, estudios cursados en la Universidad estatal de Buenos Aires, carrera elegida: Ciencias de la Comunicación. Periodista… Nunca trabajó de su profesión… cosa paradójica que sucede aquí en Latinoamérica. Su familia es de un pequeño pueblo de la Provincia de Buenos Aires. Su padre fallecido, su madre Norma Isabel Cáceres vive aún en ese lugar; tuvo el último contacto telefónico con ella, según creemos, porque hay registrado un número de esta ciudad, el veinticuatro de diciembre de 2005, a las 20:30 horas.

Señores, lo debemos rastrear aquí y, probablemente, en otros sitios de Argentina. Tenemos exactamente quince días de vida, por decirlo de alguna manera. ¿Alguna pregunta? —dice culminando su exposición.

Todos seguramente tengan dudas, pero nadie pregunta nada. Saben que lo importante es hallarme y vivo.

—Okey, a la calle, a trabajar. Formaremos tres grupos de dos integrantes cada uno. Usted Saravia… conmigo —dice, golpeando sus palmas suavemente.

De esta forma, Anselmo está trabajando con ellos nuevamente.

CONVOCATORIA-ESPECIAL-DOS-LA-AZUL-CRISTIAN-HARCE-BLATRONICA-EDICION-DIGITALIZADA-

Recorren las calles buscando conseguir algún rastro mío, pero por suerte, en su primer día no encuentran nada importante.

Más tarde, en cuanto puede visitarme, Anselmo me comunica lo que está sucediendo. No se atreve a llamarme, porque no sabe, si sospechan de él.

—Estoy frito —le digo con desánimo.

—Si te quedás acá abajo, no.

—¿Quién aguanta?

—Como quieras, solo tratá de no comprometer a mi tío por una estupidez.

—Estuve pensando en volver para Argentina.

—Tal vez… no sea mala idea, ¿a dónde pensás vivir?

—No sé… con mi vieja…

—Imposible. Tienen su dirección y de varios parientes también.

Me deja absorto.

—Bueno… Me voy a una pensión, como viví muchos años.

—Podría ser…

—¿Qué más saben de mí?

—Tu edad, estado civil, una foto de tu DNI en la que no tenías ni barba aún, y la de la Cédula de Identidad. Última llamada a tu madre, y profesión y… hasta saben que nunca trabajaste de ella.

—¿Cómo que nunca trabajé de ella? ¿Y cuándo redactaba la columna deportiva en el diario de Victorino?

De repente, me asalta la angustia. Tendré que advertirlo para evitar que lo tomen desprevenido, porque mi nombre salía al pie de esa publicación.

Llamo inmediatamente desde el celular que no me comunico con Montana. Espero encontrarlo, porque es algo tarde; pero generalmente, trabaja largas jornadas.

—Redacción —contestan.

—Hola, quisiera hablar con Victorino.

—¿De parte de quién?

—Un amigo de su sobrina Aldana, tengo un mensaje suyo urgente para comunicarle.

—Un momento por favor.

Afortunadamente, le pasan la comunicación sin más preguntas; lo que tarda un instante.

—Hola, ¿quién habla? —contesta algo sorprendido.

—Un conocido de su sobrina, que nos presentó hace un tiempo.

—Ah… ¿qué tal muchacho? ¿Qué mensaje tienes tú de mi sobrina? —pregunta extrañado.

—No. Este… "ella" … me está buscando y tiene mi nombre, ¿me entiende?... le aviso por… mi trabajo… ¿recuerda que escribía esa columna y se publicaba mi nombre?

Tarda un momento, pero su brillante mente no necesita más datos.

CON LOS OJOS ESPEJADOS-PLAN AZUL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

—Sí, por supuesto. Estás en un aprieto muchacho, si "ella" te alcanza, te caza.

Entendió mi mensaje, porque su respuesta la pronunció con un doble sentido.

—Sí, solo quería advertirle. Para que no lo tome por sorpresa si la llegase a ver.

—Quédate tranquilo, yo lo manejo. Por lo demás, si necesitas una mano me lo haces saber.

—Le agradezco mucho.

—Nosotros también, nos enteramos de todo y les estamos muy agradecidos.

Entiendo que me lo dice por el pedido de captura que tienen los miembros de la banda.

—Sí. Por suerte está a punto de concluir todo, en ese aspecto.

—Bueno, adiós muchacho, recuerda lo que te dije y… gracias.

—Adiós.

Gran persona, qué educación. Da gusto oírlo hablar, lástima que no pude continuar trabajando en su periódico.

Hecho. Una cosa menos de qué preocuparme.

—¿Y ahora, como sigue la cosa? —pregunta Anselmo mientras prepara mate.

No le contesto, me recuesto sobre la silla, apoyando mi nuca contra el borde superior del respaldar, echando mi cabeza hacia atrás y mirando el techo; medito.

Analizando bien la situación, lo mejor va a ser que regrese a la Argentina, voy a estar más lejos de ellos y no comprometo a José. Ya no tengo motivo para permanecer más tiempo aquí.

—Me vuelvo.

—Bueno, vas a tener que entrar ilegalmente, porque te busca INTERPOL.

—Sí, voy a tener que cruzar el río nadando.

Nos reímos a carcajadas. ¡Qué bien me hace! Por un momento dejo atrás los problemas.

—En serio, te voy a tener que hacer cruzar —dice Anselmo.

Es verdad voy a tener que escapar hacia mi propio país. Que increíble, ¿qué hice? Cualquier cosa, eso hice. Nunca tendría que haber retirado esa encomienda. Ahora es tarde, mejor es que no pierda tiempo pensando en qué debería haber hecho, sino en qué debo hacer ahora.

—Acordate, de tener apagado el celular con que llamás a Montana, por si acaso. Quién sabe qué clase de tecnología puedan tener esos tipos. Solo tené encendido el otro.

—Siempre es así. Y le saco la batería.

—Bueno, igual no te voy a llamar salvo una emergencia. Si te llamo, primero rajá, escondete en otra parte, donde sea… Volá. Y revisá la casilla de tu correo electrónico trucho, que nos comunicamos por ahí.

—Entendido.

—Hoy mismo consigo alguien que te cruce la frontera.

—Tenés que traerme ese bolso que está en la casa de tu vieja, ¿te acordás? Con ropa y algunas cosas más.

—Ok. Me voy que se hizo tarde.

CONEVOLUCIONELESPEJISMOS-PLATA2021-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Claro, ahora pertenecés al otro bando.

Nos reímos nuevamente.

—Acordate de esconder todo lo que sea comprometedor.

Me recuerda antes de pasar la puerta de mi madriguera.

20 de febrero de 2006- Encarnación- Posadas.

Por la mañana, me comunica personalmente que esa misma noche está preparado mi regreso a la Argentina. Me altera un poco la noticia debido a la premura de la gestión.

Preparo todo mi equipaje, algunas cosas las tengo que dejar, es demasiada carga para un fugitivo. Me llevo la notebook porque sería peligroso que la hallen, ya que, aunque se formatee su disco rígido, quizá puedan recuperar archivos; no debemos correr riesgos y no quiero destrozarla. Además, llevo la cámara fotográfica, la filmadora y el grabador de mp3. Elimino toda la documentación de respaldo en CDs o papel. Oculto el dinero que me diera Victorino y todas mis identificaciones en un doble fondo, solo dejo a mano el DNI apócrifo.

Por la noche, pasadas las veinte horas, llega Anselmo. Cargo todo lo que llevo en su automóvil y me despido de su tío con un fuerte abrazo.

—Cuidate, pibe.

—Sí, usted también. Gracias por todo.

Circulamos por una calle oscura, por la que no transita nadie prácticamente. Pero por esos lugares por los que pocos andan, pasan dos de los integrantes de la unidad del FBI, y al ver a Anselmo, lo saludan. Nosotros hacemos lo mismo. Pero uno de ellos, el acompañante, se queda observándome.

—Casi... ¿quiénes son? —le pregunto.

—Dos de la unidad del FBI. Pasan todo el día dando vueltas a ver que encuentran.

—Creo que no me reconocieron —digo con angustia.

—Seguro, si no habrían dado la vuelta.

Estoy con el cabello más largo y renegrido, y con una prominente barba, también oscurecida.

—¿Cómo voy a cruzar? No me dijiste.

—En un bote.

Anduvimos un buen rato bordeando el río por un camino paralelo, hasta que llegamos a un bajo en el que apenas se ve un pequeño bote en la penumbra de la noche y, sobre él, espera una silueta. Navegaré desde Campichuelo en Paraguay, hasta Candelaria en Argentina; donde el río es más estrecho.

—Hola, ¿Estévez? —pregunta Anselmo sin bajar del vehículo.

—El mismo, ¿usted es Víctor?

—Sí, acá le traigo la carga.

CONTRAVUELO DE ESPADAS-PLATA-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICIONES BATUTA-NO LIMITADA-

Nos reímos los tres.

—Bueno viejo... ha sido casi un gusto tratar con vos —ironizo.

—Lo mismo digo —contesta dándome un abrazo.

—Cuidate.

—Vos también.

Me ayudan a cargar mis pertrechos, y así comienza mi regreso. Vamos en un bote a remos; es una noche de cielo bastante cerrado, por lo que no creo que haya problemas con la policía fronteriza de ambos países.

—Nos mantenemos en contacto por mail —le digo apenas salimos.

Anselmo levanta su pulgar.

Mientras cruzamos, me entrego a la mansedumbre del agua, el reflejo de la luna y ese cielo negro como el carbón, sembrado de chispas. Pasan rápidamente por mi mente los recuerdos de las situaciones vividas desde que me reencontré con Walter. Las buenas y las malas. Los lugares, la muerte y las personas. Las que intentaron asesinarme y las que me tendieron su mano. Anselmo, su tío, Victorino y Maximiliano Ortiz. Estos tenían sus intereses, pero ya sobre el final, en el momento en que podrían haberse desentendido de mí, no lo hicieron. Goyo Méndez y su desdichada señora, con su Carlitos; y tantas otras, que pasaron fugazmente.

Todo se mezcla en un mismo río de recuerdos, y me descubro agradecido, dolido y cansado. Tal vez sea la calma antes de la tormenta, o quizá el destino ya haya decidido por mí. Lo único cierto es que no hay regreso posible, lo vivido ya no me pertenece, son apenas huellas que se disuelven en la memoria, como el rastro de nuestra barca sobre el agua. El futuro, lo que aguarda del otro lado, todavía no muestra su verdadero rostro. Es incierto, pero esta noche silenciosa, inmensa, marca el final de un camino.

Nos golpea una pequeña ola y me despabilo, giro mi cabeza para mirar al remero y me hace una seña de que está todo en orden. Levanto la vista y ya no veo a Anselmo, seguramente se debe haber marchado.

—¡Qué raro esa ola! Porque está manso el río.

—Alguna lancha —responde, por decirme algo. Es ilógico que, si produjo esa ola, no se oiga el ruido del motor en el silencio de la noche.

Alguna lancha... espero que no sea de Gendarmería. Haciendo un pequeño esfuerzo auditivo, ahora, escucho el casi imperceptible ruido de un motor, muy a lo lejos. El que se nota que poco a poco viene acercándose.

—¿Y ese ruido? —pregunto.

—Alguna lancha.

Otra vez contesta lo mismo, lo que hace que me ponga tenso.

Estamos a mitad del río y el ruido del motor se escucha cada vez más cercano.

—¿No será Gendarmería?

CONEVOLUDELOSPELAOS-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONLIMITADA-

—No —responde a secas.

—¿Cómo sabe? —le pregunto de mala manera, porque me pone nervioso que me conteste así; y además reme tan tranquilo.

—Porque Gendarmería no nos detiene mientras cruzamos, ellos no tienen muchas lanchas.

Al oír esto, me sereno.

—Disculpe si…

—Está bien.

—¿Y cómo los detienen cuando cruzan algo? —pregunto, tratando de ser amable por mi acto anterior.

—Nos esperan, ocultos en la selva y, cuando llegamos, ahí nos atrapan —dice, mientras de la manera más natural continúa con su tarea, como si nada pasara.

—Pero… ¿entonces no tengo ninguna seguridad de llegar?

—Llegar va a llegar… Quédese tranquilo, que no hay problema.

La verdad es que no me tranquilizo nada; si me atrapan estoy perdido. Hago un gran esfuerzo observando hacia la, aún, lejana costa; pensando, como única opción, que si llegan a estar ahí… me tiro al agua. Que sea lo que Dios quiera, pero no me voy a entregar tan fácil.

En ese instante, recuerdo que traigo la videocámara con night shot. Ni bien la encuentro, la enciendo y la enfoco hacia la costa.

Se oye bastante cerca la lancha, pero dejo de prestarle atención; ahora tengo toda la concentración puesta en el lugar de llegada. Observo muy atentamente, recorro palmo a palmo la costa ampliándola con el zoom, para tratar de desembarcar sin sobresaltos. En un momento determinado, faltando unos veinte o treinta metros para llegar…

—Veo a alguien caminando, derecho a donde vamos —le susurro y señalo.

—Sí, es mi socio que lo viene a buscar. Quédese tranquilo.

No digo más nada hasta desembarcar y, cuando lo hago, solo le agradezco.

El socio, en un automóvil bastante destartalado, me traslada hasta una hostería de Posadas en la que pasaré la noche.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZO-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONCATOLITALIMITADA-

7. Código “fiebre amarilla”

21 de febrero de 2006- Posadas.

Cerca del mediodía, cuando despierto por causa del calor, siento el cuerpo rendido. La tensión nerviosa de la fuga de anoche me dejó agotado; no suelo dormir tantas horas, menos aún con el encierro sufrido.

Desayuno en el pintoresco salón de la pequeña hostería familiar, en los límites de la ciudad. A través de una sus ventanas observo, a lo lejos, la cerrada arboleda que debe llegar hasta el margen del río. Distendido, me pregunto cuáles serán los pasos a seguir. ¿A dónde voy a ir? Por el momento, no tengo la menor idea, pero sé que con un poco más de tiempo algo surgirá.

Guardo una importante suma de dinero en efectivo que me entregó Victorino. Tendré que idear alguna manera de dividirlo y esconderlo, porque de este capital depende mi supervivencia.

El desayuno me devuelve el ánimo dentro de las posibilidades. Reviso mi casilla de correo electrónico alternativa y le envío un mail a Anselmo, informándole con una escritura genérica, que llegué bien.

22 de febrero de 2006- Posadas.

Continúo descansando en esta tranquila hostería, pero siento que es hora de moverme. La calma del lugar empieza a resultarme peligrosa, demasiada quietud, demasiado cerca de los sabuesos. Si siguieran mis pasos a través de las personas que me cruzaron, me hallarían fácilmente, porque aún no me he movido del lugar en que me dejaron. Un error que no debo cometer. Viajaré hacia Buenos Aires, en esa mega ciudad, pasar desapercibido será más fácil.

23 de febrero de 2006- Ciudad de Buenos Aires.

Transcurridas unas catorce horas y un agotador viaje, arribo a la terminal de Retiro, en Buenos Aires. Son las tres de la madrugada, somnoliento y cansado, busco un café en uno de los bares que rodean la estación. El mozo, de pocas palabras, me recomienda un alojamiento cercano; humilde pero tranquilo e informal, por lo que cuenta del lugar.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLATA 170- CRISTIAN MARCELO ARONICA- EDICIÓN GRATUITA NO VENDIDA-

Acepto su consejo. El hospedaje parece no tener demasiados huéspedes; el portallaves se encuentra casi lleno, lo que sugiere, por la hora, que la mayoría de las habitaciones deben estar vacías. No sé si me tranquiliza o me inquieta.

Tomo una habitación del segundo piso. Apenas ingreso, me desplomo sobre la cama sin siquiera desvestirme. El cuerpo me pesa, como si en vez de haber viajado en ómnibus, hubiese venido caminando con equipaje y todo. Antes de dormirme, solo alcanzo a pensar que en esta ciudad inmensa la soledad puede ser un escondite perfecto.

24 de febrero de 2006- Ciudad de Buenos Aires.

Muy temprano, después de haber dormido desde que llegué, tomo una refrescante ducha para que se me quite el sopor que continúa ahogando mi cabeza.

Desayuno y salgo a la calle.

—Hola Buenos Aires. Volví, aunque no lo puedas creer volví y entero —digo en voz baja.

Camino y camino, sereno entre la muchedumbre ruidosa y movediza, donde me siento más seguro. Me pierdo entre los pasos apresurados, las bocinas y el murmullo incesante de la ciudad. Recorro plazas, calles y avenidas.

Me acerco hasta el microcentro porteño y percibo un poco extraño el bullicio, la gran cantidad de personas y vehículos, humo de escapes, vendedores ambulantes. Parece un río humano y de metal que no deja de fluir.

Hacía mucho tiempo que no veía tanto movimiento en una ciudad. Esa vitalidad me resulta ajena, casi hostil, y sin embargo me reconforta; porque aquí me vuelvo invisible.

—¿Qué me van a encontrar acá… aunque me busquen con lupa? —susurro.

Noto que, por segunda vez, hablo solo; pero no me preocupa. Me siento feliz de haber vuelto; como si nada de lo vivido hubiera ocurrido.

Camino cantando o tarareando infinidad de canciones en voz muy baja. Ingreso en un cine para ver "Iluminados por el fuego". Trae a mi recuerdo a la desdichada señora de Goyo.

Ya entrada la tarde, compro unos súper panchos bien cargados de aderezos y una gaseosa; devoro el último mientras camino sin apuro, observando cómo la ciudad comienza a encenderse.

Por la noche continúo dando vueltas, no me canso de andar, del bullicio, de la gente… y de la vida, y de la libertad. Trato de recordar la vida que tuve hasta hace apenas algunos meses.

Entrada la noche, tomo el subte para llegar hasta el hotel en que estoy alojado; en la zona de Retiro. Aquí, para tomar la habitación solo me preguntaron el nombre y apellido, que por supuesto, di cualquiera; sin documento ni otros datos, lo que me beneficia. Pero no será así en todas partes.

Al llegar a la habitación, busco entre mis pertenencias la dirección de correo que alguna vez me dio el ruso Anatoly; seguramente pueda ayudarme a conseguir otro DNI.

CON LOS LOBOS ESTEPARIOS - PLATAFORMA EDITORIAL - OBRA PROTEGIDA POR DERECHOS DE AUTOR - EDICIÓN DIGITAL ILIMITADA -

Reviso cada papel, cada bolsillo. Entre todos, aparece el número telefónico del Jefe, el que me entregó Walter en las sierras de Caaguazú la noche en que casi logramos sacarlo del infierno. Sostengo la hoja plegada con ambas manos, pensativo, la observo con detenimiento, y con ella me invade el recuerdo. Un buen tipo, bastante desacertado durante los últimos meses de su vida, pero no por eso dejó de ser una buena persona. Me intriga su familia. No tengo ningún dato como para avisarles… pero quiero suponer que ya estarán al tanto.

Despliego el papel y continúo observándolo, rememorando cosas que hicimos y lo lejos que llegamos. Me resulta todavía increíble que ya no esté. Aunque no logre recordar con detalle el momento de su muerte, muchas noches no puedo quitar de mi mente su última mirada.

Estoy tan abstraído en ese vaivén de memorias que, al girar la hoja, tardo en notar que hay escrito algo más. Una frase corta, pero despierta mis ansias de saber.

En algún lugar del galpón escondieron algo.

Admito que es otro mensaje de Walter, aunque no reconozco la letra. Necesito encontrar algo más que haya escrito para compararla.

Anselmo siempre aseguró que el galpón estaba vacío; y que yo sepa, no ofrece muchos lugares donde ocultar algo. Es completamente de chapa, desnudo, frío, sin poder guardar secretos. O quizá se refiera al depósito donde guardaron los cajones por última vez. Ahí sí podría haber algo, alguna otra pista, algún dato perdido.

Este papel me lo entregó cuando estaban instalados en la estancia, para ese entonces ya habían abandonado la casa de Encarnación y desocupado el galpón. Eso me intriga aún más.

Le envío un mail a Anselmo para informarle, con la esperanza de que lo lea pronto; si no lo hace, llamaré a su tío. Sin darme cuenta, esta nota revive en mí la emoción de días pasados. Siento que regresé de Paraguay sin algo. Y no solo por Walter. Hay otra cosa, como una sombra, un hueco que no logro llenar. Una sensación de vacío que me corroe por dentro, la certeza de que dejé algo inconcluso. Y no voy a lograr estar en paz hasta que tenga un final.

25 de febrero de 2006- Ciudad de Buenos Aires y Encarnación.

Siento tanta ansiedad que apenas amanece verifico si Anselmo leyó el correo. Nada. No hay respuesta. Esa ausencia me carcome. Incapaz de soportar la espera, lo llamo a José.

—Buen día, ¿quién habla?

—Un amigo de su sobrino. Yo anduve por su casa… —no quiero dar datos y menos nombres, por si acaso estuviera intervenido.

—Ah… sí, te recuerdo —responde, medio confuso por mi presentación, pero inmediatamente entiende.

—Hágame un favor urgente, dígale a su sobrino que me conteste el correo.

—Ah, bien. Se lo comunico enseguida.

CON LOS PIES DESCALZOS SOBRE EL PASTO-CRISTIAN VARGAS-EDICIÓN ELECTRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—Adiós y gracias…nuevamente.

Estoy tan impaciente porque Anselmo lea el mensaje que no logro controlarme, en menos de una hora, vuelvo a revisar. Nada todavía. La espera y no tener otra cosa para hacer me inquieta, y vuelve a instalar en mí esa extraña emoción de estar envuelto en algo comprometido para sentirme vivo.

En una confitería, pido un café y hojeo el diario con la ilusión de distraerme. Pero la calma se quiebra apenas cruzo miradas con dos policías que acaban de ingresar. No sé si fui yo quien los miró demasiado o si fueron ellos quienes me estudiaron con sospecha, pero sus ojos se detuvieron en mí más de lo necesario. Luego avanzan hacia una mesa del fondo, donde dejo de verlos.

Ese simple episodio basta para recordarme que soy buscado, un fugitivo de la ley. Si yo logré encontrar al ruso con tanta facilidad, bien podrían dar conmigo en el momento menos esperado; incluso en esta ciudad, inmensa y abarrotada de gente. El pensamiento me dio escalofríos, si bien no sé cómo voy a salir de esto, no quiero terminar en la cárcel.

Pasado un rato, reviso el correo. Esta vez sí lo leyó. Pregunta si estoy seguro de lo que digo. Le ratifico que la anotación estaba en esa hoja que Walter me entregó con el número del Jefe cuando escapábamos por las sierras. Y no tengo dudas, es su letra.

Anselmo pasa entre catorce y dieciséis horas al día trabajando con la unidad del FBI, quienes, como lobos hambrientos, buscan desesperadamente algún rastro mío. Hallarme para ellos no es solo cumplir con una misión, es la esperanza de afirmar su posición, la que por el momento tambalea.

Ni bien puede, se hace una escapada hasta el galpón situado adelante de la casa de la banda. Ya no queda vigilancia, apenas las cintas de seguridad meneándose con la brisa. Se acerca caminando, ir en su vehículo podría comprometerlo si fuera visto.

Adentro, el panorama es el mismo que la vez anterior, el vacío se oye en cada paso. Las paredes y techo de chapa descartan cualquier escondite. Da la vuelta completa por dentro y por fuera, observa los ángulos, palpa las uniones; no hay nada que lo inquiete. Toma fotografías, como si la cámara pudiera ver algo que los ojos no.

Revisa la casa también, por si hubiera algo ahí en vez de en el galpón. Pero la encuentra igual de desolada. Paredes desnudas, muebles escasos y sin secretos, puertas que solo conducen a habitaciones vacías. Inspecciona el baño, incluso el tanque del inodoro. Todo en vano. Toma fotografías, y se marcha.

Durante el camino de regreso una idea le cruza por la cabeza, puede que lo que hubiera estado oculto yo no esté más. Puede que lo hayan encontrado los del FBI antes que él.

Ahora se encamina hacia el depósito en que almacenaron los cajones que antes estaban en ese galpón. A mitad de camino, recibe un llamado de Montana y recapacita. Tampoco puede presentarse a revisarlos sin una orden. Y si en algún momento la investigación del FBI los

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLAMAZU-CRISTIAN MARCELO ALTAMIRANO-EDICIÓN ILIMITADA-

condujera hasta ese sitio, alguien de ese lugar podría declarar que ya fueron inspeccionados; incluso, hasta podrían reconocerlo.

Va a necesitar ayuda, se le hace muy difícil continuar solo, y recae en la persona de su absoluta confianza, su tío. Como siempre, sin pretextos, le brinda todo su apoyo; como al hijo que nunca tuvo.

José y dos de sus viejos camaradas se ocuparán del asunto. Se acercan al depósito para estudiar la manera en que puedan revisar esos cajones sin que lo adviertan sus cuidadores.

Al corroborar que no hay otro modo de ingresar que no sea por la fuerza, elaboran un plan algo cinematográfico pero efectivo.

Para esto, deciden convocar a otro de sus antiguos cofrades, de aquellos tiempos en los que todos trabajaban para la policía de Paraguay. Una persona que, a pesar de los años, conserva su recio temperamento. Pastor "Titi" Frías; merecido apodo debido a su menudo cuerpo, pero aún ágil y fibroso.

Una vez reunidos, le explican el motivo. Pregunta qué ganará haciendo esto y no logran convencerlo de que sea solo por camaradería, Anselmo decide invertir un resto de dinero de nuestro padrino que quedó en sus manos. Luego, le explican cuál es su sencillo plan; mientras le muestran algunas fotografías de los cajones, que habíamos tomado antes.

Titi deberá esconderse en un antiguo ropero que guardarán en ese depósito, desde mañana por la tarde, hasta la mañana siguiente. Por la noche, deberá revisar los cajones y tomarle fotografías a todo lo que encuentre en su interior o crea necesario.

Llevará una caja con herramientas para poder quitar las tapas, una cámara fotográfica digital y un celular.

En lo personal, solicita unos sándwiches, jugo de fruta, agua y un bidón vacío con tapa, para orinar.

26 de febrero de 2006- Encarnación.

El plan está en marcha. A última hora, cuando ya constataron que todos los empleados se retiraron, José y sus amigos llegan con el ropero hasta el depósito; justo cuando su anciano dueño está por cerrarlo. Al principio, los atiende con cierto recelo.

—Buenas noches —dice detrás de la puerta, mientras los observa con desconfianza.

—Buenas noches, veníamos a dejar un mueble por esta noche, si es posible — explica José.

—Ya cerramos.

—Hágame el favor. Le prometo que mañana temprano lo retiramos.

—¿Solo por una noche? —pregunta el anciano, más reacio aún.

—El mueble era de mi abuela y lo trajimos del campo para llevárselo a una tía mía que vive en un departamento; no calculamos lo complicado que sería subirlo.

Los estudia con desconfianza, uno por uno.

CON LA VELOCIDAD DE LOS RELÁMPAGOS-CRISTIAN MARCELO ARTUNDO- EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—Espere un momento.

Cierra la oxidada puerta y abre el, no menos, arruinado portón.

—Lo van a tener que bajar ustedes porque los muchachos ya se fueron, y yo no estoy para hacer fuerza.

—No se preocupe —contesta José.

Lo bajan de la camioneta y, entre los tres, lo llevan hasta un rincón del depósito; al que sorpresivamente se asoma por una puerta trasera un robusto perro dóberman, que gruñe de manera intimidante. No tuvieron en cuenta que podía haber un perro guardián por la noche, o incluso, una alarma.

—¡Fuera! ¡Andá afuera te digo! —le ordena su amo. Y la bestia, dócilmente obedece.

—Bravo parece el perrito, si duerme adentro difícil que le roben algo —dice uno de los amigos de José, alzando la voz para alertar a Titi, que está adentro del mueble trabado desde su interior, y camuflado con ropa.

—Lo tengo para que me cuide a mí, no a las cosas que hay en el depósito. Duerme en la casa conmigo. Ahí sí que... si entra alguien, no lo perdona. Déjenlo por ahí nomás, total por una noche...

—Mañana a las siete lo venimos a buscar —le dice José, sabiendo que el viejo abre el depósito a esa hora, y que los peones llegan a partir de las siete y treinta.

—Ah, bueno. Pero mire que los muchachos llegan a más tarde. Lo van a tener que cargar ustedes.

—No se preocupe, cuídelo bien, nada más.

—Yo me meto en la casa y no salgo ni loco hasta mañana —exclama riéndose, ahora, con cierta simpatía.

—Hasta mañana, entonces —dicen José y sus amigos.

—Hasta mañana, vengan todos porque los peones llegan a las siete y media. Les aviso nomás.

—Gracias, no se preocupe.

Hecho. Titi está adentro. En cuanto verifiquen que el anciano cerró el depósito, lo llamarán al celular, en el que tiene activado solo el vibrador.

27 de febrero de 2006- Encarnación y Ciudad de Buenos Aires.

Por la mañana, retiran el ropero antes de que lleguen los primeros peones; pagan y se marchan.

Apenas unas cuadras más adelante, sale Titi de su escondite y se pasa a la cabina de la camioneta.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Pudiste abrirlos?

CON EL VUELO DE LOS PAJAROS-LA TAZUL-CRISTIAN MARCELO LATRONICO- EDICION CON AUTOR LIMITADA-

—Claro que sí. Están vacíos. En realidad, en algunos había solamente unos empaques de goma espuma. ¿Qué tenía que haber adentro?

—¡Si lo supiéramos, no habríamos hecho esto!

—Así que vacíos… ¿Todos? —pregunta José.

—Sí.

—Qué raro… pagar para guardar cajones vacíos, ¿qué sentido tiene? —pregunta uno de los amigos de José.

Más tarde, detallan lo sucedido a Anselmo. Tratando de encontrar algún sentido, recuerda que, cuando los descargaron para guardarlos en el galpón de la casa, lo hicieron con un autoelevador; pero al retirarlos de allí, para dejarlos en ese depósito, los cargaron a pulso entre dos personas y no fueron tratados con el mismo cuidado de antes. Todo es muy extraño piensa, ¿qué hicieron con el contenido? Con esos cilindros que había en su interior.

Deduce, que esto significa una cosa, que las sustancias químicas aún están en poder de los terroristas o de la banda.

Me envía todas las fotografías y los datos que recopilaron, tanto de los cajones, como del galpón; siempre vía mail, creados con datos apócrifos. Hago una copia de todo para estudiarlas más tarde en mi escondite.

Una vez en el hotel (de Buenos Aires), las reviso una y otra vez.

—Qué habrás querido decir con ese mensaje… —exclamo, refiriéndome a Walter.

Cansado de observarlas completas y por partes, de ampliarlas y reducirlas, de darles brillo y contraste; comienzo a creer que el mensaje no significa nada. O que simplemente, lo que había, ya no está.

Más tarde, Anselmo me envía un mensaje desde un nuevo celular. Dice, que mañana viajará junto a la unidad del FBI para Argentina, precisamente a Buenos Aires. Oyó, que obtuvieron el dato, de que hace algunos días cruzaron clandestinamente a una persona hacia la Argentina.

Como la dirección que figura en mi DNI es de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y, si investigaron mis últimos años, es indudable que comenzarán a rastrearme por aquí. Siento que los sabuesos se acercan y, el que vengan hacia aquí, me genera cierta intranquilidad.

Pienso, que tal vez sería mejor avisarles sobre el nuevo mensaje encontrado; porque no creo que los árabes hayan trabajado tanto por nada. Y, en definitiva, qué cambiaría si fueran ellos quienes hallaran alguna pista nueva en lugar de nosotros, si todo lo que busco es que me dejen en paz y poder salir, de una vez, de este maldito problema.

Le comparto la idea a Anselmo. Responde, que le parece razonable y está de acuerdo; que es una posibilidad.

Enciendo el celular con el que llamo a Montana y, después de unos segundos, atiende.

—Sí…

—Habla Carlos…

CON VUELO DEL SPIRITUS-PLANETA-CRISTIAN MARCELO ELECTRÓNICA-EDICIÓN GRATUITA LIMITADA-

—Carlos… bonito negocio me hizo hacer.

—No fue mi intención… —expreso con cierta culpa.

Se queda callado un momento.

Me arrepiento de inmediato de lo que dije. ¿Cómo podría saber yo lo que en verdad ocurrió, si no fuera porque alguien de su entorno me lo contó?

—¿No fue su intención…? Esto cuesta nuestros cargos, sumado a una investigación interna del Departamento de Justicia ¿sabe Carlos? —dice con ironía.

—No llamo para que me extorsione la conciencia.

—¿Y para qué llama? ¿tiene en su poder otro dato confiable?

Continúa con ese tono que no soporto.

—No sé si es confiable o no. Eso decídalo usted. Si lo quiere bien… y si no, dígame así no gasto dinero y tiempo en vano.

—¿Y qué es lo que tiene ahora el señor… Carlos?

—Una nota. Una nota de Walter Quintana, uno de los muertos durante el enfrentamiento del dos de febrero. Cuando la policía paraguaya halló las pruebas.

—¿Y qué dice esa nota?

—Dice que, en el galpón que está adelante de la casa en la que se alojaba la banda, hay algo oculto…

—Y se supone que debo creerle…

—¡Haga lo que quiera!

—Ese lugar fue íntegramente examinado por mí y mi equipo. No hallamos nada.

—Revíselo de nuevo. ¿Qué pierde? ¡Nada!

—Así que ahora también me da órdenes —exclama con una risotada que termina por colmarme la paciencia.

—Si no lo revisa, hago una denuncia pública en los medios… de todo; incluso de esto; que usted, desoyó una posible evidencia sobre un posible atentado.

¡Y quiero que me envíe fotografías de que usted personalmente está haciendo el trabajo! —digo con agresividad.

Le dicto una dirección de correo electrónico para que me envíe lo que le exigí. Estoy seguro, de que todo el trabajo que hicieron los árabes, no puede haber sido en vano.

28 de febrero de 2006- Ciudad de Buenos Aires.

Muy temprano, Anselmo me envía un mensaje confirmando que llegarán a las diez horas de hoy al aeropuerto porteño. O sea, Montana está dispuesto a intentar salvar su cuello cazándome en vez de hallar alguna otra evidencia de los terroristas. Esto me demuestra que no le importa otra cosa más que su pellejo.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLAZA 70-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Le pido a Anselmo, que me tenga al tanto de los movimientos que realicen, en la medida que le sea posible.

Debo presionarlos para que encuentren esa posible evidencia, así que lo llamo nuevamente.

—¿Montana?

—Sí.

—Quiero las fotos, ¿no piensa enviármelas? ¿Acaso… quiere que haga la denuncia?

—Las estamos procesando, hoy mismo se las envío. Quédese tranquilo y no cometa ninguna locura de la que deba arrepentirse.

—¡Hoy! Porque mañana envío toda la documentación a los medios.

Corto la llamada sin darle tiempo a reaccionar.

Horas más tarde, reviso las casillas de mail. Primero, la que utilizo con Anselmo, donde me explica que logré perturbar a Montana con la amenaza de hacer una denuncia en los medios, y que las fotografías que me enviarán están montadas; unas que se tomó ahora, sobre las que ya tenían del galpón. Que realizan el trabajo con un software de última generación que no deja rastros del engaño. Agrega, que ya están en Buenos Aires, intentando hallar algún rastro mío.

Siempre cuidamos de no escribir palabras claves como: FBI, musulmanes, terroristas, etc. Ya que según dicen, pueden ser rastradas fácilmente.

Después, reviso la casilla a la que Montana me envió las fotos. Las copio para examinarlas en el hotel.

Una vez allí, comienzo a estudiarlas con detenimiento, tratando de encontrar algo que me indique que están trucadas como me informó Anselmo, necesito continuar presionándolo.

Por horas las observo, les aumento el tamaño, el brillo, el contraste, etc. Nada. Hasta que percibo un casi imperceptible error, por lo menos, sin aumentar el tamaño de la fotografía. En una, en la que se lo ve al elegante Montana ataviado con un traje oscuro, le sobresale de uno de sus bolsillos un llavero. Se puede ver claramente la marca de una conocida empresa de automóviles, pero en realidad, se lee a la inversa; exactamente en espejo. Mientras que la leyenda de la cinta de seguridad, que también salió en la fotografía, se lee correctamente.

Tal vez el software que utilizaron para realizar el trabajo sea perfecto, pero este, fue un pequeño error humano. Invirtieron su fotografía, porque posiblemente encajaría mejor así, sobre la otra que hace de fondo.

Eufórico por la falla encontrada, busco aún, de forma más meticulosa. En otra de las fotografías, noto que, en el piso de cemento del galpón, se distingue claramente una mancha, casi sobre un rincón. Trabajo un rato sobre esta, pero no logro distinguir más que eso, una nítida mancha de prolija forma rectangular, algo más oscura que el resto del piso.

Reviso las fotografías que tomó Anselmo, y en esas no se distingue esa mancha de ninguna forma posible, son de menor resolución; seguramente, ese sea el motivo.

Es tarde ya, mañana pensaré cómo me conviene continuar presionándolo.

CONEVOLUDELOSFELINOS-LAVOZDECRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITA-VENTALIMITADA-

1 de marzo de 2006- Ciudad de Buenos Aires.

Envío otro correo a Anselmo, donde le explico el pequeño gran error que hallé; para que esté al tanto de la situación.

Después, mientras permanezco sentado en el banco de una plaza disfrutando de la calidez de la mañana, una insólita idea cruza por mi mente. Regresar a Paraguay.

Si ellos están buscándome aquí, yo estoy allí, y viceversa. No es una idea despreciable.

Regreso a mi habitación decidido a hallar la dirección de mail que me diera Anatoly, porque al final, aún no logré encontrarla.

Examino cada lugar que no había revisado aún, y repaso aquellos donde sí lo había hecho; hasta que la hallo, adentro de mi billetera, escrita en una desgastada tarjeta a nombre de Hermann Weinsziehr. La busqué tanto y estuvo siempre conmigo.

Sin pérdida de tiempo, creo una nueva dirección de correo electrónico y me contacto con él; dándome a conocer, por supuesto, sin escribir mi nombre y apellido. Espero, que aún utilice esta dirección de correo.

Sorpresivamente, esa misma noche obtengo una respuesta:

Nos encontraremos mañana en el Zoológico de Buenos Aires, frente al sector de los tigres, a las once en punto.

2 de marzo de 2006- Ciudad de Buenos Aires.

A la hora indicada, estoy presente en el lugar. Observo a todas las personas, pero no detecto al ruso. Consulto mi reloj y son once y diez. Es raro que no esté aquí, se debe haber retrasado por algún motivo y decido esperarlo.

Un instante después, alguien que está observando a los magníficos felinos desde hace un rato, sin apartar la vista de ellos, me dice:

—Hermoso ejemplar. Asesino por naturaleza. Se ha llegado a decir que ha matado seres humanos sin el más mínimo intento de devorarlos, y si no lo hizo por defensa propia, significa que fue por la necesidad de satisfacer… su instinto.

Lo observo y lo escucho, su castellano con acento argentino es perfecto. Tiene pelo castaño oscuro, igual que su barba, y detrás de esos oscuros lentes, no logro ver sus ojos.

—Sí —contesto tímidamente sin dejar de observarlo.

—Parece que mejoré mi maquillaje —dice inmediatamente.

—¿Anatoly?

—Digamos… que sí —responde, mirándome a los ojos, mientras levanta sensiblemente sus lentes de sol.

Está muy cambiado. Realmente parece otra persona

SOFTLIBROS-OSCUROS-PLATA-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—No lo…no te reconocí. Estás distinto… acento argentino…

—Recursos de supervivencia que uno debe aprender —dice sonriendo.

Comenzamos a recorrer el zoológico lentamente, mientras le relato lo ocurrido en estos últimos meses de mi vida de la manera más abreviada posible. No pronuncia palabra, solo escucha.

—Por eso es que necesito otro documento —le susurro.

—Asombroso. Una noche no muy lejana, casi te orinaste encima cuando te sorprendí en una esquina… y ahora, en cambio, solo unos meses después, me contás esto. Y te persigue el FBI. Son increíbles los cambios que puede tener una persona ante el riesgo o la necesidad.

Caminamos hasta un restaurante, donde almorzamos y continuamos la conversación. Le cuento los hechos con más detalle.

—Esa es toda la historia de lo que me sucedió durante este tiempo.

Me observa perplejo y cambia de tema.

—En cuanto a tu encargue, tengo un conocido que te va a ayudar.

Me anota un número de celular en una servilleta de papel y me la entrega.

—Comunicate en una hora y decile que te llamás Santiago. No hables de mí. Igualmente, no te va a preguntar nada.

—Santiago, bien.

Durante el almuerzo, me cuenta que no tiene trabajo aquí, que seguramente se radique en México; donde tiene un colega con una amplia cartera de clientes. Estas son sus palabras textuales, sin especificar de qué clase de trabajo se trata.

Nos despedimos y me recuerda que, cualquier cosa que necesite, le envíe un correo. Le agradezco enormemente su ayuda porque no sabría a quién recurrir.

Exactamente una hora más tarde, llamo al número que me entregó.

—Hola, ¿chileno? Habla Santiago.

—Ah… No esperaba que me llame tan rápido. ¿Es urgente… su pedido?

—La verdad… es que lo necesito la antes posible.

—Eso cuesta un poco más, por el envío expreso. Si quiere nos encontramos ahora mismo en plaza Miserere, ¿conoce?

—Sí.

—En una hora estoy ahí. Lleve puesta una gorra roja y espere en el monumento central de la plaza.

Tomo un taxi que me lleva directamente hasta el lugar de la cita y en los locales comerciales de enfrente, consigo una gorra roja. Faltan más de veinticinco minutos para el encuentro.

Camino hasta el monumento y espero hasta que llegue. Después de un rato, alguien me pregunta:

—¿Santiago?

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATZKI-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Chileno.

—Tengo lo que necesita. Vamos hasta el bar de la otra cuadra así conversamos más tranquilos.

Llegamos, café de por medio, nos dirigimos al baño del local. Una vez ahí, me exhibe el material que trajo.

Entre cinco documentos argentinos, compro uno, a un precio medianamente razonable. Sin mediar más palabras, nos retiramos cada cual por su lado.

De inmediato, busco un laboratorio fotográfico para tomarme unas fotos carnet para completar mi nuevo DNI.

Con flamante identidad, siento que tengo vía libre para moverme. Mi nuevo nombre es Miguel Ángel Sandoval, soltero de treinta y cinco años de edad, oriundo de Córdoba Capital y radicado en la Ciudad de Buenos Aires. Me siento renovado, siento que la sangre vuelve a fluir por mis venas, con fuerza, con ánimo.

Saco pasaje hasta Posadas. El ómnibus, parte dentro de unas horas, por lo que voy a preparar mi equipaje otra vez.

Más tarde, antes de partir, escribo un correo a Anselmo explicándole lo que tengo planeado hacer.

3 de marzo de 2006- Encarnación.

Cerca del mediodía me encuentro cruzando la frontera otra vez, aquel mismo lugar donde hace apenas un mes fui uno de los protagonistas de un enfrentamiento armado.

Me registro en un hotel cercano al centro de la ciudad con mi nueva identidad, la misma que presenté en los controles fronterizos.

Llamo a José para saludarlo, un simple gesto de gratitud hacia quien me tendió la mano en los momentos más oscuros. Al igual que Victorino o Maximiliano Ortiz, pudo haberse desentendido de mí...; pero ninguno lo hizo. Insiste en que pase a visitarlo, pero no quisiera comprometerlo en vano. Más adelante seguramente lo haga, porque pienso permanecer algunos días aquí.

Me acerco hasta la casa de la banda para husmear. Está sin custodia ni nada que se le parezca. Voy a intentar ingresar al galpón esta misma noche, estoy convencido que algo tiene que haber.

Compro algunas herramientas como para forzar la cerradura y romper el piso, donde, según las fotos del FBI, está esa llamativa mancha. Me ayudaré con un taladro a batería y luego picaré con unos destornilladores de excelente calidad que conseguí, ya que, con las herramientas indicadas para realizar esa tarea, haría demasiado ruido; en cambio, será mucho menor si golpeo sobre el plástico de los mangos de estos. Espero resistan, si no probaré envolviendo con un trapo el cortahierro o la punta.

CONTINUACIÓN DE LOS PLANOS-PLATA 2.0 - CRISTIAN MARCELO TRONICA - EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA -

Esa noche, con una mochila sobre mis hombros, salto el paredón que divide el terreno de la casa con el baldío lindero del fondo. Agazapado, llego hasta el galpón y, con una pequeña barreta, hago saltar la cerradura de la puerta; que ya no tiene candado ni alarma. Solo las inútiles cintas de seguridad.

Una vez adentro, abro unas bolsas grandes de residuos y tapo las ventanas, pegándolas con cinta adhesiva. Después de terminar esta tarea, recién enciendo una linterna del tipo minero, la coloco en mi cabeza y comienzo a inspeccionar el piso con minuciosidad.

En realidad, está matizado en otros lugares también, se ve que es la coloración propia del piso de cemento o de los distintos remiendos que le han hecho, lo que me desmoraliza. Igualmente continúo y antes de comenzar a trabajar, observo tanto el techo como las paredes con la ayuda de una linterna de mayor potencia. Después de un rato de examinar todo, creo, que es imposible ocultar algo allí. La única esperanza es el piso, así que comienzo a romperlo con sutileza.

Agujereo muy lento para hacer el menor ruido posible, pero igual se oye el sonido del motor de la máquina; me quito el buzo que llevo puesto y la tapo, utilizándola de a ratos para evitar sobrecalentarla.

Realizo varios agujeros seguidos unos de otros, y con los destornilladores hago palanca para romper el cemento que queda entre ellos. Es muy lento pero efectivo. Así, a lo largo de cuatro horas logro romper el piso en tres de los parches o manchas que tiene. Ya agoté la primera de las baterías de la perforadora, y la segunda, lleva un buen rato funcionando; sin éxito en la búsqueda.

Cansado, y más que nada desanimado, doy una nueva recorrida con la linterna. Mientras descanso un momento sentado sobre el piso mismo, apoyando la espalda contra una de las paredes, al iluminar desde unos metros un sector, precisamente sobre uno de los rincones, el cemento brilla. No lo había notado antes.

Voy hacia allí para investigar de qué se trata. Es otro parche, pero al observarlo desde distintos ángulos mientras la linterna permanece en un punto fijo, tiene la particularidad de brillar de forma muy leve. Al tacto, se siente áspero, como si no estuviera gastado como el resto del piso, y algo grasoso. Lo huelo y tiene un ligero olor como a... pomada para calzado. Raspo la superficie con uno de los destornilladores y, al levantarse el cemento, se aclara y deja de brillar.

Todo el parche está igual, brilla, pero en sus alrededores no; pareciera que intentaron camuflarlo untándolo con algún producto para oscurecerlo y que se parezca al resto. No sé.

Comienzo a perforar y noto que es bastante más blando que en los otros lugares que ya rompí. Renuevo la esperanza por un momento y comienzo a trabajar con ímpetu y fuerza, siempre cuidando de hacer el menor ruido posible.

Mientras estoy haciendo una de las tantas perforaciones, la punta de widia de la broca comienza a resbalar sobre algo duro. Entonces, aprieto con más fuerza y se incrusta dando un

CONEVOLUCIONELOSPELIAGUDOS-PLANAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGATOTALIMITADA-

golpe contra el fondo. A juzgar por el ruido, perece que despedacé un vidrio. Comienzo a trabajar en ese pequeño sector: agujereo y rompo hasta que se puede ver una parte de un frasco, sin duda el que rompí. Continúo abriendo el cemento hasta que logro mirar el interior de ese frasco, y hay una llave.

Me siento muy excitado, rompo lo que falta con fuerza, haciendo ruido, pero no me importa ya. Al fin, enganchándola con la punta de un destornillador, logro arrastrarla hacia arriba, extrayéndola de su escondite.

Todavía de rodillas en el suelo, la observo sobre la palma de mi mano y no puedo creerlo, pienso en Walter y en que tal vez me esté entregando la llave de mi libertad; aún después de su... partida. Siento tanta emoción que quiero comunicárselo a Anselmo.

Lo primero que se me ocurre es que debe pertenecer a alguna caja fuerte, porque es del tipo Yale y tiene una inscripción con el número trescientos cincuenta y siete.

Junto rápidamente todos los elementos, antes de retirarme reviso que no haya quedado nada olvidado. Salto el paredón y regreso al hotel.

Son casi las cinco de la mañana, en un rato comenzará a amanecer, pero para ese entonces ya estaré descansando. No anda nadie por la calle; mientras camino por una avenida, oigo que un vehículo se me acerca lentamente desde atrás. Observo de reojo y veo que es un patrullero. El corazón me late en la garganta. No lo pienso demasiado, advierto un cartel de parada de colectivo y me detengo. Consulto mi reloj con desgano y vuelvo la vista hacia el vehículo que se acerca a paso de hombre. Siento que sus miradas se clavan en mí, pero hago el esfuerzo de parecer indiferente, casi aburrido.

Espero, no estoy lejos del hotel y, en cuanto los pierdo de vista, arranco. Camino rápido, casi corriendo, hasta la esquina más próxima; doblo, vuelvo a doblar en la siguiente, y otra vez más, en un zigzag desesperado. Las calles se vuelven un laberinto en el que intento borrar mis huellas, perder cualquier sombra que me persiga. Cuando diviso el frente del hotel, solo ahí el alma me vuelve al cuerpo. Entro con la calma de quien regresa de un paseo cualquiera. Pido la llave con una sonrisa cortés, subo las escaleras y me dejo atrapar por el único refugio que me queda; el descanso, aunque sea un poco, antes de que vuelva a empezar la faena.

4 de marzo de 2006- Encarnación.

Al despertar me incorporo de inmediato, recuerdo que tengo una llave en mi poder, lo que me incentiva para levantarme y comenzar a investigar.

Después de almorzar algo rápido voy hacia la casa de José, tal vez él pueda ayudarme a descifrar de qué pueda ser esta llave. Quizá de una caja de seguridad de algún banco, o de alguna caja fuerte, o simplemente, de alguna casa.

Me saluda mostrando gran alegría al verme.

—Adelante, ¿qué te trajo de nuevo por estos lugares?

CONTIENE FOTOS ESPIARON-SUARAZU-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

—Un mensaje de Walter, lo encontré revisando unos papeles.

Me recibe en el mismo patio de siempre, con el mate sobre la mesa, la radio de fondo, y me mira con esa mezcla de cansancio y examen que lo caracteriza.

Le explico cómo sucedió todo y que Anselmo está en la Argentina buscándome junto con el FBI. Eso no lo sabía, y ríe a carcajadas.

La sensación que me invade al escucharlo es un pequeño alivio, me siento... seguro, siento que no estoy del todo perdido.

Dejo la llave sobre la mesa.

—Acá ya se aplacó la locura de los primeros días, aunque tenés que cuidarte —dice.

Observa la llave y se comunica con un conocido suyo, experto en cajas fuertes. Más tarde, vamos al encuentro de esa persona.

La observa detenidamente y explica que seguramente pertenezca a alguna caja de seguridad de algún banco; aunque cajas fuertes con este tipo de llave, conoce varias marcas y modelos; pero saca esa conclusión por el número que tiene grabado. Y asegura que, si pertenece a algún banco de Encarnación, es el Banco Central del Paraguay. Es el único que cuenta con cajas de seguridad en esta ciudad.

Poco a poco comienza a armarse el nuevo rompecabezas, ahora debo averiguar si pertenece al banco que nos indicó. Para eso, se me ocurre acudir a Victorino, que es una persona con importantes contactos y recursos.

Una vez que su secretaria me comunica...

—Buenas tardes, ¿quién habla? —pregunta.

—Habla un amigo del ex novio de su sobrina dilecta.

—Me sorprendes...

—Sí, necesitaría un favor suyo. Quisiera hablarlo personalmente.

—Bueno...

—Es urgente, por favor.

—¿Recuerdas dónde queda el bar en que nos reunimos aquella vez...?

—¿Cuándo conocí a un amigo suyo?

—Sí. Allí en media hora. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Ahí estaré.

Media hora más tarde cuando llego, Victorino me llama serenamente con una seña desde una de las mesas.

En pocas palabras le explico el motivo de mi regreso, y le muestro la llave.

—Así que necesitas saber si existe una caja de seguridad a nombre de alguna de estas personas.

—Son los nombres, que imagino... que podrían ser los titulares de la caja.

CONEVOLUCIONELOSPÁJAROSTIRANAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAYLIMITADA-

Esos son el del Jefe, sus principales secuaces y su ex esposa, son las únicas personas que se me ocurren. Primero, necesito saber si esa llave es de alguna caja de ese banco.

—Claro, será difícil averiguar a nombre de quién figura esa caja sin despertar sospechas. Déjame intentar algo; ya veré qué puedo hacer por ti. Llámame mañana por la tarde para que te cuente si averigüé algo.

Retiro mis pertenencias del hotel y voy hacia la casa de José, no hubo forma de convencerlo de que no me aloje en su casa. En cierta forma me conviene para gastar lo menos posible, no me gusta tener que recurrir nuevamente a Victorino y a Ortiz; me avergüenza ya. Además, aunque deba esconderme en esa madriguera bajo tierra, siento paz y seguridad al poder contar con José.

Por ahora, instalado en una habitación, me entrega la llave del galpón del fondo para desaparecer en caso de que fuera necesario. Todos los elementos que puedan ser comprometedores los deposito ahí abajo.

Envío un mail a Anselmo diciendo que tengo en mi poder una llave que encontré en el galpón, y que estoy intentando averiguar qué cerradura puede abrir.

Por precaución, no le revelo que me hospedo en casa de su tío.

5 de marzo de 2006- Encarnación.

No resisto la incertidumbre y pasado mediodía llamo a Victorino. Fue a ese banco y alquiló una caja de seguridad; asegura que las llaves no son exactamente del mismo tipo. Resolvió la incógnita de manera sencilla.

Más tarde, nos encontramos en una plaza, con el fin de devolverme la llave. Espera en su automóvil y, junto con esta, me entrega un sobre con una considerable suma de dinero.

—No, Victorino…

—Muchacho, lo vas a necesitar. Además, cuantas más pruebas reúnas… más se hunden esos truhanes. Ese es el objetivo.

Entendiendo que tiene razón, pero siento que es un abuso de mi parte; aunque sé… que no tengo otra alternativa.

Visitando las páginas web de todos los bancos de Paraguay, investigo en qué ciudades del país existen centrales o sucursales que posean cajas de seguridad. Para comenzar la búsqueda, me inclino por el eje que forman las ciudades de Asunción, Coronel Oviedo y Ciudad del Este. Agrego Villarrica, y como posibles alternativas las ciudades de Clorinda, Posadas y Puerto Iguazú en Argentina, y Foz de Iguazú en Brasil.

Posadas, aunque sea la ciudad más cercana a Encarnación, la descarto por estar del otro lado de la frontera, que no pienso volver a cruzar por ahora. Comenzaré la búsqueda de esa caja de seguridad por la ciudad de Asunción, que además de ser la Capital y ciudad más importante de Paraguay, es una de las puntas de dicho eje.

CONTRAFICCIONESPLIEGOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Esa misma noche viajo hacia allí.

6 de marzo de 2006- Asunción.

En la Capital de Paraguay me siento como en Buenos Aires, porque cuanta más gente haya pululando por las calles, más difícil será que reparen en mí.

Adquiero un traje y, correctamente vestido para la ocasión, me dirijo hacia el Banco Central. Aunque sea riesgoso para mí, utilizaré la táctica de Victorino para averiguar a qué banco pertenece esa caja de seguridad que se abre con esta llave.

Después de haber firmado el contrato, una delicada señorita me conduce hasta la bóveda donde se encuentran dichas cajas. En el recinto, me entrega la llave, la observo y advierto que es del mismo tipo de la que encontré. Presiento que puede ser el lugar.

—Esta es su caja señor —dice, mientras hace girar su llave en una de las cerraduras.

Observo a la señorita y aunque quede como un tonto le digo:

—Me hubiese gustado la número cincuenta y siete… Es mi número de suerte.

Ella sonríe.

—A decir verdad, el trescientos cincuenta y siete —expreso mientras introduzco mi llave. Ante mi sutil insistencia, la señorita pregunta:

—¿Quiere hacer el cambio señor?

—A decir verdad, me gustaría.

Camina por un largo pasillo, y a su regreso me dice:

—Sí, está disponible. ¿hacemos el cambio?

—Bueno, ¿qué debo hacer?

Ya estoy en el juego así que no puedo echarme atrás.

—Debe dirigirse a la oficina de autorización para la obtención de la caja y realizar nuevamente el trámite. Ahí le indicarán.

—¿Tengo que llenar las planillas de nuevo?

—Así es. Y el contrato. Pero lo acompaño para que no tenga que esperar.

—No, está bien señorita. Disculpe la molestia que le ocasioné, pero prefiero no perder tiempo.

—Como usted desee.

En la caja que me asignaron dejo un sobre con papeles en blanco, la cierro y me retiro.

Voy a tener que implementar otro método, no podré alquilar una caja por cada banco que visite, porque no cuesta poco dinero; y más aún, por ser un cliente que acaba de abrir una cuenta con ese propósito.

En el próximo banco son para uso exclusivo de clientes, pero logro averiguar que únicamente cuentan con trescientas cajas de seguridad, por lo que queda descartado; y así con otro más.

CORTIJO DE ESPEJUROS PLATA(C)-CRISTIAN MARCELO LATRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Pasado el mediodía, en uno de firma internacional, no consigo averiguar nada. Para adquirir una caja necesitaría abrir una cuenta con ciertas características fiscales que no tengo.

Ya por el último que cuenta con cajas de seguridad en esta ciudad, no me queda más alternativa que intentar alquilar otra.

Después del papeleo, una vez en la bóveda donde se hallan las cajas, al corroborar que la llave es del mismo tipo, bajo el mismo pretexto que en el primero, solicito la caja trescientos cincuenta y siete. La persona que me atiende, en un recinto contiguo, revisa el listado en una computadora; observo esto a través de la puerta que quedó entreabierta y me da un pequeño ángulo de visión. A su regreso, me informa que se encuentra ocupada.

—No se preocupe, es una tontería mía, nada más. Entonces en un rato regreso con otras pertenencias que deseo guardar —le explico.

Voy a preparar alguna cosa más para dejar allí. Observo que hay colocada una cámara de circuito cerrado en ese recinto y la única manera que tengo de verificar si esa es la caja será arriesgándome a probar la llave pudiendo ser visto, o revisando en esa computadora. La respuesta está ahí, de alguna forma tengo que acceder a ella. ¿Pero cómo? ¿Me hago el descompuesto para que me lleven al sillón que vi en esa sala donde se encuentra la computadora? No, no conviene exponerme para que llamen a los guardias del banco y a que me asista algún médico. Mejor pediré que me faciliten un lugar para hacer una verificación de lo que voy a guardar y tal vez me lleven a esa sala, porque no vi ninguna otra puerta o mesa. Y de acceder a esa computadora, ¿cómo encontraría esa lista con los nombres de las personas que adquirieron cajas de seguridad? No lo sé y seguro que deben tener alguna clave de acceso. Ya veré según se presente la ocasión. Si no, tendré que arriesgarme a probar si la llave funciona en esa cerradura.

Cuando regreso, espero un buen rato porque el personal se halla ocupado, veo que van y vienen muy atareados. Ahora, el empleado que me atiende es un señor de unos cincuenta años, quien me acompaña hasta el sector de las cajas. Al llegar, le explico que la alquilé hace apenas dos horas, y le pregunto si estará libre la trescientos cincuenta y siete, haciéndole el mismo cuento de que es mi número de suerte. En ese momento, lo llaman desde arriba, porque la bóveda donde se hallan alojadas estas cajas está en el primer subsuelo. Rápidamente verifica en la computadora de la sala contigua y me informa que está ocupada, justo cuando lo vuelven a llamar insistentemente.

—Me disculpa un momento por favor —me dice y se retira.

Cuando hace unos cuantos pasos por el pasillo que va hasta las escaleras, aprovecho la situación, salgo de la bóveda y le pregunto:

—Discúlpeme, ¿podría pasar a esa oficina para realizar un recuento de lo que voy a dejar en la caja?

Lo tomé por sorpresa con la petición.

CONEVOLUCIONESPRIMARIS-FLAVIZU-CRISTIANMARCELOROJICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Este…sí. Pase que enseguida regreso.

Tengo el camino libre, me dirijo hacia allí de inmediato, observo el recinto y no veo ninguna cámara de seguridad. Observo el monitor de la computadora y dice "ingrese el nombre o número de cliente". Rápidamente tipeo el nombre y apellido del Jefe y aparece un cuadro de diálogo solicitando el número de cliente y que designe la operación a realizar. Hasta aquí llegué, pero esto tal vez quiera decir que posee una cuenta en este banco, con lo que quizá pueda tener también una caja. Para corroborarlo, escribo cualquier otro nombre y aparece otro cuadro de diálogo que dice "cliente no registrado". Justo regresa la persona que me atiende y ve que estoy utilizando la computadora.

—¡Señor, no puede tocar esa máquina! —expresa con cierta irritación.

Se me paraliza el corazón y rápidamente tocando el ícono de la calculadora le respondo:

—Discúlpeme… como no tenía a quién pedirle… utilicé la calculadora… no pensé que hubiese inconveniente.

—Está bien, por favor déjela que le alcanzo una —expresa reciamente.

—No… no se moleste que ya terminé… discúlpeme…

—No se preocupe, yo debí atenderlo… pero me llamaron y….

—No hay problema. Mucho trabajo por lo que se ve —digo, tratando de distraerlo.

Ingreso en la bóveda nuevamente, guardé lo que llevo, cerramos con ambas llaves y me retiro; por supuesto, llevándome la mía.

Me hubiese gustado probar la llave que encontré, pero cuando tuve la oportunidad a pesar de la cámara, no lo hice; y la persona que me atendió, aunque se mantuvo alejada, no se retiró nuevamente del recinto. No tuve el coraje de asumir ese riesgo innecesario por ahora.

Para ingresar a la bóveda solicitan identificación y, por supuesto, poseer la llave. Esto último no sería el problema, pero respecto a la identificación y quién podría hacer ese trabajo, no tengo respuesta.

Existen dos posibilidades, la de llamar a Montana y entregarle lo que tengo, o preguntar al tío de Anselmo si me puede ayudar. En principio, me inclino por la segunda opción, que es la más segura para mí. Preferiría negociar con el FBI con algo concreto en mi poder.

Llamo a José, y dice que tal vez pueda ayudarme. Va a mirar en las fotografías que están en el sótano como es la apariencia física del Jefe. Y verá si puede hacer algo que tiene en mente.

7 de marzo de 2006- Encarnación.

José me comunica que para mañana tendrá una Cédula de Identidad Civil a nombre de Arsenio Ismael Prados, y que uno de sus fieles amigos es relativamente del físico del Jefe y está dispuesto a colaborar para ver caer a esa banda. Dice que no debo preocuparme porque todo marcha sobre rieles. Aunque su amigo tenga una edad mayor y un rostro diferente, arreglarán esos detalles.

SOFTWOFLOSOFIAS-PLAYA70-CRISTIANMARCELA-ELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Tan fuerte es el odio de muchos, ganado por El Jefe y su banda, que toman riesgos sin tener beneficios personales. O quizá, la camaradería de la gente que sufrió esa época pasada, sea demasiado fuerte.

9 de marzo de 2006- Asunción.

Los espero en la estación de ómnibus de Asunción, y a las ocho y treinta están aquí. Cuando los veo entre la muchedumbre, noto que no tiene ningún parecido con El Jefe, y eso me preocupa mucho.

Toman una habitación en el hotel en que me hospedo; y José me indica que necesitan un rato para prepararse.

Transcurrida una hora, me busca en el comedor del hotel, donde los espero. Cuando salimos a la calle, me llevo una sorpresa. Su amigo, se había transformado en alguien más o menos parecido al Jefe, aunque, inevitablemente, con algunos años más.

Un bigote postizo, un buen peinado, unos enormes lentes oscuros, ropa adecuada y algo de maquillaje hicieron el trabajo. Además, lleva un cabestrillo en el brazo derecho, lo que le permitiría justificar alguna diferencia si tuviera que firmar; de todas maneras, falsifica su firma a la perfección, la que obtuvimos de los tantos documentos que le sustrajimos. Igual esa cuestión no me preocupa, porque los únicos requisitos para acceder a la bóveda son presentar una identificación y contar con la llave.

Nos encaminamos hacia el banco, decididos a cumplir con el objetivo. Ingresa solamente el amigo de José, quien, tras casi cuarenta minutos de interminable espera, se reúne con nosotros en un bar.

—¿Y? —pregunta José al verlo llegar con las manos vacías.

—Había una llave, que parece de una caja fuerte y algo de dinero…

—¿Nada más? —manifiesto exaltado.

—No. Acá tenés la llave… con su llavero.

Me la entrega en la mano, ignorando que el llavero es un pendrive. Qué habrá guardado… lo sabré más tarde. Y esta llave no tiene ninguna inscripción grabada.

Se presenta largo, peligroso y difícil el camino para llegar al final de esta historia, por momentos siento un agotamiento terrible.

Regresamos al hotel. En mi habitación conecto el pendrive a la notebook y, al intentar abrir una carpeta, surge un cuadro de diálogo. Deduzco, por lo que veo, que necesito un código de acceso. Juego con algunos nombres y palabras, pero es en vano.

Analizo la situación. Supongo que tengo en mi poder archivos secretos pertenecientes a la banda y, por qué no, del grupo de estudio; pero sin poder verlos. Y otra llave, de otra supuesta caja fuerte que debe haber en algún lugar. Estoy completamente seguro de tener dos elementos

CONVUELODEESPIRITUS PLATAZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

muy importantes; por los que tomo la decisión de contactar a Montana. Ellos, seguramente descifrarán el código de acceso sin mayores inconvenientes.

Debo asegurarme que no intente engañarme de nuevo, porque prefiere mi cabeza a encontrar algo más importante para salvar la suya.

—Aló —escucho, reconociendo su característico saludo y voz.

—Hola, necesito creer en usted para poder entregarle algo muy importante.

Tarda en responder.

—Mmmh, no comprendo, ¿por qué dudar de mí? ¿Y qué es eso tan importante que tiene para darme esta vez, Carlos?

En efecto me reconoció.

—Dudo de usted porque intentó engañarme.

—Continúo sin comprender.

—Vamos, usted sabe que no examinó nuevamente el galpón como le pedí.

—¿Y por qué supone que no lo hice?

—Primero, porque las fotografías que me envió fueron arregladas; las suyas fueron montadas sobre otras del lugar. Y segundo, porque lo que deberían haber encontrado ustedes ahí, lo encontré yo.

—Así que usted asegura que las fotografías están trucadas, ¿quién se lo informó?

—Esa es una pregunta muy estúpida. ¿Cree que si me lo hubiese dicho alguien le daría su nombre? Mejor, cuando realicen un fotomontaje, no inviertan en espejo solo una de las fotografías utilizadas; porque todo lo escrito, se lee invertido.

Después de un momento.

—¿Es usted… astuto? Le diré que, si fue capaz de hallar un detalle tan sutil, tendremos que investigarlo, porque no le creo demasiado.

—Observe bien. Si cometieron un error, una vez, puede que también lo hagan dos —le digo con tono irónico, pero en realidad, es conveniente que lo encuentren para evitar que sospechen de Anselmo.

—Lo haré. ¿Y qué tiene para entregarme esta vez? —noto algo de irritación en su voz.

—Tengo unos elementos importantes que tienen que ver con el atentado.

—¿Del atentado que ya ocurrió? —noto ahora ironía en su pregunta.

—Tal vez sí, tal vez no. No lo sé.

—O sea que, en definitiva, posee pruebas de algo que no sabe —levanta la voz.

—No dé tantas vueltas, acá hay algo grande y usted lo sabe. ¿Por qué no se dedica a encontrarlo en vez de perseguirme a mí para intentar salvar su cabeza culpándome?

Me enfurecí y hablé de más, debo medir mis palabras.

—Bien, bien. Ayúdeme entonces, entrégueme lo que tiene.

Dudo un instante.

CONEVOFLOGELOSPELIAGOS-PLATAZOL-CRISTIANMARCELOTRIBUCA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Lo espero en Asunción. Mañana lo llamo para arreglar la entrega.

Sabiendo que están en Argentina, les doy tiempo a que regresen, aunque no se lo diga; no tendría forma de justificar como obtuve ese dato.

—Muy bien, confíe en mí, que si en verdad posee algo importante… será mi salvoconducto; y no lo necesitaré a usted para salvar mi cabeza… como piensa.

No confío en absoluto; pero es la mejor opción que tengo, y hasta diría, que es la única.

10 de marzo de 2006- Asunción.

Por la tarde, llamo a Montana; porque sé, que llegó un vuelo comercial desde Argentina.

Ideé un plan para saber si es verdad que pretende avanzar con la investigación, o si solo es un intento para capturarme.

—Aló

—Tengo arreglada la entrega. Esta tarde a las dieciocho horas, concurra a la confitería Las rejas; en la calle Independencia al mil doscientos. Le entregaré lo que tengo en una pequeña caja azul. ¿Entendió?

—Comprendido —contesta raudamente. Aceptando obligadamente mi decisión.

Como seguramente ya estén vigilando la zona, si es que pretenden atraparme, a las diecisiete y treinta horas, me acerco hasta un comercio con servicio de cadetería que localicé con anticipación como parte del plan.

—Buenas tardes. Necesito entregar esta caja de manera urgente en la calle Independencia al mil doscientos.

—Enseguida.

Llama a uno de los mensajeros, y le explica dónde debe ir ahora mismo.

—Disculpame, necesito que vayas caminando; es muy frágil y con cualquier golpe, por más suave que sea, puede romperse. Te doy una propina por hacerlo así —le digo al cadete.

Arreglada la entrega, salgo detrás de él sin que lo note; para observar qué harán cuando adviertan que transporta una pequeña caja azul. Lo sigo a una cuadra de distancia y cuando está por llegar a la puerta de la confitería, advierto que unas personas descienden raudamente desde un vehículo estacionado enfrente y lo inmovilizan de inmediato. Lo sujetan contra la pared y lo esposan. Un instante después, llega un automóvil a toda velocidad, del que desciende Montana. Como el detenido se halla tendido en el suelo y boca abajo, lo toma por los pelos con una mano y le gira la cabeza para observarlo. Se enfurece y les vocifera unas palabras en inglés a sus compañeros.

—Este no es, inútiles. No se dan cuenta que es apenas un muchacho.

Pasan unos minutos y lo llamo.

—¡Aló! —responde con furia.

—De nuevo… ¿Esa es la confianza que le debo tener?

CONTIENE ESPACIOS PUBLICITARIOS-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Tarda en contestar, tiempo que debe tomarse para moderar su temperamento, ya que no le conviene perderme.

—No sé qué decirle, Carlos. Debo confesarle que… lo que sucede es que… se me acabó el tiempo para resolver una cuestión.

—¿Cuál es la cuestión a la que se refiere, detener un posible atentado o justificarse atrapándome?

—¡No me presione!

—Pensé que deseaba resolver algo que realmente valiera la pena, algo de lo que estoy seguro que en algún momento y lugar va a suceder. Pero no puedo confiar en una persona que lo único que le interesa es salvar su cuello.

—¡Por su locura… estoy a punto de perder todo lo que conseguí, y me llevó muchos años de trabajo riesgoso!

—Usted prioriza su vida personal a una catástrofe…

—¡Ya le dije que no me presione!

—Cuando lo crea conveniente lo vuelvo a llamar.

Corto la comunicación, no se puede hablar con alguien que está solamente ensimismado en su problema, sin ver, que puede haber cuestiones más importantes; aunque no estén del todo claras. Porque continúo convencido que todo el trabajo que realizaron los árabes, no puede ser en vano. Por ahora, no puedo contar con Montana como una alternativa para intentar descubrir cuál es el verdadero fin que tienen.

De vuelta en el hotel, pienso y pienso alguna posible clave para acceder a esos archivos, pero no la hallo. Hace más de dos horas que intento con distintas contraseñas que cruzan por mi mente, al azar, y entre tantas se me ocurre Paraguaycito. El nombre de la estancia del Jefe. Lo tipeo con la esperanza de que sería un buen código para que lo hubiese utilizado; pero tampoco abre los malditos archivos que ya están empezando a enloquecerme.

Estoy agotado de tanto pensar, camino por la habitación mientras trato de develar el misterio, realmente sería un milagro encontrar esa clave por casualidad. Voy a tener que conseguir algún software que lo decodifique. Contratar a alguien para que haga el trabajo podría ser riesgoso, ya que esa persona, inevitablemente, conocería el contenido de los archivos.

Ya no se me ocurren alternativas como clave y, mientras tomo una ducha, después de haber recordado el nombre de la estancia, cruza por mi cabeza la idea de que allí podría hallarse la caja fuerte que se abra con la nueva llave. ¿Qué mejor lugar que esa especie de búnker para esconder algo? Además de que no les conozco otro aparte de la casa de Encarnación. El próximo paso será ingresar en la casona de Paraguaycito y encontrar la caja fuerte, si es que la hay; cosa que daría por sentado.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLAYAZO-CRISTIAN MARCELO ATRONICO- EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

Mientras tanto, recurro de nuevo a José. Le pido que hable urgente con el experto en cajas fuertes que consultamos en Encarnación, cuando hallé la primera llave. Necesito que lo convenza de ir hasta Coronel Oviedo para abrir la que encontremos allí, siempre, que existe alguna. Me facilita el número telefónico de esa persona, igualmente, lo pondrá de sobre aviso.

Aunque me disguste explicar esto por teléfono, tendré que llamarlo, porque no tengo otra alternativa.

Ni bien llegamos a un acuerdo, promete que partirá apenas le avise. A cambio del trabajo, cubriré todos sus gastos y se llevará el suculento pago pactado.

Tendré que continuar investigando por mis propios medios las pistas que consiga. Tengo el presentimiento de que el pendrive hallado en la caja de seguridad guarda alguna prueba irrefutable, aunque aún, no puedo asegurarlo. Pero debo intentarlo, porque si no encuentro algún elemento concluyente, voy a terminar siendo el salvoconducto de la unidad del FBI. Y no creo que me regalen flores, excepto, para mi funeral.

11 de marzo de 2006- Coronel Oviedo.

Por la madrugada, viajo hacia Coronel Oviedo.

Me siento bien, enérgico, con ganas de entender todo esto y con más ganas aún de salvar mi pellejo de las garras de la justicia.

Apenas llego, me contacto con Domínguez, la persona que nos ayudó con la logística la vez que intentamos rescatar a Walter de la estancia. Se niega a tener relación con cualquier asunto que involucre a los miembros de la banda debido a la golpiza que recibió cuando descubrieron que había colaborado con nosotros; aparte, de haber salvado su vida por milagro. Aunque la sed de venganza le brilla por los ojos.

Le explico que ya no existe peligro de que vuelvan a hacerle daño, porque no creo que se arriesguen a regresar. Termino de convencerlo al explicarle qué necesito y que tanto él como su primo —de quien también requeriré colaboración— saldrán beneficiados.

La propuesta es que, de lo que encontremos, me quedaré con lo que busco; y de todo lo demás, con o sin valor monetario, lo repartiremos entre los tres. No me vendrá nada mal algo de dinero extra, aunque aún tenga una reserva muy importante.

Cuando llega su primo, una vez que logro persuadirlo, me informa que desde aquel enfrentamiento, no volvieron a aparecer por la estancia. Solo quedó el encargado con su familia en la pequeña casa cercana al casco. Debido a esto, lo más prudente será actuar un domingo. El día libre de esta gente en el que, generalmente, van hasta la ciudad. Esa será nuestra mejor oportunidad para revisar la casona.

Nos explica, que el principal inconveniente, son los nuevos perros que hay adentro del predio cerrado del casco. Pero como estos animales lo conocen, se encargará de darles carne con algún sedante; si bien son bravos, no están entrenados y comerían lo que alguien les arroje.

SOMOSVELOCES-FLAMOS-PLATA21-CRISTIANMARCELOTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

También sabe que hay una llave escondida en uno de los canteros de la parte de atrás de la misma casona, lo que nos beneficiará porque no deberemos forzar ninguna cerradura, y tal vez, nuestra incursión pase desapercibida.

Elaboramos una lista de todos los elementos que podríamos necesitar para conseguirlos de manera urgente.

Cuando reviso el correo, encuentro un mail de Anselmo, explicando que a la unidad del FBI le concedieron algo más de tiempo para encontrarme. Piensa que quedará liberado en pocos días, y pedirá vacaciones para ayudarme a develar esta nueva incógnita.

12 de marzo de 2006– Coronel Oviedo.

Ese domingo a las ocho y treinta de la mañana, Domínguez, su primo, el experto en cajas fuertes y yo, nos encontráramos en el cruce de la ruta de acceso a la ciudad, cercano a la estancia; esperando que pase el encargado y su familia en una vieja camioneta roja.

Por ciertas vicisitudes de último momento con el experto en cajas, me vi obligado a resignar el tercio que me correspondía de todo lo que encontráramos de valor y entregárselo como parte de pago.

Alrededor de las nueve, el primo de Domínguez, reconoce al vehículo y a sus ocupantes. Tenemos la vía libre para actuar. De inmediato, partimos hacia Paraguaycito en busca del codiciado botín.

Al llegar a la estancia, como era de esperar, nos reciben los perros guardianes. Extremadamente agresivos. Se encuentran tan perturbados por la presencia de unos extraños que ni siquiera el primo de Domínguez se atreve a descender del automóvil; aunque los perros, se hallen del otro lado del alambrado. Les arroja la carne a través de la ventanilla, mastican y tragan de forma voraz y sin recelo. Repetimos la operación con cada uno, para asegurarnos que todos tengan su dosis. Esperemos que resulte y no salgan afectados.

Aguardamos más de media hora, y la última de las bestias ya está tambaleante, decidimos que es el momento. Sacamos la llave de su escondite e ingresamos de manera sencilla y pacífica por la puerta de servicio.

Una vez adentro, recorremos cada cuarto del caserón, en busca de la caja fuerte. No la hallamos. Revisamos los cuadros, tapices, muebles u otros elementos y adornos tras los que fuera posible ocultarla.

Desorientados, después de casi dos horas, no queda lugar por revisar. Pero estoy convencido que, aunque la llave que tengo no pertenezca a la caja que hallemos aquí, alguna tiene que haber. O mínimamente, algún escondite.

Mientras Domínguez y su primo les dan otra dosis de sedantes a los perros, recorriendo la planta alta, reparamos en una especie de recuadro en el cielorraso de una de las habitaciones. Bajo en busca de una escalera que vi en el depósito de la cocina.

SOBRE VUELOS ESPIJADOS-PLATA24-CRISTIAN MARCELO ALTRONICA-EDICIONES PAVITA LIMITADA-

Una vez arriba, al ejercer presión sobre ese rectángulo, logro levantarlo. Echo un vistazo y no veo absolutamente nada. Subo para recorrer el entretecho. En realidad, es un desván, en el que hay gran cantidad de cosas guardadas. Después de dar una vuelta por el lugar, en una de las esquinas, amurada en la pared, se encuentra la caja fuerte. De inmediato, pido a los demás que suban para que todos estemos presentes en el momento en que se abra y evitar algún malentendido que pueda surgir en cuanto a su contenido.

Solamente suben Domínguez y el experto, introduzco la llave, y le dejo el camino libre para que haga su trabajo.

Pasados unos minutos, logra abrirla. Se hace a un lado para permitirme extraer y guardar todo en una bolsa.

Salimos, dejando todo en las mismas condiciones en que lo encontramos, y nos retiramos lo más rápido posible; verificando antes, no olvidar ningún detalle.

Durante el viaje de regreso, comienzo a revisar lo que encontramos. Separo algunos objetos de valor junto al dinero y se lo entrego a Domínguez para que más tarde hagan el reparto del botín obtenido.

Reviso una cantidad de papeles, entre los que hallo un sobre cerrado. En su interior, contiene una hoja junto a unos documentos de propiedad de un aserradero. En este papel pareciera estar escrito lo que busco: “Fiebre Amarilla”. Esto debe ser, sin duda, lo que necesito. Estoy seguro que es el código de acceso, qué otra cosa podría ser una frase tan insólita y combinada entre mayúsculas, minúsculas y un símbolo entre medio.

Lo que no termino de entender es por qué dejar toda esta seguidilla de pistas que parecen preparadas para que alguien las encuentre siguiéndolas una a una y llegar así al final de la cuestión.

Ya en la habitación del hotel, estoy ansioso de ingresar lo que creo es el código que tanto necesito. Tipeo las letras y símbolos, uno por uno, de manera precisa. Una vez completo, lo deletreo y, al observar que no existe ningún error, cliqueo el botón de acceso; con la esperanza de que sea la clave de mi libertad. Aguardo a que procese la información, los nervios hacen que gotas de sudor recorran mi cuerpo y, después de un momento, aparece una nota en la pantalla:

Si estás leyendo esto, es porque estoy muerto o, al menos, desaparecido.

Acepté este trabajo porque pagarían mucho dinero, nunca confié en estas personas y tampoco sabía qué pensaban hacer, aunque no niego, que algo imaginé. Pero sí confío en vos. Por eso te elegí para que termines con quienes me traicionaron, porque no quiero que les resulte fácil deshacerse de mí, aunque sea, después de mi muerte.

Gracias, y aunque alguna vez no pudiste llegar hasta el final de nuestros planes, confío en que esta vez sí lo lograrás. Por la amistad que nos une a pesar de todo.

Ahora tenés en tu poder la escritura del aserradero, ya tenías el documento donde consta que, de faltar yo, te pertenece; más este dinero y joyas.

CONEVOCUCEL ESPEJISMOS-SIA AZUL-CRISTIANMARCELOATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

En esos archivos digitales, está detallada la técnica que piensan utilizar para llevar a cabo un atentado. Se los sustraje cuando tuvimos el primer inconveniente grave, como un seguro para que salden la deuda por el trabajo realizado o, en su defecto, para denunciar qué es lo que piensan llevar a cabo. Ya me conocés, no tolero que no hayan cumplido con su parte del trato.

Ahora queda todo en tus manos. No me falles. Por siempre, tu amigo, Arsenio.

¿A quién estará dirigido este encargue? Otra incógnita…

En definitiva, lo que me interesa, son los archivos guardados en este pendrive. Lo demás, es solo curiosidad.

Aprieto la tecla Enter, y un nuevo cuadro de diálogo pide que ingrese otro código de acceso… la única diferencia con el anterior, es que esta vez hay un número tres a un lado. Quedo en suspenso, observando la pantalla, las gotas de sudor que antes corrían férvidas, ahora se sienten heladas. No lo puedo creer.

Caigo de espalda sobre la cama, desahuciado. Tomó sus precauciones para que no cualquiera consiga obtener los datos. Estoy, casi, como al principio.

¿Quién será esa persona en la que confía? Apenas conocí a Anselmo, cuando me mostró el prontuario de algunos miembros de la banda, me aclaró que El Jefe no confiaba en nadie; que todo lo supervisa en persona.

Me duermo. Tratando de imaginar cuál podría ser el nombre de esa persona…

13 de marzo de 2006- Coronel Oviedo.

Despierto cuando oigo mi celular. Estoy algo incómodo y dolorido, porque dormí varias horas en la posición en que quedé cuando me tiré hacia atrás, y aún, permanezco vestido. Cuando logro incorporarme para atender, noto que es Anselmo; para comunicarme que llegó a la ciudad.

Quince minutos más tarde, tomamos un café. Me cuenta que a Montana y su gente, por ahora, los enviaron a la Triple Frontera; al Centro Regional de Inteligencia establecido en la sede de la Policía Federal brasileña, en la ciudad de Foz de Iguazú. Cuenta que, para ellos, estar confinados ahí permanentemente, es un trabajo de tercera clase y que, por eso, maldicen lo que les sucede tanto como a mí.

Por mi parte, le relato lo que hice desde que regresé a Paraguay. Que tengo en mi poder unos archivos digitales que, aparentemente, explican cierta técnica para llevar a cabo un atentado. Pero que, aún, no pude acceder a esa información.

—No me imagino quién puede ser la persona en la que confía —dice Anselmo.

—Eso es lo que me pregunto yo. Si lográramos averiguarlo, seguro tendríamos acceso a esta información. Porque cuando ingresé una palabra para intentar adivinar la clave, el número tres

CONVIVIENDO ESPEJISMOS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ALTRONICA-EDICIONCATUITA UNITADA-

que había a un costado, se transformó en un dos. Supuse que es un contador que limita la cantidad de oportunidades para acceder, y por ignorar qué podría suceder, no continué probando. Adivinarla… imposible, y encomendarle el trabajo a alguien, sería muy arriesgado.

—En eso estoy de acuerdo. Tendremos que encontrar al Jefe —dice Anselmo mientras enciende un cigarrillo.

Lo observo y respondo.

—Sí. Ahora lo llamo… tal vez venga.

—Te hablo en serio —contesta sonriendo, mientras exhala suavemente el humo.

—Yo también. ¿Decime cómo?

Piensa un momento mientras saborea plácidamente el cigarro y me explica la idea que tiene en mente.

—Según dijiste… Esto debería estar en poder de alguien solo si El Jefe estuviera muerto.

—Sí… —afirmo.

—Entonces, quizá haya una manera de que salga de su escondite. ¡Robaremos de verdad en la estancia! Cuando la noticia llegue hasta sus oídos, se preocupará. Porque si lo llegaran a matar, como piensa, nada podrá hacer esa persona sin las pruebas que le dejó. Y por lo poco que lo conocemos, odia que sus planes fracasen.

—Puede ser. Mejor dicho, creo que es una excelente idea —contesto.

Deberemos permanecer atentos para capturarlo y lograr sacarle esa clave, o el nombre de la persona a la que le confió ese encargo.

Le explico a Anselmo que los domingos no queda nadie en la estancia, así que será el día en que efectuaremos el trabajo. Revolveremos y desordenaremos todo, y robaremos… nada. Debemos asegurarnos de dejar abierto el cielorraso y la caja fuerte, si podemos abrirla.

Acordamos con el primo de Domínguez, en que nos avisará si ve o se entera que algún miembro de la banda se presenta en la estancia.

Convocamos a quienes trabajaron con nosotros cuando intentamos rescatar a Walter, para que cooperen en atrapar al Jefe. Organizamos todo detalladamente, para que la operación no tenga errores y, pacientemente, esperaremos hasta el próximo domingo.

19 de marzo de 2006- Coronel Oviedo.

Ese día, a las ocho de la mañana, nos ubicamos en el mismo lugar en que estuviéramos hace exactamente una semana atrás; esperando a que pase, el encargado de Paraguaycito y su familia, camino a la ciudad.

Recién a eso de las diez de la mañana reconozco la vieja pick-up en que se mueven. Cuando nos aseguramos de que ya no pueden vernos, abandonamos nuestro escondite y nos dirigimos hacia la estancia.

CON VUELO DE ESPÍRITUS-PLANETA-CRISTIAN MARCELO PATRUCCO-EDICIÓN DIGITAL ILIMITADA-

Una vez allí, adormecemos nuevamente a los feroces perros guardianes, que no dejaban que pongamos un pie fuera del vehículo. Esta vez, lograron salir del predio cerrado.

Llegamos hasta la puerta trasera y rompemos la cerradura, de manera que sea evidente que fue violentada. Cuando estamos adentro de la casona, damos vuelta todo. Removemos cuadros, muebles, alfombras o todo objeto tras el cual se pueda ocultar una caja fuerte; por último, levantamos la disimulada tapa del cielorraso que conduce al desván. Incluso, abro la caja fuerte, para lo cual solicité la combinación al experto que la abrió cuando la desvalijamos de verdad.

Después de hacer un gran desorden en no más de veinte minutos, nos retiramos a toda velocidad. Ahora, aguardaremos a que la presa retorne a su madriguera; en lo que el primo de Domínguez deberá estar muy atento y, en cierta manera, nos aseguramos de que se enterará porque indudablemente lo convocarán para reparar los destrozos que ocasionamos.

21 de marzo de 2006- Coronel Oviedo- Foz de Iguazú.

Dos días después recibimos el esperado llamado del primo de Domínguez, avisando que El Toro acaba de llegar a Paraguaycito, con lo que nos movilizamos rápidamente hasta el cruce de la ruta con el camino que llega hasta la estancia; mientras, nuestros cómplices esperan en el acceso de la ciudad de Coronel Oviedo.

El Toro revisa toda la casa y se dirige directamente hacia el desván, donde se halla la caja fuerte, una vez que la inspecciona, de inmediato avisa al Jefe que robaron todo su contenido.

Se retira en su vehículo y, cuando toma por la ruta principal, marcha con rumbo Este. Lo perseguiremos hasta donde vaya.

Ya por la noche, cruza la frontera desde Ciudad del Este hacia Foz de Iguazú.

Llega hasta una casa en la que ingresa directamente, cierran el portón y queda hermética. No hay forma de ver hacia el interior, ya que su frente es un alto paredón, solamente con una puerta y un portón de acceso.

Suponemos que la banda se encuentra recluida en este sitio y, para sacarlos, necesitaremos elaborar un muy buen plan; porque a simple vista es prácticamente imposible. Además, tenemos la dificultad de encontrarnos en Brasil, lo que hace aún más compleja la situación.

Pasamos la noche adentro de nuestro vehículo, a la espera de poder averiguar algo. Siento el cuerpo entumecido por permanecer en la misma posición desde hace varias horas, hacía muchos días que no montábamos guardia de esta manera tan precaria. Con el apuro, esta vez no dejamos las armas; por fortuna, no revisaron el vehículo. No debemos cometer errores de este tipo porque pueden llevarnos a la cárcel.

22 de marzo de 2006- Foz de Iguazú.

CONTIVOLIBRO ESPIANDO- PLATAZUL- CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA- EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Con el sol alto, todavía no advertimos ningún movimiento. Transcurrido un rato, se abre el portón y sale velozmente una camioneta, la que dirigen hasta un club en el que ingresan directamente. Nos detenemos frente al acceso de ese lugar y observo con los binoculares el interior del predio, precisamente el estacionamiento donde se detuvo el vehículo que perseguimos.

Desciende una persona y se encamina hacia una de las canchas de tenis. Con indumentaria deportiva no lo reconocí de inmediato, luego advierto, que es El Jefe. Se lo ve muy relajado a pesar de la situación por la que atraviesan. Tiene un aspecto diferente a la persona que conocemos, si no hubiéramos visto que partió desde esa casa en la que ingresó El Toro, no lo hubiésemos reconocido fácilmente.

Tenemos la certeza de que se encuentran refugiados en ese lugar que se asemeja a una pequeña fortaleza, y no tenemos idea de cómo haremos para atraparlo. Esta situación se escapa a nuestras posibilidades, porque no nos resultaría nada fácil organizar su secuestro aquí en Brasil.

Pensamos en cuáles son nuestras posibilidades, y pensamos que tal vez, sea hora de dar un nuevo aviso al FBI. Supuestamente, contamos con información acerca de cómo piensan llevar adelante un ataque terrorista. Espero que esos archivos existan realmente y estén guardados en ese pendrive.

—¿Cómo confiar en Montana? Si dos veces intentó engañarme. Además, hace unos días dijiste que me odian.

—No es mal tipo, solo es bastante arrogante. Y ahora que lo destituyeron de su cargo, no tendría motivo para capturarte. Salvo por venganza, pero supongo que no hará eso —responde Anselmo.

—A lo mejor vea en estos archivos la posibilidad de recuperar lo que perdió —digo, tratando de encontrar alguna razón para volver a confiar.

—Puede ser. ¿Qué tendría para perder? —concluye.

Llamo a su celular y el sistema responde que la línea se halla fuera de servicio. Tal vez, ya no conserve este número. Entonces, me comunico con la Policía Federal brasileña de la Ciudad de Foz de Iguazú, en la sede en la que está establecido el Centro Regional de Inteligencia; lugar al que fueron confinados. Comprendiendo, que no podría saber que ellos se encuentran allí sin que alguien cercano a su entorno me lo contara, pero deberemos arriesgarnos.

—Policía Federal —dice una voz, en portugués.

—Tengo un mensaje para el agente Eric Montana del FBI. Dígale que lo llamó Carlos. En dos horas llamo otra vez.

Pasado el tiempo estipulado, marco el mismo número. Cuando me comunico, de inmediato ponen a Montana al teléfono.

CONELVUELODELOSPAJAROS-SILVAIZOL-CRISTIANMARCELOATRONICA-EDICIONGRATUITANUMERADA-

—Carlos. ¿Qué pretende ahora? ¿Hasta cuándo piensa fastidiarme? ¿No le alcanza con lo que ya hizo? —pregunta con su característico tono irónico y cerrado.

—Tengo algo grande para entregarle.

—Basta, no invente más. Usted solo es un paranoico. Tiene fantasías en su mente. Por su culpa…

—¡Qué! No me atrapó a tiempo y perdió lo que tenía. Quizá con esto pueda recuperarlo —le digo para presionarlo.

—No puedo… hablar desde aquí. Así que… adiós Carlos.

—No me corte o se va a arrepentir —respondo enfurecido.

—¡Ahora también me amenaza! ¡Qué pretende!

—Si no puede hablar desde ahí, deme otro número al que sí pueda hacerlo. ¡Si lo que tengo no le sirve, lo tira! ¿Qué pierde con eso?

Duda un momento, aturdido por la situación que están atravesando, y responde.

—Anote…

De inmediato lo llamo para continuar la conversación.

—Sí.

—Montana, escuche por favor. Tengo en mi poder información sobre cómo planean llevar a cabo un atentado.

—¿A usted le perece que a mi país lo… incomoda que lleven a cabo un atentado en el suyo?

—No lo sé. Lo que sí sé, es que algo tiene que haber detrás de todo esto. Y no quisiera que gente inocente de mí país, el suyo o de cualquier otro, sufriera las consecuencias. Si usted, que puede, quiere ayudarnos, tal vez se evite.

—Mire Carlos, no estoy aquí para protegerlos, ¿me entiende?

—¿Y por qué está tan seguro de que el atentado será en Latinoamérica y no en su país?

—Es muy difícil, casi imposible le diría, que logren traspasar las fronteras de los Estados Unidos con alguna aeronave sin ser detectados. El secuestro aéreo por parte de terroristas en mi país es cosa del pasado. ¿Nunca oyó hablar del CAPS? Nuestro sistema de Evaluación de Pasajeros Asistida por Computadoras.

—¿Y si así fuera? —pregunto haciendo caso omiso a su petulante respuesta.

—No presione más, que no tiene sentido. Nosotros estamos aquí para observar, nada más.

—No contestó mi pregunta, ¿y si así fuera? Además, verdaderamente no veo el motivo para que lleven a cabo un atentado aquí, si no somos justamente los latinos quienes los… incomodan. ¿Qué sentiría usted si hubiese podido evitarlo y no hizo nada al respecto?

No contesta por un instante.

—¡Sí! En algo tiene razón y es en que ya perdí lo que tenía. ¿Qué más puede sucederme por llevarle el apunte a un desquiciado?

—¿Eso es un sí?

CONEVOLUCIONESPLUMAS-LANZU-CRISTIANMARCELIAREBOLICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—¿Cómo piensa entregármelo esta vez? Con algún ovni, quizá…

Dudo un momento, necesito controlarme, pero debo brindarle cierta garantía de lo que digo.

—Si… fuera personalmente… ¿qué posibilidades tengo de que no me arreste?

—Prácticamente ninguna. ¿Y por qué pretende entregarse ahora?

—Le propongo que me tenga bajo su custodia hasta terminar con esto. Lo hago para darle garantía de que no obro por loco, sino porque en verdad lo creo así.

—¿Es un trato? —pregunta.

—Es un trato. Mañana lo llamo.

Anselmo me observa perplejo por lo que acaba de oír.

—¿Estás seguro? —me pregunta, después que termino la conversación con Montana.

—¿Hasta cuándo voy a escapar? No pretendo vivir fugitivo, porque para INTERPOL y la policía paraguaya continúo siendo un prófugo. Aparte, estoy convencido de estar sobre el final del camino.

—Sí, pero… —dice, mirándome directo a los ojos.

Adivinando lo que intenta comunicarme, lo ayudo a terminar la frase.

—Por vos… despreocupate. No te nombro… aunque me torturen.

Asiente moviendo apenas la cabeza, pero aun así demuestra preocupación.

Partimos entonces hacia Coronel Oviedo. Voy a recolectar mis pertenencias para regresar a Ciudad del Este.

Esa misma noche, ya por la madrugada, Anselmo me acerca hasta la terminal de ómnibus. Nos despedimos con un abrazo y le afirmo que ya nos volveremos a encontrar.

Mientras viajo, medito. Al fin y al cabo, no sé por qué voy a hacer esto. Si no creo que el atentado sea en Argentina, ni siquiera en la región; aunque suene egoísta de mi parte. Pero es la misma reflexión que hizo Montana. Para autoconvencerme, me digo que lo hago para no ser un fugitivo de por vida; eso es, solamente, por mí. Pero en realidad, tampoco me gustaría que mueran inocentes por causa de un atentado… como tampoco por un ataque para evitarlo. En definitiva, empiezo a creer que muchas veces se cobra con lo que se paga; lástima que, durante la transacción, también cobren quienes no debieran. Qué mundo demente creó el ser humano…

23 de marzo de 2006- Ciudad del Este.

Temprano, llamo a Montana y le indico que en una hora estaré en la plaza principal de Ciudad del Este, que lo esperaré del lado norte.

Sentado en un banco de esa plaza, inmóvil, no pienso más en lo que voy a hacer; porque estoy a punto de arrepentirme. Tengo la horrible sensación de que aquí termina mi vida; por lo menos, como la viví hasta ahora.

DONLIVEIRO-LOS-PAJAROS-PLATAZO-CRISTIAN-MARCELO-LATROVICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Rato después, se detiene un vehículo del que descienden tres personas vestidas con trajes. Me acerco lentamente y ni siquiera reparan en mí.

—¡Montana! —digo con determinación.

Gira.

—¿Carlos? —pregunta, levantando levemente sus anteojos oscuros.

Mientras que, con el giro de su torso, deja entrever la sobaquera con su arma bajo el saco.

—Sí…Martín, Martín Biaggini en realidad —respondo a la vez que extiendo mi mano para saludarlo, y él procede de igual forma.

Colocamos mis pertenencias en el baúl de su coche y me trasladan hasta un hotel, donde me mantendrán bajo su custodia hasta comprender la situación y definir cómo continuar.

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

8. Operación retoño.

Hospedados en un hotel, esta vez, pareciera que están decididos a cumplir con su palabra. Dos de los compañeros de Montana se alojan en la habitación contigua, los que me custodiarán hasta el desenlace de esta historia.

Me ubican en una espaciosa habitación del segundo piso, tengo un baño privado, televisión por cable, aire acondicionado, un pequeño refrigerador y una ventana con vista hacia los techos vecinos que, por recomendación de los agentes del FBI, debo mantener prácticamente cerrada. Aunque no me explican el motivo.

Montana ordenó que retiren dos de las tres camas que había en esta habitación, para que traigan una mesa con sillas y hasta un pequeño sillón de dos cuerpos.

Así, los agentes y yo podremos utilizar este espacio como centro de reunión.

24 de marzo de 2006-Ciudad del Este.

Reunidos, les relato cómo me fui enredando en tamaña situación. Les voy mostrando la información desde el principio y en forma cronológica, la cual no tienen totalmente en su poder.

Montana me escucha con atención, mientras sus compañeros, por turnos, vigilan los movimientos del Jefe y su banda, según los escuché.

Deben estudiar la mejor manera de sacarles lo que necesitamos. Por el momento, la investigación basada en la nueva información que hallé será extraoficial. Tienen la orden estricta de no llevar a cabo ninguna operación que pueda despertar sospechas en ninguna célula terrorista de que están tras sus huellas, de modo que estas actúen libremente y se expongan.

Detallo, paso por paso, todos los hechos de los que participé; desde que partí de Argentina en busca de electrónicos hasta ayer, el día en que me entregué.

En un punto de la conversación, Montana pregunta con perspicacia:

—Usted no actuó solo, ¿verdad?

Se encuentra cómodamente sentado en el sillón, con sus piernas cruzadas. Apoya suavemente las yemas de sus dedos sobre el tapizado, alternándolos uno a uno, repetidas veces, como si tocara una monótona melodía en un piano.

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICIONGRATUITA-LIMITADA-

Dudo un momento y, por su sutil mirada, sé que supone que le voy a mentir o, al menos, desfigurar la respuesta. Y él sabe, que imagino, que está pensando eso.

—No. Pero no pienso revelar los nombres de quienes colaboraron, porque lo hicieron por dinero y no tienen otra clase de relación con el asunto —contesto de forma tajante.

Igualmente, al contarles lo sucedido, evito partes de la historia; para no involucrar a los que financiaron la investigación, por ejemplo.

Montana está asombrado. No entiende cómo pudo pasar que yo encontrara esa llave oculta en el galpón, mientras que ellos la pasaron por alto.

—Es que a veces centramos la investigación en otra clase de pruebas, basadas en alta tecnología científica o electrónica; y dejamos pasar por alto algo… tan vulgar como… dejar enterrada una llave en el piso. Cosa que deberíamos haber monitoreado también —se recrimina— ¿Y cómo llegó nuevamente hasta él? —pregunta, refiriéndose al Jefe.

—Después de encontrar un código de acceso en la estancia que usan como refugio, surgió, que estos nuevos archivos requieren otra clave para mostrar la información más importante. Y necesité responder esa pregunta. No tenía idea de que luego de introducir la primera contraseña necesitaría otra. Se aseguró que esa información solo la vea la persona indicada. Por eso, me propuse hallar al Jefe, para intentar sacarle de alguna manera la clave o el nombre de esa persona. Por unos informes suyos que leí hace algún tiempo, tengo entendido que no tiene amigos y que no confía en nadie desde que lo traicionaron a mediados de los ochenta cuando tenía planeado dar un golpe militar en Paraguay. Pero al parecer, sí existe alguien. Entonces, decidí simular un robo en su estancia Paraguaycito. Especulando, con que atraería su atención y se acercaría hasta allí para corroborar si también le habían sustraído esa valiosa información. No sucedió exactamente así, pero igualmente, detecté a uno de sus cómplices que fue a verificar. Siguiéndolo, conseguí localizar al Jefe. Solo él puede revelarnos ese otro código o guiarnos hasta la persona que designó para llevar a cabo su… venganza. Porque cuando introduje una palabra al azar, intentando descubrir la segunda clave, el número tres que figuraba a un costado, se convirtió en un dos. Supuse que se trataba de un contador para ingresar el código correcto.

—Seguramente sea así. Y es imposible que por el momento se lo enviemos a nuestros expertos para que lo decodifiquen, porque debería dar explicaciones al respecto y no deseo hacerlo. Respecto al Jefe, ¿no le parece que lo ubicó demasiado fácil? —pregunta.

—Pensándolo bien… puede ser —respondo algo desconcertado, no había reparado en eso.

—Como se imaginará, no estamos en condiciones de cometer otro traspié.

—Entiendo.

—Mis muchachos… confirmaron que la banda, como usted los llama, están guarecidos en ese lugar.

CONEVOLUDELOSPLANES-PLAYAZUL-CRISTIANMARCELOTRONDA-EDICIONGARANTIZADAILIMITADA-

Me enseña unas fotografías y confirmo que se trata de ellos. Reconozco al Jefe, al Toro y al Peque. También identifico a un cuarto hombre del que desconozco su nombre o apodo, y hay a otros dos que nunca había visto.

—¿Y qué proponen ustedes? —pregunto.

—En realidad no hay ninguna propuesta. Es, más bien, la única alternativa que tenemos. Descubrir esa segunda clave para averiguar qué planean.

—¿Y de qué manera? ¿Vamos a detener a la banda?

—Eh, no se precipite. Agradecemos su colaboración. Pero usted ya no participa de esto. Hasta aquí llegó.

—¿Y por qué? ¡Si se puede saber! Si ustedes continúan con la investigación es gracias a mí.

Montana suspira profundamente.

—Mire, todo lo que me contó, solo ratifica mis teorías sobre usted…

—¿Qué teorías?

—De que no pertenece a la misma clase de personas que ellos, y que se enredó en esta situación por casualidad.

—¿En algún momento pensó que yo podía ser terrorista o colaborador?

—Mi trabajo consiste en sospechar de todo y de todos. Y en cuanto a que proseguimos con esto gracias a usted, solo tiene… algo de razón. Toda mi familia es…latina, yo incluso, nací en México. Mi padre y familiares paternos, son casualmente… argentinos.

—¿Y eso qué tiene que ver? No entiendo adónde quiere llegar.

—Hay cosas que no puedo explicarle… son información clasificada. Top secret —dice con media sonrisa y cierta altanería.

—No entiendo… qué tiene que ver que haya nacido en México con todo esto—afirmo, levantando un poco la voz.

Suspira nuevamente.

—Esta célula terrorista, por ahora, está clasificada como no hostil para… los Estados Unidos, entonces…

—¡Y con eso! ¿qué quiere decir? Como no son peligrosos para…

—¡Cálmese, que no tengo por qué darle explicaciones! —me interrumpe.

Me sereno y le pido que continúe.

—Para que lo entienda claro. Al actual gobierno de mi país, no le interesa involucrarse, mientras que no afecte a nuestros ciudadanos o intereses en cualquier lugar del mundo en que estos se encuentren.

—¿Cómo que no le interesa?

—¡Así como lo entiende!

—¡Ustedes son unos hijos de …, una basura…!

—¡Cállese! —me grita, mientras me señala.

CONEL VUELO DE LOS PÁJAROS-SUATAZO-CRISTIAN MARCELO TRUJICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

—¡Lo único que les interesa son ustedes mismos!

—¡Yo cumplo mis órdenes! ¡Y si usted está aquí es porque a nosotros algo nos importa! —dice, mientras señala a sus compañeros.

—¡Quisiera ver cuánto les interesa!

—¡Cállese! ¡Si usted está libre y con vida es porque yo lo decido! ¡Porque yo quiero! ¡Para que sepa, usted ya dejó de serme útil!

Razono un momento lo que dijo.

—¿Cómo? No entendí qué quiso decir con eso

Gira de golpe, me toma del cabello y, tirando de él, me reclina con fuerza contra el respaldo del sillón en que estoy sentado.

—Oye bien idiota. Para que entiendas de una buena vez. ¡Eras nuestro contacto, pero finalizada la Cumbre, ya no interesa que pueda suceder aquí! Nos guiaste todo el camino con tus casuales descubrimientos y nos alertaste para que protejamos a nuestros líderes de un posible atentado durante su visita a tu... inseguro país. Ellos quisieron sacarle rédito político a esa situación, pero no funcionó. Además, si ellos ganaban, nosotros también —refiriéndose a su gobierno y unidad—. Jugaríamos una carta difícil, ¡pero nos arriesgamos! ¡Y no sucedió nada! ¡No hubo un mísero indicio del atentado! —aún me sostiene del cabello y me da un fuerte tirón—. A nuestro actual gobierno no le quita el sueño lo que pueda suceder ahora aquí, y solo nos ubicaron en este lugar olvidado de Dios para investigar una nueva célula terrorista que aparentemente está comenzando a operar en América Latina; pero solo se trata de un trabajo preventivo para los Estados Unidos. Y, en cierta manera, nuestros superiores se deshicieron de nosotros... enviándonos aquí. Para ellos no pertenecemos más al FBI, aunque por ahora, de una manera tácita. De paso, cuidamos sus delicados traseros. ¡Nunca pierden! Si no es de un lado, es del otro, pero ¡nunca pierden! ¡Shit! —grita enfurecido, mientras aprieta con fuerza su puño derecho.

Señala de nuevo a sus compañeros y continúa su explicación.

—En cambio a nosotros algo nos importa. Tenemos raíces latinas, los cinco. ¡Y no deseo que le suceda nada a mi familia! Porque si el atentado fuese en México, Puerto Rico o Colombia donde viven hermanos míos con sus familias. O en otros países latinoamericanos, donde están las familias de mis compañeros, podría afectarlos. ¡En Argentina incluso, tengo primos, tíos!

¿Por qué supones que no te capturamos antes? ¡Porque eras nuestra carnada! ¿O crees que no sabíamos en dónde te ocultabas antes de que escapes hacia Argentina? ¡Pero solo te vigilábamos, porque debíamos y queríamos hallar a los malditos terroristas! ¡En ese momento, todavía podíamos proteger a nuestras familias! Pero ahora... hay una nueva orden. Solo debemos vigilar, a estos o los otros, así, sin atraparlos ni interferir en sus asuntos. Al menos, hasta que sean considerados hostiles para nuestro país. Y con más tiempo, quizá, en vez de

CON LOS LOBOS ESTEPARIOS-ALATRISTE-CRISTIAN VARGAS-CLAVE ROJA-EDICIÓN NO AUTORIZADA-

capturar… a tres o cuatro, obtengamos un botín más importante y provechoso para los Estados Unidos.

¡Comprendes algo, ahora! ¡pinche cabrón! ¡ya no me sirves más! Dejaste de hacerlo unos cuantos días después de la celebración de la reunión. Pero continúas fastidiándome. No solo llegaste de nuevo hasta la banda, sino que me encontraste. Justo cuando estaba olvidando que ya no puedo hacer… ¡nada! Por… ¡ustedes! ¡y vienes a revolver el puñal!

Reavivaste la llama. ¿Y qué hacemos todos nosotros?… decidimos involucrarnos. ¡Estúpidos! Eso es lo que somos. ¡Es-tú-pi-dos!

—¿Y con qué intención me perseguían entonces después de la reunión? — pregunto serenamente.

—Todo fue una farsa. Solo queríamos obligarte a que te expusieras, para que nos llevaras hasta los terroristas cuando… te encontraran. Estaba convencido de que lo harían. Porque interferiste en sus planes o … si estabas con ellos, aunque nunca lo creí así. Mis superiores me dieron una oportunidad, me otorgaron un tiempo, pero fallé. Atraparlos habría justificado el operativo y el gasto. De ese modo, quizá, no cortarían la cabeza de nadie. Pero… no capturamos a los terroristas y el plazo se acabó.

Ahora para que sea yo el fastidiado, y no mis superiores, el informe que presenté sobre el atentado a ejecutarse durante la reunión… fue clasificado como no hostil para los Estados Unidos.

Primero, calificaron las evidencias como altamente confiables, las consideraron casi una bendición del cielo —expresa irónicamente— que se convertiría en un beneficio para mantener nuestra supremacía a nivel global. Luego, cuando ni siquiera intentaron abordar una aeronave… ¡El responsable, fui yo! ¡El error pasó a ser exclusivamente mío! ¡Cabrones!

Cumplido el plazo que me concedieron, ya no me servías para descubrir nada. Ni siquiera para justificarme ante mis superiores. ¡Entiendes!

Aunque, sí debo reconocer, que tal vez, fue algo excesivo el informe que elevé; y, quizá, fue excesivo el operativo montado. Se gastó más dinero del previsto y hubo que dar muchas explicaciones. Pero si al menos… hubiésemos detectado un mísero indicio de atentado, o si los atrapábamos… hoy, los galardones y honores serían nuestros. Nos habrían ascendido. Dejaríamos de ser los… latinos del FBI. Como suelen referirse a nosotros algunos de los miembros más nacionalistas del gobierno, agencias o de cualquier otro ámbito. Y hoy, ¿quiénes son los responsables del fracaso? Por supuesto… nosotros. —Respira. Tarda unos segundos en continuar— Nos confinaron aquí, con orden estricta de localizar y vigilar a… terroristas, como medida preventiva.

Pero no será del todo malo, tal vez, aún podamos hacer algo. Aunque nos juguemos el todo por el todo lo que resta de nuestros pellejos. ¡Qué importancia tiene! ¡Si para nuestros superiores ya no valemos nada! ¡Quisiera patearles el trasero a todos juntos! ¡Basura, todo es

CONVOLUCIÓN DE LOS ESPEJOS-SIAMAZU-CRISTIAN MACEDA ELECTRÓNICO-EDICIÓN CATÓLICA UNIFICADA-

basura! Alguien en los Estados Unidos decide invadirlos... porque tiene armas químicas, nucleares, o en realidad quién sabe por qué. Ellos responden... y los más perjudicados... son quienes menos anhelan el perverso sistema que tienen todos los sectores del poder en el mundo. Los que no desean que sus seres queridos, personas o sus soldados maten o mueran... ciudades arrasadas... La mayoría de los seres humanos del planeta, no queremos eso... —termina, casi en voz baja con su mirada sobre el piso.

Está furioso, golpea la mesa con su puño y da vueltas y vueltas, de un lado a otro. No me atrevo a exasperarlo más. Lo indago con cautela.

—Entonces... ¿qué piensan hacer?

—Nuestro trabajo ¡mantener bajo vigilancia a esta célula terrorista e investigar sus conexiones para llegar a un botín más importante!

—No. Con lo otro, pregunto.

—Extraoficialmente... nosotros cinco, vamos a investigar qué intentan llevar a cabo en América Latina. ¡Nosotros, por nuestra cuenta! En paralelo. Aunque debamos infringir nuestras órdenes. Intuyo que hay algo más detrás de todo esto.

—¿Y cómo piensan encontrar a los terroristas?

Duda en responder a esta pregunta, pero al fin lo hace.

—Mientras vigilábamos a los miembros de la banda... localizamos a uno de ellos, rondando por la casa en que viven ahora. Hace apenas unos días. Sospechamos que algo sucedió entre ellos, seguramente incumplimiento por una de las partes de alguna condición del acuerdo que hayan hecho. Ahora, con estos archivos que nos entregaste, lo confirmamos.

—¿Entonces ustedes ya sabían que la banda estaba en ese nuevo sitio?

—Por supuesto, pero no los hallamos tan fácil.

—Suerte, probablemente.

—¡No! Estás equivocado. ¡Hicieron... que los encuentres! Te trajeron hasta ellos. Jugaron tu propio juego. Porque tienes algo que les pertenece, y para utilizarlo, necesitas algo que ellos tienen.

Te están esperando, quieren ver cara a cara... a quien tuvo la osadía de quitarles los huevos de su propio nido. Según me explicas, les robaste su seguro de vida ¿Te das cuenta de qué es lo que hiciste?

No respondo. En realidad, no siento que sea tan así. Pero, desde el punto de vista de Montana, quizá...

—Por eso digo que estás libre o vivo, por nosotros. Yo solicité tu custodia. Influí para que te exoneren por los otros ilícitos que cometiste, al menos por un tiempo. Total... ¿qué importancia pueden tener esos incidentes, si mi país así lo solicita? —profiere irónicamente—. Lo hice, porque te necesitaba, eras mi mejor... oportunidad. Y después, no me importó que fueras la

CON VUELO DE PÁJAROS-PLATAZO-CRISTIAN MARCELO PATRONICA-EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA-

persona que me enredó en esto, ¿qué sentido tendría vengarme? Si siempre pensé que no estuvo en tus planes perjudicarnos.

—¿Cómo seguimos entonces? —me atrevo a preguntar.

Resopla y dice:

—Eres perseverante. Ya te dije que hasta aquí llegas. Ahora déjalo por nuestra cuenta.

—¿Entonces para qué me contó todo esto si supuestamente era confidencial?

Ríe, mientras se sirve un café.

—También eres astuto. Debo reconocer que en algunas ocasiones lograste… evadirme, engañarme. Te lo conté porque considero que tienes… cierto derecho a saber… después de todo lo que hiciste. Siempre tuve mucha confianza en tu investigación y deducción acerca del atentado, porque teníamos información de la CIA de movimientos sospechosos y pensamos que algo preparaban en esta región. Todo Encajaba. Aunque sé que me excedí. A nosotros nos servía para ganar honores y todo lo que eso implica; además, era muy factible que sucediera. Nuestro presidente, de visita en un país con insuficientes medidas preventivas contra el terrorismo. Una buena palanca para nuestras carreras… si salía bien, pero los terroristas nunca se hicieron a la carga. Seguramente, su servicio de inteligencia los advirtió de que estábamos al acecho. Y quizá, todo esto sirvió para que aborten su misión.

Al notar que está más relajado, que hasta me tutea de vez en cuando, aprovecho para preguntar:

—Hay muchas cosas que no entiendo —digo.

—¿Por ejemplo?

—Si sabían todo el tiempo dónde estaba yo…

—Perdón, casi todo el tiempo.

—Igual, ¿entonces saben… quiénes me ayudaron?

—Seguramente no sepamos de todos, pero si lo dices por Saravia, sí. Comencé a sospechar de él cuando nos guiaba con tanta seguridad en ciertas situaciones bastante confusas. Con lo que no quiero decir que sus deducciones no fueran serias, pero en contadas ocasiones… sutilmente exageradas. Igual a nosotros nos servía así, conoce el territorio y es inteligente, jamás se descubrió. Ya tenía mis sospechas cuando nos entregaste ese mensaje original dirigido a los terroristas, en aquel terreno baldío. Presencié cómo fingía no ver esa pequeña caja donde lo habías puesto; pero como necesitaba asegurarme, la prueba para verificar su complicidad la brindarían las fotografías que exigiste para asegurarte que inspeccionamos ese galpón nuevamente. En realidad, no podíamos volver a hacerlo y dejar de vigilarte, pero que él supiera que estaban trucadas era la trampa. Yo presentía alguna relación entre ustedes, pero debo admitir que tuve mis vacilaciones cuando advertiste ese error en una de las fotografías —dice, dirigiendo su mirada hacia uno de sus compañeros.

—No tuve el tiempo suficiente para revisarlo —se excusa, sonriendo.

CONEVO-LIBROSESPEJARIOS-PLAZA126-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITAIMITADA-

—Después lo verificamos. Cuando llegaron los informes desde los laboratorios de Washington. En una de las fotografías que nos entregaste, tomada desde el interior de un vehículo. Sobre el parabrisas, se reflejaron facciones de un rostro. Mediante una reconstrucción a partir de esos fragmentos, y posterior comparación con una fotografía de Saravia, se ratificaron mis sospechas.

Me deja sin palabras. Así que todo este tiempo estuvieron usándome.

—Y después de esto, ¿qué piensan hacer conmigo? —pregunto.

—En realidad no lo sé. Lo más seguro es que los terroristas te localicen —dice de una manera muy despreocupada.

—Pero… ¿y qué puedo hacer?

—No lo sé. Te entrometiste donde no debías.

—Pero, ¡ustedes me tienen que ayudar!

—Si tu seguridad preocupara a mi país, pero como la relación no existe… lo lamento. Mientras investiguemos estas nuevas pistas estarás seguro, pero después… deberás continuar tu camino. Podemos hacerlo porque ahora la atención no está centrada en Latinoamérica, y no tenemos las miradas sobre nosotros; de otra manera, no existiría tal posibilidad.

—Tengo más fotografías —digo a manera de persuadirlo, intentando que no me abandonen en el futuro.

Abro los archivos en la notebook y se las muestro todas, una a una.

Me indaga por las que tomamos la primera vez que ingresamos al galpón. Le explico que, probablemente, esos cilindros contengan algún tipo de substancia química para la fabricación de explosivos.

—¿Y dónde pueden estar esos cilindros ahora? —pregunta.

—Deberían estar en un depósito, pero los cajones que los contenían están vacíos. Eso ya lo corroboramos.

—Así que posiblemente tengan explosivos… u otras sustancias en sus manos. No está de más saberlo —reflexiona en voz alta.

—¿Qué supones que haga el asiático en esta?

—Eso fue algo que nunca llegamos a entender del todo. Supuestamente, según algunos rumores, construirían un túnel bajo la playa para que su presidente…o todos, tuvieran una vía de escape segura.

Ríen al unísono.

—Averigüen qué pueden estar investigando relacionado con la sílice, las dunas, el mar o lo que cuerno sea. Detesto los cabos sueltos, ya que suelen ser los más peligrosos —ordena a sus compañeros.

Mientras, uno de ellos toma nota de las tareas que deben realizar.

—¿Desde dónde tomaste estas fotografías?

CONEVSLOSELOSPRIANOS-NATAZOL-CRISTIAN-MARCELOATRONICA-EDICIONGRATUITAILIMITADA-

—Habíamos alquilado un departamento cerca de la casa que utilizaban como guarida. Este era Walter, mi amigo… Le hago una pregunta, respecto a Anselmo Saravia, ¿qué sabe la policía de Paraguay en cuanto a su participación en el asunto?

—Absolutamente nada, de nuestra parte al menos. Tanto Saravia como tú, dejaron de ser importantes para el FBI; sabemos que están involucrados de manera casual y estamos seguros de que nunca abrirán la boca acerca de lo sucedido porque no les conviene en absoluto, a ninguno de los dos; por eso decidimos, no arrestarlos. Además, se abriría una investigación, sobre todo por Saravia, las noticias pueden filtrarse y sabemos que corren rápido. No nos conviene alertar a los terroristas. De todas maneras, Saravia está bajo nuestra vigilancia.

Solo queda pendiente tu pedido de captura por parte de la justicia de Paraguay, y nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—Bien, gracias… También en nombre de Anselmo.

Ya sobre el final de la charla, mucho más relajados, me atrevo a hacerle una propuesta.

—¿Le puedo pedir algo Montana?

—Depende de qué. El presupuesto con que el contamos ahora no es muy alto.

Se ríe, lo que hace que me atreva aún más a hacerle esta petición.

—Quisiera continuar siendo… parte del asunto, para colaborar en la medida en que pueda.

Da un largo suspiro mientras refriega las manos sobre su rostro. Luego, me mira fijo a los ojos y yo hago lo mismo.

—¿Qué diferencia puede haber para nosotros? ¿Cuánto más bajo podrían enviarnos? —pregunta a sus compañeros burlonamente y se retira.

—Gracias… de nuevo.

Gira y me advierte.

—Una única condición, ¡no cuestionará ni desobedecerá una orden mía! ¡Jamás!

Recuerdo cuando Anselmo dijo que no es una mala persona, pero sí arrogante. Por lo menos, esa es la impresión que tengo por ahora. Casi siempre se expresa como si se tratara solo de él, excluyendo a sus compañeros.

Mientras continúan cumpliendo con sus estrictas instrucciones de seguimiento a la célula que localizaron, comienzan una investigación paralela sobre las nuevas pruebas que les entregué. Están interesados en lograr algo positivo de todo esto y, aunque piensen que no afectará a los Estados Unidos, intuyen que es una buena pista por seguir.

Lo principal, es obtener la nueva clave de acceso para descubrir lo que guardan esos archivos digitales; descartan enviarlo a la central del FBI para que lo decodifiquen porque revelarían que están transgrediendo sus órdenes, y no pretenden arriesgarse de nuevo con algo de lo que no están del todo seguros. No menos importante, sería encontrar esos cilindros que fotografiamos. En realidad, para Montana esa es la prioridad, porque considera que es la mayor amenaza en el corto plazo.

CON EL VUELO DEL SPINARIOS-ILIA AZUL-CRISTIAN MARCELO ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

26 de marzo de 2006- Foz de Iguazú- Ciudad del Este.

Los agentes del FBI, descubren que los árabes hicieron contacto directo con los miembros de la banda en Foz de Iguazú.

Mediante la utilización de micrófonos láser de última generación y otras tecnologías que ni siquiera imaginaba que existieran, logran captar sus discusiones casi por completo, sin que ellos lo noten.

Los árabes exigen que les devuelvan sus pertenencias. Específicamente, los cilindros y el pendrive, que El Jefe hábilmente les sustrajo. Mientras que este les reclama una fuerte suma de dinero que le adeudan. Ellos alegan que todavía no han logrado recibirlo desde su organización en Oriente Medio, pero que están trabajando en el asunto porque necesitan sus elementos de manera urgente.

No llegan a un acuerdo sin que la deuda esté saldada, los árabes explican que su intención es hacerlo; en cambio, El Jefe sostiene que no efectuaron ninguno de los dos pagos en la fecha acordada y que necesita asegurarse, que en cuanto tenga el dinero en sus manos les entregará todas sus pertenencias. Por ahora ambos bandos permanecen trabados entre sí. Cosa que nos favorece porque nos da tiempo para pensar cómo nos conviene actuar.

El descubrimiento de esta disputa nos hace suponer que cabe la posibilidad de que hubo cambio de planes o inconvenientes, y que el atentado aún no se llevó a cabo; conforme a esto surge una nueva incógnita: ¿cuándo y dónde será?

Regresa esa angustia pasada, ese vil flagelo no se alcanzó a diluir, está más vivo que nunca, solo necesita su tiempo.

Montana comenta que existe un listado elaborado por el FBI de potenciales blancos en América Latina, y la gran mayoría apunta a centros estadounidenses, israelíes o de otros miembros de la OTAN; por ese motivo, todos estos lugares se encuentran fuertemente custodiados de forma permanente.

Ahora sabemos que los cilindros y la clave de acceso a la información están en poder del Jefe y su banda. ¿Cómo obtener ambas cosas sin alertar a los árabes? Porque, si esto sucediera, interferiría con el trabajo oficial de la unidad del FBI y quizá se esfumaría la oportunidad de investigarlos.

Los árabes, están bajo vigilancia. Sabemos que se encuentran inactivos y muy nerviosos, a la espera de esa asistencia económica que les permitirá continuar con sus planes.

Por la manera en que actúan y, sobre todo, por las grabaciones que le hizo la gente de Montana, pareciera que se les acaba el plazo para llevar a cabo su plan; y que una vez vencido, ya no podrían ejecutarlo. Esto nos indicaría que el objetivo es temporal, que no permanecerá siempre en el mismo sitio. Con estos datos, debemos centrar la atención en objetivos no estancos, más allá de que alguno pudiera estar involucrado en el atentado.

CON LOS VUELOS DE LOS PÁJAROS PLATAZUL-CRISTIAN MARCELO LATRONICO-EDICIÓN PRIVADA-VITALICIA-

Cada noche nos reunimos a escuchar las grabaciones que les realizan, ya pasadas en limpio mediante el filtrado electrónico de sonidos, de inmediato, Montana y sus compañeros traducen del árabe al inglés y, también, al español para que yo pueda entender.

Todo este material de la investigación extraoficial que recopilan, lo guardamos en mi habitación, así es más seguro para la unidad del FBI.

2 de abril de 2006- Ciudad del Este- Foz de Iguazú.

Una semana después, los árabes llegan a su punto límite, al borde del colapso. Lo dejan en evidencia durante las fuertes discusiones que mantienen con El Jefe y sus cómplices, como si estuvieran en la instancia decisiva de ejecutar o abortar su operación. La situación es desconcertante para nosotros, porque no sabemos ni imaginamos qué tienen planeado que no pueda esperar unos cuantos días más. Si se tratara de un atentado contra un objetivo fijo —como alguna sede diplomática— no estarían condicionados por un plazo tan estricto. Tampoco está prevista la celebración de ningún otro acontecimiento transitorio de la magnitud de la IV Cumbre de las Américas.

Por la noche, oyendo la grabación de un mensaje telefónico que hoy les hicieron a los árabes, ya sobre el final declaran:

—Tenemos la certeza de que el plazo con que contábamos para llevar a cabo una ofensiva profunda y cubierta de gloria se halla prácticamente finalizado. Entonces, lo daremos por concluido; y aceptaremos la espera hasta que podamos reanudar y ejecutar nuestros planes. Aguardaremos, a que se cumpla un nuevo ciclo, no debemos exponernos al fracaso por causa de la ansiedad, porque nosotros tenemos la virtud de la infinita paciencia; y sabremos esperar para comenzar de nuevo.

Ahora, en cambio, es momento de cerrar este capítulo. Debemos terminar con el impedimento, el que evitó que cumplamos nuestro máximo acto de fe, con quienes se interpusieron entre nosotros y el paraíso prometido; pero esta noche, un colaborador nos acercará, solamente un poco, hasta que podamos llevar hasta el final nuestra pequeña…yihad. Recién ahí, descansaremos, todos nosotros en paz.

Al terminar la interpretación, Montana les dice a sus dos compañeros presentes.

—¡Vamos, que los perdemos!

Parten a toda velocidad hacia la casa en que se refugian los integrantes de la banda. A medida que se acercan, oyen sirenas de todo tipo —policía, bomberos y ambulancias—; sienten la amarga sensación de haber llegado tarde.

Una vez allí, no les permiten avanzar hasta que muestran sus credenciales y, después, perciben el caos.

CONTIENE FOTOS ESPIADAS POR TAXI-CRISTIANMARCELO TRONCOSO-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Intentan averiguar si la policía local tiene indicios de lo ocurrido, pero no comprenden el suceso, el desconcierto es total para ellos. Solo saben que hubo una explosión seguida de un voraz incendio. Todo es confuso porque no están familiarizados con este tipo de acciones y desconocen las señales básicas que dejan.

Sus hipótesis, por ahora, se basan en que seguramente se trate de algún depósito clandestino de pirotecnia o algún otro elemento inflamable que pueda provocar esta catástrofe. O la teoría más cercana a la realidad, la de un ajuste de cuentas. Pero dudan al encontrar un cuerpo calcinado adentro del vehículo que causó la explosión, por lo que también especulan, con que puede tratarse de un mero accidente.

No tienen la más remota idea. Sus pensamientos, ajenos a este tipo de acciones, son incapaces de hacer encajar las piezas.

Las viviendas linderas a la guarida de la banda están semidestruídas, existen focos de fuego que aún intentan extinguir. Enormes bocanadas de humo negro dejan entrever los escombros y, entre estos, los agentes del FBI divisan los restos del vehículo que, por la posición en que se encuentra, deducen que embistió el portón de acceso; y su estado, revela a simple vista que fue el que transportaba los explosivos que causaron este desastre. Ellos saben leer esta clase de sucesos catastróficos, porque ya los han visto antes.

Después de unos minutos, se dirigen al refugio de los árabes, mientras que uno de ellos intenta comunicarse con sus otros dos compañeros que los vigilan. No responden. Imaginan que la tragedia aún no los abandonó.

La desesperación se adueña de sus sentidos, temen lo peor que podría sucederles. Otra vez sienten ese sabor amargo. Más todavía, cuando al llegar, descubren a sus compañeros... ultimados a sangre fría adentro de su propio vehículo.

Los árabes huyeron sin dejar rastros, por lo menos, en primera instancia.

—¡Sabían, sabían que los vigilábamos! —vocifera Montana y da un puñetazo sobre el techo del automóvil baleado.

Consternados por el hecho, saben que les espera algo más por no haber cumplido con sus tareas específicas.

A toda velocidad recorren los puntos que frecuentaban los árabes mientras los investigaron y, luego, marchan a la deriva, dando vueltas por la ciudad esperando que la suerte los acompañe. Es imposible localizarlos así, y deciden regresar al último lugar en que existió un contacto real con ellos.

Informan sus sospechas al responsable de la investigación y comienzan la búsqueda de algún posible rastro que pueda haber quedado entre todas esas ruinas o alrededores.

Notifican lo acontecido al Cuartel General del FBI en Washington. Desde allí, designan a otros agentes que se encuentran establecidos en la zona de la Triple Frontera para que se hagan cargo de la investigación que, hasta ahora, llevaban Montana y sus hombres; los que fueron

CONEVOLUCIÓNDELOSPÁJAROS-PLAYAZUL-CRISTIANVIANCE-SLATRONICS-EDICIÓNGRATUITAINTEGRADA-

relevados de esa función. Los pasaron a disponibilidad hasta nuevo aviso, por incumplimiento de sus funciones específicas. Ellos sospechan que los mantendrán aquí hasta que trasmitan la información de los movimientos de esta pequeña célula a sus colegas que tomaron el control de la investigación.

6 de abril de 2006- Ciudad del Este- Foz de Iguazú.

Después de unos días de incansable investigación, encontraron la persona que proveyó el vehículo utilizado para ultimar a la banda en Foz de Iguazú.

Durante el interrogatorio, declara que ese vehículo se lo vendió a un árabe, del que ni siquiera sabe el nombre. Aclara, que desconocía cuál sería su destino. Por este lado, los investigadores del FBI están seguros de que no existe ninguna pista por seguir.

Por nuestra parte, ya no contamos con los recursos ni fondos que el FBI destina a estas investigaciones. Montana y su equipo están a punto de perder lo poco que les quedaba, pero de igual modo cumplen con sus obligaciones, entregando sin resentimientos todos los informes y pruebas a sus colegas; a excepción del pendrive y toda la información que les di en esta última etapa, porque no encuentran la manera de explicar el origen sin involucrarme. Pero, a decir verdad, quisiéramos obtener esa información escondida bajo tanta protección, tal vez sea nuestro salvoconducto.

Tampoco revelan mi presencia en Ciudad del Este, gesto por el que pongo a disposición la suma de dinero con la que cuento, insignificante en comparación con los recursos de los que disponían.

Agradecen mi oferta, pero calculan que esa cantidad no alcanzaría ni para una semana de trabajo, y que sería en vano gastarlo cuando seguramente lo necesite en un futuro no muy lejano. Entonces les explico que puedo conseguir algo más de quien me respaldó económicamente todo este tiempo. Se miran entre sí y dicen que, en ese caso, aceptarán el apoyo que les ofrezco, siempre y cuando ellos permanezcan aquí; ya que en cuanto terminen de poner al tanto de la investigación a sus colegas, seguramente serán restituidos de inmediato a su país.

Fueron apartados de la investigación de manera oficial, pero decidieron continuar porque creen estar sobre el final de este caso; lo mismo pienso yo. Ahora, me siento más a gusto, porque estamos en similares condiciones, como un grupo más uniforme.

Mi mejor opción es estar cerca de ellos, por lo menos, hasta que atrapen a los árabes. Después, deberé afrontar la pena que la justicia paraguaya me imponga por los ilícitos en que participé.

Haciendo un gran esfuerzo por superar la vergüenza, me contacto con Victorino. Le explico lo que sucede y cuál es mi precaria condición respecto a la justicia. Que necesito intentar salir, y limpio de esta situación; dándole a entender que para ello necesito de la ayuda que me vienen

CONTRABANDISTAS-PLATA-Y-CRISTIAN-MARCELO-TROVICA-EDICIONES-ILIMITADA-

brindando. Como era de esperar, su reacción es positiva; lo único que me pide, es que me comunique a través de Anselmo para evitar compromisos. Le entregará lo que necesito en propias manos.

Aclara que ya se enteraron del trágico final de los integrantes de la banda y, me hace saber, que el agradecimiento de Maximiliano Ortiz, es infinito —por supuesto, sin nombrarlo—. Que recién ahora, después de tantos años, por las noches logra descansar en paz. Siente que se hizo justicia y no solo por su hijo o la hermana de Anselmo; y aunque no de la manera que él hubiese preferido, pero justicia al fin.

Una vez solucionado el tema financiero, el entusiasmo renueva las esperanzas de todos nosotros; y Montana según su experiencia e instinto, reafirma que la única alternativa es hallar los cilindros y la clave de acceso a esos archivos.

—Tenemos algo que ellos no tienen —comenta, refiriéndose a los otros agentes del FBI.

7 de abril de 2006- Ciudad del Este.

Esa madrugada Anselmo trae personalmente el dinero que le entregó Victorino, esta vez, es una suma más que importante.

Ya está al tanto de que Montana y su equipo saben que él es mi cómplice.

Saluda a sus ex compañeros del FBI y, rápidamente, le explicamos la situación actual. Como se encuentra todavía de vacaciones, se quedará unos días para colaborar.

Comenzamos con el rastreo de los cilindros y, haciendo memoria, viene a mi mente el momento en que Walter me entregó una nota explicándome algo acerca de ese tema. Busco entre toda la documentación que tengo encima hasta que la encuentro. Esta dice que el cargamento llegó a Brasil, al aeropuerto de Río de Janeiro. Con Anselmo, recordamos que una parte fue ingresada clandestinamente a Paraguay, a través de la frontera de Ciudad del Este con Foz de Iguazú.

Por aquí iniciaremos la búsqueda. Los compañeros de Montana parten hacia Río de Janeiro para intentar seguir el rastro del embarque. Anselmo y yo, nos dirigimos hacia Asunción, lugar donde El Jefe pasó muchos años de su vida cuando aún pertenecía a las Fuerzas Armadas de Paraguay y cuando estuvo recluido. Trataremos de averiguar quién podría ser esa persona en la que depositó su confianza.

Montana queda en Foz de Iguazú, debe permanecer en esta ciudad por si los otros agentes del FBI lo llegasen a convocar.

8 de abril de 2006- Río de Janeiro- Asunción.

Los compañeros de Montana siguen el rastro del cargamento que llegó a Brasil proveniente del continente asiático, ingresó con toda la documentación correspondiente y fue declarado

CON LUVELOCES ESPIJADOS PLATO EL CRISTIAN MARCELO TROVO EDICION GRATUITA ILIMITADA

como equipos y suministros destinados a realizar estudios en el Amazonas sobre cierta especie de monos capaces de hospedar el virus de la fiebre amarilla.

Desde Río de Janeiro partió en un vuelo chárter con destino a Manaos —ciudad ubicada en el corazón mismo del Amazonas— y no hacia Encarnación, como había dicho Walter. Sin embargo, la aeronave, después de ser detectada por el radar del Aeropuerto Internacional de San Pablo, alteró su rumbo. Cuando personal de control aéreo del aeropuerto intentó comunicarse con la tripulación, fue en vano, hicieron caso omiso y nunca se identificaron; incluso, intentaron desactivar su rastreo. Los operadores, al corroborar que no tenían declarado ningún vuelo con esa hoja de ruta, alertaron a las autoridades y poco después perdieron el eco en el monitor del radar. Fue cuando sufrió el accidente cerca de Curitiba.

La policía de Brasil halló a la aeronave destruida en una zona selvática, muy cerca de donde se había perdido el contacto. No parecía haber tenido un aterrizaje demasiado catastrófico, pues se encontraba en un claro; y aunque consumida por el fuego, conservaba el tren de aterrizaje desplegado e intacto. Nunca se supo qué sucedió con el cargamento y, de la tripulación, solo hallaron los restos calcinados de ambos pilotos.

Los compañeros de Montana pudieron llegar hasta esa instancia, momento y lugar en el que toda pista se diluye.

Todo indica que habría estado planeado así, para desviar hacia Paraguay una parte de ese cargamento destinado a Manaos —posiblemente hayan sido esos cilindros—, y no exactamente como lo relató Walter; seguramente no estaba al tanto de cómo eran las cosas en realidad. Y después del supuesto accidente del chárter, fue que viajó hacia allí para ayudar a cruzarlo por la frontera mediante ese arreglo en la aduana.

Nosotros, en Asunción, llegamos hasta unos familiares y conocidos del Jefe; pero en ninguno de los entrevistados encontramos condiciones ni ánimo suficiente para ser su hombre de confianza. Por ello decidimos llevar la investigación algunos años más atrás en su vida, desde el momento en que ingresó a las Fuerzas Armadas como cadete.

Posteriormente, intentamos contactar a algunos de sus camaradas, pero en esta área se vuelve difícil realizar averiguaciones, ya que resulta demasiado riesgoso por ser casi todos militares en actividad.

Sin poder imaginar cómo continuar, terminamos en una biblioteca pública. Pedimos libros y revistas que pudieran contener información sobre él, tratando de hallar algún indicio. Así llegamos a un libro de historia paraguaya reciente, donde menciona el intento fallido de golpe de Estado que intentó llevar a cabo junto con algunos camaradas de armas.

—¿Te acordás que, cuando recién nos conocimos, que te mostré unas fichas personales del Jefe y sus cómplices? —dice Anselmo.

—Sí, más o menos. ¿Por?

CONELVUELODELOSPÁJAROS-CRISTIANMARCELLA-EDICIONGRATUITANOVENDIDA-

—Si mal no recuerdo, algo decía acerca de que la persona que lo traicionó cuando intentaron dar ese golpe… era su aliado más cercano.

—Esas fichas deben estar con el resto de los papeles en la casa de tu tío.

No entiendo qué pretende, pero para lo que tenemos entre manos, al menos es algo. Nos comunicamos con José, en Encarnación, y le pedimos que busque esas fichas.

Una hora más tarde, nos lee su contenido y Anselmo confirma lo que suponía.

—¿Y? ¿Qué pasó? —pregunto.

—Era como pensaba: la persona en la que confiaba a ojos cerrados fue la que lo traicionó justo antes de dar ese golpe militar. Era su mejor amigo y aliado dentro de las Fuerzas Armadas. Y el Jefe reconoció que las capacidades de su camarada eran iguales o incluso superiores a las de él. ¿Te das cuenta?

—¿De qué? Confiaba antes… y si después lo traicionó, nunca más se fiaría de él.

—Pero, aunque lo haya traicionado… En ese reportaje que le hicieron después del juicio, reconoció que su camarada era mejor estratega que él.

—¿Y? sigo sin entender…

—Y que al menos es una persona en quien confió alguna vez.

—Sí… ¿Y sabés quién era?

—No, pero en algún libro o diario de esa época debe figurar, o en internet seguramente.

Continuamos investigando, tratando de averiguar su nombre. Los hechos son bastante recientes, seguro que lo hallaremos fácilmente.

Más tarde, sin haber podido encontrar nada, Anselmo le pregunta a la bibliotecaria si recuerda el nombre de ese hombre que evitó un golpe de Estado durante el gobierno de Alfredo Stroessner, a mediados de los ochenta. La regordeta señora mayor hace memoria y dice:

—No estoy segura, pero creo que su apellido era Cisneros.

—¡Ese mismo! ¡Y su nombre es…Higinio!, ¿puede ser? —pregunta Anselmo, intentando recordar los duros años de su juventud en el país.

—Sí, estoy casi segura que así se llamaba. Qué buena memoria tenés.

Algo tenemos. Comenzaremos a rastrearlo por la guía telefónica.

Llamamos a varias familias con ese apellido, pero sin éxito. Hasta que una anciana, a juzgar por su voz, dice que un primo suyo se llama Higinio Raúl Cisneros y que perteneció a las Fuerzas Armadas de Paraguay; pero se rehúsa a brindarnos datos para encontrarlo.

Anselmo utiliza una infantil mentira como recurso, para que esa persona de edad, desconfiada, nos dé algún indicio. Le explica que es hijo de un viejo camarada de la Escuela de Cadetes, ambos recibidos de oficiales en la misma camada y logra, al fin, que le facilite algunos datos.

—¿Qué te dijo?

—Que vive en un pueblo cerca de acá, pero no sabía la dirección.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS - PLÁCIDO - CRISTIAN MARCELO PATRONICA - EDICIÓN GRATUITA Y LIMITADA -

Es un pueblo con algunas calles asfaltadas y de escasa iluminación. Bastante empobrecido y pequeño. No debería resultar difícil hallarlo.

Averiguamos en la estación de servicio mientras cargamos combustible.

—Por casualidad, ¿conocés a un tal Higinio Cisneros que vive en este pueblo? —preguntamos al joven playero.

—No, con ese nombre no. Y mire que acá en el pueblo nos conocemos todos.

Cuando nos estamos retirando, con la típica bondad de la gente pueblerina, corre unos pasos hasta alcanzarnos y nos dice que hablemos con don Avelino, mientras lo señala. Se trata de un señor bastante mayor que está casi en la esquina opuesta, de la vereda de enfrente a la estación de servicio; sentado en una destartalada silla y tomando mate o tereré en la puerta de su precaria morada. Vamos a su encuentro. Mientras nos acercamos, nos observa a través de sus pequeños y arrugados ojos, casi con asombro, seguramente se haya dado cuenta que no somos de aquí.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, muchacho.

—Le hago una pregunta, ¿usted conoce por casualidad a una persona llamada Higinio Cisneros?

—¡Psss! ¡Y quién… no lo conoce!

—¿Me podría decir dónde encontrarlo, por favor?

Amablemente, nos explica que vive en una estancia no demasiado lejos del pueblo y, una vez que nos indica el camino, partimos hacia allí.

Después de andar un buen rato, llegamos hasta una estancia llamada Las Lilas. Desde el camino ya se distingue la antigua, pero muy bien mantenida casona; y ni bien pasamos la tranquera de entrada, los perros salen a nuestro encuentro.

Inmediatamente, aparece un señor al que le preguntamos por Higinio Cisneros, responde que es su patrón. Que aguardemos un momento, que le avisará que tiene visitas.

Nos recibe en la gran sala de estar de esa casona. Tiene aspecto de ser una persona recta y amable, pero cuando le preguntamos por Arsenio Ismael Prados, cambia abruptamente su semblante y tono de voz.

—¿Ustedes quiénes son? —pregunta, casi con desprecio.

—Nosotros estamos investigando qué le sucedió.

Al darse cuenta de la evasiva, me interrumpe.

—¿Qué es lo que quieren saber exactamente?

Le explicamos la situación, en la medida que consideramos posible: que estamos investigando un asunto en que estaba involucrado y necesitamos saber si estaban en contacto últimamente.

Despectivamente responde que no tienen relación desde hace muchos años.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS-PLA AIZU-CRISTIAN MARCELO-ELECTRONICA-EDICION GRATUITA ILIMITADA-

Ante la negativa, le detallamos un poco la situación, diciéndole que fue asesinado por un ajuste de cuentas, aunque seguramente ya esté al tanto de los sucesos.

—El motivo por el cual ocurrió esto, es porque estaba negociando con unas personas y se quedó con algo que les pertenecía, por una deuda. Nosotros, concretamente, necesitamos saber si Prados le hizo algún pedido especial a usted o si, en algún momento, le comentó dónde podría haber ocultado lo que no les entregó a esas personas.

—¡Les vuelvo a repetir, no tuve más contacto con él! —contesta con cierta irritación.

—Por favor, se trata de un caso de seguridad muy serio. Estas personas que lo asesinaron tienen un plan… aterrador —le explico, pero sin revelar las intenciones, para que comprenda la gravedad del asunto y nos ayude.

—¡Jóvenes, a mí no me interesa nada de lo que le pueda haber pasado a Arsenio Ismael Prados! —responde con voz de mando.

Advertimos que es momento de abandonar la insistencia.

—Disculpe, no quisimos incomodarlo.

Después de un momento responde.

—No, está bien… Me sobrepasé un poco. ¿Y en qué se metió esta vez?

—Discúlpeme, pero es muy delicado el tema, y le aseguro que no querrá saberlo.

—Entiendo. ¿Si puedo ayudarlos en otra cosa? —pregunta, dando por concluida la charla.

—No, lamentablemente no. Bueno, puede ser… ¿usted se imagina en quién pudo haber depositado toda su confianza?

Se le escapa una cuasi sonrisa.

—No, realmente eso no lo imagino. Pero tratándose de él… en alguien que haya conocido mientras estuvo recluido, tal vez.

Nos retiramos con una buena pista para seguir. Una pista que no se nos había ocurrido, ahora buscaremos por ese lado. Iremos al penal de Asunción donde pasó todos esos años recluido.

Al llegar, Anselmo se encarga de ingresar al penal para intentar averiguar quiénes fueron sus compañeros allí dentro mientras estuvo encarcelado.

Después de un rato, bastantes obstáculos y una pequeña colaboración para el fondo de carceleros, logra franquear sus muros para indagar a alguno de sus ex compañeros.

Lo llevan ante el recluso más antiguo, quien, por dinero y cigarrillos, le revela el nombre del que había sido el segundo al mando del Jefe durante su encierro; como el patrón de la prisión, según relata.

Al regresar, después de casi dos horas de espera, me explica que debemos hallar a Paulo Da Silva, un mulato brasilero de unos cuarenta y cinco años, un metro setenta y cinco de estatura aproximadamente y delgado; por lo menos, así era en aquellos años en que estuvo aquí. Tiene un dato de que reside en esta ciudad, porque también se lo comentó el recluso con el que habló.

CONVOCATORIA-LOS-ESPIANOS-PLAZA-AZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Recurrimos nuevamente a la guía telefónica, llamamos a los números que encontramos con este apellido, pero la suerte no nos acompaña esta vez.

Entonces Anselmo recurre al registro civil, como oficial, para averiguar sobre el paradero de este mulato. Los datos de sus archivos datan de algunos años atrás, apenas salió de la cárcel, se casó con Leónidas Morales, de quien logra averiguar la dirección que tienen registrada.

Nos dirigimos hacia allí. Según los vecinos, aún vive en el lugar, una casa de un barrio periférico de la ciudad. Ahora, ex esposa con dos niños. Al interrogarla por Paulo Da Silva, alega que no lo ve desde hace más de un año. No tiene idea de su paradero, el único dato que nos aporta, es que estaba trabajando de peón de taxi.

Por la calle, después de algunas horas y de indagar a unos cuantos taxistas, uno de ellos comenta que le parece saber a quién nos referimos. Nos explica, que trabaja un remís y no un taxi, desde hace un tiempo. Nos brinda algunos posibles datos del vehículo que conduce, como la marca, modelo y color; y el nombre de la agencia donde cree que trabaja.

Con estos datos llamamos a esa agencia de remises, preguntando por el mulato y por el vehículo. Notamos cierta resistencia a las averiguaciones, y no obtenemos lo que buscamos; entonces, decidimos continuar indagando por las calles.

10 de abril de 2006- Asunción.

Rondamos la zona del Centro Histórico, uno de los lugares en el que circulan muchos vehículos de este tipo y donde se encuentra ubicada la remisería en la que suponemos que trabaja. Después de poco más de una hora, mientras almorzamos en un bar a media cuadra de esa agencia, le digo a Anselmo:

—Ahí pasa un auto como el que buscamos. Parece remís.

Anselmo reacciona y sale para ver a su conductor. Mientras, pago lo consumido y también salgo en su búsqueda. Lo llamo y dice que aún no logra alcanzarlo, pero cree que es él.

—Está dando la vuelta a la plaza que pasamos hoy —dice mientras lo persigue en su automóvil.

Eso queda a dos cuadras de donde me encuentro, marcho con paso firme para tratar de interceptarlo. Ahora, está girando hacia mi posición, según relata Anselmo.

—Paró en el centro de la plaza sobre la calle principal —me indica.

Cuando llego hasta ahí, no logro divisar a Anselmo, pero sí a nuestro sujeto. Cuando me aproximo, se asusta y acelera. Quedo parado en la esquina observando como escapa y, unos segundos después, Anselmo se detiene frente a mí; abordo el automóvil y salimos en su persecución.

—Es él. Estoy seguro porque es mulato y no vi muchos por acá.

Doblamos donde él lo hizo, alguien le debe haber avisado que lo están buscando y por eso huyó.

CONTIENE LOS ESPEJOS PLATA 2.0 - CRISTIAN MARCELO ALTRONICA - EDICION CON AUTOR ILIMITADA -

—¡Allá va! —señalo.

Anselmo acelera y, a duras penas, logra maniobrar entre el tráfico hasta darle alcance. Al comprobar que no se detendrá, coloca la sirena sobre el techo de su automóvil y la hace sonar apenas unos segundos, a modo de advertencia que lo persigue la policía. El mulato, al notar que no tiene escapatoria, detiene su marcha.

Anselmo desciende con una mano sobre su arma, pero sin extraerla; le ordena que baje del vehículo y coloque las manos sobre el techo, con las piernas separadas. Obedientemente, el hombre acata. Mientras lo palpa de armas, le pregunta:

—¿Su nombre es Paulo Da Silva?

—Sí.

Luego de comprobar que no tiene en su poder ninguna clase de arma, prosigue con la indagatoria mientras revisa su documentación.

—¿Por qué intentó fugarse?

—Tuve miedo.

—¿Miedo de qué? Si somos policías.

El mulato hace una pequeña mueca y responde:

—Primero... no se identificaron. Cuando lo hicieron, paré.

—Queremos hacerle unas preguntas.

—Sí —responde con nerviosismo.

—Salgamos de acá, que se está llenando de gente.

—¿Adónde me llevan y por qué? Si no hice nada.

Se resiste un poco, pero Anselmo utiliza un sucio recurso y le susurra:

—Si no te callás la boca, te planto merca en el auto y ya sabés qué pasa. ¡Subí, vamos!

El mulato hace lo que le ordena. Anselmo también sube a su vehículo, y yo los sigo en el nuestro. Alejados del lugar y sin curiosos a la vista, nos detenemos en un café.

Antes de comenzar el interrogatorio, le explica:

—Si colaborás, puede ser una situación amena, si no... —le advierte, y el mulato no pronuncia palabra.

—¿Conociste a Arsenio Ismael Prados en la cárcel?

—Sí —responde, más nervioso que hace un momento.

—¿Fuiste colaborador suyo ahí?

—Sí... más o menos.

—¿Sí o no?

—Sí.

—¿Confiaba en vos?

—...Sí.

—¿Confiaba en alguien más aparte de vos?

CONELVOLUMENDELOSSUEÑOS-PLATAZO-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Éramos… unos cuantos los internos que formábamos su grupo…

—¿Pero vos fuiste su segundo al mando en la prisión?

—Sí…

—¿En quién más confiaba?

Duda un momento.

—En uno… o dos más.

—¿Igual que en vos?

—Creo que no tanto… ¿Cómo puedo saberlo?

Nos sirven un café; con lo que el mulato, comienza a distenderse.

—¿Sabés que Prados murió?

—Lo supe por las noticias.

—¿Hablaste últimamente con él?

—Algunas veces, pero yo les aseguro que no tengo nada que ver con el asesinato.

—Nadie dijo eso… ¿Cómo sabés que fue un asesinato?

—No sé… dijeron las noticias. Desde que salí de la cárcel no…

Anselmo lo interrumpe.

—Nadie está diciendo que hiciste algo fuera de la ley. ¡Calmate!

Está muy nervioso y gira su mirada buscando la puerta, como para saber cuán lejos se encuentra de la salida.

—¡Ni se te ocurra! Ahora te escapás, pero cuando te encuentre la conversación no será de la misma forma —le vuelve a advertir Anselmo.

Se calma a la fuerza y pide ir al baño. Anselmo lo acompaña.

Otra vez en la mesa, continúa el discreto interrogatorio.

—¿Cuánto hace que hablaste con él por última vez?

—Un tiempo…

—¿Cuánto exactamente?

—No sé, dos o tres… meses.

—¿Meses? —pregunto.

—Bueno… quizá menos.

—¿Cuánto? —vuelve a insistir Anselmo con más exigencia.

—Unas semanas.

Está muy asustado. Me sorprende que un simple interrogatorio lo ponga en ese estado habiendo estado en la cárcel. No puedo evitar preguntarme cómo se las arregló para sobrevivir en un lugar así.

—¡Por última vez! ¿Cuánto tiempo hace?

—Dos o tres semanas. ¡Pero no tengo nada que ver con su muerte! —suspira con pesadez.

—¿Qué sabés de su asesinato?

CONVUELOLOSESPEJISMOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOELECTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—Nada. Lo único que me dijo es que estaba metido con unos tipos muy pesados. Que me cuide.

—¿Y qué tenés que ver con esos tipos que él nombró?

—¡Nada, nada! ¡Yo soy remisero!

Ya la gente del lugar comienza a mirarnos porque el mulato levanta, a veces, la voz con cierta desesperación. Al detectar esto, nos retiramos. Nuevamente voy detrás de ellos, pero ahora el remís lo conduce Anselmo, y al mulato lo lleva esposado. No tengo la menor idea de adónde nos dirigimos.

Andamos unos minutos y llegamos a unos viejos depósitos de la zona aledaña al puerto. Nos detenemos en un descampado, Anselmo baja al mulato esposado, lo empuja y cae de rodillas con su cabeza gacha. Le apoya su pistola en la nuca. Está aterrorizado, tiembla e implora por su vida y llorando vocifera:

—¡No tengo nada que ver!

—A mí no me importa, decime qué sabés de esos tipos.

—Solo sé que me tenía que cuidar.

—¿Por qué?

—Porque yo era como el seguro de vida de Arsenio.

—¿De qué manera?

—Si lo mataban yo los denunciaba.

—¡Basta! No juegues más y explicá todo de una buena vez ¿de qué los denunciabas?

Lo presiona martillando su arma que aún está sobre la nuca del mulato, el que cada vez más atemorizado… se orina encima.

—Me dio una clave…

—¿Qué más?

—Y una llave… en un lugar… escondida, y unas cosas que no sé qué son, pero me dijo que nunca las abra —explica casi llorando.

Está tirado en el suelo con sus ojos cerrados tratando de mitigar su sufrimiento, en cierta manera, al no ver ni sentir el arma que amenaza su existencia. Anselmo la guarda y lo sienta en el piso. Esperamos hasta que se tranquiliza, y una vez que se encuentra mejor, le ordena:

—Ahora, me vas a entregar todo lo que te dio y me decís esa clave.

—¡Sí, sí! —exclama suspirando con alivio.

Cuando recupera la serenidad casi por completo.

—¿Cuál es la clave? —le pregunta Anselmo y el mulato no contesta.

—¿Cuál es la clave? —repite alzando su voz… y nada.

—¡Basta, Prados está muerto! ¡No lo cubras más! No te sirve de nada.

El mulato suspira diciendo entre dientes:

—Operación retoño.

CONELVUELODELOSPRADOS-PLAZAZUL-CRISTIANMARCELOLAFRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

—¿Y eso qué significa? —le pregunta mirándolo a los ojos.

—No lo sé.

—¿Seguro?

—Lo juro, eso no lo sé.

—¿Y esas cosas que te dio?

—No sé qué son, nunca las vi.

—Contame todo con detalle y en orden.

—Un día me llamó y dijo que me necesitaba. Le contesté que estaba trabajando y que no quería problemas. Pero él me ayudó mucho cuando estuvimos presos, me protegía y yo era... sus oídos. Así llegamos a ser buenos socios. A él lo liberaron en el noventa y dos, después que cayó Stroessner, y yo quedé adentro; pero movió sus influencias y logró sacarme de ahí. Yo había entrado por un confuso homicidio.

Una vez afuera quiso que vaya a trabajar con él, porque sabía que nunca lo traicioné, aunque pude haberlo hecho; yo conocía cosas de él, adentro del penal, que lo hubiesen hundido más de lo que estaba. Pero callándome, yo me mantenía seguro. Después que salí, me casé y di muchas vueltas. Me ayudó con dinero y siempre insistía para que trabaje de nuevo con él, pero nunca acepté. No quería más problemas.

Pasó bastante tiempo sin que supiera nada. Y cuando me contactó dijo que me necesitaba, que yo era la única persona a la que podía recurrir, y terminó de convencerme cuando me aseguró que, si moría, me dejaba el aserradero cerca de su estancia. Me atrajo la idea porque yo nunca tuve nada. Entonces me explicó cuál era el trabajo que yo debía hacer y me entregó esas cosas.

Después de unos días me llamó por última vez para decirme que corría grave peligro, porque le habían robado en la estancia y unos archivos de la caja de seguridad del banco, a la que yo tenía acceso porque era parte del plan. Entonces me advirtió puntualmente que me cuidara, para que no me encontraran los que le habían robado, porque esa sería su total perdición.

Después lo asesinaron, y sin esos archivos no supe qué hacer. Tampoco me animé a denunciar, aunque fuera con esas cosas que me dio. Por eso les digo que no tengo nada que ver con su muerte. Créanme.

—Quedate tranquilo. Y esas cosas que decís, ¿dónde están?

—En mi casa. Si quieren los llevo.

Le quita las esposas y nos dirigimos hacia su hogar, que queda en un barrio terriblemente pobre en las orillas de la ciudad. Montones de niños desmejorados, descalzos y envueltos en andrajos corren por lo que parece la calle, ya que no se distingue de la vereda. Perros famélicos dejan ver la anatomía de su esqueleto; olores pestilentes a cloacas y basura enturbian el aire. Gente con baldes acarreando agua, ancianos tan cadavéricos como los mismos perros.

CON EL VUELO DE LOS PÁJAROS - PLATAZO - CRISTIAN MARCELO ELECTRÓNICO - EDICIÓN DIGITAL ILIMITADA -

Cuando llegamos a su más que humilde morada, nos conduce hasta el fondo. En un pozo cubierto con unas maderas y algo de chatarra, hallamos, bien empaquetados, los cilindros que alguna vez fotografiamos.

Nunca imaginamos que fuera esto lo que tenía oculto. Con Anselmo nos miramos sorprendidos y satisfechos por el inesperado hallazgo.

Le explicamos al mulato que continúe cuidándose y que no se marche de la ciudad. Le prometemos que, si todo sale bien, le entregaremos la escritura del aserradero que está en nuestro poder, tal como le había prometido Prados.

Le dejamos un número de teléfono para que pueda comunicarse en caso de necesitar ayuda, pero lo tranquilizamos asegurándole que nadie más que nosotros sabe de su relación con Prados.

—Esta es la mejor y única manera que tenés de ayudarnos y cuidarte vos. Igual, seguís sin traicionarlo, aunque no entiendas porqué —le digo.

Ni bien salimos, llamamos a Montana para comunicarle el hallazgo. Si bien confiamos en ellos, aún no les revelamos la nueva clave. Queremos estar presentes cuando se abran esos archivos digitales y enterarnos qué guardan; pero, sobre todo, ver cómo reaccionarán respecto a nosotros al tener todo el material en sus manos.

11 de abril de 2006- Ciudad del Este.

De regreso en Ciudad del Este nos reunimos con la ya casi ex unidad del FBI.

Están expectantes, aguardando a que les mostremos lo que obtuvimos. Tomo mi notebook, pido el pendrive y lo conecto. Ingreso el primer código: fiebre amarilla. Luego el segundo: operación retoño. Extrañados, preguntan:

—¿Saben qué significa?

—No, debe estar tomado de algo como el primero, que según averiguaron ustedes el cargamento que trajeron era para realizar estudios sobre la fiebre amarilla. ¿Es así?

—Cierto, es así —responde uno de los compañeros de Montana.

Con el segundo código ingresado, la computadora inicia el proceso de ejecución para mostrar la preciada información.

Un instante después, en la pantalla aparecen una serie de diagramas acompañados por letras: A, C, G, U; además de fórmulas químicas y escritos en idioma árabe.

Anselmo y yo quedamos desconcertados ante nuestra ignorancia, lo que vemos no nos revela nada concreto, aunque logramos reconocer cadenas de ADN.

Montana y su gente, en cambio, saben exactamente de qué se trata: diagramas de cadenas de ARN.

Montana no se atreve a cometer otro error y, antes de informar a sus superiores, decide consultar a un profesional que pueda interpretar el verdadero significado de esos archivos.

CONTIENE DESPOJOS PLATA-CRISTIANMARCELOLTRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-

Más tarde nos encontramos en un laboratorio, donde los agentes presentaron sus credenciales para que un bioquímico nos traduzca esta información.

El profesional explica que se trata de diagramas o perfiles de fluorescencia obtenidos mediante un método automático de secuenciación de ADN-ARN, y la secuencia de letras corresponde a la cadena mostrada en otra de sus formas. Sin poder confirmarlo, a primera vista observa que muestra inconsistencias en las diferentes estructuras de varios tipos de ARN, conjetura que en apariencia se manipuló el código genético de la cepa de algún virus y que puede haber sido diseñada para reaccionar ante algún agente externo. Expone que se trata de una deducción rauda, que sería necesario estudiar el material para un diagnóstico acertado.

Permanecemos inmóviles y de pie, rodeando al científico; nos limitamos únicamente a oír lo que nos dice. Anselmo y yo, con solo cruzar nuestras miradas, nos damos cuenta de lo que piensa cada uno, y estamos seguros de que todos compartimos la misma impresión.

Intuimos que el atentado aún no se cometió. Aunque tengamos en nuestro poder los elementos que necesitan para llevarlo a cabo, lo más probable es que conserven copias de estos archivos. Incluso si los cilindros que hallamos almacenan la cepa del virus, con tiempo podrán reproducirla; indudablemente así debe ser. Lo que sí tenemos claro es que, aunque tengamos en nuestro poder todos los elementos necesarios para ejecutar el atentado, por ahora, apenas lograremos demorarlos.

Montana y su gente, nos traducen los escritos en árabe y, al final del mensaje, escucho algo que ya había oído antes: hablan del renacer de la especie humana y de la reforma del mundo; una lucha que se debe llevar a las tierras infieles.

Evidentemente, piensan lanzarse nuevamente contra Estados Unidos. No somos nosotros los latinos quienes interferimos en su mundo. Además, si fuera aquí, pensamos que ya lo hubiesen consumado sin tantas vueltas. Miles de preguntas rondan en nuestras cabezas, y la que más me acongoja, es que no logro imaginar de qué manera planearon llegar hasta los Estados Unidos. Quizá contagiando a los norteamericanos durante su estadía en la Argentina. Pero también sabemos que terminada la reunión Cumbre intentaron continuar con sus planes.

Pensativos, permanecemos en la habitación del hotel, que aún utilizamos como nuestra sala de reunión. Llegó la hora de tomar la decisión final.

Para Anselmo y para mí, después de tantas situaciones que hemos atravesado, entendemos que esto terminó. Ya no podremos hacer más.

En cuanto a Montana y su gente, necesitan comunicarse con sus superiores para informar lo que tienen en su poder. Efectúan una llamada a las oficinas del FBI instaladas en la zona de la Triple Frontera, donde se encuentran sus otros camaradas de la agencia que investigan el caso. Montana concreta una reunión con carácter de urgente con el superior a cargo y dirige a los que quedan de su unidad hacia allí sin pérdida de tiempo.

CONEVOLUCIÓNESPIRALADOS-PLAZA20-CRISTIANMARCELOLATRÓNICA-EDICIÓNDIGITALILIMITADA-

Concluida una larga exposición de las pruebas obtenidas, todos quedan perplejos de cómo se las arreglaron para conseguirlas sin medios ni recursos; reciben, forzosamente, las congratulaciones pertinentes.

Ahora comienza una nueva etapa de búsqueda e investigación, en la que ni Anselmo ni yo intervendremos.

Esa noche cenamos juntos, Anselmo, los tres agentes y yo. No hablamos sobre lo que pasamos o descubrimos; solo conversamos sobre nosotros o nuestras cosas, familia, amigos... Y aunque no nos conozcamos demasiado, después de todo lo vivido, en parte se siente que sí.

En medio de la conversación, le hago una pregunta a Montana que me tiene intrigado desde hace tiempo:

—¿Cómo es que tenés ese apellido si tu padre era argentino? Nunca lo escuché allá.

—Un sutil detalle, si se tratara de una investigación. Mi apellido paterno es González, Eric Porfirio Rafael González Montana. Montana, es el apellido de mi madre, que es mexicana. Lo utilizo porque... pega más, como dicen ustedes los argentinos —reímos todos tratando de vivir una vida simple, pero a la vez, todos sabemos que lo vivido, y lo que falta, no abandona nuestros pensamientos.

Terminamos de cenar muy tarde debido a la sobremesa y los brindis, y luego nos retiramos a un merecido descanso. No me atreví a interrumpir la atmosfera de la reunión con una duda que aún carcome mis más profundos pensamientos: ¿qué sucederá ahora conmigo?

12 de abril de 2006- Ciudad del Este- Foz de Iguazú.

Alrededor de mediodía nos enteramos que inmediatamente analizaron el informe y los cilindros en Washington, les restituyeron sus cargos y, oportunamente, recibirán un ascenso. Tanto a Anselmo como a mí, nos alegra. Sin embargo, mi mayor preocupación continúa aferrada a mi mente, necesito saber qué sucederá conmigo, ya que tengo cuentas pendientes con la justicia paraguaya.

Para mi sorpresa, más tarde recibo una llamada para notificarme que fui sobreseído respecto a los incidentes en los que estuve involucrado, mi situación respecto a la justicia de Paraguay fue resuelta por solicitud expresa del Gobierno de los Estados Unidos, sin preguntas ni respuestas.

En cuanto a Anselmo, no hay inconvenientes. Nadie más que nosotros y algunas personas involucradas saben de su participación en los hechos.

Libre, soy libre de nuevo y sin embargo... no hallo la satisfacción suficiente. La felicidad de haber dejado atrás esa pesadilla se confunde con un vacío insoportable; no tengo un lugar al cual regresar ni un destino que me reclame, sin pistas por seguir, sin... vértigo. Todo lo vivido con Anselmo y con aquellos que cruzaron fugazmente mi camino se convierte ahora en un recuerdo distante, en rostros que quizás no vuelva a ver jamás. En los momentos más frágiles,

CONJUEGOSDEESPEJOS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOATROJO-EDICIONGRATUITANUMERADA-

de manera inconsciente, uno se aferra a las personas que lo sostuvieron sin pedir nada a cambio, aunque fuese por un instante efímero. Y hasta aquellos que se arriesgaron por un mísero pago, insignificante si se lo campara con el valor de la propia vida.

Ahora, me encuentro frente a la encrucijada de mi propia existencia, esa vida que olvidé mientras sobrevivía. Y lo irónico es que debo esforzarme para recordar quién era, qué hacía y a dónde pertenecía; como si se tratara de la memoria de un extraño.

Por intermedio de Montana recibimos un ofrecimiento del FBI para radicarnos en los Estados Unidos y unirnos a sus filas, como gesto de agradecimiento por nuestro trabajo y por la capacidad investigativa que, según dijeron, supimos demostrar. Nos sentimos sorprendidos con tantos halagos, pero tanto Anselmo como yo decidimos quedarnos en nuestros inseguros países, como alguna vez los definió aquel agente especial de contraterrorismo llamado Eric Montana.

Un atardecer gris y lluvioso, en un desolado aeropuerto de las afueras de Foz de Iguazú, el chárter del FBI me espera con los motores en marcha para regresarme a la Argentina. En el lugar, se encuentran Montana, sus compañeros y Anselmo.

Cuando la aeronave se desprende del suelo en su lento ascenso inicial, paso junto a ellos y, a través de la empapada escotilla, apenas distingo desfiguradas siluetas, inmóviles, con las manos en alto, despidiéndose en silencio.

16 de abril de 2006- Algún lugar de la Provincia de Buenos Aires.

En los siguientes días, ya de regreso en la Argentina, me cobijo en la casa de mi madre, en aquel rincón casi olvidado del interior bonaerense, donde la vida transcurre lenta, inmutable, como si el reloj negara girar sus agujas. Esa serenidad pueblerina que nada la perturba, se siente tan lejana, tan ajena, que parece pertenecer a una galaxia distante.

Contemplo a la gente andar por las calles silentes, confiada, despreocupada, convencida de que el horror solo existe en otros confines. Y me sorprendo al recordar que yo también sentía así; ciego, inocente, incapaz de imaginar que la sombra de esa clase de terror podría rozar mi existencia. Si alguien hubiese predicho lo que atravesaría, lo habría tomado por un delirio imposible; me hubiese reído...

La realidad pesa en mi mente. Sé que, en algún lugar, aún hoy se gesta una masacre y, sé también, que existen personas dispuestas a arriesgarlo todo para evitarlo. Mientras tanto, yo camino en estas tranquilas calles, rodeado de una calma que ya no me pertenece.

Intento, en vano, apartar mis pensamientos, pero los recuerdos me acosan como fantasmas obstinados. Surgen sin aviso, perversos, irrumpiendo en cada silencio. Y entonces descubro que la verdadera condena no está en lo que viví, sino en lo que jamás podré olvidar.

Continúo ahogado en mis pensamientos, sumergido en preguntas que no encuentran la respuesta. Las más absorbentes estrujan mi imaginación. ¿De qué manera pensaron llegar

CONEL VUELO DE LOS ESPEJOS - PLATA 2021 - CRISTIAN MACEROLA - EDICIÓN GRATUITA ILIMITADA -

hasta los Estados Unidos con ese virus? ¿Será el objetivo al que apuntan? Las frases que escuché siguen retumbando como un eco maldito y perseverante: el renacer del mundo, con el vuelo de los pájaros, fiebre amarilla, operación retoño. Todas, sin sentido para mí. Pero no me abandonan; se repiten, se mezclan, como las hojas de otoño. Junto a estas, los rostros que quedaron en el camino; Walter, Goyo Fuentes, los agentes del FBI, El Jefe y sus secuaces … y algunos otros que mi memoria no logra rescatar, pero existieron, estuvieron ahí y también se los tragó esta vorágine de violencia. Todo gira enredado en mi mente como espectros que reclaman no ser olvidados.

No puedo apagar mis pensamientos, ni siquiera cuando lo intento. Solo pienso, aunque no quiera.

Hablo con Anselmo, la única voz que me ata a esa otra vida que viví. Me cuenta que sigue en contacto con la unidad del FBI y que avanzan a tientas, que nadie sabe ni se imagina todavía cómo podrían alcanzar suelo estadounidense; pero todo indica que hacia allí se dirigiría el golpe, aunque el misterio permanece vivo. ¿Dónde más podría ser?

Ellos continúan la lucha, mientras yo permanezco aquí, como un espectador que carga con cicatrices invisibles. Anselmo, en cambio, ha vuelto al frente. Lo reasignaron por pedido del FBI. Lo necesitan en la Triple Frontera.

Descanso recostado de espalda a la vera de un pequeño arroyo que frecuentaba de niño, cuando nada de esto marcaba mi vida. El agua corre lenta, indiferente a lo que fui, a lo que soy, a lo que viví. El sol de otoño recorre mi cuerpo, el aire huele a hojas húmedas, recién caídas; y me pregunto, cuántas veces habré respirado este mismo aroma en mi infancia sin saber que un día sería sinónimo de vacío.

Arriba mío, observo las ramas todavía pobladas de hojas, las que alguna vez fueron sus tiernos retoños; y que ahora, esperan su turno para morir, caer y fundirse con la tierra. Un ciclo que nunca se detiene, que no necesita del hombre para repetirse, que ignora nuestras miserias. Pienso entonces que el mundo muere y renace año tras año, una y otra vez, sin prisa, pero sin pausa. Una máquina perfecta que nunca claudica.

La suave brisa de los cálidos días de la época, desprenden esas hojas aferradas a la vida, débiles ya, rendidas. Otro ciclo que se cumple, otra despedida sin ceremonia.

Arriba, mucho más alto, distingo una bandada de aves surcando el cielo azul, limpio y puro. Avanzan unidas, firmes como una hermandad sin malicia, se apoyan entre sí para recorrer los miles de kilómetros que, quizá, esperan por ellas.

De golpe, despierto de ese letargo, de esa evasión que me acuna en una falsa calma. Entonces lo comprendo todo… Jamás hablaron de aviones ni de fronteras. Esa enigmática frase no era poesía, es una clara alusión.

CONELVUELODELOSPAJAROS-ALAVAZU-CRISTIANMARCELOALTRONICA-EDICIONGRATUITANUMERADA-

Me siento invadido por un perverso éxtasis que hiela cada rincón de mi cuerpo, clavándose en lo más profundo como una gélida estaca con un eco diabólico que resuena implacable una y otra vez: **con el vuelo de los pájaros...**

CONELVUELODELOSPAJAROS-PLATAZUL-CRISTIANMARCELOLATRONICA-EDICIONGRATUITALIMITADA-